

# El bendito arte de robar



## Christopher Brookmyre

«Criminalmente  
divertida.»

*The Times*

«Chris Brookmyre  
es un genio.»

*Daily Mirror*

«La policía debería  
agradecer que  
Brookmyre se limite  
a idear sus diabólicas  
y divertidísimas intrigas  
en vez de cultivar  
el arte del robo.»

*Sunday Express*

Traducción de  
Javier Guerrero

Lectulandia

La prensa tiende a emplear adjetivos como *audaz*, *ingenioso*, *sanguinario* o *abyecto* para narrar los atracos bancarios (sin excluir las variedades ejecutadas por los propios banqueros), pero incluso el más ilustrado de los plumillas dudaría antes de recurrir al término *dadaísta*. Este es, sin embargo, el calificativo que mejor describe las esmeradas coreografías, las vistosas teatralidades y las fumigaciones urticantes perpetradas por los cacos de la calle Buchanan. La intrépida Angelique de Xavia es experta en malhechores, no en arte conceptual, y sabe bien que el cerebro de una obra tan barroca no es un vulgar ratero indígena. Se enfrenta a un fascineroso muy sutil y ha de perseguirlo sin misericordia, aunque admite que el *modus operandi* no es el único encanto del personaje (circunstancia que podría interponerse en la impecable marcha de la ley y el orden).

El atracador, en cualquier caso, tiene inquietudes más acuciantes que su propia seguridad y un objetivo oculto mucho más valioso que cualquier botín imaginable. Puede jugar al ratón y al gato con la agente que lo acosa, puede incluso entender que ciertos devaneos no son del todo nocivos, mas para evitar a toda costa las cercanías peligrosas; si cede a la tentación acabará en la cárcel o acabará enamorado, y la segunda amenaza no es menos temible que la primera.

Esta novela convierte el engaño en un sacramento y lleva el robo al templo de las bellas artes. Elevemos nuestras oraciones.

**Lectulandia**

Christopher Brookmyre

**El bendito arte de robar**

ePub r1.0

Titivillus 30.04.2019

Título original: *The sacred art of stealing*  
Christopher Brookmyre, 2002  
Traducción: Javier Guerrero

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Para Marisa

Deudas de inspiración: Billy Franks y Art Alexakis;  
busca su música, puede que te inspire también a ti.



## PRÓLOGO

### ATENCIÓN AL CLIENTE

¿Acaso había algo menos valorado en este mundo frívolo, de plástico, de capitalismo global, de café con leche desnatada, de menú infantil con juguete de regalo, de *united colors* de su puta madre que una buena mamada a la antigua, sin ceremonias, al detalle?

Era una de las escasas transacciones comerciales que quedaban en las que recibías realmente aquello por lo que pagabas, ni más ni menos. Sin envoltorios, sin márketing, sin falsas sonrisas, sin saludos en la puerta, sin elogios aduladores; solo una comida de polla funcional y desapasionada por un tanto alzado previamente pactado.

Todos esos capullos estirados que se enorgullecían al contarte que no habían pagado por una mamada en su vida no sabían lo que se estaban perdiendo. Y todo porque no comprendían la naturaleza de la transacción: pensaban que pagar era poco digno, que de alguna manera disminuía tu hombría. ¿Qué clase de perdedor tienes que ser para creer algo así cuando, en cualquier otra faceta de tu vida, pagar a alguien a cambio de sus servicios es lo que consagra tu estatus? Sí, claro, puedes llenarte el depósito de gasolina, lavarte el coche, lustrarte los zapatos; puedes estirar la masa y hacerte tú mismo la puta *pizza*. Pero ¿quién coño quiere hacer eso cuando tiene pasta en el bolsillo? Verte obligado a hacerlo porque estás pelado sí es poco digno, sí disminuye tu hombría. Pagar por algo no significa que no puedas conseguirlo de otra manera: significa que puedes permitirte la opción más cómoda, igual que con cualquier otro servicio.

¡Y además lo negaban! «Nunca he pagado por eso». Sí, claro. Puede que no hayas pagado directamente, cretino, pero por supuesto que lo has hecho. No te engañes. Más solapado que un impuesto encubierto, e igual de inevitable, puedes percibir la proximidad de un desembolso cada vez que ella

te abre la bragueta, tanto si es tu mujer como si es tu amante o un rollo de una noche. Y no se trata solo de una buena cena y una habitación de hotel; es el puto traje de mil pavos que llevas, de tu abono al gimnasio y los honorarios de tu estilista. Aunque seas una estrella de *rock* en el *backstage* del Hollywood Bowl: esa chica de diecisiete años con ojitos de cordero degollado y expresión embelesada sigue jugando sus bazas, y no va a marcharse sin un trozo de ti más grande del que se ha metido en la boca. Ya sea una raya de tu mejor coca o el cheque que recibirá cuando lo cuente todo; de una forma o de otra, esa mamada tiene un costo.

Por supuesto, también estaban los que aseguraban que no se excitaban a menos que la chica estuviera auténticamente colada por ellos; presumiblemente eran los mismos capullos ilusos que creían que ninguna tía había fingido nunca un orgasmo mientras se la follaban. Claro. Como que todas las chicas que se han postrado ante ellos lo habían hecho porque los encontraban irresistibles. ¿De verdad hay tantas tías atraídas por las barrigas y el aliento a cerveza? Venga ya. Hasta tu solícita mujer que tanto te adora tiene que fingir interés de vez en cuando. Y si lo que necesitas es sobreactuación, una furcia puede hacerlo mejor que nadie. Solo los afeminados o los lechuguinos ególatras creen que cambia algo si a la zorra le importa una mierda o no.

Lo que esos payasos no entendían era que estabas pagando por su desinterés tanto como por su atención. Esa mirada aburrida era una parte esencial de la experiencia de una mamada comercial. ¡Por los clavos de Cristo!, sería un insulto a tu inteligencia suponer que está disfrutando, así que había una sinceridad impagable en la naturaleza de la transacción al aparentar que le importaba un carajo, sin falsos sentimientos o amabilidades ficticias. Una mamada es un curro, no una afición, ¿te enteras? No lo hace por placer, lo hace porque necesita la pasta y tú vas a dársela en cuanto logre que te corras. Dos cuadradas más abajo, la chica que voltea las hamburguesas en McDonald's tendrá aún más pinta de aburrida por todavía menos pasta, pero tu puto Big Mac no tendrá un sabor diferente por más que ella sonría.

Era una cuestión de capitalismo crudo, sincero, de la vieja escuela, preglobalizado. Tú necesitabas sus servicios, ella necesitaba tu dinero y nadie iba a simular que había ninguna otra cosa en juego. Ni *branding* ni declaraciones altisonantes ni tarjetas de fidelización. ¿Estás a favor del «no logo»? Ve a que te hagan una felación como Dios manda.

Y si se presenta la oportunidad, mejor búscate a una profesional del Tercer Mundo; no hay comparación. Mierda, tenía que haber alguna clase de



beneficio que compense la desgracia de quedarse atrapado en el puto México. Todo el país apestaba como una alcantarilla embozada, la cerveza tenía sabor a pis anémico y conducir hasta la tienda llena de moscas de la esquina era como meterse en una carrera de coches de serie, pero, eso sí, las zorras eran otro rollo.

Tranquilizaba saber que, en este mundo de centros comerciales, de colonialismo cultural, aún había lugares donde se podía encontrar a una meretriz que no iba a chutarse todo lo que le dieras. Por desgracia, esos lugares también tendían a ser los más desfavorecidos económicamente. Eso no quiere decir que pudieras tirar una piedra de *crack* en una sórdida calle mexicana sin que rebotara de puta yonqui a tío colgado como en un *pinball*; no había ningún sitio lo bastante aislado o retrasado para permanecer inmune a ese indiscutible logro de la globalización. ¡Válgame Dios!, probablemente había una zorra yonqui vendiendo el culo en medio del puto desierto del Sáhara en ese mismo momento. Pero lo bueno era que al sur de la frontera había chicas que lo vendían simplemente porque eran pobres de solemnidad desde el día en que nacían; no habían hecho falta drogas para que terminaran en la calle. Había algo satisfactoriamente puro y natural en eso, y a un nivel más básico la chica te ponía más si no tenía marcas en los brazos o los ojos como un panda insomne.

También se esforzaban más aquí en el sur, aunque tal vez se debiera a que él era un gringo y había más posibilidades de que soltara más pasta en recompensa por un buen servicio. Fuera cual fuese la razón, estaba claro que ponían más interés y no ese bochornoso entusiasmo falso: solo atención profesional, dedicación, cuidado y diligencia. ¡Vaya con la ética protestante del trabajo! Esas chicas te daban lo mejor de sí mismas cada vez y eran católicas de la primera a la última.

Todo eso hacía tan exquisita distracción difícil de resistir mientras estaba metido en ese vertedero sin nada que matar salvo el tiempo. Cuando era más joven y más entusiasta era más disciplinado: recordaba las reglas, pues algunas las había establecido él y otras las había aprendido de tipos que sabían de qué iba, y una de ellas consistía en no echar un polvo hasta terminar el trabajo. Tenerla dura te mantenía atento, te mantenía concentrado, te convertía en un tipo implacable. Sediento de sangre, incluso. Pero él ya conocía el percal lo suficiente para saber cuándo estaba bien —y era hasta recomendable— relajarse un poco. ¡Menuda jodienda!, si ni siquiera tenía aún un objetivo en el punto de mira, ¿cuál era el sentido de estar en el puto México si no podía chingarse a las putas mexicanas?

Sonó el teléfono y el timbre prehistórico pareció agitar la desvencijada mesita de noche con un ruido lo bastante alto como para que se oyera en el vestíbulo. Era el mejor hotel de la población, aunque eso tampoco era decir mucho tratándose de Hermosillos. En su negocio era práctica común alojarse en algún lugar anónimo y discreto, y a él nunca le había importado quedarse en antros de mala muerte, pero todo era relativo. En esos lares, un hotel se clasificaba como elegante y hasta ostentoso si disponía de teléfono en la habitación y, desde luego, eso era algo de lo que no podía prescindir.

También tenía sábanas limpias (olían a detergente barato, pero que olieran a detergente ya merecía una estrella encima de la puerta), cuarto de baño en la habitación y una tele en color, por si servía de algo. Eso estaba bien si te gustaba la lucha libre mexicana o el fútbol, que ocupaban todos los canales menos dos; el resto era un programa de teletienda en español e inevitablemente la MTV. El servicio incluido más útil lo había instalado él mismo. Se llamaba Conchita —o eso decía— y hasta el momento estaba demostrando una relación calidad-precio muy superior a la de la habitación, aun con el descuento de su tarjeta Diners.

La chica pareció no sobresaltarse por el teléfono tanto como él, probablemente porque ella no llevaba cinco años sin oír un sonido como ese. Se incorporó y empezó a moverse por la cama, con la intención de responder. Un gesto muy dulce, si bien él no necesitaba una secretaria.

—¿Esperas una llamada o algo?

—*Perdón, señor.*

Conchita no hablaba inglés, pero aun así estaba muy claro que lo había entendido.

Bueno, entonces supongo que es para mí, ¿eh? Tú sigue hablando con ese micrófono rosado de aquí abajo, bonita. Y no te preocupes por mí, puedo atender dos cosas a la vez.

Conchita volvió al trabajo cuando él levantó el teléfono y se lo apoyó contra la oreja mientras se recostaba en la almohada.

—Hola, ¿quién es?

—Miguel.

—Vaya, Mickey. ¿Qué hay?

—Haz las maletas, Harry. Te has equivocado de sitio.

—¿Me he equivocado de...? Y un huevo. ¿Quién lo dice?

—Venga ya, ¿cuánto llevas ahí? ¿Casi una semana? ¿Tanto te gusta México que quieres quedarte más tiempo?

—¿Por qué me voy a ir si tu madre todavía la chupa como los ángeles?

—Mi madre nació en Texas, cabrón. Nunca ha estado en México.

—Sí, claro. Por lo menos desde que cruzó el Río Grande contigo en el rebozo.

—Da igual, Javier. Tenemos un rastro nuevo: Vancouver.

—¿Un rastro nuevo? ¿Qué coño es eso? Un rastro es lo que olisquea un sabueso. Dime que tienes una pista sólida o no me hagas perder el tiempo.

—Han visto a Núñez, tío.

—¿Quién lo ha visto?

—¿Qué cojones importa eso? Lo han visto, y eso basta para Alejandro, así que basta para que te metas en un puto avión, ¿vale?

—Alejandro. —Harry escupió la palabra ocultando la risa en su voz.

Miguel no pudo ver la sonrisa, pero se la imaginó de todos modos. Miguel no valoraba al chico más de lo que lo hacía Harry, pero su posición le exigía ser más prudente en ese ámbito. El americano dejó que la pausa se prolongara unos segundos, permitiendo que Miguel infiriese su aprobación. No había tal.

—Tienes reserva en un vuelo...

—No voy a ir.

—Harry...

—Núñez está en Hermosillos, Miguel, confía en mí.

—Al cuerno con la confianza, Harry, estamos hablando de pruebas. Alguien lo ha visto en Vancouver. ¿Tú qué tienes, salvo burritos baratos y mamadas aún más asequibles?

—Eh, solo porque sean un chollo no significa que no sean de primera.

—Hablo en serio, tío. Necesitamos resultados, y deprisa.

—Claro, pero no los vas a conseguir enviándome a Vancouver cuando el tipo está en México, ¿no?

—¿Por qué estás tan seguro?

—Venga ya, ¿cuánto tiempo hace que me dedico a esto?

—Alejandro Estobal no quiere oír hablar de instinto, Harry. Ya sabes cómo es.

Quería decir ingenuo, ignorante y temerario.

—Créeme, Mickey, Núñez irá a lo que conoce. Eso es lo que uno hace cuando está asustado y se siente inseguro. Cuando te cagas en los gayumbos y miras por encima del hombro sin parar, ¿decides que es un buen momento para viajar al espacio exterior? Ni de coña. ¿Vancouver? Ese capullito no sabe ni dónde está Canadá. No habrá ido más al norte de Barstow en su vida. Nunca iría a una ciudad en la que no ha estado nunca y donde no conoce a nadie. Estará en algún sitio donde cree que conoce el terreno que pisa, algún

lugar donde se siente seguro y a salvo. El hogar. Hermosillos. ¿Recuerdas a ese contable hace unos años? El que...

—El mariconazo, sí. El que redondeaba las cifras y traspasaba la diferencia a su fondo de pensiones.

—El mismo. Todo el mundo dijo que se había ido al puto Liechtenstein o a Suiza o a Disneyland París. ¿Dónde lo encontré? Escondido en el sótano de su mami, en su casa de Incest, Alabama.

—Bueno, a este no lo has encontrado en el sótano de su mamá y Alejandro se está poniendo nervioso. Te quiere en un avión.

—Solo sería una pérdida de tiempo y dinero para todos, Mickey. Sí, podría pillar un avión a Vancouver y apalancarme allí el tiempo que haga falta para demostrar que su supuesto «rastros» es una mierda, y entretanto seguir hablando con mis contactos aquí en México. Después tendría que meterme en otro puto avión para volver a Hermosillos y registrarme en el mismo puto hotel en el que estoy ahora. Mierda, a mí me da igual, pero parece mucha pasta solo para enseñarle a Alejandro la diferencia entre estar nervioso y ser paciente.

—Sí, como que voy a decirle eso. Dame algo, Harry, joder. Dime que necesitas dos días más, dime que tienes un puto plan en marcha.

—Por supuesto, tengo un... Oh, joder, sí, nena, ah, sí. De puta madre.

—¿Qué has dicho?

—Ah, mierda, lo siento, Miguel. Acabo de correrme.

—¿Que acabas de qué? ¿Me estás diciendo que te están comiendo el rabo mientras hablas conmigo por el puto teléfono?

—Tranqui, tu mamá te manda saludos.

—Cabronazo. A menos que la tengas metida en su oreja, estará oyendo todo lo que dices.

—Cálmate, coño. No habla inglés. Es lo primero que le pregunté. Eh, escucha esto. Atento. —Harry apartó el auricular de su oreja y se lo puso a Conchita—. Nena, este es gratis, ¿no? Habíamos quedado en eso.

—*No hablo inglés, señor.*

Harry se acercó el teléfono otra vez.

—Voilà.

—¿Y no se te ha ocurrido que podría estar mintiendo? Las putas no son famosas por su sinceridad, precisamente.

—No me jodas. Mira, ella se me ha acercado en el bar del hotel, estaba buscando un cliente. Le he preguntado si habla inglés. Sabe que soy un puto gringo y que la respuesta deseada es obviamente sí, si quiere trabajar, pero en

cambio miente y dice que no, por si acaso se me escapa alguna clase de información de alto secreto. Cálmate, coño. Esto es Hermosillos en medio de un verano abrasador, Mickey, no el puto Berlín de la guerra fría.

—Entonces, ¿le digo a Alejandro que estás demasiado ocupado con que te coman la polla para que te importen sus órdenes?

—Dile lo que quieras, coño. Dile que estoy haciendo el capullo si eso te va a hacer la vida más fácil. Pero espero que todo el mundo se trague sus palabras cuando termine lo que estoy haciendo aquí.

—¿Qué? ¿Quieres decir que si tienes razón no vas a ser tan modesto como de costumbre, sin pretensiones, sin ponerte medallas?

—Que te den.

—Le pasará el encargo a otro si no eres un buen perrito.

—De puta madre. Que algún otro capullo se congele los huevos en Canadá. Adelante.

—Me parece que es verano allí arriba también, Harry.

—Bueno, al menos hará buen tiempo para hacer turismo, porque es lo único que habrá que hacer allí, joder, insisto, que se lo pase a otro, ¿cómo lo ves?

—Lo veo bien.

—Tampoco sé qué puta prisa tiene. Núñez será hombre muerto tarde o temprano. ¿O es que Alejandro cree que el respetómetro está contando cada minuto que sigue con vida el tipo que le embaucó?

—Alejandro es joven. Esas cosas cuentan más cuando tienes que demostrar a todo el mundo que estás a la altura.

—El problema es que cree que esta es la única manera de hacerlo. Si quieres saber mi opinión, el chico confía demasiado en el miedo para motivar al personal. ¿Qué se ha creído, que Núñez lo jodió porque no estaba suficientemente acojonado? Núñez lo jodió porque Alejandro estaba siendo un tacaño. Es un mafioso de primera, joder, el jefe de la familia Estobal. Núñez estaba acojonado: acojonado por los Estobal, por los polis. Buscaba cualquier vía de escape, así que no es de extrañar que aprovechara la primera que se le ofreció. Pero se habría calmado un poco si el chico le hubiera dado algo que mereciera la pena. Alejandro necesita aprender que se puede aterrorizar a la gente para que haga algo por cuatro perras, o incluso gratis, pero no es un buen negocio. Que alguien te tenga miedo no significa que no vaya a joderte si se le presenta la ocasión; en cambio, puedes confiar en quien sabe que eres el que le da de comer.

—Tiene mucho que aprender. No podemos hacer más que esperar.

No podemos hacer más que esperar. Miguel no decía con qué fin, pero ambos sabían que no era cuestión de esperar a que el chico espabilara. Tarde o temprano, Alejandro iba a conseguir que lo mataran; comprender eso era una especie de estrategia a largo plazo entre las cabezas pensantes de la organización Estobal. No había ganas de dar un golpe de mano; por lo menos de momento. Sería demasiado descuidado, demasiado debilitante, otro aviso a los depredadores de que la gran bestia estaba herida. Así pues, entretanto, era labor de tipos como Miguel y Harry asegurarse de que el chico no causara demasiados perjuicios a la organización antes de que, inevitablemente, cayera de esa empinada cuesta de aprendizaje.

Alejandro había sido el único punto débil del Caballero, casi peor todavía que si se hubiera tratado de su propio hijo. En ese caso, lo habría tenido lo bastante cerca para fijarse en los errores, y sin duda habría ejercido la influencia necesaria para corregirlos. Pero el Caballero nunca tuvo descendencia, y por lo tanto su sobrino brillaba con el aura del predilecto, el ungido. El chico lo conseguía todo con demasiada facilidad —poder, posesiones—, sin merecerlo, y no había aprendido a apreciar el valor de las cosas. Confundía el miedo con el respeto, la obediencia con la lealtad y el egoísmo con la ambición.

El Caballero había sido un superviviente. Bueno, salvo por el cáncer de pulmón, evidentemente. Pero sabía que el secreto de la supervivencia consistía en levantarse cada mañana y preguntarse qué podía enseñarte el mundo ese día. El chico no creía que el mundo pudiera enseñarle una mierda. Eso es algo que les pasa a todos los jóvenes, afrontémoslo, pero los más listos terminan por enterarse. El más listo sobrevive, pura selección natural. El Caballero también era consciente de sus limitaciones, estrategia vital para salvar el pellejo. No era ningún cerebritito; astuto y avisado, sí, pero no inteligente, y lo sabía. Por eso aprovechaba sus cualidades y evitaba mostrar sus debilidades. Alejandro, por desgracia, se tenía por un puto genio, y esa era su mayor debilidad. Hay que joderse, el chaval pensaba que había dado un golpe maestro liándose con Núñez, y a la vista estaba el resultado.

—Siempre sospeché que saldríamos escaldados con estos artistas —dijo Harry después de una pausa que le pareció lo bastante larga para que ambos reconocieran en silencio el significado del último comentario de Miguel—. Son escurridizos y son listos.

—No tanto.

—No te engañes. Son muy listos. O quizá es solo que no consigo entenderlos. No me doy cuenta de cómo piensan, y eso los hace imprevisibles.

¿A Núñez nadie lo vio venir?

—No. De lo contrario no estaríamos teniendo esta conversación.

—Exactamente. No podemos subestimar a tipos como ese y creo que debería ser obvio para todos sin excepción que en ningún caso podemos confiar en ellos. Cuanto antes termine esto y nos sirva de experiencia, mejor.

—Hum.

—¿Qué quieres decir con «hum»? ¿Qué coño significa «hum»?

—Algo que no te va a gustar. Ni un poquito.

—Bueno, acaban de hacerme una mamada. No puedo estar mas relajado para recibir malas noticias.

—Se suponía que tenía que contarte esto cuando estuvieras en Vancouver, pero como no vas a...

—Seguro que no.

—El juego ha cambiado. Alejandro tiene un nuevo plan para sacarnos de este agujero. Núñez sigue condenado, eso no va a cambiar, pero ahí no acaba todo, y seguro que no va a perder cinco millones de dólares para que le sirva de experiencia.

—Así que Alejandro tiene un nuevo plan. ¿Por qué tengo la sensación de que acaba de empezar a llover?

—No te preocupes, no serás tú el que se moje. Está cayendo en la puta Inglaterra, ¿puedes creerlo? En un sitio llamado Glasgow.

—¿Quién coño va a hacernos un trabajo allí?

—Innez.

—¿Felipe Innez? Ese tío apenas ha salido del este de Los Ángeles. Tendría un choque cultural en Las Vegas.

—Felipe no, Flarry.

—Bueno, quién... —Y entonces lo comprendió, la verdad detrás del «hum», lo que no iba a gustarle ni un poquito.

Zal Innez.

—Ah, joder. No. No.

—Ajá.

—Pero está en la cárcel.

—Sale de Folsom en menos de tres meses.

—Parece mucho tiempo para que las cosas no estén bajo control.

—Lo que necesitamos no va a ir a ninguna parte en ese tiempo, créeme. Estará cerrado a cal y canto. Además, puede que Alejandro no sea paciente, pero sabe que algo así requiere una visión a largo plazo.

—Está como una puta cabra.

—¿Quién? ¿Innez o el chico?

—El chico. Será idiota, se ha montado una buena película. Está loco si piensa volver a hacer tratos con Innez y con el circo que lo acompaña. El chico de verdad es un caso, pero es que Innez está como un cencerro. Es el capullo más loco con el que hemos cometido la estupidez de juntarnos. También es inteligente, retorcido, ingenioso, completamente impredecible y seguramente la última persona a la que cualquiera al que le queden dos putas neuronas querría meter en este embrollo, ya de por sí jodido. Vive para engañar. Es su naturaleza, su puta razón de ser.

—Es una pena, en realidad. Con una enseñanza adecuada, Innez podría haber canalizado sus talentos hacia una carrera criminal como Dios manda. Quizá por eso Alejandro cree que es el único tipo capaz de hacer esto.

—No. Alejandro solo quiere ser dueño de Innez porque le hace sentir incómodo. Innez es diez veces más listo que el chico, y este ni siquiera tiene el cerebro para verlo y dejarlo en paz. Innez nos joderá, recuerda lo que te digo.

—No sé, Harry. Creo que estás sobrestimando al tipo, sobre todo porque hace tres años que está bien jodido en el Bloque D. Supongo que el trullo le habrá enseñado un par de cosas sobre el respeto.

—Oh, sí, seguro que algo le ha enseñado. Cuando salga será todo lo que era antes, pero mucho más duro.

—Lo tenemos cogido por los huevos, Harry, créeme. Hará lo que le digan. El chico incluso puede aprender de sus errores a veces.

—¿Y con qué lo tenéis cogido por los huevos?

—Todo en su momento. Pero empieza por enseñarle a Innez lo que le ocurrió al último tío que no hizo lo que le dijeron, así que será mejor que te des prisa y encuentres a ese capullo. También vas a necesitar una cámara, una de esas Polaroid.

—¿Una cámara? ¿Y para qué cojones...? Joder, mierda.

—Sí. Monta una buena. Esas fueron las palabras exactas del chico.

—Oh, sí, se va a montar una buena, Miguel. Alejandro ya se está ocupando de eso.

«Joder con Hermosillos», pensó Harry, conduciendo de noche por las calles de lo que pasaba por ser el centro de la ciudad. Menudo rincón más inhóspito, menuda cloaca. Industria pesada, trabajo duro, salarios bajos y la peste a sudor de los idiotas que se resignan a aceptar su cariño. Una vez fichabas al



acabar la jornada, no había nada que hacer salvo beber, follar y pelearse, y lo primero tenía un papel fundamental para animarte a participar en las otras dos actividades. Tiene cojones, no le sorprendería que al primer camello de heroína en llegar a la ciudad le hubieran recibido con la banda municipal.

No era desesperación; él había visto la desesperación y las chimeneas de aquellas ciudades no escupían más que pájaros. En cierto modo, podía decirse que lo de Hermosillos era peor. La desesperación implicaba que la gente intentaría cualquier cosa para salir del marrón en el que se encontraba. Allí, en cambio, todos se llenaban de mierda. Trabajar, beber, follar, pelear, dormir, repetir. Como si supieran que había cosas peores, pero sin ningún impulso que los llevara a intentar encontrar algo mejor.

De allí era de donde había salido Núñez. Bueno, al menos desde un punto de vista geográfico. Como la mayoría de esos estudiantes de bellas artes que tanto bombo daban a sus «raíces», él claramente había escogido el camino correcto. Porque incluso en un infecto villorrio industrial como Hermosillos, esas fábricas tenían propietarios, y no se puede acumular tanta miseria desoladora sin amasar una buena fortuna. El padre de Núñez era propietario de la planta siderúrgica, y allí era donde él se había criado. Por supuesto, la familia no se quedó mucho tiempo en la ciudad una vez tuvo el dinero para irse a otra parte. ¿Quién se quedaría ahí? Se estableció en Guadalajara, y Núñez padre solo venía de vez en cuando a Hermosillos para estar al tanto del que ya era solo uno de sus numerosos intereses en el norte del país. Núñez hijo tenía su estudio en Baja California, a un par de horas por carretera al sur de Tijuana.

No obstante, cuando Núñez escapó, Harry sabía que no volvería a las faldas de mamá. Era demasiado obvio, por mucho que pensara que con la riqueza de su padre podría conseguir algo de protección. Hermosillos era la segunda opción. Núñez conocía el lugar, quizá mejor que ningún otro sitio en el mundo; además estaba lejos, nadie lo conocía y pasaba desapercibido. Probablemente creía que nadie iría a buscarlo en un laberinto de hormigón siniestro como ese. Y si mantenía la cabeza baja y la boca cerrada, ¿cómo iban a encontrarlo?

Cómo, esa era la cuestión. Bueno, el problema es que la gente ve cosas, oye cosas, se fija en cosas, tanto si mantienes la cabeza baja como si no. Y quizá puedas mantener la boca cerrada, pero no cerrar la de todos los demás, y menos en una ciudad donde está garantizado que el dinero hace que la gente se vaya de la lengua. Dicho esto, el tiempo iba pasando, y a pesar de no comulgar con la impulsividad de Alejandro, Harry sabía que había una línea

muy fina, aunque sin duda importante, entre tener paciencia y quedarse sentado con el pulgar entre las nalgas. Y todavía era más borrosa la línea entre dar tiempo a alguien para conseguir resultados y dejarse chulear por quien te toma por imbécil, y había quedado claro en qué lado de la frontera se encontraba su presunto correveidile.

Harry aparcó en la calle y entró en un bar, o lo que en Hermosillos pasaba por un garito con pretensiones de club nocturno. Se reducía a poco más que una pista de baile del tamaño de una caja de cerillas con sofás en tres de sus lados y un equipo de sonido cutre donde no sonaba nada más que Ricky Martin y Gloria Estefan. Eso sí, el antro permanecía abierto hasta que caía el último borracho. La prueba principal del estatus del establecimiento entre la clientela se veía en que era casi el único local de la ciudad donde podías encontrar a un tipo que no fuera vestido con botas de piel de serpiente, tejanos ajustados y sombrero de vaquero. Bueno, eso y el hecho de que dentro había mujeres que podrían no ser putas.

Martínez estaba sentado en uno de los sofás, hablando con dos chicas con aspecto de tener la edad justa para beber y dejarse impresionar por un perdedor como él. El apuesto enanito probablemente estaba teniendo su momento *Scarface*, simulando que era algo más que un matón de poca monta en un rincón más cutre aún si cabe. Ni siquiera tenía dos dedos de frente para darse cuenta de cuando pisaba terreno peligroso. Simuló no fijarse en Harry cuando este entró, lo cual no le hizo ninguna gracia al recién llegado.

Harry pidió una cerveza y se dirigió a la mesa del chivato. En ese momento, Martínez «de repente» levantó la mirada y adoptó el aire de serena despreocupación que había estado ensayando los últimos tres minutos.

—Harry —dijo haciendo un gesto con la mano abierta al taburete de enfrente, sin molestarse en estar más erguido—. Siéntate. ¿Cómo te va?

—Di adiós a las guarrillas, Luis. Tenemos que hablar.

—Eh, esa no es forma de hablar a una dama, tío. Relájate un poco y quizá luego te traten bien, ¿lo pillas?

Quizá las chicas eran demasiado jóvenes, pero interpretaron la situación mucho mejor que Martínez. Se levantaron y se fueron a la barra, dejándolo con su actuación de Mister Simpático.

—Escucha, pendejo, te pago para que me consigas información, no para que te sientes aquí a tomar cócteles y pasar el rato con zorrillas menores de edad. ¿Cuánto hace que no me pasas nada, una semana?

Martínez mantuvo la fachada de serenidad, pero abandonó la sonrisa de viejos colegas.

—Me pagas por mantener los ojos y las orejas bien abiertos, tío. Eso es lo que dijiste, y eso es lo que estoy haciendo.

—Ah, ¿eso es lo que estás haciendo? ¿Y en todo este tiempo no has visto ni oído nada? ¿Es eso lo que quieres decir?

Martínez se movió en el sofá, estirándose ligeramente hasta adoptar una postura todavía más indolente (y en opinión de Harry todavía menos respetuosa), haciendo un mohín. Harry no sabía si eso era una sonrisa o un encogimiento de hombros, pero sabía lo que pretendía transmitir. El cabrón sabía algo, simplemente no estaba listo para contarlo.

—Dinero por mirar y dinero por hablar, son dos precios diferentes, tío. Lo primero es como una fianza, ¿sabes? —Dio un sorbo a su cóctel y se recostó otra vez—. La segunda parte es más cara.

Harry dio un trago largo a su cerveza, manteniendo todo el tiempo la atención en ese cabrón de mierda. Sabía que solo podía hacer una cosa.

—¿Cuánto? —dijo, volviendo a dejar la botella en la mesa.

—Dos mil.

Harry asintió.

—Está bien. Dos mil pesos.

—Dólares. Dos mil dólares americanos.

Harry rio.

—Sí, claro. Has visto muchas películas, chico. No estoy buscando al puto Jimmy Hoffa. Dos mil pavos. Búscate un trabajo.

—No conozco a ese Jimmy Hoffa. Pero sé que quieres a Núñez, y ese es el precio, tío. A mí me da igual si no hacemos negocio. Este tipo tiene enemigos, seguro que alguien más lo querrá lo bastante mal para pagar el precio. Puedo esperar.

Qué cabrón arrogante, seguro que le hubiera gustado grabar eso en vídeo, haciéndose el duro con el gran mafioso gringo.

—No te engañes, Luis. Que necesite tu ayuda es un regalo de los putos dioses, ¿vale? Por eso has estado alargando esta mierda, porque sabes que cuando me largue volverás a hacer de chulo de tu hermana o lo que cojones hagas cuando Santa Claus no está en la ciudad. Te daré mil pavos y date por satisfecho, ¿vale?

—Mil quinientos.

—He dicho mil. Pero puestos a negociar, ¿qué te parece si añado la promesa de no partirte la cara? Esa es mi oferta final.

—Mil doscientos.

—¿Eso es deduciendo o sin deducir lo que te he estado pagando por callarte lo que has sabido durante no sé cuántos días?

Martínez finalmente se enderezó.

—Mil, está bien.

—Vale, hablemos de ello. Te daré doscientos ahora y el resto cuando vea que merece la pena.

—Ni hablar, tío. Por adelantado todo. No te volveré a ver el pelo cuando hayas encontrado a Núñez.

—Solo llevo doscientos.

—Entonces vuelve cuando lleves mil.

—Solo puedo darte el equivalente en pesos con tan poco plazo. ¿Hay algún cajero en este agujero de mierda?

—Frente a la estación de ferrocarril —dijo Martínez sentándose otra vez—. Te explicaré cómo llegar.

—Más te vale. Vamos. Estoy harto de este marrón, estoy harto de ti y de esta puta ciudad. Entra en mi coche cagando leches. Quiero acabar con esto.

Martínez fingió un poco de reticencia y se puso lánguidamente en pie, como si no estuviera alucinando solo de pensar en tanta pasta. Harry caminó hasta la puerta con brío, con Martínez siguiéndole el ritmo, como si de repente temiera que darse atrás. No obstante, su entusiasmo desapareció al llegar al coche.

—Ni de coña, tío. No voy a entrar. ¿Cómo sé que no vas a ponerme una pistola en la cabeza en lugar de pagarme?

Harry suspiró.

—Como si merecieras una bala. ¿De qué me sirves si estás muerto? Si te pongo una pistola en la cabeza y te digo que hables, sabes que si aprieto el gatillo tendré que volver a pasar por todo este follón con algún otro desgraciado. No me jodas y métete en el coche.

Harry condujo hasta la estación y le dijo a Martínez que se quedara donde estaba mientras retiraba el dinero. Se agachó, dobló los billetes y se los guardó en su calcetín izquierdo, de manera que su acompañante lo viera. Había dejado el motor en marcha y no quería que Martínez se pusiera lo bastante nervioso como para cambiar de asiento y huir si pensaba que había algo chungo en el trato.

Martínez no le quitó el ojo cuando volvió a subir al coche, como si estuviera a punto de entregárselo allí y ahora.

—Venga. Vamos a dar una vuelta —dijo Harry arrancando y sin hacer caso al chivato.

Dio un giro de ciento ochenta grados en la plaza y luego dobló a la derecha en el semáforo.

—El bar está por allí, tío.

—Sí, claro, te voy a dar un fajo de billetes en un sitio público repleto de gente. No eres el único chivato en esta ciudad, Luis.

—¿Adónde vamos?

—Te lo diré cuando lleguemos. Hasta entonces, calla a menos que quieras decirme ahora mismo dónde está Núñez.

—No hasta que tenga el dinero, tío.

—Me lo figuraba.

Harry condujo en silencio hasta que se alejaron de la zona del centro y llegaron al cinturón industrial, a cierta distancia de las farolas y las aceras.

—Vamos a hacer lo siguiente —dijo, aparcando en un estacionamiento vacío a las puertas de un almacén.

Paró el motor y encendió la luz interior, luego se agachó y sacó los billetes del calcetín izquierdo. Del derecho sacó una navaja de mango plano que ocultó en la palma de la otra mano. Colocó el fajo de billetes en el salpicadero y se sentó.

—Todo tuyo —dijo.

Cuando Martínez se estiró a cogerlos, Harry le clavó la navaja en el muslo y le tapó la boca con la mano izquierda. Movié el cuchillo con lentitud, y utilizó el codo izquierdo para sujetar el torso de Martínez contra el asiento, a pesar de que se retorció muerto de miedo.

—Ahora escúchame, mariconazo. Acabo de cortarte la arteria femoral. ¿Sabías que era así como se suicidaban los romanos? Tardará una media hora. Es lo que hay. O me dices dónde está Núñez y te llevo al hospital, o me quedo aquí viendo cómo te desangras. ¿Qué dices?

Harry apartó la mano de la boca de Martínez, pero mantuvo el cuchillo en su muslo. Lo giró arrancándole un grito, pero no había nadie alrededor para oírlo.

—Ha empezado la cuenta atrás, Luis.

Martínez soltó todo lo que sabía tan deprisa como se lo permitió la hiperventilación de sus pulmones. Harry se guardó los billetes, retiró el cuchillo y abrió la puerta del pasajero.

—Baja.

—Has dicho que me llevarías al hospital, tío.

—Llama a una puta ambulancia, capullo —dijo Harry sacándolo del coche de una patada.

Cerró la puerta, arrancó y dio la vuelta para ponerse al lado de Martínez, que ya se había levantado y cojeaba hacia la calle principal. Harry pulsó un botón en el reposabrazos para bajar la ventanilla.

—Espero que no la palmes, Luis. De verdad que sí. Y si sobrevives, espero que hayas aprendido una lección importante sobre a quién no tienes que joder. Adiós.

La «casa» estaba a unos quince minutos de la ciudad, cerca de la carretera principal hacia el sur, para tener una vía de escape rápida. Daba la impresión de que Núñez había depositado su confianza más en el secreto que en la seguridad, porque la construcción era una casucha anónima prefabricada, en un estado deplorable y evidentemente incapaz de protegerlo del lobo feroz si este decidía venir a soplar. Harry pasó de largo por la carretera estrecha y aparcó donde no pudieran verlo, luego regresó a pie hasta una posición que le ofrecía una buena perspectiva. No había luces encendidas, nada claro. Apenas había indicios de que la casa estuviera habitada por otra cosa que no fueran ratas y escarabajos, salvo el bulto amorfo de una lona negra en un lateral del edificio, el lado que no se veía desde la carretera.

Harry sacó sus cosas del maletero, maldiciendo a Alejandro por esa mierda de la Polaroid. Monta una buena. Qué capullo. Como si la gente no fuera a asustarse lo suficiente viendo que cumplían con las amenazas de muerte.

Caminó en silencio a través de los arbustos dispersos y el polvo, avanzando hacia la lona a la luz de la luna y el brillo de focos de la carretera principal. No había otro sonido que el de los motores y los neumáticos sobre el asfalto, a unos doscientos metros de distancia. Harry llegó a la lona, se agachó a su lado y buscó en su bolsa una linterna. Al meter la mano bajo la lona notó el metal frío y se confirmó su sospecha de que había un vehículo escondido, probablemente un Toyota 4x4 azul oscuro de 1999. Se metió debajo y encendió la linterna con la tranquilidad de que la lona ocultaba la luz. Era un Toyota azul, sin duda, pero miró el número de la matrícula para estar completamente seguro.

Ahí lo tenía.

Avanzó lentamente hacia la entrada de la casa, apoyando tentativamente el peso en las tablas de madera del porche y echándose atrás cuando oía el inicio de un crujido. No parecía que el marco de la puerta pudiese resistir una buena meada, y mucho menos una buena patada, pero optó por forzar la

cerradura cutre de motel barato. Si por cualquier razón resultaba que Núñez no estaba y tenía que quedarse esperando en secreto a que regresara, perdería el factor sorpresa si volvía y se encontraba con que faltaba la puerta principal.

Harry se agachó en el porche y dejó la pistola en el suelo antes de sacar del bolsillo una pequeña ganzúa. La insertó con suavidad en la cerradura con la mano derecha y en cuanto agarró el pomo redondo de aluminio con la izquierda, este cedió y la puerta se entreabrió unos centímetros. Harry buscó su pistola y estuvo a punto de caer de bruces a causa de una reacción que combinaba pura sorpresa y una repentina pérdida de equilibrio.

No se produjo ningún movimiento en el interior, y a través del estrecho hueco solo se veía oscuridad, pero no todos sus sentidos estaban en desventaja. Era difícil decir qué le sorprendió antes, si el olor o el zumbido de las moscas, pero no había duda de cuál lo impactó más.

—Coño...

Harry apenas pudo contener la náusea. Era una habilidad que había adquirido a la fuerza estando cerca de un montón de muertos —a dos de los cuales había tenido que desenterrar y volver a enterrar—, pero ese hedor en concreto puso su destreza al límite, y eso que todavía estaba en el porche. Se agachó para sacar de su bolsa un trapo que pretendía usar para borrar sus huellas dactilares y se lo ató en torno a la nariz y la boca como si estuviera a punto de cometer un atraco en el salvaje oeste. Luego agarró otra vez la linterna y a regañadientes abrió la puerta con el pie.

El haz de luz apenas penetró la oscuridad, destacando solo pequeñas zonas al pasar, que parecían dibujos hechos con puntitos. Harry se volvió y enfocó la pared justo en el lado interior de la puerta. Encontró el interruptor. Por desgracia, funcionaba.

La casucha consistía en un solo ambiente salón-dormitorio, con una zona de cocina en un rincón y un aseo separado en la parte de atrás. Un lavabo, una cocina de dos fuegos y una encimera constituían los únicos muebles, aparte de un sofá cama recogido cubierto con una sola sábana. Otros detalles de interés eran una descuidada dispersión de latas de comida vacías y cajas de *pizza*, una bolsa de lona con ropa de hombre, un par de zapatos también de hombre, una botella medio vacía de José Cuervo, un ejemplar de *Hustler*, una chaqueta marrón de ante, varios libros de bolsillo con las esquinas gastadas y la cabeza de Núñez en un jarrón de cristal.

Oh, sí.

Estaba en el extremo de la cama, sobre una almohada, por el amor de Dios, como si fuera el puto diamante de la esperanza. Amaratada, acuchillada,

hinchada, descolorida y sumergida en fluido, pero todavía reconocible: Núñez, mirando a un lado con esa mirada bobalicona que siempre se les queda a los cadáveres al cabo de unos días bajo el agua.

—Toda la casa estaba pringosa de sangre, como si hubieran usado un puto aspersor de jardín: paredes, suelo, basura, ropa, todo. La única cosa que se había salvado, en cierto sentido, era la sábana que cubría el sofá cama. No es que no tuviera sangre, sino que más bien estaba salpicada.

—Ni eso. Estaba embadurnada.

El único alivio era que no parecía haber tantas moscas como el ruido sugería. Probablemente lo había amplificado su imaginación, aunque confiaba en que su cerebro desintonizara un poco el ruido al concentrarse en toda la mierda que sus ojos contemplaban.

Harry se acercó a la cama con paso vacilante, pero pensó si debía tocar la sábana. Volvió al exterior para ir a buscar un par de guantes de látex de su bolsa. En realidad las consideraciones forenses no le motivaban tanto como el hecho de acabar con la sensación de asco que le producían las salpicaduras de sangre. Regresó al interior —con pocas ganas, tenía que reconocerlo—, respiró profundamente y retiró la sábana.

Al instante se encontró envuelto por un enjambre de moscas, a las que distrajo de su gran festín bajo las sábanas. Cerró los ojos y movió los brazos en un intento de apartar al menos un millar de ellas. Si pensaba que había tenido éxito en no vomitar en cuanto había abierto la puerta, ahora desde luego merecía un premio por contener su cena. El olor empeoró, acompañado por la relativamente inofensiva pero de todos modos repugnante y desagradable sensación de tener varias decenas de insectos reptando en su pelo.

Al cabo de unos segundos de mover los brazos, la intensidad del asalto aéreo se redujo. La mayoría de las moscas regresaron a su festín, y Harry se sintió lo bastante seguro para abrir los ojos otra vez.

—Su puta madre.

Parecía que habían puesto el resto de Núñez en una batidora. La cama estaba cubierta de arriba abajo de carne podrida, con huesos y algún órgano interno sobresaliendo de esa masa informe. Los pulmones eran lo más destacable, pues su tamaño hacía que la forma siguiera siendo reconocible, aún después de las atenciones prestadas por el Primer Escuadrón Aerotransportado de Belcebú. Aparte de eso, resultaba bastante difícil adivinar qué habían sido antes cada uno de los bultos cubiertos de moscas,



sobre todo porque no parecía quedar nada de piel. ¿Eso también lo habían hecho las moscas, o...? Joder, ¿qué más daba?

Harry había visto salvajadas en su vida, pero pocas como aquella. Parecía obra de un asesino psicópata. No obstante, hay costumbres que no se pierden, y quizá al cabo de un tiempo se conviertan en un reflejo. Harry recogió la chaqueta de ante y palpó los bolsillos hasta que encontró lo que estaba buscando: la cartera de Núñez. Las tarjetas de crédito seguían allí, así como algunos billetes de poco valor, pero faltaba el carnet de conducir.

Procedimiento típico de sicario.

—Hijoputa.

Alguien le había ganado por la mano, y por varios días.

—Monta una buena.

Alejandro. Puto Alejandro. Desde el principio no había sido el único a quien le había encargado la ejecución. Cabrón traicionero. Quizá también por eso había querido mandar a Harry a la puta ciudad de Vancouver, porque tenía cubierto Hermosillos en secreto. Hijo de perra.

Pero en ese caso, ¿por qué nadie lo sabía? ¿Por qué habían esperado hasta esa tarde para llamarlo por teléfono? Harry no era forense, pero había visto lo suficiente para adivinar que Núñez llevaba al menos dos días muerto. ¿Y qué había dicho Martínez? Que Núñez tenía enemigos. Harry había supuesto que el plural se refería colectivamente a los Estobal, pero quizá no eran los únicos a quienes Núñez había jodido.

Mierda.

Pero bueno. En cualquier caso, el trabajo estaba hecho, y eso era lo principal, al menos por el momento. Podía tomar las fotos y salir de ese pozo de basura. No obstante, no pudo evitar sentirse un poco desanimado. Ese era el problema del libre mercado: sabía que era bueno en lo que hacía, y a todo el mundo le gusta sentirse especial, pero esa situación le recordó que desde una perspectiva global, y en sentido figurado, solo era una puta más en una calle muy larga.

**I**  
**ESTE BANCO ES NUESTRO**

Dale a un hombre una máscara y dirá  
la verdad

Oscar Wilde

## UNA AMARGA VICTORIA

Angelique notó un sabor a sudor en la lengua al apoyarle una mano en el pecho. El sudor había caído en su boca desde solo unos centímetros más arriba, desde el labio superior de él, que compartía el mismo aire caliente y rancio; o quizá estaban lo bastante cerca para intercambiar aire espirado. Sus pies estaban entrelazados por los tobillos, con los tendones tensándose al apuntarse uno contra el otro. Los talones y omóplatos de Angelique funcionaron como cuatro contrafuertes cuando se arqueó para elevar el peso de ambos cuerpos desde el suelo. Se quedaron enlazados, inmóviles por un momento, con las miradas de ambos yendo y viniendo de los ojos del otro a sus cuerpos entrelazados, como si cada uno estuviera verificando que el otro captaba el significado de lo que finalmente estaba pasando entre ellos.

Ella estaba cediendo; había cedido. Había sido vulnerable, lo sabía, pero había sido decisión suya meterse en esa situación en un momento así. Preocupada, debilitada por esa insidiosa disminución de su sentido de identidad. Y allí estaba él, capaz por primera vez de vencer las defensas de Angelique de una forma que ella antes había repelido con facilidad.

Él también lo sabía. Después de todo el tiempo que llevaban juntos, no podía haberlo pasado por alto, y ella no podría habérselo ocultado. Angelique buscó la cara de él con la mano libre, pero él la apartó por la muñeca con una facilidad que ambos reconocieron como una pantomima obligada y poco entusiasta.

Stewart suspiró con una decepción manifiesta que invitaba a indagar.

Angelique se relajó y sintió que la energía también se disipaba del cuerpo de su compañero.

—¿Qué quiere decir es esa cara? —preguntó ella, sin esforzarse en enmascarar su propia irritación.

—Me doy cuenta de que no estás en lo que tienes que estar.

—¿Qué, solo porque estás encima?

—Sabes a qué me refiero. —Stewart cargó el peso sobre un codo y se echó a un lado. Se incorporó, apoyándose en su mano derecha—. Si no te entregas del todo, solo me estoy engañando.

—Y eso es demasiado para tu ego masculino.

—No, pero soy lo bastante sincero para admitir que es una pérdida de tiempo para los dos.

Ese era un comentario justo. Angelique se incorporó para sentarse y se apartó de la frente el pelo empapado de sudor.

—Lo siento. Estoy un poco hecha polvo en este momento. Ni siquiera habría venido aquí hoy si no hubiera pensado que esto podría ponerme en marcha, despejarme la cabeza, que podría concentrarme en algo físico.

—Te entiendo. He hecho lo mismo muchas veces, pero en tu caso no creo que esté funcionando. Es como si solo estuvieras aquí a medias.

—Es un poco frustrante. Pensaba que estar aquí me ayudaría a dejar atrás toda la mierda, pero es inútil porque no puedo.

—En este estado, lo mejor para ti es que practiques tus *kata*.

—Si no puedes follar, hazte una paja, ¿es eso lo que estás diciendo?

Stewart rio.

—Dicho con tu característica delicadeza, pero sí. Concentrarte solo en tu cuerpo y tu movimiento puede ayudarte porque es más básico; además únicamente tienes que preocuparte por ti. Y si le dedicas el tiempo suficiente acabarás agotada. A mí eso normalmente me ayuda a vaciar la mente.

—Gracias. Pero creo que en este estado lo mejor para mí sería dejarlo por hoy. Siento que solo estoy quemando embrague. Perdón.

—No vale la pena forzar.

—¿Y tú? ¿Vas a...?

—Voy a trabajar un rato con los sacos. Puede que tú estés solo a medias aquí, pero incluso esa mitad sigue desviando mis patadas, como si tuviera las piernas de corcho.

—No desvíó...

—Solo redireccionas, lo sé. Pero oírte decir eso un centenar de veces no me ha hecho más rápido.

—Todavía no me has perdonado por aquella vez que te rompiste la clavícula, ¿eh?

Stewart sonrió, acercando con timidez una mano instintiva al hombro que estuvo herido.

—Es a mí a quien no he perdonado por intentar hacer un movimiento que era el equivalente a un rinoceronte atacando a un ruiseñor. Lección aprendida, pero la teoría sigue siendo más fácil que la práctica.

Angelique sintió que podía quedarse bajo la ducha todo el día. Mala señal. Era la zona de seguridad entre estados mentales, tenía tanto de postergación como de ablución, y le daba tiempo para preparar el estado de máxima alerta que enseguida se le exigiría o bien la oportunidad de no pensar en nada durante unos minutos. Había veces en que lamentaba no poder permanecer en aquella quietud protectora, sobre todo en ese primer momento en el que se daba la vuelta y dejaba que el agua resbalara por su cabello y su espalda.

Esos momentos nunca eran alegres.

Hasta cuando simulaba lo contrario —mintiendo, negando—, este era el lugar donde no podía esconderse de sí misma, el lugar donde siempre se encontraba. Angelique era fuerte como la que más y la movían altos niveles de autodisciplina y escasas reservas de autocompasión. Podía poner buena cara y convencer a tanta gente de que estaba bien que casi terminaba por creérselo, como un director de periódico sensacionalista que escruta los resultados de una encuesta telefónica manipulada. Pero ella sabía que cuando empezaba a sentir la ducha como un refugio y deseaba que fuera una máquina de actividad suspendida, significaba que estaba sufriendo un trastorno psicológico al que en las publicaciones médicas se referían como «estar bien jodida».

El ejercicio frustrado de esa mañana le había parecido una medida terapéutica apropiada, que buscaba desconectar su mente de..., bueno, por eso no había funcionado. No sabía de qué tenía que desconectar exactamente, lo cual era un síntoma evidente de que no estaba bien. En muchas ocasiones, una sesión en el *dojo* le proporcionaba el respiro perfecto de aquello que la preocupaba, le permitía canalizar toda su concentración en lo físico, hasta excluir todas las preocupaciones periféricas. Podía perderse en el agotamiento, en un lugar más allá del dolor y la fatiga, preocupándose solo de su oponente y las cuatro paredes entre las que libraba su combate. Como decía Stewart, a veces el agotamiento simplemente vaciaba tu mente; y aún mejor, otras veces ayudaba a reducir tus preocupaciones a los hechos más básicos, dejándote ver solo los problemas y no las largas sombras que la ansiedad proyectaba en torno a ellos.

Esa mañana, en cambio, eso simplemente no funcionaba. La preocupación no era el problema. Cuando menos, esta era una señal para saber que algo iba mal y para sentirse suficientemente preparada para los posibles estragos. La preocupación era una señal de que te importaba algo.

En ese estado, había tenido suerte de salir ilesa. Ella y Stewart tenían cuidado de no llegar a golpearse durante esos combates de entrenamiento y los simples contactos en lugares específicos contaban como puntos conseguidos, pero era una señal de respeto mutuo que evitaran ciertos ataques (en ocasiones dependían estratégicamente de ello), con lo cual una pérdida de concentración podía tener consecuencias sumamente dañinas. Stewart había sido su profesor de judo cuando se conocieron y todavía daba clases en la policía, pero recientemente habían compartido su conocimiento sobre diversas artes marciales en innumerables sesiones mano a mano: dos obsesos agradecidos de haber encontrado a otro que no ofrecía ningún peligro de estar buscando vida social. Su combate era una mezcla indiferenciada de disciplinas diferentes, en parte como medio valioso de entrenamiento y en parte para nivelar un poco las oportunidades: Stewart contaba con una ventaja insalvable si se restringía al judo, mientras que Angelique tenía las de ganar si se ejercitaban con cualquier otra cosa.

Ella nunca había perdido hasta ese día, aunque inevitablemente había estado a punto después de tantos encuentros. No obstante, no era simplemente perder lo que indicaba el estado de ánimo de Angelique, sino la naturaleza de su derrota, la facilidad con la que había perdido, y no por él.

Se le pasaría, lo sabía. Lo superaría, terminaría sonriendo, lo achacaría a los biorritmos o a la mentira que pudiera esconder mejor la causa verdadera. Pero de lo que estaba más segura era de que volvería, quizá incluso con más rapidez, y la espiral se tensaría todavía más. La primera vez que se sintió así tuvo que aceptar la desagradable realidad de que había salido de Dubh Ardrain con más heridas que unas pocas costillas rotas. Luego, cuando regresó, comprendió, con todavía mayor pesar, que aún no se había recuperado. Ahora, esta tercera vez, se preguntó si eso significaba que nunca se recuperaría.

Dubh Ardrain: su momento de gloria, o al menos esa era la respuesta oficial si alguien investigaba la actuación de la policía para evitar una catástrofe. Internamente, le habían hecho sentir que su contribución no se apreciaba con la misma gratitud incondicional que a sus jefes les gustaba obtener por parte de la opinión pública en general. Angelique había soportado la política policial el tiempo suficiente para haber perdido todo rastro del idealismo ingenuo que pudiera haber albergado sobre la naturaleza de su trabajo, pero que lo más semejante a un elogio oficial que había recibido por lo de Dubh Ardrain fuera «una acción disciplinaria sería inapropiada» grabó a

sangre y fuego una nueva capa de cinismo en lo más profundo de su alma. «No os pongáis efusivos conmigo, chicos, es indecoroso».

En todos los interrogatorios oficiales hubo algo que le hizo sentir que sus esfuerzos habían sido lo mínimo que cabía esperar, y que estaba al borde de una acusación por negligencia o de que la demandaran por sus acciones torpes e indisciplinadas. Sí, claro que tenían que examinar objetivamente cada movimiento para aprender de lo ocurrido, pero ¿de verdad ese proceso requería eliminar por completo cierta visión global? La cifra de víctimas podría haberse elevado a miles y, sin embargo, estaban hablando de daños estructurales y costes de reconstrucción. Había evitado una atrocidad a gran escala ayudada solo por un civil, un factor sorpresa, un burdo descuido por parte de los terroristas y una dosis de improvisación estratosférica. En el curso de esa operación explotaron algunas cosas. Cosas caras. Cosas logísticamente complicadas de reconstruir. Pero en última instancia cosas reemplazables, materiales. El 11 de septiembre de 2001, ¿alguien arrojó una lágrima por la pérdida de aviones valorados en varios millones de dólares? Los aviones no tienen madres, no tienen maridos, no tienen hijos. Tampoco las centrales eléctricas.

Lo que estas sí tienen son propietarios. Angelique no se engañaba, sabía que las implicaciones económicas eran lo que verdaderamente preocupaba a los encorbatados a los que tuvo que responder después de lo ocurrido. A Angelique no le cabía duda de que si por un milagro alguien hubiera podido evitar el atentado contra las Torres Gemelas, él o ella habría terminado ante de un montón de gente con galones inmerecidos que le habrían preguntado «¿por qué no...?» y «¿no consideró que...?».

Todas las decisiones de Angelique fueron minuciosamente analizadas, sus alternativas colocadas bajo el foco del retrospectoscopio, sus elecciones evaluadas en una sala con aire acondicionado, café recién hecho y galletitas. En la medida en que ella pudo observar, el plomo y la metralla no afectaron a las deliberaciones.

Quizá le habría ido mejor con la metralla. Desde luego, Angelique había mostrado tener más sangre fría en Dubh Ardrain que durante la investigación. Tuvo que contenerse varias veces a lo largo de los diversos interrogatorios, pero, inevitablemente, algunas de las numerosas hipótesis incriminatorias la sacaron de sus casillas.

—En la grada todo el mundo es Maradona, ¿verdad? —había exclamado levantándose—. Pero se ve distinto en el campo. Traten de tener en cuenta que estaba disparando a terroristas mientras ustedes jugaban al golf.

—Siéntese, por favor, detective De Xavia. Ha de comprender que no necesariamente la estamos censurando, estamos tratando de construir una imagen precisa de lo que ocurrió.

«No necesariamente». Eso fue el factor decisivo.

—Váyanse a tomar por culo.

Ah, esa veta de arribista fría y calculadora aferrándose con las dos manos a su gran oportunidad de impresionar a los hombres importantes. También reconocible —y por fortuna interpretada— como un episodio de enajenación transitoria. Fueron tolerantes con su histrionismo, tenía que reconocerlo. Palabras tranquilizadoras de personas sabias, atenciones de aliados importantes, margen de tolerancia... y el arrebató de Angélique pasado por alto. Hasta puede que fuera injusto acusarlos de ingratitud, teniendo en cuenta que salvar varios miles de vidas le había dado los puntos suficientes para insultar a los mandos y aun así mantener el trabajo.

«La acción disciplinaria sería inapropiada».

Y el Volvo en el que has venido también, colega.

A Angélique no le faltó la aprobación de sus compañeros, naturalmente. Los que estaban cerca de la primera línea apreciaron con entusiasmo lo que ella había conseguido, y no se cortaron a la hora de manifestarle su apoyo. No obstante, dadas las circunstancias, la palmadita en la espalda y las palabras de solidaridad no hicieron más que contribuir a su sensación de que estaba en peligro. Era el tipo de apoyo que uno recibe cuando su reputación está en juego, y por más bienintencionados que fueran los sentimientos de sus compañeros, cada vez lo veía más claro. En lugar de una historia que contar, Angélique sentía que tenía un caso que defender.

No estaba buscando adulación o aplauso; esa no era la raíz de su rabia. Fue decisión suya permanecer en el anonimato cuando los medios buscaron al «héroe de Dubh Ardrain», y cuando su habitual apetito por una figura de esas características se convirtió en voracidad al cabo de solo unos días, tras los sucesos del 11-S. Más que nunca, la gente quería creer que las fuerzas de la ley y el orden podían protegerlos del terrorismo; y, más que nunca, las fuerzas de la ley y el orden querían creerlo también. En un momento sin precedentes de desesperación y pánico, no solo deseaban un héroe, deseaban un superhéroe, y Angélique sabía mejor que nadie que los superhéroes no existen. Pura suerte y mera coincidencia le habían dado la victoria sobre las fuerzas del mal, nada más. No había sido gracias a los servicios secretos, la infraestructura de seguridad, la vigilancia pública, el ingenio individual o cualesquiera de las cosas que la gente creía (y necesitaba creer



desesperadamente) que funcionaban para protegerlos. Una única coincidencia lo cambió todo, y sin ella, el Reino Unido habría tenido su propia Zona Cero. La policía tenía interés en sugerir otra cosa, pero ella no estaba preparada para formar parte del engaño.

La decisión de Angelique también estuvo en parte motivada por el deseo personal de proteger su intimidad y, en mayor medida, por el deseo profesional de poder trabajar de incógnito otra vez si era necesario. Que su nombre y su foto salieran en todos los periódicos no solo evitaría eso, sino que la sentenciaría de manera ineludible a un puesto en el escaparate de las relaciones públicas de la policía. Después de resistirse tanto tiempo a los deseos de los mandos de relegarla a un papel decorativo como mujer y asiática, por nada del mundo iba a convertirse en la chica del póster étnico de la policía de Strathclyde.

No es que darles lo que querían la hubiera salvado de la Inquisición, por supuesto. Si acaso, el tratamiento habría sido doblemente inmisericorde para hacerla entrar en vereda, no fuera que empezara a creerse el bombo publicitario que le venderían a la opinión pública. Eran cabrones manipuladores, hipócritas, con instinto de autoconservación, maquiavélicos, intransigentes, conservadores y falsos; en esencia, se vanagloriaban de poseer todas las cualidades necesarias para llevar a cabo el trabajo de política policial de alto rango. Tampoco era ninguna revelación. Así pues, se vio a obligada a preguntarse por qué le molestaban tanto las opiniones de gente a la que respetaba tan poco.

Y por qué las palabras de felicitación de colegas más próximos le sonaban huecas. Angelique no necesitaba su aprobación más de lo que necesitaba la sanción de sus mandos. Lo que le hacía falta era sentir que alguien comprendía qué demonios había ocurrido en Dubh Ardrain, y entendía que no había sido solo un día de trabajo excepcionalmente intenso. Los tipos con galones querían oír explicaciones por la multimillonaria factura de daños. Sus colegas querían oír cuentos de malos, bombas y patadas en el culo. Nadie quería saber nada de sudores nocturnos, vómitos, insomnio o ataques de llanto en Marks & Spencer.

Fue fácil, al principio, decirse que estaba bien. Al fin y al cabo había triunfado: impidió una masacre, aniquiló a los terroristas y desenmascaró a Espíritu Negro, por el insignificante precio de un disparo en su chaleco antibalas. A la mañana siguiente sintió que podía hacerlo todo otra vez, y esta vez con una sola mano; lo que no te mata te hace más fuerte, ya se sabe.

La mañana siguiente era domingo. El martes había sido el Once de Septiembre. Lo que estaba a punto de experimentar ya estaba en el correo, pero los sucesos de Nueva York y Washington lo pasaron a envío exprés.

Comprendió que esa sensación que perduraba había sido simplemente la euforia postraumática del superviviente: una sensación extraordinaria de vitalidad provocada por el hecho de haber estado tan cerca de la muerte. En el caso de Angelique también había servido para mantener sus niveles de adrenalina en la cota máxima a la que habían llegado durante su batalla contra los terroristas. No obstante, tarde o temprano, la adrenalina y la euforia tenían que disiparse, lo mismo que sus propiedades física y psicológicamente analgésicas. Podía tomar ibuprofeno para los efectos físicos, pero los psicológicos tenía que soportarlos a palo seco.

Terror y repulsión eran las emociones principales y abrumadoras que la sacudieron como a un gorrión en la estela de un 747 cuando sintió por fin la magnitud de aquello de lo que había escapado. Fue como verse involuntariamente sometida a una versión multisensorial de lo ocurrido que contenía todo lo que su mente había censurado en su momento con el fin de superarlo. Cada recuerdo, vivido incluso en sabor y olor, llegaba con una carga de temor reprimido que tenía que impactar antes de que fuera posible cualquier sensación de alivio. Lo que en su momento habían parecido acciones discretas, sensaciones físicas, deducciones, objetivos, estrategias, respuestas y reflejos, ahora se unían y se elaboraban, y el miedo y el horror de cada instante se multiplicaba por el anterior en un contexto mucho más vasto y aterrador de lo que ella previamente se había permitido contemplar.

Y por si fuera poco ser despiadadamente torturada por esta comprensión tardía de lo que acababa de evitar, también tenía que enfrentarse a la comprensión postergada de los actos que ella había llevado a cabo —y las escenas de las que había sido testigo— en el proceso. La sangre desempeñaba un papel protagonista en esta paleta de color, desparramada con generosidad sobre una serie de imágenes que demostraban muy gráficamente la incapacidad del cuerpo humano para compartir espacio con sustancias más resistentes o más maleables. La muerte se había presentado en varias formas, todas desagradables y en su mayoría provocadas por ella.

Pocas personas en este mundo serían menos lloradas o merecerían la muerte más que los terroristas, pero eso no alteraba el hecho de que se hubieran convertido en imágenes indelebles de horror, sufrimiento y fatalidad impresas en la mente de Angelique. Su conciencia podía estar limpia, pero tendría que vivir sabiendo lo que sus manos (y pies) habían provocado.

Pero claro, le dirían, para eso estaba la atención psicológica. Y en la actualidad, con esa nueva sensibilidad policial, podías pedir ayuda psicológica si habías sido testigo de una infracción de aparcamiento particularmente traumática. Las puertas de los profesionales del té y la compasión siempre estaban abiertas. Angelique, sin embargo, no deseaba que la adiestrada atención de desconocidos se ocupara de sus pequeños problemas emocionales para la mayor conveniencia del cuerpo policial. Lo que quería era que aquellos con los que trabajaba —y para los que trabajaba— se dieran cuenta de que había pagado un precio por lo que había hecho en el cumplimiento del deber; apreciaran que ella se había jugado la vida en Dubh Ardrain y había hecho cosas peligrosas, aterradoras, dolorosas, repugnantes y horribles ese día. Necesitaba que lo comprendieran sus compañeros agentes —incluidos esos viejos masones encorbatados— y no un asistente social con pretensiones.

Tenía que admitir que la falta de empatía con ella no se debía totalmente a la indiferencia ajena. Angelique estaba pagando el precio de haber dado durante mucho tiempo la impresión de que las balas le rebotaban, lo cual la había colocado muy abajo en la lista de gente necesitada de una oreja compasiva. Al principio había sido una forma necesaria de autodefensa ante aquellos que se habían mostrado reticentes a aceptarla; no había que ser racista o sexista para echar un vistazo a una mujer asiática flaca y pensar «discriminación positiva», o peor: «cupo». Así pues, si era cierto el tópico de que un no blanco o una mujer tenían que trabajar el doble para tener la mitad del reconocimiento, en su profesión debía ser cuatro veces más dura que los demás y quejarse una cuarta parte.

Y no eran solo los rigores del trabajo lo que tenía que superar con esa coraza de impenetrabilidad. También había de enfrentarse a los desaires, insinuaciones e insultos descarados de algunos colegas, que se clasificaban en dos categorías. La primera era la de los que alegarían estar probando si podían «tomarle un poco el pelo» (ella debía de haberse perdido la reunión en la que aquellos capullos habían sido designados jueces de carácter) sin que ella se ofendiese. Lograr un «todo bien» oficial requería que no diera demasiada importancia a su origen étnico, y el hecho de que eso era precisamente lo que ellos hacían suponía una ironía que eran incapaces de entender, con lo cual ganaría poco con señalarlo. No eran mala gente, solo inmaduros acostumbrados a exhibir sus inseguridades. Para algunos de ellos, Angelique había pasado la prueba, y por lo tanto se le había concedido el debido respeto; para otros, su imagen tocapelotas la convertía en un «personaje», y ese era el papel que esperaban de ella.

La segunda categoría era la de aquellos que se sentían agredidos por su presencia y por lo que en sus amarguras particulares percibían que ella representaba. Estos podrían no respetarla nunca, pero la actitud intransigente de Angelique al menos expresaba que por más que lo intentaran, no podrían hacerle daño.

Aunque a menudo se lo hacían. La coraza no era impenetrable y la imagen era simplemente eso: una proyección, una fachada. Era una máscara que había adquirido un valor incalculable para llevarla con sus colegas, pero desde Dubh Ardrain se había acostumbrado a usarla para ocultar una creciente alienación respecto a ellos.

No se estaba engañando. Sentirse lejos de quienes no habían compartido el suceso era un síntoma de manual de estrés postraumático, y por lo tanto prueba de la necesidad de alguna clase de terapia psicológica; pero también era la razón por la que el único «psicólogo» que merecía la pena era Ray Ash. Era la única persona que podía relacionarse verdaderamente con ella, más allá de la obviedad ensayada, la compasión practicada y los apuntes empáticos, porque Ray había estado allí. Habían estado al acecho, se habían ocultado, habían corrido y peleado codo con codo en aquellos túneles, cámaras y pozos, en medio de tiroteos y explosiones, a través del miedo, la ansiedad y la muerte. A diferencia de Angelique, lo más cercano a la formación de combate que Ray había tenido como preparación para la experiencia había sido jugar a Quake en su ordenador. A pesar de eso, parecía ser el que mejor sobrellevaba las consecuencias, lo cual lo convertía en una fuente de consuelo aún más valiosa.

Sin embargo, el consuelo no era terapia, y aunque hablar con Ray la hacía sentirse mejor, sabía que no era del todo constructivo. Tampoco particularmente justo. Angelique representaba lo peor que le había ocurrido a Ray y su familia, y ella debía tenerlo en cuenta cada vez que asomaba la cabeza por su casa. Además, siendo una mujer soltera, no era razonable que invitara tantas veces a una copa a un hombre casado.

Y ahí estaba la trampa. Ray se había recuperado por lo que le estaba esperando cuando las balas dejaron de volar y el último cascote tocó el suelo. La experiencia le había dado una lección, aprendida por las malas y perfectamente enfocada, sobre lo que de verdad importaba en la vida. Si Ray alguna vez se sentía afligido por los horrores de los que había sido testigo o los actos que había cometido, solo tenía que echar una mirada a su mujer e hijos para ponerlo todo en perspectiva. Sin duda, no solo valoraba mucho más lo que tenía por haber estado tan cerca de perderlo, sino que su familia

constituía el conjunto del aquí, el ahora y el futuro, y un motivo convincente para dejar Dubh Ardrain en el pasado.

¿Qué tenía Angelique en comparación? Solo un trabajo que, en palabras de su madre («ya te lo dije»), nunca le devolvería el amor que ella ponía. Últimamente, de hecho, había empezado a sentirlo como una relación abusiva, tanto peor por ser la única que tenía.

Bien sabía Dios que había soportado pruebas duras en los últimos tiempos, pero ¿existía algo más espantoso que tener que reconocer ante sí misma que su madre tenía razón? Ah, sí, claro: tener que reconocer ante su madre que tenía razón. Por fortuna, la actual depresión de Angelique no había llegado a la fase del autocastigo, así que hasta el momento había resistido ese acto particular de humillación.

Se estiró para coger el champú, empezando a regañadientes el proceso que muy pronto la dejaría sin más excusas para quedarse bajo la ducha. Oh, bueno. Al menos ahora podía orientar su mente ofuscada hacia una razón específica para no querer salir del cubículo ese día: *diner chez ses parents ce soir*, la única cosa que casi podía añorar de Dubh Ardrain.

El trabajo nunca le devolvería el amor que le dedicaba, ahora podía estar de acuerdo con su madre en eso. En lo que seguían difiriendo era en la teoría de que no le afectaría tanto si pudiera encontrar a alguien que le importara. Su madre hablaba de ello como si fuera tan simple, como un electrodoméstico que ella se hubiera resistido a comprar sin motivo: satisfacción garantizada, y una adquisición que no sería un problema una vez tomada la decisión.

*Just do it*, como decía el anuncio de los explotadores de niños. Si te ocupas, llegará; y prematuramente según la experiencia de Angelique.

«¿Sigues sin haber nadie en el horizonte?». Esa era la fórmula preferida de su madre («oh, lo siento mucho pero tengo que preguntártelo porque me importas») para sacar el tema, normalmente acompañando la pregunta con una sonrisa mustia, ofreciendo ya compasión anticipada ante la respuesta indefectiblemente decepcionante.

Angelique se contenía mucho para no contestar: «No puedo verlo sin un puto telescopio, mami».

En realidad, Angelique consideraba que las palabras escogidas de manera inconsciente por su madre eran las apropiadas. Si había un hombre adecuado para ella en este mundo, el horizonte era exactamente donde esperaba verlo, porque es un lugar que nunca puedes llegar a alcanzar. Tampoco había existido ningún hombre no adecuado en bastante tiempo, lo cual significaba que el único contacto físico del que podía disfrutar lo tenía en el *dojo*, y no

había riesgo de que eso llevara a ninguna parte. Stewart era considerado, amistoso, atractivo, de hermosa complexión y tentadoramente soltero, pero por desgracia a Angelique le faltaba un pene para ser su tipo.

Quizá debería intentarlo con un anuncio:

Mujer amargada, desilusionada, cada vez más malhumorada, con destreza para la violencia y adicta al trabajo busca un hombre en el horizonte para olvidarse de todo. Debe ser no fumador, con sentido del humor, tolerante con los horarios intempestivos y al que no intimide la perspectiva de acostarse con alguien que tiene más muertos que amantes en su historial. Por favor, responda al apartado de correos 999, citando el código D-SPRADA.

Lo mandaría ese mismo día al *Herald*, así al menos podría contarle a su madre que estaba intentándolo.

Su hermano James también había propuesto un remedio para su melancolía, que Angelique no había conseguido ocultar durante la cena de celebración que su cuñada Michelle había organizado la noche anterior. El remedio de su hermano sonaba más modestamente plausible que el de su madre, pero no había ofrecido más pistas respecto a dónde podía encontrarlo.

—Necesitas un poco de diversión en tu vida —dijo.

Dale a ese hombre una pipa y una gorra de Sherlock. En su siguiente caso podría inferir que el cuerpo inerte descubierto junto a la portería de los Rangers pertenecía al futbolista Bert Konterman. James podía tener razón, pero las soluciones obvias (el despido de Bert, por ejemplo) no lo resuelven todo de golpe. Dicho esto, y al igual que ocurría con el despido de Bert, eso suponía sin duda una mejora.

Donde terminaba la comparación era en la ejecución. Lo único que tenía que hacer el entrenador McLeish era dejar de escribir el nombre de ese cabrón inútil en la lista de titulares. Que Angelique pusiera un poco de diversión en su vida parecía una propuesta menos directa, sobre todo teniendo en cuenta cómo se sentía precisamente ese día.

Stewart estaba esperándola cuando salió del vestuario. Seguía con su kimono de judo y daba la impresión de haber estado sudando durante el limbo que ella se había autoimpuesto en la ducha. El olor era más perceptible ahora que ella se había lavado y desodorizado a conciencia. Avalancha de feromonas; no le resultó para nada desagradable, pero sí fue responsable de

inducir anhelos instintivos que era poco probable que pudiera satisfacer pronto. Stewart llevaba un boli y un montón de papeles doblados.

—Pensaba que te habías fundido ahí dentro.

—Soy la bruja malvada de la oficina.

—Ah, claro.

—A veces es difícil dejar la ducha, ¿sabes?

—Sí, pero normalmente somos dos antes de que me sienta así.

—¡Guarro!

Stewart sonrió, pero no parecía precisamente encantado. La tormenta de Angeliq ue estaba empezando a salpicar por la periferia.

—Oye, ¿estás bien? —preguntó Stewart con voz suave y seria—. Pareces...

—¿Agotada?

—Como mínimo. ¿Quieres comer algo? ¿Charlar?

—Gracias, Stewart, pero creo que será mejor que esté sola y no imponga mi presencia a gente inocente. ¿Qué tienes ahí? —preguntó, antes de que él pudiera hacer ningún intento bienintencionado e innecesariamente masoquista de insistir.

Stewart desdobló las hojas, echó un vistazo y puso una encima.

—Es cosa del registro anual para la asociación. Solo necesito que firmes abajo, a menos que haya cambiado algún detalle. ¿No te has mudado en el último año o algo?

—No.

Stewart empezó a examinar el formulario, tocando las distintas casillas con el bolígrafo.

—Entonces, nombre, dirección, teléfono, fecha de... ¡Ah!

Angeliq ue suspiró, incapaz de dar ninguna respuesta verbal apropiada.

—Bueno supongo que esto explicaría muchas cosas —dijo Stewart con un pequeño gesto de dolor—. Treinta hoy. Supongo que es mejor que no te desee feliz cumpleaños viendo tu aspecto.

—No a menos que quieras otra clavícula rota.

Vale, sí, eso explicaba muchas cosas, pero no todo. Todavía se requería perspectiva. Angeliq ue no creía que hubiera un buen momento para cumplir treinta, igual que no había un buen momento para que te marcaran un gol, pero tenía la sensación de que era como un gol justo antes del descanso. Era difícil creer que el simple hecho de ver esos dos dígitos en una tarjeta de

felicitación de cumpleaños la hubiera hecho sentir tan mortal si no hubiera llegado después de muchos golpes, figurados y literales. Aunque tal vez se equivocaba. Quizá cumplir treinta te hacía sentir así aunque hubieras pasado el último año en un yate en el Caribe. Quizá el proceso era tan inevitable como la edad en sí: la aproximación a los treinta propiciaba una severa evaluación del lugar donde te encontrabas en la vida, de lo que habías hecho hasta el momento y de lo que todavía tenías que hacer; y ella se habría planteado las mismas preguntas, con las mismas respuestas pesimistas, aunque lo de Dubh Ardrain no hubiera ocurrido nunca.

Una cosa en la que definitivamente tenía razón era en que necesitaba estar sola en ese momento, y Angeliqúe sabía por experiencia que no había ningún sitio mejor para la soledad que estando rodeada de otras cincuenta mil personas. No era tan estúpido como parecía: se trataba de fútbol, y si ibas sin acompañante, había veces en que el corazón de una multitud podía parecer el sitio más solitario del mundo. Tampoco hacía falta ir perdiendo siempre por dos a cero; ni tenía nada que ver con ser la única cara oscura en un mar de blanco (pero tenía mucho que ver con ser la única cara oscura en otro mar de blanco).

Hasta con cincuenta mil personas alrededor de ella contemplando el mismo espectáculo, sintiendo las mismas emociones y deseando el mismo resultado —quizá tal vez por todo eso—, era posible parecer alejado de toda relación humana. Y eso porque, estés solo o acompañado de cincuenta mil personas, sigues siendo un espectador impotente apostando tus emociones al resultado de una competición entre otra gente. Quizá no era lo mismo si estabas allí con tus diez mejores amigos (o era exactamente igual), pero Angeliqúe sentía que su contacto con todo lo que la rodeaba quedaba completamente en suspenso hasta que ciertos sucesos se resolvieran por sí solos, y eso podía reducirse a ver quién se hacía con un balón dividido o a la duración de un partido entero.

En ocasiones, Angeliqúe podía perderse en el juego y otras veces perderse sin más. No tenía que ser un derbi, de hecho no necesitaba que fuera un buen partido, así podía sentirse vagando completamente sola mientras contemplaba el estadio, a los jugadores y a ella misma. Sus pensamientos quedaban consumidos por el juego, las tácticas, sustituciones requeridas o retribuciones deseadas; su mente podía vaciarse por completo, para verse sorprendida de repente por algún incidente que la arrastrara de nuevo al partido. En todo caso, cuando sonaba el pitido final tenía la sensación de que su cerebro era un ordenador reiniciado en el que solo los elementos más esenciales se



restauraban por sí mismos, brindando una preciosa oportunidad de claridad y perspectiva antes de que toda la basura se cargara otra vez.

Siempre había ido al fútbol sola, incluso antes de que la tiranía del abono de temporada impidiera que dos personas se sentaran juntas si no lo pensaban con nueve meses de antelación o deseaban hacerlo por una duración inferior a veintitantos partidos en casa. Angelique, no obstante, no podía citar a ningún amigo del que se hubiera separado por ese motivo, y aunque continuaba saludando con la cabeza (y a veces abrazaba) a los tipos que se sentaban a su alrededor, no sabía nada de ellos, más allá de a qué equipo apoyaban y sus altisonantes opiniones sobre algunos de los jugadores que cobraban por llevar la camiseta azul. Aquellos con los que se sentaba cada dos sábados (siempre que estuviera fuera de servicio) no sabían nada más de ella, mientras que la mayoría de los que sabían algo más no tenían ni idea de dónde se sentaba cada dos sábados.

La razón era que Angelique de Xavia era seguidora de los Rangers.

No, está bien.

No esa clase de seguidor de los Rangers. No de los de derechas que odian a los católicos y apoyan al Partido Nacional Británico; esos que son antiirlandeses, monárquicos, triunfalistas, zafios, arrogantes, ignorantes, llevan banda, bombín, pantalones de poliéster, tatuajes de Voluntarios para la Defensa del Úlster, que tocan la flauta, tienen un retrato de Guillermo III en la repisa de la chimenea y empezaron a ir al campo cuando llegó Souness pero juran que estaban allí a principios de los ochenta, los que desaparecen en cuanto el equipo no gana, no conocen ni un solo jugador que no sea del Rangers o del Celtic, ondean la Union Jack, odian Escocia, hacen el saludo nazi, lanzan bombas de fabricación casera, aprietan la pasta de dientes por arriba y se tiran un pedo en un ascensor repleto.

Evidentemente.

Angelique no era de los que toman los peores rasgos de los individuos de un colectivo y luego los atribuyen de manera indiscriminada a todos los miembros de dicho colectivo. No. Esa clase de persona sería un fanático.

Muy pocos de los amigos de Angelique, y menos aún de sus colegas de trabajo, sabían que era aficionada al fútbol, y desde luego no una Teddy Bear, una hinchita de los Rangers. Hasta había conseguido ocultárselo a su hermano James cuando eran más jóvenes, hasta que la enorme tentación de silenciar su superioridad moral de aficionado del Celtic se hizo irresistible. Curiosamente, se llevaron mejor desde esa confesión adolescente, aunque no necesariamente

en días de Old Firm, y por desgracia Angelique había tenido que pagar el precio de que a partir de entonces él la llamara la «lealista de Kampala».

Ya adulta, no obstante, Angelique se mostraba muy reticente a comunicar de manera voluntaria cualquier aspecto de esta información, por razones diferentes con distintos grupos de interlocutores. Fuera del trabajo, lo ocultaba a su círculo social no porque se avergonzara de ello en modo alguno, sino porque no podía soportar la lata de tener que justificarse, dar explicaciones, disculparse, hacer aclaraciones y llevar a cabo toda una rutina de despioje ideológico que la mera mención de defender la camiseta azul implicaba en compañía de progres petulantes con aspiraciones intelectuales. En el trabajo, evitaba por completo la charla futbolera, pues detestaba la capacidad que esta tenía para engendrar una camaradería superficial, y no quería rebajarse a hacer algo que pudiera dar la impresión de que estaba tratando de ser uno más de los muchachos. También era un camino fácil a la aceptación y la aprobación: hasta los aficionados del Celtic en el trabajo habrían sentido sin duda que podrían relacionarse mejor con ella si sabían que seguía los partidos, y eso la cabreaba. Si pasaban por alto el resto de sus cualidades pero de repente decidían que «estaba bien» por el equipo al que apoyaba, o simplemente porque apoyaba a un equipo, no quería su aprobación.

Por esa razón, no hablar de ese tema en el trabajo era más fácil que hacerlo en otro lugar, pues lo sentía como una cuestión de principios morales. No obstante, era su agudo sentido moral lo que también podía hacerla sentir más frustrada respecto a mantener la boca cerrada en su tiempo libre. Como agente de policía que era, nadie tenía que contarle a Angelique las abominaciones que podían llevar a cabo ciertos zumbados que defendían al Rangers Football Club, y como poseedora de un abono de temporada, nadie necesitaba ofrecerle más información sobre los ingratos sentimientos, opiniones, creencias e ideologías que podían oírse en Ibrox los días de partido. Aceptaba que en la percepción popular preponderante lo que quedaba de los aficionados de los Rangers eran las peores imágenes, por más injusto y poco representativo que eso pudiera ser (una filmación de cincuenta mil Bears que se comportan correctamente, van al partido, lo miran y luego vuelven a casa no constituía ninguna primicia televisiva, sobre todo si ocurría cada semana). Aceptaba que entonar constantemente una canción que decía que estaban «con sangre de feniano hasta las rodillas» no era un alarde de relaciones públicas en una parte del mundo donde la palabra *feniano* era para la mayoría de la gente un término crudo y peyorativo para designar a los

católicos, por más que una minoría informada lo consideraba una referencia a los políticos de principios del siglo xx en Nueva York y sus seguidores. Aceptaba que a los imbéciles que mantenían el brazo derecho levantado a la altura del hombro en los partidos fuera de casa no debería sorprenderles que tomaran su gesto como un saludo nazi (y no como un gesto de solidaridad con los lealistas del Úlster: importante matiz este, unos eran un puñado de matones racistas de extrema derecha y los otros eran alemanes). Aceptaba que siempre había que dar explicaciones a la gente si se le ocurría mencionar su pequeño entusiasmo deportivo, y admitía que esto era una pega inevitable por ser seguidora de un club enorme, rico, de perfil alto y enormemente exitoso (a los aficionados al St. Mirren, por ejemplo, generalmente no se les exigía que se disculparan por los insultos racistas a Ruud Gullit cuando el Feyenoord jugó en Love Street en 1983). Siendo una persona justa y con principios morales, y alguien que sabía que era poco probable que los sufrimientos de una incomprendida aficionada al fútbol inspirara una novela de Thomas Keneally, podía aceptar todas esas cosas.

Lo que no aceptaba era que las mismas reglas, valores y prejuicios no se aplicaran a aquellos hijos de puta seudoirlandeses del otro lado de la ciudad que podían anunciar con ruidosas trompetas esas credenciales verdiblanco a la menor provocación sin temer el mismo ostracismo potencial. Entre esos aficionados había los mismos chalados, buscadores de gloria, fanáticos y extremistas, y su club tenía los mismos trapos sucios, pero la gente educada no parecía considerar a los aficionados del Celtic individualmente responsables de esas humillaciones y vergüenzas, como sí lo eran los aficionados del Rangers. Si acaso, se presentaba como prueba de alguna clase de integridad izquierdosa y compasión por el desfavorecido (pasando por alto el hecho de que en Escocia, el Celtic no era en absoluto un club indefenso). No obstante, cuando James le contaba a alguien que era del Celtic (unos tres minutos después de presentarse, de promedio), nadie preguntaba si eso significaba que era defensor del IRA, odiaba a los protestantes, era un irlandés simpatizante con los terroristas que nunca había estado en un estadio antes de Fergus McCann, cantaba canciones que glorificaban a asesinos de niños, justificaba que el club hubiera tapado durante treinta años el escándalo de abuso infantil en sus equipos inferiores, respaldaba la decisión de la junta de no ofrecer un puesto a Jock Stein porque no era católico y siempre ponía algo de dinero en un cubo «para los niños» al final de una noche en el *pub*.

Cuando Angelique señalaba a James esta incongruencia, él justificaba las penurias de ella como consecuencia de que los Rangers eran «el club del

*establishment*». Teniendo en cuenta que la mitad del actual gabinete escocés tenía abonos de temporada en Parkhead y que todo actor, estrella de *rock*, comediante y figura pública de cualquier otro tipo proclamaba su amor eterno por «los Bhoys», las hordas del Celtic, costaba descubrir a quién incluía en realidad ese *establishment*. A menos, por supuesto, que todos esos tipos con abrigos de pelo de camello del palco constituyeran un círculo secreto que dirigía el país en la sombra. Hum. Tal vez eso explicaba por qué los cabrones normalmente estaban demasiado ocupados para quedarse los noventa minutos.

Curiosamente, por injusto y frustrante que a ella le resultara todo aquello, Angeliqúe tenía que reconocer que en cierto modo le iba bien, porque mantenía a lo largo de su edad adulta el estatus especial que apoyar a los Rangers había tenido en su juventud. Siempre había sido su secreto personal, privado, como un vicio, mucho más emocionante por el hecho de ser clandestino. O mejor dicho, no un vicio —no había nada inmoral en ello—, sino de hecho una subversión. Yendo a una escuela llena de aficionados del Celtic, ella era la que podía llamarse genuinamente rebelde.

Angeliqúe decidió que era aficionada a los Rangers cuando estaba en la escuela primaria St. Mary's de Leaside, antes incluso de saber qué o quiénes eran los Rangers, antes de saber nada de fútbol. Lo único que sabía era que la gente que la odiaba detestaba también a los Rangers, y parecía que por los mismos motivos. Ellos eran los otros: diferentes, ajenos, contra los que cerraban filas, a los que despreciaban. Así pues, si los niños que siempre estaban atormentando a la muchachita de piel oscura con el nombre gracioso tenían tanta rabia a esos Rangers, entonces la muchachita de piel oscura con el nombre gracioso tenía que estar de su lado. Después de tomar esa decisión, se esforzó por descubrir quiénes eran en realidad sus nuevos aliados.

Nunca se convirtió en una conversión confesable, porque no necesitaba dar a esos pequeños gamberros una razón más para identificar al objetivo de abuso más visible de la escuela. Sin embargo, constituía un desafío privado tranquilizador, como hacerles un gesto obsceno con la mano metida en el bolsillo del abrigo. A partir de entonces, enterarse un sábado por la noche de que el Rangers había ganado o que el Celtic había perdido hacía que la mañana del lunes fuera un poco menos espantosa. Las victorias del Rangers eran sus victorias, las derrotas del Celtic eran las derrotas de todos los mierdecillas que alguna vez le habían dicho que parecía una Oreó. Enseguida empezó a mirar primero las páginas finales del periódico y a excitarse más con *Scotsport* un domingo por la tarde que con el programa infantil que lo

precedía. En su momento, naturalmente, la perspectiva de asistir a un partido se convirtió en una idea tan tentadora que parecía inalcanzable.

Cuando ella estaba en el Sagrado Corazón, James llevaba mucho tiempo yendo a los partidos del Celtic con sus colegas, algo que ella siempre consideró que le había hecho la vida más fácil con los zumbados de su escuela. Aparentemente importaba poco que fueras de piel oscura si, primero y principal, eras un Tim. Jugar en el equipo de la escuela también le daba a su hermano cierto prestigio, una opción que no estaba al alcance de Angelique, aunque tampoco habría valorado particularmente el estatus que eso proporcionaba. Según las mismas políticas de educación física que obligaban a las chicas a jugar a una variante particularmente aburrida del baloncesto — prescindiendo de tablero, *dribling*, técnica y cualquier clase de diversión—. Angelique tenía que conformarse con competir en joquey, a pesar de que jugaba al fútbol con los chicos en todos los descansos y a mediodía, y a pesar de que lo hacía mejor que la mayoría. Esta participación inevitablemente la llevó a tener más amigos entre los compañeros de clase varones que entre las chicas, pero difícilmente podía decirse que le valiera el respeto de alguien, más allá de que muy pronto dejó de ser el último jugador elegido.

Con el nuevo estatus que le dio el hecho de ir a la escuela secundaria, Angelique pudo aprovecharse de las mismas libertades que sus padres daban a James, que desde luego no le habrían concedido de haber sabido que iba a hacer lo mismo con ellas. Que James consiguiera permiso para ir a Parkhead era la culminación de una lucha prolongada y tempestuosa, e incluso así fue tras muchas promesas de que los acompañarían padres, tíos y hermanos mayores de sus amigos. Angelique sabía que una petición para ir sola a un partido de los Rangers sería recibida con más o menos la misma alegría que una petición de Idi Amin de presentarse a cenar un domingo, de manera que tuvo que recurrir a cierto grado de improvisación o, como era más comúnmente conocido, decir mentirijillas. Recordando a su madre y a su padre que a James, a la misma edad, le habían dejado ir a Aberdeen con sus amigos a ver un partido de fútbol, a Angelique, que estaba a punto de cumplir doce años, le dieron permiso para visitar el mucho más cercano Paisley con sus amigas en un viaje al mucho menos peligroso Kelburne Cinema. La parte del cine era mentira, lo mismo que la parte de las amigas, pero sí fue a Paisley para ver por primera a los Rangers en acción.

Jugaron fatal. Perdieron 3-0, con goles de Scanlon, McDougall y Jarvie, y el partido llegó después de una mala racha que hizo que los expertos bromearan sobre un inminente partido crucial con Partick Thistle para salvar

el descenso. Pero para Angelique, de pie en las gradas de Caledonia Street, fue como si hubieran ganado la Recopa en Barcelona: era su equipo y ella por fin estaba viéndolos en el campo. La derrota, de hecho, hacía más imperativo que volviera a verlos lo antes posible, lo cual continuaría haciendo, sola y en secreto, durante muchos años.

Mientras recordaba ese día oscuro y frío en Paisley, Angelique se detuvo un momento en lo alto de la escalera y echó un vistazo al estadio, que iba llenándose poco a poco, antes de dirigirse a su asiento habitual. Pensó en la niña que había sido entonces y se preguntó qué opinión habría tenido de la mujer que hoy cumplía treinta años. ¿Estaría impresionada con su carrera, sus habilidades y sus logros? Casi seguro que sí: la pequeña Angelique sentía una admiración infinita por quienes se rebelaban contra los gamberros, los bravucones y los matones. ¿La habría decepcionado por el hecho de que viviera sola y no hubiera ningún galán musculoso en su vida? Un poco, aunque nunca había soñado que se la llevaran en volandas. Así pues, ¿habría considerado que merecía la pena sacrificar lo segundo a cambio de lo primero? Incuestionablemente. Pero claro, ¿qué sabía de la desilusión una niña cabezota de doce años llena de energía? A esa edad, todavía tenía un terco apetito desafiante por los bofetones en la cara, todavía le redoblaba las fuerzas el gusto de su propia sangre. Por el amor de Dios, la muy estúpida pensaba que una derrota por tres a cero con el St. Mirren era un día divertido fuera de casa.

Era penoso, pensó al acercarse a su asiento, justo la clase de absurdo ombliguismo sentimental que habría despreciado sin piedad en cualquier otro hasta hacía no mucho. Joder, que hubiera llegado a eso, a reflexionar sobre las cosas que deseaba que pudiera contar a su yo más joven, menudo reconocimiento desesperado de fracaso y arrepentimiento. Tal vez sería más constructivo preguntarse qué podría decirle a ella su yo más joven, estridente, intimidante y franco.

«Deja de darte pena a ti misma. ¿Crees que tienes problemas? Estás viendo cómo nos vapulean en Love Street, aún faltan tres años para que venga Graeme Souness, y Cammy Fraser está en el puto equipo, pero ¿me has oído quejarme? Muestra un poco de fuerza de voluntad, mujer».

Sí, era esa época. Nadie se sentiría nostálgico en lo que respecta al juego del equipo y ante la escasez de trofeos, pero como el inicio de cualquier amor, era el recuerdo de ese tiempo lo que todavía le daba escalofríos. De hecho, si había consuelo de algún tipo para algunas de las presentes limitaciones del club, este consistía en recordar la época en que Angelique empezó a ir al

campo, sobre todo hacia el final de la temporada, con el Celtic disparado hacia el título. Perdiendo por uno o dos goles a quince minutos del final, Angélique podía encontrarse sentada en un estadio semivacío, rodeada solo por los contumaces, que habían visto el partido con más esperanza que expectación, como en otras épocas.

En cambio, debido a algún resto solitario y gastado de optimismo que su mente había logrado descubrir en medio de la melancolía, Angélique los imaginó en el momento presente. Era el Aberdeen, por el amor de Dios, y la última vez que había ganado aquí, Fred West todavía podría haber participado en *Family Fortunes*. O quizá no era optimismo, sino simple y pura desesperación de fondo. Debía estar en un momento patéticamente bajo si confiaba en que un partido de fútbol le levantara el ánimo, pero ese día firmaría una victoria pírrica por uno a cero en el descuento después de noventa y tres minutos de basura total, porque realmente necesitaba sentir que alguna cosa le sonreía.

Los equipos saltaron al campo, y la visión de las camisetas azules hizo que el estadio rugiera. Angélique se levantó y añadió su voz al barullo, sintiendo el zumbido de esperanza, temor y expectación que se remontaba a aquel primer partido en Paisley. Eso, por encima de todo, era lo que necesitaba en ese momento. Como mínimo, las siguientes dos horas eran suyas para retirarse a un lugar donde toda esa otra mierda no podía alcanzarla.

Los equipos cambiaron de campo y se situaron a ambos lados de la medular. Los porteros dieron una patada en sus postes y lanzaron unos guantes de repuesto al fondo de cada red. El árbitro miró el reloj e hizo sonar su silbato. Barry Ferguson pasó el balón a Shota Arveladze, y el busca de emergencia de Angélique sonó antes de que el balón hubiera salido del círculo central.

## **DECLARACIONES DE TESTIGOS ANDY WEBSTER (19 AÑOS)**

La Navidad había llegado pronto.

Bueno, en realidad, a falta todavía de tres semanas según el calendario, era más justo decir que la Navidad al menos ya no iba a cancelarse. Aleluya. Hosanna. Tres semanas más, tres sábados más incluido ese, y llegaría la parte del año con más aglomeraciones y por consiguiente de importancia vital para la economía de la calle. Tres días más de paga que ya no estaban amenazados con una destrucción de escala literalmente bíblica. Santa Claus podía ensillar otra vez sus renos.

Una reducción de los tipos de interés en noviembre había sido bien recibida por los minoristas al aproximarse el período comercial más lucrativo, y se preveía que el beneficio alcanzara incluso a los sectores más remotos. Andy consideraba que su propio negocio era tangencial, más que remoto, y aunque no esperaba que el efecto goteo de esta bajada de tipos fuera a tener efectos sustanciales en su caso, tampoco pensaba que fuera a hacerle ningún daño. De todos modos, no lo consideraba tan interesante como los propietarios de tiendas. Desde un punto de vista realista, ¿qué demonios sabía él de los tipos de interés? ¿Acaso le importaban? La suya era una actividad sin necesidad de financiación y, por fortuna, con muy pocos gastos indirectos. Por otro lado, era un negocio sujeto a otros imponderables por los que el resto del sector minorista no tenía que preocuparse. Marks & Spencer, por ejemplo, aunque intranquilo por la confianza del consumidor y por si había establecido correctamente su marca en un mercado en rápida evolución, no tenía que preocuparse por la posibilidad de que lo acosaran los polis. Gap podía sufrir el asedio ideológico del movimiento antiglobalización y estar precariamente sujeto a la caprichosa espada de Damocles de una voluble cultura juvenil que podía decidir en cualquier momento que los pantalones pitillo sustituyeran a los caídos, pero nunca había visto sus beneficios arrebatados por ladronzuelos pubescentes con chándal Kappa y cúters Stanley. Y a lo largo del mes de noviembre, el resto de los minoristas habían brindado con el Banco de Inglaterra y engrasado los engranajes de sus cajas registradoras, anticipando



un cambio importante antes de Navidad, pues no les estaba chafando el terreno un implacable yanqui charlatán con una Biblia, un micrófono y un amplificador.

Andy tocaba en Buchanan Street, cerca de la esquina con Gordon Street, para pagarse alguna cerveza extra y en un intento de asegurarse de que cuando finalmente devolviera su préstamo de estudiante, lo haría con su salario y no con su pensión. Estaba en su sitio la mayoría de los sábados y unas pocas tardes entre semana; el número exacto era una variable que dependía de sus horarios de clases, trabajos pendientes de entregar y de si el viento del norte iba acompañado de lluvia o simplemente amenazaba con congelarle la mano izquierda en los trastes de la guitarra. Después de haber probado distintas ubicaciones entre Argyle Street y Gordon Street, al final se había decidido por un lugar situado justo al norte de esta última, claramente fuera de la zona peatonal más concurrida, pero por eso mismo menos propensa a la interferencia policial con el argumento de que obstruía el paso.

Apoyaba la espalda contra la pared de un antiguo banco convertido en una tienda de teléfonos; suponía que los vendedores de móviles estaban en un terreno relativamente precario si querían quejarse de ruidos no solicitados. Hasta el momento, esa reflexión se había revelado como una idea astuta, aunque la solidez de la piedra y algún doble acristalamiento de última generación también debían de desempeñar un papel sustancial. Estaba más o menos enfrente del edificio McLennan, una mansión victoriana de estilo pseudoclásico que llevaba el nombre de su arquitecto, pero conocida principalmente por la institución financiera que la había encargado, construido y ocupado desde entonces. Andy no sabía muy bien cómo llamarlo, el Banco Escocés de Austeridad Presbiteriana se había fusionado con la Sociedad de Edificios Grises del Norte y no estaba seguro de en qué categoría se encuadraba el monstruo resultante; pero la cuestión era que ahora estaba abierto los sábados por las mañanas, lo cual significaba incluso más trasiego del que ya generaban los cajeros automáticos.

El inconveniente, por supuesto, era que allí donde hubiera cajeros automáticos había también vendedores de la revista a beneficio de los indigentes *Big Issue*, una proximidad que con frecuencia suponía la ruina de los músicos callejeros. Andy no tenía nada contra los pobres cabrones, pero el negocio era el negocio, y el hecho es que si tienes una moneda de una libra sonando en tu bolsillo y tu avaricioso atracón consumista te ha pellizcado un poco la conciencia mientras te diriges otra vez hacia el centro comercial, es más probable que se la des al sintecho bien acreditado que al estudiante de

aspecto jipi al que claramente le va lo bastante bien para poseer esa guitarra de doce cuerdas en la que toca «No Surprises». Por fortuna, el sitio de Andy estaba separado del banco por unos veinte o treinta metros de suelo adoquinado, lo bastante lejos de la esfera de influencia del vendedor de *Big Issue* más cercano como para que influyera en las propinas de aquellos que todavía no lo habían alcanzado, y posiblemente hasta se beneficiaba de las punzadas de culpa retrasadas de aquellos que habían pensado en comprar un ejemplar y luego habían cambiado de idea y habían pasado de largo.

Así pues, de hecho, había muy pocas normas estrictas sobre la microeconomía de tocar en la calle. Nunca podías predecir por completo el efecto de esas variables aleatorias, cómo esa mariposa que bate sus alas en el Amazonas podía afectar la fortuna en Argyle Street: quizá esa rebaja de medio punto en los tipos de interés terminaría por encontrar el camino hasta el estuche de su guitarra; o quizá significaría que algún capullo aleatorio, al que le gustaba Green Day, gastaría ese dinero de más en lencería para su mujer y no le quedarían más que unos peniques en el bolsillo cuando pasara junto a él mientras entonaba «Time of Your Life». Vueltas y más vueltas. En ocasiones, para su propio alivio, se distanciaba de los clásicos y cantaba a voz en cuello algo un poco menos popular. Normalmente, eso implicaba que nadie conocía el tema y no le dejaban monedas, pero también podía ofrecer la ventaja inesperada de que a un cliente le sorprendiera y deleitara oír a un músico callejero cantando lo que él o ella consideraban personalmente un tesoro subestimado. «Closer to Fine», de The Indigo Girls, tenía una alta tasa de éxito en este fenómeno, aunque una vez había ocurrido un incidente feo: una mujer bastante tensa lo acusó de insinuar que era lesbiana al empezar a cantar cuando ella se estaba acercando a su zona.

Un factor aleatorio, no obstante, había demostrado tener únicamente efectos negativos. Convertía el entorno en una zona peatonal en la que nadie paraba, con más eficacia incluso que un borracho vomitando (y sin la certeza de que finalmente el borracho se quedaría dormido o se aburriría y se largaría). Durante las últimas tres semanas, el centro de la explanada entre el banco y la tienda de móviles se había convertido en el púlpito al aire libre de un locuaz fanático de Jesús con barba de leñador y una grave diarrea verbal. Había estado allí cada sábado por la mañana y también algunos días laborables, soltando peroratas sin fin con su micrófono y agitando la Biblia con la otra mano. Como siempre sucede con el evangelismo al aire libre — visto en zonas peatonales del mundo entero—, los compradores pasaban corriendo, eliminando todo sonido y visión dentro de una zona de exclusión

temporal cuya huella lamentablemente se extendía hasta alcanzar también el sitio de Andy. Era verdad que el tipo solía largarse hacia la hora de comer, pero en ese punto ya había arruinado las ganancias de Andy durante más de la mitad del día.

No era ningún chiflado de ojos saltones que despoticara, aunque tenía una constitución lo bastante intimidante para impedir que Andy intentara decirle que se largara. El hombre se limitaba a quedarse divagando todo el rato, y eso hacía que Andy lo viese como un predicador chiflado. Podía hablar, literalmente, durante horas, y a pesar de que se colocaba justo en medio de la vía pública, no había ninguna posibilidad de que los polis lo echaran, en virtud de la ley no escrita que excusaba cualquier conducta antisocial si su perpetrador se aferraba con fuerza al libro sagrado. En el caso del predicador chiflado, era evidente que este se aferraba a la Biblia con más firmeza que a la realidad. El tipo simplemente abría la boca y soltaba toda clase de estupideces. Ni siquiera parecía preocupado por si había alguien escuchando, solo despoticaba con la mirada perdida, enfocando quizá algún lugar a media distancia: miraba al vestíbulo del banco, aunque probablemente estaba viendo otra dimensión. Andy se esforzaba mucho por desconectar, pero incluso mientras cantaba y tocaba no podía evitar captar fragmentos de su galimatías y se preguntaba si los que se le escapaban podían contextualizarse lo suficiente para ubicar al tipo en algún lugar en la vecindad del planeta Tierra.

Usaba los calzoncillos como una metáfora del amor de Jesús, ¡por el amor de Dios! «Jesús y tu ropa interior: no das importancia a esas cosas, pero ¿qué harías sin ellas? Hacen cosas por ti que solo notarías si te faltaran, deberías pensar en ello de vez en cuando. ¿No deberías acordarte de ese confort, esa seguridad, ese soporte y ese calor que parecen naturales porque siempre están ahí? Sin quejas, de por vida. ¿No deberías agradecerlo de vez en cuando?».

Por un segundo Andy creyó que el tipo podría estar de cachondeo antes de recordar que esa gente nunca, jamás de los jamases, habla de un modo que no sea completamente en serio. Están cien por cien libres de ironía. Además, ese tono pío, más que sincero y afectadamente humilde, sonaba como cualquier otra homilía vacua. La Parábola de los Sagrados Calzoncillos no era menos conmovedora que la tontería que podías oír cada mañana en «El pensamiento del día» de Radio Escocia. El día anterior había sido el reverendo O'Dreich el que había soltado el lamento anual obligatorio respecto al consumismo y el «verdadero espíritu de la Navidad». Andy había estado a punto de telefonar y exigir derecho de réplica para señalar que las tradiciones navideñas de

intercambiar regalos, atiborrarse, beberse el agua de los jarrones y mantener relaciones sexuales en estado de ebriedad con parejas sumamente inapropiadas habían existido en Escocia desde mucho antes de la llegada del cristianismo. Incluso se habría aventurado hasta el extremo de predecir que un día, en algún lugar cercano a la llanura de Salisbury, los arqueólogos descubrirían un escondite de pergaminos que no mostrarán nada más que traseros humanos, dibujados durante una borrachera en el solsticio de invierno tres mil años antes de que Xerox patentara la primera fotocopiadora.

Ante la perspectiva de unas vísperas de fiestas deprimentemente poco consumistas, no estaría del todo fuera de lugar afirmar que Andy había convocado un público menos que receptivo. Con lo que había ganado a lo largo de los tres sábados anteriores, unas pocas fotocopias de su propio culo parecían lo máximo que podría permitirse regalar a sus amigos y familiares ese año.

Pero... en esa época de milagros algo maravilloso iba a ocurrir. Andy había llegado casi a las once y media, después de perder la mayor parte de la mañana del sábado y haber descartado cualquier perspectiva de irse temprano para ver el último partido del año en Brockville. Al cruzar West Nile Street miró adelante, y al este divisó... un puto erial: un amplio espacio donde el predicador chiflado se había instalado en otras ocasiones. Algunos compradores todavía esquivaban el sitio al pasar como si algo en su inconsciente les advirtiera de que debían evitarlo. Presa de una eufórica avalancha de alegría estacional, Andy compró un colorido gorro de Santa Claus deslumbrante al tipo de aspecto grasiento que vendía mecheros durante el resto del año, se lo puso y empezó a cantar ese tema de Slade que había jurado que nunca tocaría.

Acababa de llegar a la parte del estribillo cuando, rasgueando más bajo para poder subir el volumen en el último verso, oyó el escalofriante sonido de una voz amplificadora. Sintió un gran alivio cuando se dio cuenta de que la reconocía, y la buena noticia era que no era una voz en directo ni tenía acento de Estados Unidos. Era la introducción hablada a «One Step Beyond», la versión extendida. La mala noticia era que el sonido ya tenía un volumen atronador, y eso que la fuente ni siquiera estaba a la vista y no había empezado todavía la parte musical.

Delante de él, Andy vio que las cabezas se volvían en masa hacia Royal Exchange Square cuando el éxito por antonomasia de Madness llegó al riff de saxofón. Con suerte sería un coche promocional, o toda una flota de vehículos, anunciando un bar, una pantomima o quizá unas rebajas antes de

enero. Sabiendo que acababan de convertirlo en invisible, Andy se guardó la púa en el bolsillo y se puso de pie encima de la funda de su guitarra para mirar por encima de los compradores, la mayoría de los cuales habían parado en seco y se habían quedado boquiabiertos ante lo que estaba viniendo. No era ni un coche ni una flota, y si tenía algún propósito promocional presumible mente sería el de vender antialucinógenos.

Había cinco personas —habría dicho que eran hombres, aunque no era fácil estar seguro entrando en la explanada como un tren humano, marcando el paso de baile popularizado en los vídeos de Madness y posteriormente empañado por el infame y desacertado interludio musical en *El club de los cinco*. Era un paso firme, de parar y arrancar, levantando rodillas, puños y codos, con sus participantes lo bastante cerca para que sus articulaciones se entrelazaran al moverse en sincronía casi perfecta. Su coordinación habría sido espectáculo suficiente para atraer la atención un sábado por la mañana, incluso en Glasgow, pero además era bastante difícil pasar por alto su aspecto. Los cinco se habían maquillado la cara de forma idéntica a un payaso llorón, de tez inhumanamente verde, con cruces azules sobre cada ojo lloroso y una sonrisa malevolente extendiendo se con alegría casi de oreja a oreja. Todos tenían pelo rojo rizado, probablemente pelucas, y estaban uniformemente vestidos con monos sueltos multicolores, con una amplia T amarilla en los hombros y el tronco, bordeada en ambos lados por bandas de verde y azul.

El de en medio cargaba con un equipo de música estéreo portátil en el hombro izquierdo, otros tres llevaban mochilas amarillas luminosas que hacían que la coreografía resultara aún más impresionante. El de delante estaba eximido de cargar con nada, presumiblemente porque era más pequeño que el resto, unos sesenta centímetros. Otra razón para que no llevara carga quedó clara cuando, al avanzar por Buchanan Street, fue levantado por el bailarín que iba detrás de él y arrojado hacia atrás, dando un salto mortal a los brazos levantados del siguiente. Cuando lo dejaron otra vez en el suelo, en el último lugar, el grupo dio media vuelta, de manera que el bajito quedó delante otra vez.

Esta pequeña proeza fue ejecutada un par de veces más mientras marchaban arriba y abajo delante del banco, con los compradores entretenidos formando un amplio círculo, el radio del cual dejó a Andy desesperadamente fuera. Perdida toda esperanza, levantó la mísera suma que había recaudado y se acercó a observar lo que esperaba que fuera una actuación breve.

—Será un número publicitario de McDonalds —aventuró una voz, pero Andy sabía que no se trataba de eso.

El pelo, los petos y las sonrisas no encajaban, y el ejecutivo que hubiera propuesto que Ronald McDonald tuviera lágrimas en las mejillas habría tenido una carrera corta en el márketing de la corporación del mal global. Tal vez el *showman* icónico que habían inventado fuera famoso por su maquillaje teatral, pero desde luego no era ningún payaso. Ya desde más cerca, a Andy le sorprendió observar que no solo llevaban maquillaje idéntico, sino que de hecho tenían la misma cara, con los rizos color jengibre pegados a lo que presumiblemente eran máscaras de látex. Parecía una preparación cara para actores de calle, lo cual le hacía presagiar que no pasarían la gorra.

La canción y el recital llegaron a su fin tembloroso y resonante, y las cinco figuras se detuvieron de golpe como un motor de vapor que frena gradualmente. Esto atrajo el aplauso entusiasta de los espectadores reunidos, varios de los cuales expresaron con vehemencia la opinión de que era mucho mejor que esa mierda de mimo robótico que actuaba en Argyle Street. Andy se sumó de mala gana, aplaudiendo con un poco más de fervor cuando vio que la *troupe* no pedía dinero.

Algunos de los compradores siguieron la marcha, pero otros se quedaron en la plaza esperando que continuara el espectáculo. En estricta observancia de la ley de la curiosidad peatonal, la multitud fue pronto devorada por otros que no habían visto ni oído nada todavía, pero querían investigar lo que fuera que los demás consideraban que merecía la pena ver pese al frío del invierno. «Putá magia», pensó Andy. Ni siquiera estaban haciendo nada y estaban atrayendo más espectadores que él en un mes.

Los cinco se habían quedado completamente quietos desde el final de la canción. Solo habían transcurrido unos veinte segundos, quizá menos, calculó Andy, pero la curiosidad y la impaciencia hacían que el tiempo pasara más despacio. Entonces el que estaba en medio movió un dedo y volvió a sonar la música: los rápidos graves de un sintetizador.

—Ah, joder, van a hacer esa mierda robótica.

Andy lo dudaba. Se permitió una sonrisa de reconocimiento al escuchar: «Faith Healer». No habría ninguna acción de *ska* a partir de ese momento, aunque sería interesante ver lo que tenían en mente. La guitarra se entrometió poco a poco, y con ella los cinco se reactivaron uno por uno, como si se iluminaran por un impulso eléctrico arrastrado por los acordes. Entonces, como una criatura animada de cuerda a cámara lenta, empezaron a temblar hacia delante, trazando un círculo amplio en torno a los bordes de la multitud.

Tras alcanzar otra vez su punto de partida, se volvieron y empezaron a dirigirse hacia la amplia escalinata de piedra del banco, mientras la gente se separaba para dejarlos pasar.

—Puede que sea una protesta o algo.

—Sí, ese banco apoya a un gobierno extranjero que oprime a los payasos. Anda ya.

—No, ya me entiendes. Puede que estén diciendo que los del banco son payasos.

—Anda ya. Sacaran la gorra en un minuto. Espera y verás.

Pero hasta el momento, afortunadamente, no la habían sacado. Subieron con ritmo sincopado la escalinata hasta las dobles puertas de cristal y el tipo bajo se detuvo en el penúltimo escalón y se arrodilló. Los otros dos pasaron por encima de él, separándose en direcciones distintas para buscar una puerta cada uno y abrirlas al mismo tiempo, en pleno *crescendo* de su banda sonora portátil. Los dos más retrasados pasaron por encima del más bajo y continuaron hacia el interior. El hombrecillo se había dado la vuelta y estaba de cara a la multitud, otra vez en pie. Saludó con un floreo, retrocediendo hacia el edificio al hacerlo, luego los dos primeros se colocaron delante de él y cerraron las puertas como un telón final.

Fuera, la multitud se quedó con una sensación de repentino abandono y la decepción se hizo palpable entre la muchedumbre. Era como si los alienígenas hubieran aterrizado, agitado su objeto, y luego se hubieran largado en su nave nodriza antes de que nadie pudiera preguntarles cómo le iba a Elvis, o si ese chut de Peter Van Vossen había alcanzado ya la nebulosa Cabeza de Caballo. Eso sí, la sensación solo duró un instante, después del cual los espectadores, todos a una, parecieron recordar que tenían que comprar una tetera automática para la tía Senga, y recuperaron el paso como si nunca se hubieran detenido.

Andy, encantado de ver el hechizo roto pero decepcionado por la falta de resolución, regresó a su lugar y se sintió inspirado para seguir donde ellos, más que él, lo habían dejado. Con un rasgueo enérgico y acelerado, abordó con alegría «Boston Tea Party», felizmente ajeno al hecho de que la gente más cercana que probablemente conocía el tema acababa de desaparecer en el banco.

## DECLARACIONES DE TESTIGOS MICHILLE JACKSON (26 AÑOS)

Michelle estaba tratando de parecer ocupada detrás de un ordenador en el centro de la zona de atención al cliente del banco, sin ninguna mampara que la protegiera, decidida a asegurarse de que ninguno de los clientes reunidos en ese momento iba a captar su atención aunque se desnudaran y empezaran a pintarse de azul. Con una expresión de clara preocupación que tensaba sus rasgos, estaba simulando examinar una pantalla llena de cifras sin sentido mientras esperaba los resultados de un buscador que funcionaba en una ventana minimizada. Intentaba hallar curas para la resaca, una búsqueda aún más prioritaria que la legislación laboral británica (para ver si prohibía trabajar el sábado tras la cena de empresa por Navidad), la ley de derechos humanos de la Comisión Europea (para ver si prohibía trabajar los sábados por la mañana, y punto) y la web de la fundación en defensa de la eutanasia, dada la alta posibilidad de que tuviera que suicidarse si cierto incidente ocurrido en la fiesta se hacía público.

Trabajar el sábado por la mañana no estaba bien. ¿A quién le importaba a qué hora volvías durante la semana? ¿Para qué coño le servía a nadie un martes por la tarde? No celebraba el *sabbath*, pero, en esta parte del mundo, que Michelle supiera, el sábado era el día de descanso, sobre todo cuando habías estado desvariando el viernes por la noche. Su sindicato les había vendido la moto con esa cuestión, argumentando las complejidades y potenciales obstáculos de la fusión. La sociedad constructora ya trabajaba los sábados por las mañanas, y eso daba al nuevo equipo directivo un buen punto de partida, pero naturalmente su principal contrapartida en la negociación había sido la garantía de que no habría despidos forzosos. Los cabrones sabían que ir a trabajar un sábado por la mañana sonaba mucho mejor que no tener trabajo en absoluto, aunque en ese preciso momento, el desempleo tenía para Michelle un atractivo innegable.

Solo faltaban quince minutos para la hora de cerrar, pero la sensación de que estaba tan cerca y al mismo tiempo tan lejos lo convertía en una tortura despiadada. Consideraba un milagro haber aguantado tanto, pero el hecho de



que hubiera sobrevivido tres horas no la hacía sentirse en la recta final. Solo se sentía agotada, como si alguien hubiera eliminado la membrana interna de su cráneo con un estropajo y hubiera vaciado tres cuartas partes del fluido aislante que normalmente impedía que su cerebro se golpeará en los costados. Cualquier mínimo movimiento provocaba que se le cerraran los ojos como respuesta refleja a los destellos de luz blanca que por desgracia emanaban del lado interno de sus párpados, y aunque a esas alturas ya no quedaba nada en su estómago que pudiera vomitar, sabía que bastaría un leve aroma a chocolate para provocarle arcadas. No obstante, estos solo eran los aspectos químicos de su malestar, por lo general soportables con la ayuda de limonada, ibuprofeno y unas buenas ocho horas mirando pelis románticas en la tele de la pared del dormitorio. Lo que Michelle estaba sufriendo era un fenómeno mucho, mucho más terrible. La resaca verdaderamente debilitante, la que exacerbaba todos los síntomas físicos y simultáneamente hacía irrelevante cualquier alivio, era el resultado no de sus excesos, sino también de lo que había hecho como consecuencia de los mismos.

Oh, sí.

Esa clase de resaca: una simbiosis singularmente cruel de toxicidad y lamento en la cual el dolor físico y la fragilidad emocional se unían y se potenciaban mutuamente. Culpa multiplicada por dolor de cabeza, náusea multiplicada por bochorno. Pero incluso en ese substrato estigio de sufrimiento individualizado, había un nivel superior y otro inferior. Había ocasiones en las que, aun con el olor de tu propio vómito incrustado en tus fosas nasales mientras tú muy suavemente pasabas de puntillas al cuarto de baño, podías mantener la entereza suficiente para decirte que tu estado debilitado era la causa de que te preocuparas demasiado por una conducta o ciertos comentarios cuando probablemente todos los demás estaban demasiado borrachos para haber reparado en ella y sin lugar a dudas demasiado borrachos para recordarla. Eran las resacas que ocupaban el peldaño inferior. Pero más abajo todavía estaban aquellas en las que el conocimiento era el enemigo; donde los momentos de respiro del dolor o la náusea solo servían para permitir una contemplación más profunda de las espantosas emanaciones que contaminaban tu memoria y eliminaban todo sentido de la perspectiva.

*Pesar* no parecía una palabra lo bastante grande. Pesar era lo que sentía la gente cuando se quemaba su casa o no conseguía tomar Stalingrado. Tenía que acuñarse una nueva palabra que explicara el proceso de ponerse ciega de Bailey's y hacerle una paja al nuevo consejero de servicios financieros —«no,

Michelle, toda la verdad: en la implacable hoguera del cotilleo, si pasa por tus labios aunque sea un segundo es una...»—, está bien, una mamada en la escalera de un hotel.

¿Por qué, por qué, por qué, por qué, por qué, por qué?

Michelle se encontraba en un lugar muy oscuro y solitario, y era completamente inhumano que le pidieran que interactuara con otros seres humanos —o incluso clientes— en un momento así. Necesitaba un período de soledad y convalecencia, que al menos durara todo el fin de semana, antes de enfrentarse a nadie, mucho menos a sus compañeros de trabajo, por no hablar de él, Grant Kelly. Hasta el momento había evitado ese horror definitivo, pero solo porque él se había pasado toda la mañana reunido y ella se había escondido detrás del escritorio cada vez que él se asomaba al vestíbulo principal del banco para saludar a su siguiente cliente.

Grant Kelly había llegado al banco después de la fusión. Hasta entonces había trabajado en una sucursal cercana del Great Northern que se «reestructuró». No habían hablado mucho en los tres meses que él llevaba allí, así que Michelle no sabía nada de él salvo que parecía amable, aunque manifestaba un exceso de seguridad, como si fuera cohibido y se esforzara mucho por compensarlo. También era más atractivo que la mayoría de los demás tipos en el banco, pero desde luego no hasta el extremo de lo que sugerían las risitas de sus colegas mujeres. Dicho esto, era innegable que el hecho de que lo persiguieran sus compañeras lo había hecho más deseable cuando las migraciones musicales retro de los noventa en la discoteca a la que habían ido después de cenar los dejó a los dos sentados juntos.

Como la mayoría de los problemas que tenían, lo que ocurrió después fue básicamente culpa de la fusión. A causa de la incertidumbre, indecisión, agitación y caos general en los que estaban sumidos, la organización de la fiesta de Navidad se había postergado tanto que solo habían conseguido reserva para la noche del primer viernes de diciembre, y entonces la mente y el cuerpo de Michelle no estaban preparados para una gran fiesta.

Se trataba de un caso catastrófico de seducción ebria que condujo a una bravuconería sexual imprudente, creando un efecto de globo ascendente por medio del cual el flirteo se convirtió en confrontación y el precio de echarse atrás parecía subir cada vez más. Parte de ella se sentía halagada por ser objeto de su atención, pero una parte mayor estaba decidida a ser un oponente más que un objeto. Él estaba alardeando, como ella. El encanto y confianza en sí mismo de Grant lo hacían atractivo, pero al mismo tiempo alimentaban el deseo de Michelle de derrotarle. Había que estar allí: tenía sentido después de

dos vodkas, seis copas de vino y Dios sabe cuánto de esa horrible mucosidad alcohólica irlandesa. Michelle había estado esperando que el lado tímido de Grant tomara el mando y que decidiera que pisaba terreno peligroso, olvidando que los tíos nunca reconocen que pisan terreno peligroso. En algún lugar de su mente ebria se estaba diciendo a sí misma que era la marquesa de Merteuil. Lástima que Choderlos de Laclos nunca incluyera ningún consejo para limpiar manchas de semen en la licra negra.

Oh Dios, oh Dios, oh Dios, oh Dios.

Iba a terminar como esa pobre chica de Londres cuyo novio reenvió su *e-mail* de tragadora de esperma («tu lefa está rica») por todo Internet; la tecnología de comunicaciones del siglo XXI no estaba convirtiendo el planeta en una aldea global, sino en un aula global llena de tíos vírgenes que se ríen y de zorras hipócritas.

Era una especie de karma cruel y enfermo, su venganza por rechazar a Alasdair Young en la noche de graduación diez años antes. Debería haber bailado con Alasdair, darse el lote y finalmente casarse con él. Muy bien, ahora estaría mortalmente aburrida, sepultada en un matrimonio sin amor con un marido soso, con al menos tres niños y un apartamentucho en Bishopbriggs; pero al menos no habría estado allí para hacerle una paja a Grant Kelly en la escalera de incendios del Central Hotel.

Michelle levantó la mirada furtivamente. El icono del reloj de arena de su pantalla continuaba emperrado en no convertirse en un cursor de flecha y su esfuerzo por concentrarse en las estadísticas era más de lo que su dolor de cabeza podía tolerar. La gente en la cola estaba demasiado concentrada en las ventanillas para fijarse en ella de todos modos, pero probablemente era mejor que los clientes no captaran su atención. Su estado psicológico viraba de manera intermitente entre una necesidad patética y una misantropía gruñona. Si alguien se las arreglaba para plantearle una pregunta, suponía que las posibilidades de que le diera una respuesta con éxito serían de 3 a 1, las de que se echara a llorar de 11 a 4, y de 7 a 2 las de que lo agarrara por el cuello gritando: «Vale, vale, lo reconozco, se la meneé al director de finanzas, ¿estás contento, cabrón de mierda?».

Era una cola espléndida. El grupo que tenía justo delante de ella más que una fila parecía un retablo de *El ascenso del hombre* con los colores del Rangers. Su lema era «Somos el Pueblo», en cuyo caso Michelle estaba contenta de no formar parte del Pueblo. Detrás de ese grupo había diversas mujeres de compras, algunas con un marido aburrido como accesorio logístico. Este grupo separaba de manera compasiva pero precaria al Pueblo

de otras dos anomalías antropológicas de un tono más verdosos. Esos dos estaban en un pase de modelos de la colección de invierno de Garngad, siguiendo la descabellada tradición que estipulaba que cuanto más frío era el clima, menos capas de ropa tenías que llevar. Con el mercurio luchando por subir del cero, el cadáver del forofos moderno no llevaría nada más que una fina camiseta del Celtic. El Pueblo al menos había tenido la precaución de abrigarse, aunque tampoco era probable que apareciera en la sección de moda de *París Match*.

Todo el mundo parecía tranquilo hasta el punto de casi susurrar, aunque era posible que el cerebro atormentado de Michelle estuviera filtrando gran parte de sus percepciones sensoriales para concentrarse mejor en cosas que agravaban su malestar y paranoia. Así pues, mientras la gente del banco parecía silenciada, el sonido particularmente irritante de una música de saxofón procedente del exterior estaba atravesando las ventanas de doble cristal para meterse directamente en su devastado cráneo.

Putos músicos y artistas callejeros. Así se los llevara una peste. Cabrones desconsiderados. ¿Esa gente no bebía?

Por fin, cesó el asalto del saxofón, pero estuvo seguido por el sonido deprimente de los aplausos, lo cual significaba que los responsables se sentirían animados a repetir su crimen. Y vaya que sí, la música enseguida empezó de nuevo, otro barullo desentonado, y ella podía jurar que cada vez era más ruidoso. Y más.

Michelle oía también el aplauso rítmico, más tarados, cómplices inconscientes de su tormento personal, mientras la música no solo continuaba haciéndose más ruidosa, sino que definitivamente sonaba más cerca. Michelle devolvió su atención a la pantalla y trató de maximizar la ventana del buscador. El sistema parecía colgado, quizá por solidaridad.

—Ah, eh, ¿qué quieren estos payasos? —dijo uno del Pueblo, se lo dijo a su colega, pero lo hizo en voz alta, con la intención de ampliar el radio en el que compartir su ingenio—. Ji, ji, ji. ¿Lo pillas?

Michelle levantó la cabeza para ver cuál era el chiste. Si la música de saxofón era justamente lo último que necesitaba oír (bueno, peor hubiera sido un concierto de Primary Five), ese asalto visual, en una paleta chillona concebida para destrozarle el nervio óptico, era lo bastante brutal para que se lo tomara como algo personal. Y por si los colores no llamaban suficientemente la atención, se completaron con una escena en que uno de los payasos daba volteretas por el suelo, hacía la paloma y pegaba saltos mortales.

Dada la audacia con la cual habían entrado, por no hablar de su proeza coreográfica, tenían que ser algo más que actores de calle, cosa que no auguraba que fueran a salir enseguida. No obstante, como directora de relaciones públicas, a Michelle no le habían contado nada sobre estrategias de publicidad, y desde luego habría exigido una explicación si hubiera sido físicamente capaz de mantenerse firme y concentrada en cualquiera de ellos el tiempo suficiente para preguntar.

Reunió la energía justa para mirar a Fraser, el vigilante de seguridad, como forma de incitarlo a intervenir, pero para entonces algunos de los idiotas de la cola estaban accediendo al ruego de los artistas de aplaudir al son de la música, y eso provocó que Fraser sonriera como un bobo ante el espectáculo que se desplegaba. Por fin, Fraser se fijó en la mirada de Michelle y dio un paso hacia el payaso que llevaba el equipo de música portátil, pero este anticipó la protesta y le entregó el aparato. Fraser lo aceptó con cándido entusiasmo.

—Dos minutos, socio —le dijo el payaso con aire triunfal—, es para Children in Need, una asociación de niños necesitados. Salud.

Claro. Cualquier acto de locura antisocial quedaba santificado de inmediato si se realizaba en nombre de una organización benéfica. Como alguien dijo una vez, si Hitler hubiera invadido Polonia «para luchar contra la espina bífida», todo el mundo lo habría aprobado. Children in Need, junto con Comic Relief, eran las dos organizaciones hacia las que Michelle estaba peor predispuesta, y ello no se debía a ningún conflicto ideológico o a una falta de interés en sus objetivos. La razón era que en todos los sitios donde había trabajado, los cabrones más miserables, cascarrabias y de derechas que no paraban de murmurar sobre trampas con el subsidio de desempleo, peticionarios de asilo y madres solteras gorronas, se convencían a sí mismos de que eran dadivosos porque un viernes al año se vestían con un puto disfraz de pollo y alegremente acosaban a sus colegas para que estos aflojasen la pasta.

El espectáculo ya era imparable. Los artistas llevaban con ellos un enano (Michelle no sabía cuál era ahora el nombre políticamente correcto, pero con su actual humor cualquier cosa por encima de «culibajo» le habría parecido atenta y educada) y estaba dando volteretas adelante y atrás entre dos miembros de la *troupe*, apoyando un pie en sus manos entrelazadas y ejecutando gráciles saltos mortales en el aire. A la mayoría de los clientes se los veía entusiasmados. Además de dar palmas siguiendo el ritmo, muchos también levantaban las manos a indicación de los payasos cada vez que

cantaban un verso que decía «¿puedo poner las manos en ti?». Unos pocos, por supuesto, permanecían completamente rígidos, petrificados, sin ningunas ganas de interactuar y claramente esperando que no los pusieran en una situación embarazosa pidiéndoles dinero.

Los colegas de Michelle sonreían con petulancia mientras miraban desde detrás del cristal blindado a prueba de vergüenza e interacción directa que los separaba del populacho. Esa protección robusta y cara había sido instalada al mismo tiempo que el nuevo sistema de seguridad y a la dirección no le había preocupado tanto como al personal el hecho de que la parte superior de las cabinas quedara separada del techo al menos un metro y medio.

—Solo tendréis que preocuparos si veis a unos hombres entrando en el banco con pasamontañas negros y un trampolín —había sido el simplista argumento tranquilizador del jefazo.

Eso no había sido un recuerdo aleatorio, sino un pensamiento provocado por la visión del enano corriendo, más que dando volteretas, hacia el ayudante que lo esperaba, luego siendo lanzado por encima de la cabeza de este hasta lo alto de las cabinas, desde donde procedió a realizar una profunda reverencia teatral. Hasta los miembros previamente petrificados de la cola se sintieron instados a aplaudir esta hazaña, y cuando sonó otra vez el estribillo fueron más los que levantaron las manos. Quizá se debía al estado resacoso de Michelle y la consiguiente irritabilidad que la estaba separando del resto de los espectadores, pero su reticencia a participar en el espectáculo hizo que viera lo que quedaba deliberadamente oculto por el artificio. No se había requerido ningún trampolín, pero ahora había un hombre de pie encima de la barrera de seguridad. Tampoco había ningún pasamontañas, pero había cinco personas con máscaras tomando posición en el vestíbulo del banco. Y aunque nadie había sacado un arma, los clientes ya habían levantado las manos.

La fuerza de la revelación provocó que manifestara sus pensamientos antes de que se diera cuenta de que estaba hablando en voz alta.

—Esto es un atraco —dijo.

El payaso más cercano a Michelle se volvió y la señaló llevándose un dedo a la nariz con la mano libre envuelta en un guante quirúrgico: el gesto que hace la gente para indicar una respuesta correcta durante las charadas. Entonces levantó ambas manos dramáticamente y exclamó:

—*Alakazammy, stairheid rammy!*

Al oír esto, el enano se dejó caer detrás de la barrera y concitó las miradas de casi todos los presentes en el banco. Cuando su pie tocó el escritorio, el enano ya había sacado lo que Michelle suponía que era una metralleta de

debajo de sus ropas y estaba señalando al personal del mostrador. Michelle, como todos los demás al otro lado del cristal, miró entonces a su alrededor y vio que había otras cuatro armas apuntando hacia ellos. El payaso situado más cerca de la puerta estaba encargándose del vigilante de seguridad, de espaldas a las puertas dobles. Estiró un brazo hacia el equipo de música y bajó el volumen, aunque, quizá de manera intencionada, no lo apagó del todo. El resto estaba estableciendo contacto visual con el máximo número posible de clientes, empuñando las armas en una mano y llevándose los dedos a los labios con la otra. De todos modos, nadie había soltado más que un grito ahogado de sobresalto o un «oh Dios», pero la calmada sutileza de las acciones de los hombres armados demostró ser sumamente eficaz para conseguir un silencio casi total.

—Como esta joven dama ha conjeturado con precisión —anunció el payaso más cercano a Michelle, presumiblemente el jefe—, esto es un atraco. Así que aquellos de ustedes que tienen las manos levantadas, por favor manténganlas así por ahora, y los que no, por favor disculpen esta violación temporal de su derecho a la libertad de expresión individual y pónganlas donde podamos verlas, como todos los demás.

El personal de ventanilla ya lo había hecho como respuesta inmediata al arma del enano, aunque era imposible saber si alguno de ellos había tenido la serenidad suficiente para pulsar antes el botón de alarma. Había uno debajo de cada ventanilla, y al pulsarlo se enviaba un aviso a la policía y se activaban una serie de medidas de seguridad automáticas, pero no sonaba ninguna alarma, que solo serviría para informar a los atracadores.

El hombre hablaba con seguridad pero no en voz alta, con un aire de broma incongruente en su tono que no solo sugería falta de agresividad, sino que incluso parecía no necesitarla. Su acento era americano, pero con desconcertantes inflexiones ocasionales de Glasgow, como si fuera un escocés disimulando o un *deejay* de Radio Clyde.

—Gracias —continuó después de constatar que no había ningún inconformista—. Sinceramente. Apreciamos mucho su cooperación, y presiento que vamos a trabajar muy bien juntos esta tarde. Son necesarios unos pocos preliminares antes de empezar, así que voy a pedirles que se arrodillen en el suelo ahora. Muy bien. Y los empleados de detrás de la ventanilla, si pueden unirse a nosotros aquí, por favor, será un momento.

Michelle se levantó de su asiento con piernas temblorosas, con la cabeza dándole vueltas por el cambio de altura. Se arrodilló, sintiendo por un momento que estaba a punto de desmayarse, pero para su desgracia mantuvo

la conciencia, tal vez debido a una restauradora afluencia de sangre como consecuencia de levantar los brazos.

—Apoyen las manos en la cabeza una vez que estén de rodillas —propuso el jefe notando algunas caras tensas—. No necesitamos que esto parezca un coro pentecostal, y ya sé lo odioso que es ese cosquilleo.

Mientras el personal era escoltado a través de la puerta de seguridad hasta el otro lado del vestíbulo, el todavía tieso Fraser se sintió aligerado de sus llaves mientras continuaba sosteniendo el equipo de música con las dos manos. El atracador le pidió que se arrodillara y dejara el estéreo cuidadosamente en el suelo, y luego le sujetó las manos detrás de la espalda con una brida de plástico blanco. Hecho esto, su captor pulsó un botón en el equipo de música para cambiar la pista y empezó a sonar *Aria para la cuerda de sol* de Bach. Los colegas de Michelle salieron al vestíbulo del banco y ocuparon sus lugares en las baldosas frías. Con sus rehenes dócilmente inmovilizados, los atracadores procedieron a quitarse las mochilas de lona y las colocaron en el suelo delante del mostrador principal.

—¿Estamos cómodamente sentados? —dijo el payaso en jefe—. Entonces empezaré. Primero, para que las cosas sean un poco menos formales, permítanme que presente a los atracadores de esta tarde. Mi nombre es señor Jarry y mis colegas son el señor Dalí, a su lado el señor Chagall, detrás del mostrador el señor Ionesco, que ha llevado a cabo esas acrobacias impresionantes, y finalmente tenemos al señor Athena junto a la puerta.

Cada uno de los hombres o bien asintió o bien saludó a modo de reconocimiento cuando se mencionaron sus nombres. A Michelle le recordó a esas reuniones siniestras al principio de unas vacaciones organizadas, donde los guías se presentaban con condescendencia a los veraneantes antes de advertirles con severidad de que no interactuaran en modo alguno con la cultura aborigen. Casi esperaba que la siguiente frase de Jarry fuera: «Y si hay algo más en lo que podamos ayudarles hoy no duden en preguntar». No lo fue, pero la comparación se sostenía.

—Por desgracia, las localidades para la actuación de hoy son limitadas y hay ciertas restricciones obligatorias —dijo caminando hasta donde una mujer de aspecto decidido estaba acunando a un bebé que por fortuna dormía—. Este programa lamentablemente no es adecuado para los niños, señora, así que si no le importa vaya allí y el señor Athena la dejará salir en unos minutos. Lo siento —añadió en voz baja ofreciéndole una mano para ayudarla a levantarse.



La mujer miró a su alrededor con incredulidad por su buena fortuna y sintiéndose culpable por los que dejaba allí.

Jarry se inclinó entonces sobre dos ancianas, ofreciendo otra vez un antebrazo para ayudar a cada una de ellas a levantarse.

—Sin querer discriminar por razón de edad ni ser condescendiente, sospecho que nuestra actuación de hoy no será del gusto de las damas. Por supuesto, están invitadas a quedarse si así lo desean.

—No, hijo, nos vamos antes de que cierre la sucursal de Gordon Street —respondió una de ellas como si tal cosa.

—Es muy educado, ¿no? —Oyó Michelle que comentaba la otra mientras se dirigían a la salida.

—Veamos, ¿alguno de los presentes sufre asma o tiene una afección cardíaca? —preguntó Jarry.

Casi todas las manos de la sala se levantaron, lo que provocó que se echara a reír.

—Yo soy Brian y mi mujer también —comentó—. Vale, lo preguntaré otra vez. ¿Alguien sufre alguna de las dos cosas y puede probarlo?

Esta vez solo aparecieron cuatro manos, una de ellas la de la oportunista de Arlene Fleck, que llevaba todos los días un inhalador Ventolín, pero que se sabía que solo lo necesitaba cuando le pedían que explicara el último desastre del que había sido responsable. Salieron otros dos inhaladores junto con un frasco de pastillas sostenido de manera casi triunfante por la mano de uno de los maridos obligados a ir de compras. Su alivio eufórico sin duda se cortó en seco cuando quedó claro que iban a permitir que su señora lo acompañara.

—¿Nadie más? —inquirió Jarry.

Michelle miró hacia la eternamente poquita cosa Caroline Reilly, cuyo instinto protector hacia su hijo no nacido parecía insuficientemente desarrollado para que superara a su miedo crónico a llamar la atención. Michelle la señaló con la cabeza, instándola a responder, pero la pobre mujer parecía paralizada. Caroline era la clase de mujer que, cuando por fin se pusiera de parto, soportaría en silencio cualquier clase de dolor antes que importunar al anestesista si este tenía cosas más importantes que hacer. Michelle levantó una mano.

—Esta mujer está embarazada de cinco meses —dijo con una voz sorprendentemente ronca, una prueba de su éxito en evitar la conversación toda la mañana.

—Y por desgracia tenemos la política de que las mujeres embarazadas no pueden subir a esta atracción —respondió Jarry.

Michelle ayudó a Caroline a levantarse sabiendo que necesitaría el tirón tanto como el apoyo, Jarry ayudó a Caroline a pasar junto a un par más de colegas arrodillados y luego volvió a mirar a Michelle.

—No se aplican tales exclusiones a la resaca.

—No necesito favores —murmuró ella volviendo a arrodillarse.

Jarry hizo una seña con la cabeza a Athena, el payaso de la entrada, que permitió salir a los afortunados antes de volver a cerrar las puertas dobles. Tras la misma orden no verbal, Dalí y Chagall se colgaron las armas al hombro y empezaron a atar a la espalda manos temblorosas con bridas de plástico blancas, Jarry caminó arriba y abajo con aspecto vigilante mientras sus camaradas trabajaban. La sonrisa estaba pintada en el látex, pero su voz sugería que también estaba sonriendo por debajo. Lo único que Michelle pudo ver de su verdadero rostro eran los ojos que atravesaban la máscara, y esos parecían destellar de burla o danzar con una demencia alegre pero auténtica.

—Gracias otra vez, damas y caballeros, están siendo todos verdaderamente encantadores. Me gustaría tranquilizarles en este punto y asegurarles que no tenemos ningún deseo ni intención de hacer daño a ninguno de ustedes, y que no tendrán ninguna clase de pérdida económica por la actividad de hoy, así que realmente no hay motivos para una impulsividad heroica. Aun en el improbable caso de que uno de ustedes pudiera superarnos a los cinco hoy, puedo asegurarles que el único resultado material sería una recompensa de mala gana e irreflexiva de parte del banco seguida por varias semanas de acoso por cierta prensa de derechas desesperada por crear un héroe. O una heroína —añadió, reconociendo el desequilibrio a favor del personal femenino—. Así que piensen qué es peor: ser tomados temporalmente como rehenes por nosotros, que somos unos atracadores de banco educados, o ser acosados en sus casas por zafios reporteros sensacionalistas. La respuesta es fácil.

Michelle no estaba segura de si la sensación de puro terror se estaba disipando, o si simplemente había pasado toda la mañana pensando que iba a vomitar y por lo tanto se había acostumbrado a la sensación. La inicial sacudida de vértigo de ser superada por tales sucesos inesperadamente dramáticos parecía estar dando paso al examen pragmático de una situación que, aunque todavía extraña en muchos sentidos, era una realidad en cierto modo positiva. Una vocecita en su cabeza le decía que al menos ponía en perspectiva sus preocupaciones por la indiscreción de la noche anterior, pero la mención de los periódicos sensacionalistas le recordó que la perspectiva no

existía en cosas como aquella. Solo significaba que, al llegar el lunes por la mañana, habría dos grandes historias de las que todo el mundo hablaría.

Con un poco de suerte, los payasos quizá la matarían o, mejor aún, matarían a Grant antes de que tuviera ocasión de irse de la lengua. Al pensarlo, de repente reparó en que Grant no estaba presente. Volvió involuntariamente la cabeza hacia su despacho, pero Jarry captó el movimiento de inmediato. El jefe de los payasos dirigió su mirada a la anteriormente pasada por alto puerta del despacho, que ahora parecía más visible por estar cerrada. Michelle bajó la cabeza y miró al suelo, cabreada a partes iguales por haber delatado a Grant como por el sentimiento inmerecidamente frívolo que lo había precedido. No era consciente de haber anotado nada de esto en un tablón de anuncios, pero era como si lo hubiera hecho.

—No te fustigues por eso —dijo Jarry—. Créeme, es mejor tener a todos donde podamos verlos y evitar así que una sorpresa desagradable pueda conducir después a un accidente. ¿Señor Chagall?

Chagall terminó de atar un par de manos y caminó con paso firme pero sin apresurarse hacia la oficina de Grant. Michelle trató de aliviar su culpa por su indeseada traición con la esperanza de que el hecho de que no lo hubieran localizado enseguida al menos le habría dado la oportunidad de pulsar el botón de alarma, pero su optimismo se atemperó al darse cuenta de que esos tipos no tenían ninguna intención de dar un golpe rápido. Acababan de dejar salir a varios rehenes por la puerta, así que difícilmente pretendían mantener la situación en secreto. Fueran cuales fuesen sus planes, se estaban preparando para un largo camino.

Michelle observó con un leve grado de sorpresa que Chagall giró el pomo y abrió la puerta con suavidad, dándose cuenta de que había esperado que la abriera de una patada. Demasiadas películas. ¿Cuál era la necesidad de crispación cuando tenías cuatro ametralladoras respaldándote? Chagall desapareció de su campo visual, pero no tardó en regresar, y no iba acompañado.

—No hay pájaros en el nido —informó Chagall.

Esta vez el acento sugería o bien a un estadounidense que trataba de sonar como un inglés encopetado o a un inglés encopetado que trataba de sonar como un estadounidense.

—No obstante, supongo que nadie quiere hacer de Bruce Willis. Hay un retractilado de *FHM* en la papelera, pero curiosamente no hay ningún ejemplar de *FHM*.

Jarry se volvió hacia Michelle.

—¿Cuántos nos faltan? —preguntó.

Solo en ese momento se dio cuenta de que no podía recordar si había visto salir al último cliente de Grant.

—Uno —respondió ella.

—Señor Ionesco —dijo Jarry en voz alta—. ¿Has terminado tu barrido de la zona reservada al personal?

—No del todo.

—Bueno, ¿puedes priorizar el lavabo de caballeros, por favor?

—Claro.

Al cabo de unos minutos, una figura fantasmal de cara pálida emergió de la puerta de seguridad cerrada con código, con el enano armado a su espalda, pero no era Grant. Por fortuna, el cliente sobresaltado iba vestido con traje y corbata, de manera que los atracadores no se dieron cuenta de que todavía faltaba un miembro del personal. Michelle dudaba de que eso permitiera que Grant, en palabras de Chagall, jugara a ser Bruce Willis, pero al menos significaba que se salvaba del contacto visual con él, así que quizá a la postre esa captura de rehenes tenía un lado positivo.

Entretanto, los payasos habían empezado a ponerse en acción con más urgencia. Athena fue puesto a patrullar, lo cual consistía en poco más que quedarse en su lugar con un dedo en el gatillo y los ojos en los rehenes apiñados mientras sus camaradas estaban ocupados en otros menesteres.

Chagall y Dalí llevaron una bolsa de lona a la entrada principal y sacaron de ella un rollo de cinta aislante y dos latas de *spray* de pintura. Uno de ellos colocó una cinta de quince centímetros en el centro de cada una de las puertas de cristal dobles, y luego ambos empezaron a rociarlas con pintura blanca de arriba abajo. Su colega, entretanto, ya había actuado de manera similar para tapar las ventanas. Después de eso, el más alto y más pesado, Chagall, echó una mano a Dalí para rociar las lentes de las cinco cámaras de vigilancia del vestíbulo del banco, pues presumiblemente sabían que podían transmitir al exterior además de grabarse en cinta.

Jarry se puso al otro lado de las ventanillas y sistemáticamente se llevó todo el efectivo, haciéndolo con limpieza y sin alterar ninguna documentación. Los clientes no lo sabían, pero estaba siendo tan bueno como había prometido en relación con la seguridad de su dinero: sus recibos de depósito permanecían en su lugar para ser procesados, de manera que el banco tendría que abonarles el dinero que él estaba robando.

El enano, Ionesco, no estaba a la vista, lo cual significaba que podía estar buscando en los armarios a nivel de suelo de detrás de los mostradores, pero más probablemente que tramaba algo en la zona de administración, como conseguir el acceso al sótano. Había otras oficinas en el entresuelo, más grandes, con ventanas que daban al vestíbulo del banco. Esa zona estaba cerrada los sábados (los directivos no tenían que arrastrarse resacosos al trabajo en fin de semana) y Michelle no había visto que Athena le pasara llaves a nadie. No había nada de valor allí arriba de todos modos, salvo retretes más limpios. En cambio, en el sótano se encontraba la cámara acorazada, que albergaba la caja fuerte principal y las doscientas cajas de seguridad de la sucursal. Si alguien había pulsado la alarma, las puertas de ambas se habrían cerrado de manera automática.

Jarry salió de la puerta de seguridad al cabo de unos minutos, llevando solo su arma, con sus ganancias ilícitas presumiblemente esperando un complemento más sustancial en algún lugar de la oficina trasera.

—Señor Dalí —dijo en voz alta—, ¿qué tal la vista?

Dalí arrancó uno de los adhesivos de las puertas dobles y se agachó para mirar a través del hueco en la pintura.

—Solo uniformados hasta ahora —repuso. Otro acento americano, esta vez uno que sugería que la cara de debajo de la máscara era negra—. Veo cuatro..., no, espera, cinco, actualmente llevando a cabo protocolos de pollo sin cabeza. Están haciendo retroceder a la gente porque no se les ocurre otra forma de ser útiles hasta que aparezca el jefe. Hasta el momento un coche patrulla, sin Unidades de Respuesta Armada. Está todo muy verde. —Dalí volvió a colocar la cinta para tapar el hueco y luego se levantó muy tieso otra vez.

—Estarán aquí enseguida —dijo Jarry—. Si habéis terminado, deberíais prepararos.

—Claro.

Dalí caminó con rapidez hacia las ventanillas, donde se agachó y empezó a rebuscar en otra bolsa de lona, mientras Jarry se volvía para dirigirse a los rehenes.

—Para nuestro siguiente número, vamos a necesitar algunos voluntarios del público. En concreto, primero vamos a necesitar a un tal Thomas Peat, que creo que está en posición de director de guardia hoy.

Tom no tuvo que identificarse, el repentino rubor en su piel llena de pecas hizo extremadamente obvio qué miembro del personal estaba lamentando

haber hecho tanto la pelota al jefe para asegurarse esta responsabilidad irónicamente muy poco deseada.

—Vamos, no seas tímido —le dijo Jarry, ayudándole a levantarse—. Lamento ponerte en un brete, pero me temo que uno de estos niños malos ha hecho saltar el sistema automático de alarma, y vamos a necesitar que nos eches una mano para abrir la cámara acorazada.

—No... No puedo hacerlo —tartamudeó Tom.

Posiblemente era la primera vez que decía esas palabras en ese edificio. El tipo era una declaración de propósitos andante, la viva encarnación de la penosa filosofía publicitaria de empresa: «Por supuesto que podemos ayudar».

—Quiero decir, quiero ayudar, no estoy negándome —añadió con rapidez, ya fuera temeroso de consecuencias o volviendo de forma automática a su modo complaciente—. Pero si el sistema de seguridad se ha activado, no puedo desactivarlo localmente. Quiero decir, es evidente que puedo poner mi contraseña, pero eso no servirá de nada porque, verá, es el...

—Sistema de doble llave de autorización remota —lo interrumpió Jarry— desarrollado por Berkley Security Solutions para el Pacific Western Bank en 1998. La caja se cierra de manera automática y solo puede reabrirse cuando la contraseña del director o del director de servicio es coautorizada en la oficina principal, después de lo cual sigue habiendo un retraso de seis horas antes de que la puerta se abra.

—Eso es —añadió Tom avergonzado.

Jarry continuó, como si leyera de un manual.

—El sistema se anuncia al personal como una supuesta forma de protegerlos en el caso de ser tomados como rehenes, porque cualquier información o cooperación que pudiera obtenerse de ellos de manera forzada sería inútil.

Michelle recordó haber oído algo por el estilo cuando se instaló el sistema. Como los demás, no había prestado demasiada atención en ese momento porque nadie esperaba verlo en acción en realidad, y mucho menos anticipar un error que se les hubiera pasado a los expertos. Dadas las presentes circunstancias, parecía seguro asumir que había uno muy grande, y suponía que Jarry estaba a punto de señalarlo.

—Lamento ser el que te chafe el invento, Thomas, pero el sistema de doble llave de autorización remota retardada está concebido para proteger el dinero, y esa es la razón de que muchos bancos del mundo lo hayan puesto en marcha. Su propósito es ganar tiempo mientras la policía toma posición fuera,

alentando a los atracadores a que renuncien a la pasta y en cambio centren su atención en helicópteros y destinos sin tratado de extradición. En una toma de rehenes impide que empleados como vosotros puedan ofrecer unilateralmente las contraseñas del banco y códigos de acceso a cambio de algo tan insignificante como sus vidas, pero no ofrece ninguna protección contra los atracadores que amenazan con matar a sus rehenes si la oficina principal no autoriza el código y abre la maldita caja.

No era el momento más cómodo para que Dalí se levantara otra vez, sosteniendo la escopeta más tremendamente aterradora que Michelle había visto nunca. En comparación, las pistolas compactas idénticas que llevaban los cinco payasos parecían raquílicas y artificiales. Esa tenía dos cañones colocados en vertical, el de encima equipado con una mira telescópica y el de abajo con un mecanismo de acción de bombeo. Ambos cañones sobresalían de un tronco de acero de aspecto formidable. No obstante, la parte más inquietante era el soporte para el hombro extensible, que en ese momento estaba doblado hacia delante. Michelle no tenía ni puta idea de armas, más allá del hecho de que disparaban y era mejor estar detrás de ellas en ese momento, pero había sido reticentemente arrastrada a suficientes películas de machos para reconocer que esa iba a disparar algo más grande que balas.

—Pero no os preocupéis —les tranquilizó Jarry sonando más locamente jovial que nunca—. No estamos aquí para amenazar a nadie. Solo necesitamos que Thomas nos conecte a la red.

## ASEDIO MENTAL

Andy se estaba divirtiendo viendo el pánico de los polis. Era muy gratificante ver a Muévete y Lárgate, los mismos dos charlatanes a los que tanto les gustaba soltar esa perorata paternalista de «no te equivoques, nosotros lo controlamos todo», vagando sin saber qué hacer ahora que se veían obligados a enfrentarse con algo un poquito más complicado que acosar cada día a inocentes músicos callejeros.

La primera señal de que algo iba mal llegó cuando vio a algunos clientes dándose la vuelta en la escalera del banco y echando a correr por Buchanan Street. No pudo oír lo que estaban gritando —estaba con su tributo espontáneo a Vambo, en ese momento con una interpretación de las que hacen que la gente vuelva la cabeza de «Ain't Nothing Like a Gang Bang»—, pero la mayoría de los compradores que se encontraban se paraban en seco; salvo, por supuesto, los que echaban a correr en la otra dirección para echar un vistazo a lo que estaba ocurriendo. Con un hábil taconazo, Andy cerró el estuche de la guitarra, y aunque logró subirse otra vez sin perder ni un acorde, no pudo decirse lo mismo de su voz una vez que echó un vistazo al interior de la sucursal. O los clones de Cleminson habían reclutado a los clientes para hacer una representación en masa de un baile infantil o estaban atracando el banco. Destellos metálicos de armas a la altura de la cintura sugerían esto último.

El famoso dúo de azul conocido por perseguir músicos callejeros salió pisando fuerte desde Argyle Street unos minutos después. Para entonces, sorprendentemente, ya habían permitido salir del banco a un grupo de personas. Muévete y Lárgate estaban hablando frenéticamente por radio mientras corrían, con un paso que sugería que trataban de dar la apariencia de prisa sin en realidad correr tanto como deberían, probablemente rezando todo el tiempo para que alguien llegara allí antes.

En ese caso, no tuvieron suerte. Después de que los liberados confirmaran las circunstancias, la pareja se encontró (Andy esperaba que de manera temporal) a cargo de una situación para la que evidentemente no estaba preparada. Dadas sus limitaciones, ambos estaban desplegando la táctica policial para todo consistente en gritar al azar a los transeúntes, lo cual podría



no conseguir nada constructivo pero tenía por principal objetivo dar la impresión de que sabían lo que hacían. También había mucho movimiento de brazos, cuyo propósito parecía ser advertir a la gente que se alejara del banco, aunque podría haber sido un intento de echar a volar; en cualquiera de los casos la técnica demostró su ineficacia. Dos polis lo tenían difícil para controlar un cruce de tres calles, un amplio recinto peatonal y varios cientos de compradores navideños altamente motivados, predominantemente de Glasgow, nada más y nada menos.

Andy, siempre oportunista, continuó tocando y empezó a cantar «Police and Thieves», seguido de «My Daddy Was A Bank Robber» para terminar el *medley* criminal de los Clash con «I Fought The Law». Ganó unas diez libras antes de que Muévete y Lárgate recordaran la única cosa en la que eran eficaces y le ordenaran casi sin aliento que se callara la boca. Sin embargo, antes de que formal o físicamente pudieran echarlo, llegó la atronadora caballería y les exigió informar a un superior del progreso de su frenética actividad con los brazos.

Dos furgonetas y cuatro coches patrulla convergieron en la explanada, uno de cada procedentes de Gordon Street y el resto abriéndose camino a través del recinto peatonal desde West Regent Street. Llegaron más polis a pie, corriendo hacia la escena desde todas las direcciones.

De uno de los coches patrulla emergió un tipo pequeño de mediana edad con un peinado espantoso vistiendo un abrigo gris que era más grande que él. El abrigo lo envolvía con la misma rigidez que un caparazón de tortuga, y daba la impresión de que se habría aguantado de pie por sí solo si su habitante se hubiera liberado y se hubiera largado caminando. El hecho de que ninguno de los otros polis estuviera riéndose de él indicaba que debía de ser el oficial al mando. Reunió a un pequeño grupo y empezó a hacer muchas señas con el brazo tieso, aunque hacía falta buena vista para saber si alguno de sus dedos realmente lograba salir del alcance expansivo de sus mangas. Hubo cabezas que asintieron y agentes que volvieron a los coches, después de lo cual se puso en marcha una operación de acordonamiento más eficaz. Se amontonaron vehículos en las tres vías de acceso, y enseguida se cubrieron los huecos laterales mediante barreras de plástico a rayas rojas y blancas que sacaron de una de las furgonetas. Muévete, Lárgate y su gran familia tomaron posición en torno a estas barreras, aferrándose con ansia a la oportunidad de poner en práctica sus talentos indudables: a saber, mirar con impermeable severidad y decir a la gente que se alejara. Las barreras, no obstante, estaban teniendo el efecto paradójicamente familiar de atraer a la gente para ver qué

era aquello de lo que se le excluía. Las multitudes estaban creciendo en los tres lados de la ya vacía explanada, como si estuvieran en un torneo de golf esperando a que alguien diera el golpe final en un imaginario último hoyo.

Obligaron a Andy a desplazarse a Gordon Street, donde retrocedió a un portal abandonado que le permitía tanto una perspectiva un poco elevada como un espacio para insistir con su comentario musical, suponiendo que con los polis ocupados con otras cosas era poco probable que se topara con más objeciones oficiales.

Abrigo estaba cerca, en la explanada vacía, con un coche patrulla entre él y la multitud. Tenía unos pocos agentes de paisano alrededor, pero aunque se estaba produciendo una discusión, quedaba claro que se mantenían a la expectativa, esperando algo.

Ese algo llegó al cabo de diez minutos en forma de otros dos coches patrulla, cuyas sirenas fueron audibles durante un buen rato antes de que fueran capaces de separar el mar de curiosos y alcanzar el final de Gordon Street. Cuatro hombres se apearon de cada vehículo, equipados con chalecos antibalas y portando rifles automáticos. Ninguno de ellos tuvo que pedir a nadie que se apartara de su camino cuando fueron a reunirse con Abrigo.

Hubo más charla, más señalar y no pocos ceños fruncidos cuando los polis de la Unidad de Respuesta Armada se dieron cuenta de que no podían ver el interior del banco porque las ventanas y puertas habían sido deliberadamente pintadas de blanco. Sin embargo, cuatro de ellos pronto se separaron del grupo y tomaron posición, dos a cada lado, junto a las barreras situadas al otro extremo de Buchanan Street. Se agacharon en el suelo, apuntando con las armas a las puertas delanteras, y eso al instante tuvo un impacto mayor en el intento de empujar a los mirones hacia atrás que el sinfín de peticiones de Muévete y Lárgate. Un vistazo al armamento que apuntaba al edificio bastó para que la gente empezara a pensar en lo que podría haber del otro lado, y la multitud entera retrocedió colectivamente varios pasos.

La segunda unidad permaneció agrupada en torno a Abrigo, quizá preparándose para alguna táctica de despliegue específica, pero muy probablemente, como todos los demás, sin saber qué hacer hasta que quedara un poco más claro lo que estaba ocurriendo. Uno de ellos estaba mirando los edificios que los rodeaban, aunque Andy dudaba de que las mangas pesadas de Abrigo le permitieran apuntar tan alto en el caso de que quisiera gente posicionada allí. Entonces, de uno de los coches patrulla bajó un agente de paisano que sostenía un teléfono móvil, indicando que había una llamada que Abrigo debía atender. Los tipos de la URA se dieron la vuelta con gran interés

por lo que el tipo de paisano estaba diciendo. Y en ese momento todo el grupo quedó envuelto de repente en una nube de polvo blanco.

Andy oyó una serie de ruidos sordos ahogados y vio varias más de tales nubes apareciendo con rapidez en la explanada. Los dos primeros impactos los recibieron los agentes armados agachados, y luego cuatro más aterrizaron en torno a los dos que quedaban, anticipando sus intentos de evasión. Al menos lograron identificar la fuente de los disparos y apuntar sus armas hacia el tejado del banco, pero cuando lo consiguieron ya estaban envueltos en una nube de polvo cada vez más grande, de la que salieron espásticamente, cubriéndose los ojos mientras se tambaleaban. Andy levantó la mirada con reflejos considerablemente más lentos, a tiempo de ver un breve destello de movimiento en el tejado antes de que una ráfaga de viento trajera un leve soplo de la nube que se dispersaba hacia allí. Cerró los ojos y retrocedió al hueco de la entrada, donde apenas llegó el polvo.

Los reunidos delante de la barrera no habían sido tan afortunados. Abrigo debía de haber vuelto la cabeza en el momento oportuno, o simplemente se había retirado a su caparazón, porque salió mucho mejor parado que el resto. Los tipos de la URA, en cambio, parecían listos para el horno, con las caras y el pelo bien enharinados de un polvo cuyos efectos se estaban haciendo rápida y decisivamente manifiestos. Los pobres cabrones habían quedado tan fuera de combate como los prisioneros de guerra. Tosían, se frotaban los ojos llorosos, se sacudían vigorosamente y se daban palmadas, pero sobre todo se rascaban. Era como si les hubieran echado encima un millón de pulgas. Todos los agentes armados rascaban compulsivamente cualquier trozo de piel expuesta y, en un alarde de flexibilidad, trataban de meter las manos dentro de la ropa para alcanzar los lugares donde esa peste en extensión había penetrado. Uno de ellos tiró su arma al suelo y empezó a quitarse el chaleco antibalas allí donde estaba, mientras colegas limpios hacían débiles (y visiblemente reticentes) gestos de ayuda.

Enseguida, la gente agolpada también se rascaba, pero de una manera mucho menos extrema y a intervalos lo bastante distanciados como para sugerir una respuesta psicósomática. Eso los hizo retroceder un poco más, igual que ocurría en los tres lados del cordón. Muévete y Lárgate, sin opción a una retirada similar, parecían un poco menos afectados, pero la imagen era gratificante de todos modos.

## DOS TRIBUS

La conjetura de Michelle de que el atraco iba para largo se estaba demostrando exasperantemente precisa. Después de toda la tensión, confusión, temor y excitación iniciales, daba la impresión de que no estaba pasando nada de nada, salvo las ocasionales y persistentemente desatendidas órdenes de los polis a través de un megáfono. Dentro, el temor se estaba convirtiendo en aburrimiento, y la confusión, en frustración; la excitación se había disipado hacía mucho, pero la tensión siempre estaba presente.

El último suceso importante había sido la incursión de Dalí en la planta superior, que ella había supuesto que significaba en las anteriormente descuidadas oficinas de dirección, pero resultó que había subido al tejado. Chagall, que controlaba lo que ocurría en Buchanan Street a través de sus rendijas, había informado de la llegada de policía armada; la llegada de todas las otras variedades de policías había sido ruidosamente anunciada por sirenas. Después de los gritos, chillidos y aumento general del volumen en el alboroto de los curiosos, el payaso vigilante anunció con jovialidad que los policías armados habían sido «espolvoreados», un término que Michelle supuso que sería uno de los eufemismos, aparentemente interminables, que los americanos empleaban para referirse a matar gente. Y como parecía claro que sus compañeros rehenes también compartían esta preocupación, y contemplaban las ramificaciones que eso podría tener en su propia situación, Chagall se vio empujado a asegurarles que no era lo que pensaban, aunque no ofreció ninguna información más.

Desde entonces, no había habido nada más que preocupación y, en el caso de Michelle, sufrimiento. Los síntomas de su resaca habían remitido temporalmente entre las distracciones de las primeras etapas más frenéticas del atraco, pero ahora su mente estaba libre para concentrarse en lo mal que se encontraba y en el tiempo que había pasado desde su última dosis de analgésicos. La cuestión de Grant Kelly había cambiado un poco, eso sí. Ahora, cada vez que lo recordaba, en lugar de preocuparse de que contara lo ocurrido la noche anterior, se preocupaba por la posibilidad de que lo mataran o fuera la causa de que mataran a todos los demás. Las observaciones de Jarry

sobre «sorpresas desagradables» y «accidentes» resonaban de manera amenazadora.

Despreocupados de cualquier noción de miedo, algunos de los clientes rehenes se sentían cada vez más desinhibidos a la hora de expresar sus propias preocupaciones primarias.

—Eh, tío, ¿cómo va por aquí? —preguntó uno del Pueblo a Athena, que continuó caminando sin ninguna inclinación visible a responder—. Eh, perdona el atrevimiento, pero ¿cuánto tiempo vais a tenernos aquí?

—Lo que haga falta —afirmó Athena.

No había dicho lo suficiente para que Michelle captara su acento, pero lo que oyó le sonó también a americano.

—Tendríamos que estar en el partido de los Rangers —insistió el portavoz del Pueblo—. Solo te lo pregunto, tío, ¿crees que al menos llegaremos a la segunda parte?

—Tendrás que hacerle esa pregunta al señor Ionesco —repuso Athena con tozudez—. Pero espero que hayas puesto a grabar *Sportscene*, no te puedo decir nada más.

Esta vez el acento fue fácil de identificar: un intento poco convincente de parecer norteamericano siendo incapaz de ocultar su origen de Glasgow.

Lo que también parecía identificable era que Athena no creía que las cosas estuvieran yendo según el plan, una sospecha que Michelle ya estaba contemplando. Tom Peat había regresado de su aburrido acto de traición solo minutos después de marcharse, y desde entonces ni Jarry ni Ionesco habían dado señales de vida, lo que sugería que la caja no se había abierto pese a su por te de seguridad engreída. Quizá eran los primeros síntomas del síndrome de Estocolmo, pero no podía evitar desearles un éxito inminente, suponiendo que aquello que era buena noticia para los atracadores también lo era para los rehenes. Lo contrario también era escalofriantemente cierto. Puesto a ser atracado por alguien, cualquiera elegiría que lo hicieran criminales seguros de sí mismos, competentes y de hablar pausado, y no tipos nerviosos, agitados, desesperados, y lo único que se requería para que los primeros se convirtieran en los segundos era el fracaso.

Una vez más, no todos soportaron la tensión creciente en silencio.

—¿No puedes usar tu influencia para sacarnos de aquí? —preguntó el portavoz del Pueblo a uno de la expedición al Antártico de aficionados del Celtic.

—¿Qué?

La expresión de desconcierto desdeñoso en la cara del seguidor del Celtic bastó para mostrar su incredulidad agresiva ante el hecho de que un aficionado de los Rangers se dirigiera a él.

—Bueno, esta peña tiene que ser católica. La mayoría de los criminales de Escocia lo son. Pensaba que podrías interceder.

—Sí, claro, tío. ¿No hay chorizos protestantes?

—No estoy diciendo que no haya ninguno, pero solo pienso en las leyes de la probabilidad. El porcentaje de católicos en prisiones de Escocia es trocientas veces su porcentaje de población.

—Y eso no tiene nada que ver con cabrones orangistas intolerantes que discriminan a los católicos que buscan trabajo.

—Eh, tenemos a un chistoso aquí —explicó el portavoz a sus colegas—. ¡Católicos que buscan empleo! ¿Por qué iba a trabajar un papista cuando puede gorronear del Estado en un país que desprecia? Menuda ironía, ¿eh? Somos los británicos que pagamos impuestos los que al final financiamos los abonos de temporada de un club que promociona activamente el terrorismo contra nuestro país.

—Somos un club irlandés que resulta que juega en una liga escocesa. Y lo que para unos es un terrorista para otros es un luchador por la libertad. Si quieres hablar de un club que promueve el sectarismo, no somos nosotros los que no hemos fichado a un católico en cien años. Y no me vengas con ese mierda de Don Kitchenbrand, porque sabemos que lo fichasteis porque no hicisteis bien los deberes y no os enterasteis de que era católico.

—No voy a escuchar lecciones de moralidad de un aficionado de un club que tapó el abuso infantil sistemático durante treinta años...

Etcétera, etcétera.

Había cierta raza de aficionados de los dos clubes de Glasgow a los cuales el odio del otro grupo los consumía hasta el punto de superar no solo su interés (aparentemente circunstancial) en el fútbol, sino también su conciencia de las circunstancias presentes hasta el extremo de que podrían enzarzarse en una pelea con el telón de fondo de una explosión nuclear cercana. Atracadores armados eran por lo tanto una consideración menor.

—Al menos nunca nos han dado un trofeo europeo en un puto armario porque nuestros aficionados estaban alborotando fuera. El vuestro es el único equipo de Europa al que prohibieron defender su título.

—Y lo dicen los lanzamonedas, «los mejores aficionados del mundo», que revientan las ventanillas del coche del árbitro cuando pierden y le revientan la cabeza cuando pita algo contra ellos.

Athena continuó paseando arriba y abajo, y mientras la discusión se avivaba y los participantes en ella no le prestaban ninguna atención, él daba una impresión mucho menos convincente de mantenerse al margen. Pero, inevitablemente, algo tenía que pasar.

—Hablas de una política de fichajes sectaria cuando pasasteis más de cien años sin tener a un protestante en la junta. Ni siquiera le ofrecisteis un puesto a Jock Stein (vuestro mejor entrenador de la historia) porque no era católico. Aun así, no se lo debió de tomar a mal, porque podría haber contado lo que sabía de Jim Torbett y el escándalo de las categorías inferiores.

Michelle no sabía de qué demonios estaban farfullando ninguno de los dos, pero este último comentario evidentemente había cruzado una línea. El aficionado del Celtic se levantó y lanzó una patada al Embajador del Pueblo, pero este también se levantó —con una velocidad inesperada dado su voluminoso contorno— y se vengó con una patada que casi le dio en la cabeza a la acobardada Kathy Claremont. Antes de que ninguno de sus colegas pudiera unirse a la absurda refriega, Athena dio un paso adelante y golpeó al Embajador en la cara con la culata de su arma. Este se derrumbó sangrando copiosamente por la nariz, y en ese momento el mínimamente vestido Tim se propulsó adelante con la intención de aprovechar la ventaja. Sin embargo, se encontró con el otro extremo del arma de Athena a pocos centímetros de la cara. Se paró en seco con un visible estremecimiento y empezó a retroceder, pero aparentemente no con suficiente velocidad. Athena cambió su agarre en el arma y clavó la culata en el estómago del hombre.

—¡Señor Athena! —exclamó una voz.

Michelle volvió la cabeza y vio a Jarry de pie delante de la puerta de seguridad, con su propia arma colgada a la espalda. Athena se apartó y Jarry empezó a caminar hacia el grupo de rehenes.

—¿Puedes decirme dónde están los rehenes de sobra? —preguntó a Athena, en voz lo bastante alta para que todos lo oyeran.

—¿Qué rehenes de sobra?

—A eso voy. Así que por favor no hagas daño a los que tenemos.

—Estaban...

—Lo sé. Pero calma. Cuenta hasta diez.

—Sí, señor —respondió con sarcasmo.

Jarry se inclinó sobre el contingente futbolero que asistía a sus heridos.

—Mis disculpas. ¿Qué puedo decir? Malditos aficionados de Partick Thistle, ¿eh?

El Embajador levantó la cabeza llevándose un pañuelo a la nariz.

—Suerte que ha intervenido él. A este papista le puedo con las dos manos atadas a la espalda.

—Bueno, no intentes demostrarlo, o a lo mejor tendremos que atarte también los pies.

Jarry se enderezó otra vez.

—Mis disculpas al resto de ustedes. Parece, buena gente, que tendremos que retenerlos un poco más mientras el señor Ionesco convence al ordenador de que abra la caja. La bella dama parece que se resiste un poco a sus dotes de seducción.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Athena de mal humor.

—Por parafrasear a Oscar Wilde, señor Athena, el gran robo, como el gran arte, necesita tiempo. Pero mientras esperamos, señor Chagall, quizá podrías proporcionar un poco de distracción a nuestros invitados.

—Oh, estoy seguro de que no les interesará, señor Jarry —repuso Chagall con fingida timidez—. Odio aprovecharme de un público cautivo.

—No seas modesto. Adelante, te lo imploro.

—De acuerdo pues. Pero si empiezo a aburrir a alguien, por favor, solo tiene que levantar la mano.



## DECLARACIONES DE TESTIGOS ANGELIQUE DE XAVIA (NI SE TE OCURRA)

Como le habían prometido por teléfono, había un Rover azul esperando a Angélique a las puertas de la tribuna principal. El coche fue fácil de localizar nada más doblar la esquina porque era el único vehículo al que los agentes encargados del tráfico habían dejado pasar. Sintió que otra pequeña parte de sí misma se marchitaba y moría ante la visión del Rover, en parte por la perspectiva de adonde la llevaría, pero más por la confirmación de que sabían dónde podían encontrarla en sus sábados libres. Los cabrones ya habían enviado el coche a Ibrox antes de llamarla; probablemente esperaron hasta las tres para que no se encontrara con una multitud que entraba en el momento de salir.

Pasar entre la multitud de dentro del estadio ya había sido bastante complicado.

—Eh, nena, dales una oportunidad, no lo han hecho tan mal —le había gritado un seguidor cuando ella se dirigía hacia el túnel de salida menos de dos minutos después del pitido inicial.

—La gente cada semana se marcha antes para coger el metro —bromeó otro.

—¿Volverás si Big Eck promete cambiar a Konterman?

Angélique quería gritar una respuesta, sonreír y hacer un guiño, incluso pensar una réplica ingeniosa en relación a no ver otro 3-4-3 de mierda, pero no tenía ganas. Mantuvo la cabeza mansamente baja y caminó con brío por la escalera, entre los que llegaban tarde y sin aliento y los fanáticos del colesterol que todavía estaban aprovisionándose de hamburguesas por si la malnutrición los amenazaba en los siguientes cuarenta y cinco minutos.

Angélique se acercó al Rover y saludó al conductor, que se inclinó para abrirle la puerta del pasajero. Lo reconoció: era Bailey, el chico nuevo del Departamento de Investigación Criminal, joven, diligente, servicial y con un gran entusiasmo por complacer. Un par de años antes y sin lo ocurrido en Dubh Ardrain, Angélique lo habría visto con agrado; ahora, en cambio, lo

veía como un trepa lameculos con aspiraciones a convertirse en «uno de los nuestros».

—Hola —dijo Angelique con brusquedad al subir.

—Buenas, inspectora —la saludó él con una sonrisa—. Siento haberla sacado. No sabía que era...

—Dejémoslo, ¿vale? —lo interrumpió lacónicamente decidida a poner fin a toda esa vía de discusión.

Sin embargo, no funcionó, era del todo incapaz de entender qué quería decir «cierra el pico».

—No, no, no quiero bromear. Soy...

—... un poli que todavía se está acostumbrando a ir de paisano con traje y corbata. Así que límitate a conducir el coche.

—Sí, señora —murmuró visiblemente alicaído.

Enfilaron Paisley Road West hacia Tradeston con la sirena puesta. Bailey trasladó su mal humor y su inagotable deseo de impresionar a la conducción y empezó a esquivar el tráfico.

—¿Qué pasa? —preguntó Angelique, pues los detalles habían escaseado durante la llamada telefónica—. ¿Por qué no puede ocuparse de esto otra unidad armada? Soy de Servicios Especiales y es mi puto día libre. Seguro que hay al menos ocho tipos del URA en la ciudad.

—Hay más en camino —repuso Bailey—, pero McMaster ha preguntado específicamente por usted.

Angelique se permitió un amargo resoplido a modo de risa, negando con la cabeza al hacerlo.

—¿Qué? —preguntó Bailey.

—Nada —murmuró, pero su sonrisa amarga permaneció.

McMaster. Uno de los pajeros sabelotodo de la cúpula policial que se había encarnizado con ella durante la investigación. «Imprudente» había sido el adjetivo favorito que había salido de su boca de culo fruncido. «Responsabilidad» era otro de los purasangres de la caballeriza de McMaster, junto con «líneas de mando».

A ella McMaster también le evocaba algunos términos: «hipocresía» para empezar, seguido de cerca por «jeta». Angelique no sabía si sentirse justificada o más cabreada todavía, pero en cualquier caso era confirmación de lo que había sospechado todo el tiempo. Sabían que la estaban jodiendo, sabían lo que ella valía, sabían lo que podía hacer, pero no pensaban reconocerlo hasta que las circunstancias lo hicieran absolutamente necesario.

«McMaster ha preguntado específicamente por usted».

Imprudente. Incomprensible. Impetuosamente autónoma. Oh, sí, y cuando la mierda salpique, ¿a quién vas a llamar?

Bailey continuó por Gordon Street, reduciendo la velocidad al acercarse al cruce con West Nile Street, donde una multitud estaba bloqueando la calle. Veía las partes superiores de las furgonetas de policía por delante, pero no iba a poder acercarse mucho más en coche. Bailey se estiró para volver a encender la sirena, pero ella le dijo que mejor parara.

—Llegaré antes a pie.

—Antes de que se vaya —dijo Bailey, soltándolo cuando ella se estiraba para abrir la puerta, como si fuera su última oportunidad de pedir una cita—. Sé que es difícil que nuestros caminos se crucen mucho, así que solo quería decir... lo que hizo, eh, en Dubh Ardrain... Para eso hacían falta todos los cojones del mundo. Sé que es una estupidez, pero quería... —Le tendió una mano para que ella se la estrechara, demasiado tímido o quizá reticente a expresarlo con palabras.

Angelique le dio un firme apretón.

—Todavía me faltan dos cojones para potenciar mi futuro laboral aquí —dijo ella—, pero gracias.

Angelique se abrió paso lentamente. Más que la multitud lo que frenaba su avance era una sensación de ambivalencia inquebrantable respecto a presentarse a ese pánfilo. Cualquier noción de disfrutar de la vergüenza que él sentiría al tener que recurrir a ella en ese momento de necesidad se veía fuertemente contrarrestada por la perspectiva de lo que podría pedirle que hiciera. Si no se equivocaba, lo que estaba ocurriendo era un asedio armado, y no habían preguntado específicamente por ella porque fuera conocida por su diplomacia o capacidades de negociación.

Incluso con tanta gente rondando y un megáfono tapándole el careto, McMaster no fue difícil de localizar, envuelto como estaba en ese ridículo abrigo. Parecía un personaje de *Los autos locos*, aunque ese día su indumentaria favorita estaba inusualmente moteada.

—Repito —chilló a través del megáfono—, tenemos el edificio rodeado.

Joder, ¿de verdad acababa de decir eso?

—No tienen escapatoria, pero estamos dispuestos a negociar para proteger a los rehenes.

Por supuesto que sí. Tenemos todas las cartas. Por eso estamos llamando a una imprudente y negligente agente de Servicios Especiales en su día libre.

Angelique se acercó a la camarilla reunida detrás de la barrera improvisada y levantó su identificación imaginando que el agente uniformado

más cercano iba a decirle que parecía demasiado pequeña para ser poli y a vetarle el paso. En cambio, el agente se dio la vuelta de inmediato y tocó el hombro de McMaster. Angeliqúe pudo leer en sus labios que decía: «Detective inspectora De Xavia, señor». El grupo entero se volvió hacia ella, todos más rápidos que el jefe cargado con su vestimenta. Angeliqúe reconoció las caras: Dave Keogh, Graeme Hardie, Judith Newman, Bob Hogg. Pesos pesados. Un grupo con experiencia, autoridad, inteligencia y pericia, mientras que a su alrededor, en la periferia, había una abundancia de músculo. Por lo tanto, el motivo por el que necesitaban a Angeliqúe no era obvio, pero estaba empezando a sospechar que la palabra *asalto* podría ser una descripción apropiada del papel. O *chivo expiatorio*, sin tener en cuenta su sexo.

McMaster tenía los ojos horriblemente inyectados de sangre y rodeados por una hinchazón rosada. Después de una segunda mirada a los congregados, Angeliqúe reparó en que varios más mostraban síntomas similares aunque menos pronunciados.

—Angeliqúe —dijo McMaster saludándola con la cabeza; caray, ¿era eso el destello de una sonrisa?—. Gracias por venir, y siento haberte llamado en tu día libre.

¿Educación, también? Seguro que se trataba de un asalto.

—Espero que no estuvieras en medio de nada importante.

—No, señor —aseguró ella, pero para entonces Bob Hogg ya había empezado a silbar la tonada de *Follow Follow*, ganándose una mirada de la que simplemente se rio—. Entonces ¿cuál es la situación?

—Para abreviar, tenemos a cinco atracadores enmascarados en el banco, con armas automáticas. Retienen a un número indeterminado de rehenes, posiblemente doce, quizá hasta quince.

—¿Indeterminado?

—Según los cálculos de los que han dejado salir.

—Han dejado salir a algunos rehenes. ¿Por qué?

—No aprobaron el examen —intervino Hogg—. Han soltado a jubilados, una madre y su hijo, una mujer embarazada, un tipo con un marcapasos, varios asmáticos.

—¿Estamos hablando de un atraco o de una clase de aeróbic?

—No es ningún golpe rápido que ha salido mal —resumió McMaster—. Creemos que están planeando una partida larga y necesitan rehenes que puedan aguantar.

—Entonces ¿qué están esperando? ¿Cuáles son sus exigencias?

McMaster se puso visiblemente furioso con esta pregunta, Judith Newman respondió por él.

—No han hecho ninguna. Se niegan a responder. No parecen interesados en entrar en ninguna clase de diálogo.

—Todavía —añadió McMaster maliciosamente, sonando como si estuviera tratando de convencerse.

—También han pintado las puertas y ventanas, así como las cámaras de vigilancia del banco.

—¿Podemos ver las grabaciones del momento de su entrada?

—Lo habíamos pensado —dijo Judith—, pero ya llevaban máscaras al entrar en el edificio.

—Medias en la cabeza al enfilear los escalones, pues. ¿Qué hay de las cámaras de seguridad del exterior?

—Estaban enmascarados también fuera.

—Supongo que no me estás diciendo que llegaron caminando por Buchanan Street y entraron en un banco un sábado lleno de gente, llevando medias sobre las cabezas sin que nadie se fijara en nada sospechoso.

En este punto, McMaster tenía pinta de que podría estrangular a varios animalitos de peluche y todavía le quedaría tensión para dar y vender.

—Iban vestidos de payaso, detective De Xavia —dijo, apenas controlando la rabia en su voz—. Se hicieron pasar por artistas callejeros antes de entrar en el banco.

—Hicieron un baile de un viejo número de Madness. Atraieron una buena multitud según...

—Sí, gracias, inspectora Newman. Creo que podemos pasar de ciertos detalles menos pertinentes.

—Desde luego, señor.

—¿Y qué ha ocurrido con la URA? —preguntó Angelique.

McMaster empezó a pestañear ante la mera mención de estas palabras, luego comenzó a frotarse los ojos. Un par de sus colegas lo imitaron enseguida en una suerte de empatía psicósomática.

—Nos han atacado con alguna clase de polvo irritante, lanzado desde el tejado —dijo McMaster.

—Una escopeta con acción de bombeo o un lanzagranadas, suponemos —añadió Hogg—. Una SPAS o una LAW, algo así. Material de calidad.

—Parece que su objetivo específico eran nuestros agentes armados, así que ellos se llevaron la peor parte —resumió McMaster.

—¿Irritante cutáneo? —inquirió Angelique sin lograr disimular del todo la sonrisa.

—Bueno, si necesitas las dos manos para rascarte, y no puedes ver nada porque te lloran los ojos, no disparas muy bien, ¿no?

—Supongo que no, señor.

—Los pobres cabrones se han ido todos a urgencias. Era un polvo chungo, puedo asegurártelo.

—Parece que tienen cierto sentido del humor.

—Perdón si no le encuentro la gracia, detective inspectora.

—No, quiero decir que han hecho una declaración de intenciones al disparar este material al URA. La gente acusa a los polis armados de ser de gatillo fácil. Eso dicen, ¿no? Quizá era su forma de anunciar que no quieren que esto termine en un tiroteo.

—Bueno, me alegro de que esté aquí para hacer interpretaciones semióticas, detective De Xavia, porque parece que es la única comunicación que vamos a tener con ellos.

—Me alegro de ser útil. Pero imagino que no es por eso por lo que me ha pedido que venga, señor.

—No —dijo él entregando el megáfono a Hogg—. Venga conmigo.

McMaster la condujo otra vez hacia West Nile Street, alejándose de la barrera.

—Está aquí por Grant Kelly —le explica.

—¿Y quién es ese?

—En este momento es nuestro hombre en el interior.

—¿Policía?

—No —dijo McMaster irritado—. Del personal del banco. Un puto asesor financiero. Llamamos a su jefe para asegurarnos de que el nombre era real.

—No le sigo.

—No estaba a la vista cuando esos idiotas tomaron el banco. Está en las oficinas de arriba, donde nadie debe estar un sábado. El caso es que nos llamó desde su móvil para decir que estaba atrapado allí y que los atracadores desconocían su existencia. A eso me refiero con lo de comprobar que era real y no algún bromista de una oficina de por aquí partiéndose el culo.

—Entendido.

—Ha podido echar algún vistazo a lo que está pasando, porque algunas de las oficinas tienen ventanas que dan al vestíbulo principal. El único problema es que, lógicamente, le da pavor que lo encuentren, y se ha comunicado por mensajes de texto desde la llamada inicial. La chica que contestó la llamada

pensó al principio que era el perverso más estúpido del mundo, jadeando con la centralita de policía, pero era que estaba susurrando. Como tiene el timbre apagado, podemos enviar respuestas sin delatarlo.

McMaster giró en un callejón que conducía otra vez hacia Buchanan Street al norte del corte de calle de West Regent Street. Cuando Angelique dobló la esquina vio una gran furgoneta negra aparcada a medio camino, oculta de la visión del banco. Fuera había seis miembros de la URA a los que no había afectado el polvo irritante, llevaban chalecos antibalas y, esta vez, cascos antidisturbios con visor.

—Los mensajes de texto llegan a este teléfono. No ha servido de mucho últimamente, pero va enviando uno de vez en cuando para que sepamos que sigue libre.

—¿Dónde entro yo?

McMaster abrió las puertas traseras de la furgoneta. El interior daba la impresión de que los polis acababan de saquear PCWorld, confiscando el material como prueba en un caso a favor de los derechos de los consumidores en tiendas que cínicamente desplumaban a los crédulos y subinformados. Había filas de monitores a ambos lados, examinados, operados y en general atendidos por dos agentes uniformadas, cada una de las cuales debía de haber escalado por encima de los cadáveres de un centenar de colegas masculinos esclavos de la tecnología para conseguir el puesto. La mayoría de las pantallas mostraban ventanas con las grabaciones en directo de las cámaras de seguridad de la zona, manipulables mediante los joysticks y teclados que cada una tenía delante. En un estante a mano izquierda de la puerta había, como un mal presagio, un chaleco antibalas y un complejo casco con cámara de vídeo integrada, auricular y micrófono. Al lado de estos había otras dos cámaras de vídeo compactas y dos pequeños micrófonos parabólicos en pies de plástico.

—Deje que lo adivine. Está teniendo problemas con una de estas teles y se ha enterado de que soy un genio con un destornillador y un soldador.

—Hay una trampilla en el techo del banco a la que se accede desde el entresuelo de la planta de oficinas. Así fue como subió su francotirador. Según Kelly, nadie ha vuelto a la escalera desde entonces y nos mantendrá informados si eso cambia.

—Por eso no habéis puesto otro URA delante: para evitar más excursiones al tejado.

—Exactamente. Queremos que piensen que estamos a la espera.

—Estamos a la espera.

—Por ahora, sí.

—No me gusta adonde va esto, señor.

—Calma, De Xavia. No estamos planeando ningún asalto imprudente. — Esa puta palabra otra vez—. No tengo intención de entrar y provocar un baño de sangre. Pero ahora estamos aquí ciegos y sordos, así que necesitamos ojos y oídos.

McMaster se quedó mirando el casco y el material de vigilancia. Angelique le echó otra prolongada mirada también, luego de nuevo a McMaster.

—¿Por qué yo? —preguntó ella con un tono de confrontación tan grande que casi impactó en el pecho de McMaster.

Él suspiró ruidosamente.

—¿Es porque esa trampilla en el techo es tan pequeña que soy la única que puede colarse por ella? ¿O el casco es demasiado pequeño para que se lo ponga otro?

—¿Qué quieres, Angelique? ¿Necesitas que me haga el humilde? ¿Quieres que te acaricie el ego un rato? Porque hay gente allí en el banco con cosas más importantes de las que preocuparse. Hemos de darles lo mejor, y en esta clase de situación, la mejor eres tú. Tú lo sabes y yo lo sé. ¿Estás contenta ahora?

—Habría querido un «por favor».

—Entonces añadiré también eso: por favor.

—La palabra mágica que lo consigue todo.

McMaster salió mientras las dos agentes de vigilancia explicaban a Angelique el funcionamiento y la posición ideal de su equipo. Querían dos campos de visión, lo cual significaba que había que colocar las cámaras en cada extremo de las oficinas con vistas al vestíbulo del banco. Los micrófonos parabólicos se accionaban de manera remota, rotando sobre sus pies, de modo que podían dirigirse hacia cualquier objetivo. Por lo tanto, había que situarlos en una superficie plana elevada cercana al centro de la ventana del entresuelo.

Angelique se puso su armadura y bajó de la furgoneta, con los artilugios en una mochila de nailon con acolchado de espuma colgada de su hombro izquierdo y el casco en la mano de recha.

—Acabo de recibir una actualización de nuestro hombre —le explicó McMaster—, todavía no hay moros en la costa.

—Necesito un arma.

—Wilson —ordenó McMaster.

El más cercano de los agentes armados se descolgó su MP5.



—Ninguno de esos trastos. Estaré rebotando por las paredes. Deme una pistola y el máximo de cargadores que tenga.

Otro miembro de la URA dio un paso adelante y obedientemente entregó su Walther P990.

—Balas de calibre cuarenta, a diferencia de la nueve milímetros — empezó a explicar—, así que solo hay doce...

Una mirada de aún más alto calibre le hizo callar en seco.

—La agente De Xavia no necesita ninguna instrucción sobre el uso de armas —aclaró McMaster con educación.

Angelique examinó la pistola soltando el cargador y comprobando la acción de la corredera antes de montar otra vez el cargador y meter una bala en la recámara. Entonces cogió los cargadores extra y los lanzó a la bolsa acolchada.

—¿Lista? —preguntó McMaster.

—Todavía no. Todavía me falta un elemento crucial. ¿Alguien tiene una goma?

—¿Eh?

Mientras los miembros de la URA se miraban estupefactos, una de las agentes de vigilancia se acercó a un saquito montado en la pared y sacó varias.

—Bravo —dijo Angelique eligiendo una y usándola para atarse el pelo en una ajustada cola de caballo antes de ponerse el casco—. Ahora sí estoy lista.

## EL CABALLERO LADRÓN

Con posterioridad a sus anteriores cavilaciones, Michelle, aunque no le cabía duda de que los atracadores de banco incompetentes presentaban un mayor peligro, no tenía ni idea de lo que se sabía en el caso de los atracadores locos, junto con *pesadilla* e *irónico*, la palabra *loco* era uno de los términos de los que más se abusaba en la jerga moderna. Y rara vez se utilizaba de manera apropiada. «Has de conocer a mi colega Mandy, está loca»; «Todos los locos están en nuestro *pub*»; «Deberías haber estado en la fiesta de Eileen, fue de locos». A la gente más ordinaria y aburrida se la recompensaba con ese estatus como una especie de cumplido a su personalidad, normalmente sobre la base de una rareza menor, o para dar testimonio de alguna ocasión de hilaridad compartida (casi siempre en estado de ebriedad). Todo el mundo estaba «loco». Los amigos estaban locos, la familia estaba loca, los colegas estaban locos, los presentadores de la tele estaban locos. Salvo que no lo estaban. Eran solo gente que te parecía hasta ligeramente interesante.

En cambio, los tipos que estaban atracando el banco de Michelle, estaban completa y absolutamente chiflados.

Se había convencido cada vez más de eso con cada suceso que ocurría, pero la guinda había sido aquello de lo que había sido testigo durante la pasada media hora. Mientras Ionesco seguía ocupado tratando de abrir la caja fuerte, Chagall se había dedicado a la tarea —nada ortodoxa para un secuestrador— de mantener a los rehenes entretenidos, lo cual había hecho recreando obras de arte famosas en las ventanas y puertas pintadas de blanco, sin dejar en ningún momento de solicitar las contribuciones del público reunido.

Primero había dibujado una figura angustiada en un puente, con las manos en la cabeza y otros dos individuos acechando en el fondo. Michelle reconoció la imagen, pero no podía decir a nadie que se llamaba *El grito* antes de que Chagall se lo preguntara a los clientes. Entonces corrigió la imagen de manera que una de las figuras acechantes llevara al hombro un enorme radiocasete, y pidió sugerencias respecto a qué canción podría estar sonando. «My Heart Will Go On» fue la propuesta que se llevó la palma, y como

recompensa escribió el título para la posteridad en medio de una bandada de notas musicales alzando el vuelo.

Después, dibujó en una de las puertas dobles a un hombre incongruentemente sereno mientras era acribillado a flechazos recostado en un árbol. Era *El martirio de san Sebastián*, según la misma clienta aparentemente amante del arte, y se convirtió en el tema de un concurso de títulos. ¡*Diana!* se convirtió en el más popular, en medio de unas risas que Michelle suponía que no eran nada normales en un atraco.

En la segunda puerta doble, Chagall dibujó, «y que me disculpe Van Eyck», a una voluminosa mujer embarazada de pie ante un hombre en atuendo medieval, haciendo de esta el tema de posteriores concursos para ponerle título, con propuestas predominantemente lascivas. («Es la última vez que dejo que las Mediaeval Baebes salgan de gira con Oasis» se llevó el reconocimiento en esta ocasión).

Luego, finalmente, recreó en la ventana de la derecha otra pintura que Michelle reconoció: un montón de miserables muertos o moribundos que se aferraban a una balsa azotada por la tormenta. El Embajador del Pueblo lo tomó como prueba para reforzar su argumento anterior.

—Te dije que eran putos católicos. Está dibujando la cubierta del álbum de esos cabrones terroristas del IRA, The Pogues.

O *La balsa de la Medusa*, como uno de los Taigs (más fan de The Pogues que amante del arte, presumiblemente) logró informar.

Fueran cuales fuesen los planes de Chagall para adulterar esta obra maestra, Michelle no llegó a presenciarlos, ya que, cuando Jarry hizo una de sus apariciones, un cliente de cara tensa lo llamó porque, en sus propias palabras, tenía que hacer «un muñequito de barro». Era indicativo del nivel paradójico de confianza que Jarry había suscitado que el tipo esperara a preguntar al jefe en lugar de decirle a uno de los otros que se estaba jiñando.

Jarry preguntó quién más necesitaba utilizar los lavabos del personal y dio órdenes a Athena para que los escoltara hasta allí por parejas. Michelle, todavía completamente deshidratada, no tenía ninguna necesidad fisiológica, pero manifestó lo contrario porque sentía que podía aprovechar la ocasión al menos para estirar las piernas. Esa oportunidad llegó, aunque no del modo que ella esperaba.

Al llegar a la puerta de seguridad, Athena, que todavía no había pasado por allí, preguntó al rehén más cercano cuál era el código. Fue un desastre porque el rehén resultó ser el cliente de Grant Kelly. Cuando, disculpándose,

respondió que no lo sabía, Athena simplemente buscó a otro al que preguntar, pero Jarry captó el significado al momento. Y al instante se centró en ella.

Michelle sintió que le ardían las mejillas al notar la mirada de Jarry clavada en ella, quiso mirar al suelo pero se obligó a levantar la cabeza, desafiante. Jarry se acercó y le hizo un gesto para que se levantara, curvando la mano y llamándola con cuatro dedos. Michelle se puso en pie, ahora con las entrañas en un torbellino que no tenía nada que ver con el alcohol.

—Eres un buen cliente —dijo Jarry al cliente de Grant—. Estoy seguro de que te querría en mi rincón si me estuviera escabullendo.

Un par de payasos miraron, curiosos.

—Nos falta un miembro del personal, chicos. Pero no sufráis. —Miró el nombre de ella en su tarjeta—. Aquí Michelle me ayudara a solucionarlo, ¿verdad?

Ella no dijo nada, solo se concentró en no tropezar, porque todos sus huesos amenazaban con convertirse en la misma papilla pegajosa que se revolvía en sus tripas.

Jarry la siguió a través de la puerta de seguridad y le dijo que se dirigiera a la entrada del entresuelo.

—Ionesco ha hecho limpieza aquí abajo y, en honor a la verdad, no hay un montón de escondites. Las oficinas de arriba no abren el sábado, pero supongo que alguien tiene llave, ¿eh? ¿A quién estamos buscando?

Los dos se detuvieron en la puerta.

—Al consejero de servicios financieros —murmuró ella.

—Oh, es bueno saberlo. A lo mejor puede ayudarnos a gastar lo que hay en la caja. Pero, en realidad, lo que quiero es un nombre. Mira, no estás traicionando a nadie. Lo has hecho muy bien ocultándolo tanto rato.

No podía decirse que la traición fuera el motivo principal de la reticencia de Michelle. Tenía más que ver con la satisfacción de haberse mantenido fuera de la vista de Grant hasta entonces; por no mencionar que la persistente vergüenza la estaba dejando casi incapaz de pronunciar su nombre. Casi. Es asombroso lo que puede hacer en tu orden de prioridades la visión de una metralleta.

—Grant Kelly —susurró, con las palabras amenazando con estallar en su garganta.

—¿Tenéis un rollo o algo? —preguntó Jarry, notando la emoción en la voz de Michelle.

Michelle sintió que se ruborizaba una vez más.

—En realidad, no es asunto mío —añadió él, lo cual en cierto modo era peor a que siguiera cotilleando, pues en ese caso al menos podía negarlo—. Bueno, ¿qué te parece? Acompaña a su cliente al cuarto de baño del personal, seguramente al final de su reunión, y luego se escaquea arriba, donde de todos modos no debería estar. Chico malo. ¿Por qué?

—El cuarto de baño es mejor —dijo ella encogiéndose de hombros.

—Eso encaja. Chagall encontró el retractilado de una *FHM*, pero no la *FHM*. Y faltaba un cuarto de hora para que cerrarais, así que, ¿por qué no esperar donde nadie puede molestarte? Admiro eso. No se puede decir que a los holgazanes les falte iniciativa.

Jarry abrió la puerta y la llevó en silencio arriba. Se detuvo en el pasillo.

—Di su nombre —susurró—. Y dile que eres tú.

—Oh, Dios —graznó de manera completamente involuntaria.

Jarry contoneó la metralleta. Michelle tragó saliva, respiró profundamente y habló por fin, en un penoso intento de hacer desaparecer la imagen de lo que había estado haciendo la última vez que estuvo con él.

—Grant, soy Michelle.

Jarry asintió y movió su arma. Ella interpretó que quería decir otra vez.

—Grant, ¿me oyes? Soy Michelle. ¿Dónde estás?

Solo hubo silencio. Ella miró por el pasillo, donde las puertas se sucedían en ambas paredes, la mayoría entreabiertas y algunas abiertas de par en par.

—Grant —dijo Jarry en voz alta y severa—. Sé que puedes oírme y sé que puedes oír a Michelle. Tienes diez segundos para rendirte, o voy a esparcir los sesos de Michelle por toda esta alfombra delante de mí.

Michelle se volvió para mirar a Jarry absolutamente aterrorizada. Él negó con la cabeza y movió una mano con desdén, pero empezó a contar en voz alta. Cuando llegó a cinco tiró de una palanca en el borde de su arma. Hizo un ruido de carraca que resonó de manera amenazadora en las paredes del pasillo.

—Cuatro, tres... Oh, y después de Michelle, por favor ten en cuenta a quién mataré a continuación.

Ante esto, las palabras «Vale, estoy aquí» salieron apresuradamente del umbral de la oficina de Bob McEwan, desde la que una mano saludó de forma vacilante.

—Quédate ahí —le ordenó Jarry, indicando a Michelle que se dirigiera a la puerta en primer lugar.

Ella habría preferido enfrentarse a más hombres armados. No obstante, daba la impresión de que la noche anterior estaba muy muy lejos en la mente

de Grant. Temblaba ostensiblemente, tenía una palidez espectral y los ojos desorbitados. Al no haber sido testigo del *cabaret* que se desarrollaba en la planta de abajo, solo tenía por compañía su propia imaginación aterrorizada.

O eso pensaba ella. Jarry vio algo más.

—¿Llevas un móvil en el bolsillo, o es que te alegras de ver a Michelle?

—Oh, Dios —dijeron ella y Grant al mismo tiempo, por razones muy diferentes.

Grant entregó el móvil en respuesta a la gesticulación de Jarry.

—Siéntate —ordenó este, luego hizo también un gesto a Michelle.

Retrocedieron a la oficina del ayudante de dirección regional, desde donde se veía la parte delantera del vestíbulo del banco. *La balsa de la Medusa* estaba siendo atacada ahora por *La dama de Shalott*, cuya barquilla de cuero llevaba un cañón que normalmente no se ve en las reproducciones.

—Bonita vista —dijo Jarry. Levantó el móvil—. ¿Con quién estabas hablando?

—Con nadie —soltó Grant, tartamudeando.

Michelle chascó la lengua y suspiró. Si Grant pudiera aparentar un poco de autoridad y entereza lo ocurrido la noche anterior le resultaría mucho más llevadero.

—Mierda, qué desperdicio —dijo Jarry—. ¿Yo? Yo habría llamado a la poli en un abrir y cerrar de ojos. —Empezó a pulsar botones, con la mirada fija en el teléfono—. Por supuesto, tendría que hablar bajo, con los atacadores yendo y viniendo. Quizá enviaría un mensaje de texto.

Grant no dijo nada.

—A ver qué es lo que sabes. 15.56: “Tdv ok. Atrcdrs abjo psta lbr”. Pista libre. Vaya, ¿qué significará eso? Y veamos, antes que eso. 15.47: «Atrcdrs pintan vntns. flta1». 15.39: «Tdv ok». 15.29: «Tdv ok». 15.22: «Rhns pelean ntr ellos. Atrcdrs golpean rhns ahora». 15.16: «Tdv ok». Y sigue y sigue, bla, bla, bla.

El pulgar de Jarry continuó bajando para examinar los mensajes de Grant.

—Menudo comentario en directo. No te creas que tienes buena prosa, por cierto, pero, claro, estás bajo presión. Vaya.

Detuvo el dedo y miró con dureza a Grant, con rabia visible en sus pupilas, pese a que su expresión pintada sugería un semblante más benigno.

—Van a enviar a alguien —soltó Grant—. Por favor, no me dispaes. Te contaré todo lo que sé, todo lo que les he dicho.

Jarry movió el teléfono en su mano.

—No hay nada que puedas decirme que no pueda leer desde aquí. Sé que van a enviar a alguien. Pero no es eso lo que me cabrea.

Grant parecía desconcertado, además de completamente aterrorizado. Michelle estaba pensando que debería ser menos crítica, porque ella había obedecido de forma igual de patética unos minutos antes cuando temía que podía ser la receptora de la rabia de un atracador armado. Pobre cabrón. Lo que había hecho requería huevos.

—23.49. «Donny, colega. Qué noche. Michelle me hizo una mamada. Detalles luego».

Jarry miró la placa de Michelle para leer su apellido, pero la expresión de mortificación en su rostro lo hacía innecesario; tampoco necesitaba preguntar si era cierto.

—¡Qué hijo de puta! —chilló ella.

Grant bajó la cabeza, mientras el calor volvía rápidamente a sus mejillas coloradas.

—¿Quién es Donny? —preguntó Jarry.

—Un amigo —murmuró Grant incapaz de mirara ninguno de los dos.

—No es la clase de detalle que los caballeros deberían compartir ni con sus amigos ni con nadie. ¿El número de Donny está aquí? Ah, sí, aquí lo tenemos.

Jarry empezó a manejar el teclado con el pulgar, manteniendo un dedo de la otra mano en el percutor de su arma.

—Lo siento, lo siento mucho —dijo Grant sonando como si estuviera a punto de romper a llorar.

—Un poco tarde para eso —dijo Jarry—. Pero aún se puede compensar. Allá vamos. «Donny, colega. ¿Te lo has creído? ¿Michelle J? En sueños. G.».

Jarry se guardó el teléfono y sujetó el arma con las dos manos, dio un paso adelante y puso la boca del arma justo bajo la barbilla de Grant.

—Mira, este es el trato. Aprendes a guardar los secretos de una dama y nadie tiene que enterarse de que te haces pajas con revistas en el lavabo de arriba. ¿De acuerdo?

Grant puso los ojos como platos, como si se preguntara si algún elemento de su intimidad seguía siendo secreto. Michelle podría haber sentido pena por él si en ese momento no lo hubiera odiado con cada molécula de su cuerpo.

Grant asintió en la medida en que el cañón del arma se lo permitía.

—Sí, sí. Desde luego. Lo que tú digas.

—Bien. Ahora, si no te importa, parece que tengo que prepararme para unas visitas, así que vamos a bajar.

Jarry empujó a Grant para que fuera delante, dándole un golpe en la espalda con la metralleta. Fue como si lo hubieran pinchado con una picana: gritó y se estremeció por el contacto repentino del metal.

«Sufre, cabrón», pensó Michelle.

Si se sentía más cerca del atracador que de su compañero rehén no era por el síndrome de Estocolmo. Solo uno de ellos la había tratado como una dama. Ciertamente podría haber algún sorprendente complejo personal oculto, o algún delirio psicótico desencadenado por una mala confluencia de acontecimientos, pero en ese momento no parecía muy probable. Dicho esto, Michelle tampoco iba a empezar a fantasear con el hombre de detrás de la máscara. Ya había cometido su acto de desesperación sexual por ese año, gracias, y por la más improbable combinación de circunstancias daba la impresión de que no iba a salir mal parada.

Regresaron a la zona de administración de abajo, donde Ionesco estaba mirando con consternación el monitor de un ordenador. Jarry echó un vistazo a su reloj.

—¿Cómo va? —preguntó.

—Lento —dijo Ionesco.

—¿Lento pero seguro?

—Seguro como que se hará de noche, pero no sé qué sucederá primero.

—¿Qué pasa?

—Es esta puta encriptación de 256 bits.

—Creía que habías probado el compilador en 256 bits.

—El compilador va bien. El problema es que lo escribí y lo probé en un 2.2 G Atlon.

—¿Y esto es?

—La CPU más rápida que hay aquí es un Celeron 400.

—Joder. Entonces... ¿pronóstico?

—He manipulado la configuración todo lo posible... He dejado el sistema operativo en los huesos. Va mejor, pero sigo sin saber cuánto tardará. No puedo hacer nada más que esperar.

—No tiene sentido que te quedes aquí sentado, entonces. Vamos, te necesito fuera.

—Claro.

Los cuatro entraron en el vestíbulo del banco, donde los otros *clowns* miraron inmediatamente a Jarry para que los pusiera al día. Ionesco puso a Grant las bridas de plástico de rigor y le dijo que se sentara en el suelo.



Michelle, entretanto, rodeó al grupo para elegir el lugar más alejado posible de Grant.

—Caballeros, tenemos unas cuantas cuestiones de las que ocuparnos — anunció Jarry—. Primero de todo, vamos a tener visita. La poli está enviando a alguien para que plante unos micros. Que Dios los bendiga, han de intentarlo. Pero tenemos unos minutos. Les he dicho que esperen por ahora.

—¿Les has dicho? —preguntó Dalí.

—Lo explicaré después. Señor Chagall, si te has quedado sin espacio de lienzo, creo que será mejor que te ocupes preparando el plan B.

—Ah, mierda —dijo Dalí.

—Cojones —soltó Athena.

—Es solo como refuerzo. Señor Athena, necesito tu particular talento arriba. Dalí y Ionesco, los rehenes quedan a vuestro cargo.

—Entendido.

—Bien.

«Plan B», pensó Michelle. No importaba la forma en que Jarry calmara a sus camaradas, no cabía duda de que la operación se estaba encontrando con problemas. Esa era la clase de situación que sabía que debía temer más, pero en cambio estaba empezando a sentir una tranquila indiferencia. Su resaca había remitido de manera considerable desde que Jarry envió ese mensaje de texto, lo cual le hacía pensar en qué procesos de transferencia habían funcionado en su mente hasta entonces. A pesar de las armas, el asedio y la locura, Jarry y sus hombres no eran lo que más había temido. Una vez librada de ese miedo, estaba segura de que podía enfrentarse a todo lo demás.

Sin lugar a dudas era del todo inapropiado sentir gratitud hacia un ladrón que empuñaba un arma, pero quería expresarla de todas formas; y además, no le haría daño recordar a Grant quién la apoyaba.

—Señor Jarry —dijo en voz alta cuando él estaba a punto de desaparecer por la puerta de seguridad.

Él se detuvo, se acercó y se agachó a su lado.

—Solo quería decir... gracias. No lo entiendo, no entiendo nada, pero... gracias.

—Eh, que sea atracador de bancos no significa que sea el malo.

Y dicho esto se marchó.

## CUANDO TODO VA MAL OTRA VEZ

«Dspjado. Ctrldo aki. Atrcdrs abjo spran lgo? Psta libre».

«Malditos mensajes de texto», pensó Angelique. No había visto tantos crímenes contra el idioma desde que había trabajado en un caso de pedofilia y había tenido que pasarse horas en salas de chat de Internet ansiando la aparición de una vocal. Atrcdrs abjo spran lgo. Gracias por la primicia.

Iba caminando a paso ligero por el centro comercial de Princes Square, acompañada por dos de los empanados de la URA, y la simple visión de esa comitiva hacía que los compradores se apartaran de su camino. Lo más deprimente era que quien atraía la mayoría de las miradas era ella, y no solo porque fuera mujer. Los tres llevaban un chaleco antibalas de kevlar, pero solo ella llevaba un pantalón azul claro de pata de elefante y un casco que la hacía parecer un ciborg recientemente incorporado. Bueno, al menos eso la distinguía de los escoltas de doble cromosoma Y, que iban de protectores cuando estaban a punto de limitarse a decirle adiós y desearle buena suerte antes de que ella entrara más sola que la una.

Todavía peor que el acompañamiento físico era que tenía la voz incorpórea de McMaster en el oído. Ya sabía cómo debía de sentirse un esquizofrénico, aunque en el caso del esquizofrénico las voces podrían parecer tener sentido de vez en cuando. La idea de que McMaster pudiera ver lo que ella estaba mirando y oyendo lo que ella oía le resultaba francamente incómoda. Aun así, no podía saber lo que estaba pensando, y suerte de eso, porque no habría sido nada tranquilizador. Por un lado, Angelique seguía suspicaz hasta el borde de la paranoia respecto al motivo por el que la habían metido en esa farsa, para lo cual la explicación más plausible era que podría ser un chivo expiatorio si todo se iba al cuerno y un civil recibía un tiro. «Ah, sí, el viejo historial de conducta imprudente e impetuosa de la detective De Xavia. Tendencia a actuar al margen de la jerarquía». Mejor culpar a un poli fanático que reconocer un error de mando táctico.

Posiblemente, lo que habría resultado todavía más inquietante para un fisgón telepático era su actual falta de seguridad en sus aptitudes, y una todavía mayor falta de convicción respecto a su puesta en práctica. Angelique no solo estaba reflexionando sobre cómo la mediocre actuación de esa

mañana en el tatami no constituía una preparación ideal para la labor que tenía por delante, también se daba cuenta de que le costaba mucho concentrarse en la realidad inminente. Por lo general, en ese punto estaría preparada para la batalla, pero a solo unos minutos de afrontar el peligro, descubrió que su ojo (y por supuesto su cámara) se distraía por un top violeta en el escaparate de Whistles y por pensamientos acerca de qué pantalones combinarían mejor con él.

Estaba a punto de murmurar «soy demasiado vieja para esta mierda» cuando recordó que tenía más oyentes que de costumbre.

Con la ayuda de un vigilante de seguridad, subieron al tejado de un complejo comercial desde donde Angélique tenía que bajar dos pisos haciendo rápel para llegar al banco. Se puso el arnés y echó un vistazo por el borde mientras sus escoltas preparaban la polea y buscaban un lugar lo bastante robusto para sujetarla.

La trampilla no solo era visible, sino que continuaba abierta, presumiblemente para acceder con rapidez si la policía era lo bastante estúpida como para enviar a otro tipo de la URA por delante. Pese a estar avisados, no tendrían mucho a lo que apuntar si los atracadores disparaban desde una posición elevada, y si los polis les molestaban, la próxima vez podría lloverles algo peor que un irritante cutáneo. La idea bastó para que Angélique se concentrara más en lo que la aguardaba. Un lanzagranadas de bombeo como el SPAS o el LAW se emplearían normalmente en su modo primario de fusil automático. La corredera de bombeo se requería para proyectiles que no se lanzaban mediante gas. Cuando se trataba de munición normal, podían contener once balas en la recámara y una en el cañón, y disparar las doce en cuestión de segundos. Angélique sabía qué se sentía al recibir un tiro en el pecho protegido por un chaleco antibalas, y ese era solo el mejor de los casos.

Los idiotas de la URA terminaron de preparar los aparejos y tomaron posiciones con vistas al tejado del banco, apuntando sus Heckler & Koch a la trampilla. Angélique se resistió a preguntar a qué demonios iban a disparar aparte de a ella. Oh, bueno, a cualquier cosa que los hiciera sentirse útiles.

Después de la insinuación auditiva de McMaster, Angélique hizo otra verificación con el teléfono y envió un mensaje ya preparado:

—Entramos ahora. ¿Sigues despejado?

Pasaron treinta segundos, quizá un minuto, suficiente para preocuparse (o alimentar la esperanza) de que hubieran descubierto al tipo antes de que el teléfono vibrara en silencio en la mano de Angélique.

«Atrcdrs spran tdiv. Adlnt».

Se guardó el teléfono en el bolsillo de los pantalones y se ancló a la cuerda.

—Cabrones, me debéis una —dijo refiriéndose a McMaster antes de dar la primera patada para bajar por la pared.

Aterrizó con suavidad, doblando las rodillas para absorber el impacto, se soltó rápidamente el arnés y caminó hacia la trampilla con el arma en la mano. Estando agachada, solo veía una pared de la sala de debajo, donde se apilaban desordenadamente suministros de papelería. Era un almacén; los jefes comprensiblemente no querían botas pesadas resonando encima de sus despachos cada vez que los obreros necesitaran acceder al tejado. Se agachó cerca del hueco, todavía sin mirar directamente, tratando de escuchar cualquier posible movimiento. Una ráfaga de viento arrastró desde la calle el murmullo de la multitud, y si levantaba la mirada podía ver hasta la estación central, los taxis que hacían cola fuera, los peatones que se agolpaban a lo largo de Renfield Street. El resto del mundo tenía una forma fríamente jovial de tirar adelante en momentos como ese, ajeno al drama y al peligro que crecía por momentos a solo unas calles de distancia.

Había una rendija de ventilación a menos de treinta centímetros de la trampilla. Angelique comprobó su temperatura y a continuación pasó una pierna en torno a ella. Sujetando la Walther con las dos manos, respiró y se propulsó hacia el hueco, tensando los músculos abdominales para mantener la cabeza casi al nivel del techo en la parte interior. Miró a su alrededor en la medida en que se lo permitía su equilibrio, luego relajó el abdomen y se inclinó todavía más para mirar atrás, colgada boca abajo. No había nadie allí, solo más estantes, armarios y muebles de oficina sobrantes: escritorios y sillas todavía envueltos en papel burbuja, o que habían acabado su vida útil. La mala noticia era que la escalera estaba lejos de su alcance, apoyada en una pared a más de un metro y medio de distancia, de manera que no tenía más opción que dejarse caer.

Como necesitaba las dos manos para eso, tuvo que guardarse la pistola en la cinturilla. Normalmente no lo consideraría recomendable, pero con una P990 estaba bien hacer una excepción. Las Walther contaban con tres mecanismos de seguridad, así que era casi imposible que se disparara por accidente; para pegar un tiro casi tenías que rellenar una instancia.

Angelique se incorporó para colgarse de los brazos. Con los brazos completamente estirados, sus pies seguían a un metro del suelo, lo cual no era una gran caída, pero haría bastante ruido. Había un escritorio a su izquierda.

Angelique maniobró para hacer un giro de noventa grados y empezó a balancearse atrás y adelante con el fin de conseguir el impulso suficiente para alcanzar el escritorio. En el cuarto balanceo, se soltó y se propulsó hacia delante. Aterrizó desequilibrada pero boca arriba en el tablero de madera del escritorio, que absorbió la mayor parte del impacto.

Después de que sus pies golpearan el escritorio, Angelique tuvo que compensar rápidamente su posición para no caer hacia atrás con un impacto más ruidoso (y más doloroso) que el que estaba tratando de evitar. Lo logró gracias a la técnica clásica y elegante (aunque que ella supiera no la había iniciado Nadia Comaneci) de curvarse hacia delante mientras aleteaba con los brazos como un polluelo de garza especialmente descoordinado. Consiguió el resultado deseado, pero con el inconveniente práctico de tener los brazos inútilmente extendidos a ambos costados cuando dos atracadores con cara de payaso entraron apuntándola con las automáticas.

—Joder.

El más alto de los dos le quitó delicadamente la P990 de la cinturilla del pantalón y se la guardó, mientras McMaster murmuraba inútilmente «oh, mierda» en su oído.

—El casco también, por favor, y el bolso —añadió el más alto con un acento americano que confirmaba los relatos de los rehenes liberados.

—Con mucho gusto —dijo ella entregando primero el casco sin quejas.

—¿Estos chismes son caros? —preguntó el atracador sosteniendo el artilugio mientras Angelique dejaba la mochila acolchada en el escritorio.

—No he mirado la factura.

—Bueno, mis disculpas al contribuyente de todos modos —le dijo él antes de dejar caer la cámara del casco al suelo y aplastarla bajo sus pies.

A continuación cogió la mochila por la cinta y se apartó.

—Señor Athena, si no te importa ponle a nuestra invitada la pulsera de la fiesta.

Angelique bajó despacio del escritorio para mirar al señor Athena, cuya mirada ardía con una animosidad que su expresión de látex no logró ocultar.

—Date la vuelta —ordenó con voz brusca cumpliendo el papel de atracador malo con una pasión que ella sospechaba que debía muy poco al método Stanislavski.

La confirmación llegó poco después de que ella obedeciera, cuando la golpeó en la nuca con la culata del rifle gritando:

—De rodillas, puta.

La rabia traicionó su ya penosa simulación de acento americano. Era un zumbado de Glasgow al ciento por ciento y lo demostraba su recurso instintivo a la violencia nada más ver a un policía.

El golpe fue más sorprendente que poderoso, y Angelique se puso de rodillas más por obediencia deliberada que por la fuerza del impacto. Athena entonces la empujó con brusquedad para hacerla caer y se arrodilló en su espalda para atarle las manos con una brida de plástico blanco. Hecho eso, todavía arrodillado sobre su columna vertebral, la agarró dolorosamente por la nariz y le levantó la cabeza por la cola de caballo de manera que la oreja de Angelique quedó al lado de la boca del tipo. Antes de que hablara, sin embargo, su compañero se aclaró ruidosamente la garganta.

—Señor Athena, solo una pequeña pregunta... Eh, ¿qué coño estás haciendo? —Habló en voz calmada y suave, como si fuera una pregunta casual.

—Solo me aseguro de que esta cerda sabe de qué va —dijo Athena gruñendo en el oído de Angelique.

—Supongo que la agente de policía, si es a quien te estás refiriendo, ha valorado correctamente la actual situación considerando que nosotros tenemos todas las armas. Los entrenan para ser observadores, ¿sabes?

—No los entrenan solo para eso, ¿eh? —repuso Athena tirando con más fuerza de las fosas nasales de Angelique—. Mira, Jarry, esto funciona así: si le das a esta zorra la más...

—Bueno, deja que te lo explique de otra manera. Suelta a la señora o te pego un tiro ahí donde estás. Muerto tú, a los demás nos toca más botín. ¿Qué te parece?

Athena se levantó de la espalda de Angelique, pero no le soltó la nariz, tirando de ella hasta que quedó arrodillada.

—No tienes huevos —dijo—. Y jodería tu inteligente plan maestro.

—Señor Athena, te llamaría gusano si no fuera porque los gusanos tienen su utilidad. Tú, en cambio...

Athena miró el arma apuntada hacia él y finalmente soltó la nariz de Angelique, pero solo para poder coger su propia metralleta con ambas manos y apuntarla a Jarry en el momento en que bajó la guardia. Angelique no reconoció los modelos, pero parecían bastante avanzados. En todo caso, desde esa distancia, una pistola de duelo del siglo XVIII habría bastado.

Combatió el impulso de cerrar los ojos. Lo único que faltaba era que Jarry agarrara su arma otra vez y el almacén se convertiría en una Moulinex gigante. Sin embargo, Jarry se quedó impasible.

—Señor Athena, estamos robando una gran suma de dinero. Haz el favor de concentrarte. Una vez tengamos el efectivo, podrás buscarte un psiquiatra y solucionar tus problemas de ego.

—Aparta las manos del arma —ordenó Athena.

Jarry obedeció con un suspiro dejando que el arma colgara de la cinta del hombro. Para considerable sorpresa de Angelique, Jarry apartó la mirada de Athena y la miró a ella, todavía tan sereno como si estuvieran apuntándole al pecho con un ramo de flores.

—Mis disculpas, agente. Es un rollo corporativista. Todas las bandas de atracadores han de emplear a un zumbado psicótico. No se puede discutir con los sindicatos.

—Sí, soy un zumbado psicótico y tú eres el genio. Pero ¿qué tal si te vuelvo los sesos, culpo a la cerda, la mato y soy yo el que se lleva una parte mayor del botín? ¿No se te había ocurrido, eh, capullo?

Jarry se dirigió otra vez a su compañero atracador con una leve nota de exasperación en la voz, como si fuera un padre paciente pero cansado.

—Tío, pensaba que lo había dejado claro, pero deja que lo subraye una vez más. Este es mi plan, y todavía te falta un hervor para joderme. Así que baja el arma y continuemos con lo que hemos venido a hacer.

La mirada de Athena fue de Jarry al arma que tenía en sus manos, a Angelique y luego otra vez a su adversario.

—En realidad, prefiero mi plan —dijo, y apretó el gatillo.

Angelique se tiró al suelo de bruces, girando el hombro para atenuar el impacto. Por encima de ella, Athena sostenía la metralleta, mirando atónito a la banderita que había aparecido en el extremo del cañón cuando intentó disparar. Decía en letras grandes:

A  
TIRO  
HECHO  
EL  
NECIO  
ASOMA

—¿Qué coño es esto? —preguntó Athena asombrado.

La prueba de que eres predecible, además de todo lo demás que dice la banderita.

—Comprobé y cargué el arma yo mismo.

—Comprobaste y cargaste un arma, pero no esa. Y ahora, gracias a ti, la agente de policía conoce un secretito.

—¿Alguna de las armas es real? —preguntó Angelique.

—Sí, esta —contestó Jarry, sacando la P990 de su cinturón—. Así que la situación continúa igual. Señor Athena, por fortuna para ti, soy un tipo que perdona, así que si bajas y te comportas durante el resto del día nadie más tiene que saber lo que ha pasado aquí.

—¿Y qué saben todos los demás? —preguntó volviendo a empujar el resorte con la banderita hacia el cañón de su arma.

—¿Tú qué crees?

—Capullos —gruñó antes de salir.

—Bajaré en un minuto —dijo Jarry a su espalda—. Entretanto piensa en el dinero.

—¿Qué puto dinero?

Jarry esperó a que el malhumorado Athena enfilara el pasillo antes de agacharse y ayudar a Angelique a levantarse. Ella pensó por un momento en darle un rodillazo en los huevos, pero con las manos atadas a la espalda y él empuñando la única arma de fuego cuyo funcionamiento estaba confirmado, no habría sido más que un gesto estúpido y posiblemente suicida.

—También tenías un lanzagranadas en alguna parte —recordó ella.

—Oh, sí. Pero no hay munición. Solo esas bombas de polvo. Siéntate —dijo Jarry señalando la silla giratoria envuelta en papel burbuja; se apoyó en el escritorio en el que había aterrizado Angelique y hurgó en la mochila acolchada—. Más aparatitos caros. Supongo que tú no eres la caballería.

—No exactamente, no.

Jarry se acercó un par de pasos y la miró de pies a cabeza.

—¿Dónde está tu placa? —preguntó.

Angelique levantó una pierna para indicar un bolsillo cerrado con velero, Jarry abrió el bolsillo y sacó la identificación, examinándola con atención.

—Bonito nombre —dijo.

—Gracias. Supongo que no te apetece decirme el tuyo.

—Hoy no.

—Entonces me llevas ventaja... —dijo ella, lamentándolo al instante.

«Oh, sí, coquetea, Angelique, y harás lo que quieras con él. Idiota».

—Ese sería mi día de suerte —dijo él de forma lo bastante distraída para no sonar como un imbécil—. Pero ahora mismo me contentaré con robar el banco.

—Bum, bum —respondió ella con desdén—. Bueno, ¿de qué quieres hablar conmigo?



—Eh —murmuró, como si de repente tuviera un ataque de timidez o hubiera olvidado las complejas circunstancias—. Oh, sí. Responsabilidades, supongo.

¿Supongo?

—¿Un atracador de banco quiere hablar conmigo de responsabilidades?

—Sí. Donde hay poder, hay responsabilidad. Ahora mismo, tú eres la que tiene poder.

—A mí no me lo parece desde aquí.

—No. He dicho ahora mismo. Quiero decir... Vamos a ir abajo en un momento, donde como sabes tenemos a dieciséis personas retenidas por hombres desarmados. Tal y como están las cosas, esos rehenes no van a resultar heridos.

—Mientras tu colega Athena no empiece a repartir golpes otra vez.

—¿Otra vez? Ah. Recibiste un mensaje de texto de esos, ¿eh? No fue lo que parecía. Bueno, fue lo que parecía, pero estaba separando una pelea entre los rehenes.

—¿Los rehenes estaban peleando entre ellos? ¿Con hombres armados delante? Sí, claro. ¿Esperas que me lo trague?

—Bueno... No soy de aquí, así que tú estás en mejor posición para juzgarlo, pero algunos de ellos iban de azul y otros iban de verde. ¿Cómo ves ahora mi credibilidad?

Angelique suspiró.

—Muy alta —concedió.

El caso es que la situación está controlada, así que ahora la gente abajo está a salvo y ellos son tu responsabilidad, ¿verdad? A menos que tengas mucho invertido en el Royal Scottish/Great Northern Bank.

—No la última vez que eché un vistazo a mi cartera de inversiones.

—Pues lo más irresponsable que podrías hacer es decirle a esa gente que las armas no son reales porque la situación podría descontrolarse. Entonces es cuando podrían ocurrir cosas malas.

—Solo si disparas la Walther —le recordó, rebotándole la responsabilidad moral.

—Si yo disparo la Walther, pero no solo en ese caso. Tus colegas de la Unidad de Respuesta Armada no tienen la mejor reputación en cuanto a cuidado y discreción en el calor del momento. He oído que mataron a un tipo que solo llevaba la pata de una mesa en una bolsa de plástico. Y no solo las vidas de los rehenes son valiosas por lo que a mí respecta.

—Eres muy humanitario para ser un atracador armado.

—Recientemente armado. Atracador sí. Pero no soy el malo de la película.

Su voz delataba una risa, como si no esperara que ella estuviera de acuerdo pero tampoco lo necesitara.

—¿Por qué no me dejas aquí arriba entonces? —preguntó Angelique, aunque se habría sentido decepcionada con él si hubiera sido lo bastante tonto para hacerlo.

—Claro, si lo prefieres. Pero tendría que dejarte en una posición muy incómoda por si se te ocurriera hacer algo completamente inesperado como tratar de escapar. Estas bridas de plástico son bastante buenas para rehenes a punta de pistola si no les quitas ojo, pero no cuesta mucho limarlas. Supongo que podría amordazarte, pero sería un insulto a tu profesionalidad.

—¿Ah, sí?

—Porque mostraría que no confío en que eres responsable, como acabamos de hablar. —Otra vez la risa: amable, amistosa e incongruente—. Y supongo que la primera persona que mandan los polis es alguien en quien confían, alguien que no va a poner en riesgo a los rehenes.

Era el turno de reír de Angelique, pero su risa sonó desdeñosa hasta el punto de la amargura.

—Sí, por eso me eligieron.

—¿Eh?

—Es probable que tenga más que ver con... No importa —dijo, tratando de no plantearse lo que sugería de su presente estado de ánimo que hubiera estado vergonzosamente a punto de abrir su corazón a un atracador armado con máscara de payaso.

Los comentarios de Jarry también le recordaban que las dos cosas no podían ser: o bien la estaban utilizando cínicamente como potencial chivo expiatorio, o Jarry tenía razón y era una confirmación más de que los cabrones sabían que ella había sido de todo menos imprudente en Dubh Ardrain.

—¿Más que ver con qué? ¿No te lo mereces? ¿Te enviaron aquí porque eres la más antipática?

Se estaba burlando. No con sorna, pero el cabrón se estaba divirtiendo con ella, algo con lo cual Angelique nunca había sido particularmente tolerante.

—¿No tienes que atracar un banco?

—Oh, mierda, sí, eso. Vamos a bajar que los *atrcdrs* y *rhns stan sprndo*.

Angelique puso los ojos en blanco. Eso explicaba el comité de bienvenida de dos personas; al menos significaba que no se había delatado siendo

demasiado torpe y ruidosa. Jarry había enviado los mensajes de texto; o al menos los más recientes.

—¿Has sido tú desde el principio? ¿Querías un policía de rehén?

—Encontramos al tipo. Podría haber evitado tu visita, pero sí, suponía que un poli sería un complemento valioso para nuestra colección.

Jarry se apartó y se inclinó junto a la puerta, haciendo una reverencia burlona para dejarla pasar. Angelique lo miró con rabia, pero no sentía hacia él la habitual animadversión que un atracador debería despertarle.

—¿Y cómo va? —preguntó, levantándose de la silla.

—¿Eh?

—El atraco.

—Oh, bueno, *comme si comme sa*. El manejo de los rehenes y control de la policía van muy bien. La parte de la retirada de dinero a gran escala sigue en punto muerto.

—Qué lata.

—Sí, problemas informáticos, pero tenemos un plan B. Agradezco tu interés, por cierto.

—Soy poli: nos preocupamos, no podemos evitarlo. Siente el amor.

—Lo estoy sintiendo. Un amor de nueve milímetros, aquí en mi mano.

—Calibre cuarenta, en realidad. Y hay mucho más fuera. Los británicos nos ponemos nerviosos cuando retenéis a civiles a punta de pistola. Además, ¿para qué queréis a todos estos rehenes?

—Bueno, ahora mismo son lo único que impide que tus colegas entren aquí y nos enseñen cómo acabaron Warren Beatty y Faye Dunaway.

—Ya sabes a qué me refiero. Son vuestros elementos de negociación además de vuestro escudo humano. ¿Cuáles son vuestras exigencias?

—¿Qué vendes?

—¿Yo? Yo no soy una negociadora.

—Entonces no tiene sentido que te pida nada.

—Dame una pista.

—Regla de oro del atraco de bancos, agente De Xavia: no negocies hasta que tengas el dinero. ¿De qué sirve un viaje en helicóptero y un billete a un país sin tratado de extradición si estás en la ruina?

—Son mejores que una celda, un hospital o un depósito de cadáveres.

—No negocias hasta que te quedas sin opciones.

—Entiendo que has hecho esto muchas veces.

—¿Tú qué crees?

—Entonces, ¿qué opciones tienes?

Jarry la adelantó para abrir una puerta al pie de la escalera. Pareció un gesto entusiasta de cortesía hasta que Angeliqúe recordó que con las manos atadas a la espalda, ella no habría podido abrirla.

—Deja de hurgar —dijo él, sosteniendo la puerta abierta para mostrar la oficina trasera del banco—. No hay mucho que puedas hacer ahora, así que ¿por qué no te consideras fuera de servicio?

—Estaba fuera de servicio hasta que aparecisteis vosotros... idiotas.

Estuvo a punto de decir payasos, pero no se atrevió.

—Mis disculpas. Si hay algo que podamos hacer... que no sea cancelar este trabajo.

—¿No sabrás cómo van los Rangers? —repuso, suponiendo que como no sabría ni qué eran los Rangers, era como mandarlo a tomar viento de manera educada.

—Espera un segundo —dijo él, y buscó un móvil en su mono; pulsó unos botones y miró la pantalla—. Minuto sesenta y seis. Tres cero. Arveladze, dos y uno en propia puerta. Guntveit. ¿Bien?

Angeliqúe estaba desconcertada. ¿Ese cabrón tenía telepatía? Ella no podía ver la pantalla, así que era posible que se lo estuviera inventando, pero entonces ¿cómo sabía qué nombres dar, o que Cato Guntveit era un candidato plausible para batir a su propio guardameta?

—¿Hay algo que pase aquí hoy sobre lo que no tengas un control absoluto?

—Sí, eso —dijo señalando al monitor de un ordenador en una mesa cercana.

Había una barra de progreso en una ventana en el centro de la pantalla y la línea azul no había llegado ni a medio camino.

—¿Qué es?

—El *software* que se supone que nos abrirá la caja fuerte. Pensábamos que con un capital internacional de mil millones de dólares y tal, el banco podría tener un PC decente para que ejecutáramos nuestra rutina de hackeo.

—Qué poco considerados son.

—Creo que solo están tratando de ahorrar el dinero de sus clientes. Los bancos son buenos.

—Parece que tener ordenadores baratos podría estar salvando un pastón a sus clientes.

—Eh, el que lleva la máscara de payaso soy yo. Yo hago las bromas. Y reiré el último. El *software* va lento, pero no he dicho que no funcione. Y tiempo tenemos. Deja que te lo muestre.

—Entonces ¿cuál es el plan B?

—¿Sigues hurgando? —preguntó mientras la conducía a otra puerta.

—Siempre puedes amordazarme —le recordó Angelique.

No tenía ni idea de por qué él debería amordazarla o, algo mucho más conmovedor, de por qué estaba segura de que no lo haría. Algo en toda su conversación simplemente... la desarmaba. Algo iba mal; pero mal en el sentido de que no cuadraba, no mal de mal. Debería haber sido desagradable. Angelique debería estar bullendo de resentimiento y goteando desprecio, pero hablar con ese tipo estaba empezando a ser lo más fácil que había hecho en un día por lo demás difícil. A lo mejor era mera resignación: como había señalado Jarry, los rehenes estaban a salvo mientras ella no hiciera nada, así que quizá era una parte de ella más sabia enterrada en su inconsciente la que le decía que podía relajarse, al menos por el momento.

La experiencia también le decía que ver a dieciséis rehenes aterrorizados, enseguida alteraría su mentalidad y su actitud respecto a sus captores.

Jarry abrió la puerta y la condujo en silencio por la parte de atrás del vestíbulo del banco. Los rehenes estaban de espaldas a ella, todos sentados en sillas o escritorios de cara a la entrada del edificio. Había vasos de plástico con agua esparcidos por el suelo y un par de charquitos. Vio parodias de obras de arte dibujadas vívidamente en las paredes y ventanas pintadas, con títulos y bocadillos de cómic, chistes e irreverencias. Delante de los rehenes reunidos había dos hombres armados, uno de ellos el enano mencionado por los testigos. Un tercero, indudablemente Athena, estaba a un lado. A pesar de sus caras de látex y uniformes idénticos, el inevitable «zumbado psicótico» no era difícil de distinguir, igual que era imposible imaginarlo metido en la actividad presente de sus dos colegas. Estaban hablando entre ellos en un registro elevado, con una conversación demasiado absurda e insustancial para ser otra cosa que no fuese un diálogo teatral, pero la mayor parte del público reunido por la fuerza estaba intrigado de todos modos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó el pequeño.

—Esperar.

—¿Y mientras esperamos?

—¿Y si nos ahorcáramos?

—Yo voto por eso —gritó uno de los rehenes, provocando unas pocas risas.

—Se nos pondría dura —continuó el pequeño, y suscitó más risas.

Angelique miró a Jarry, que estaba cerrando con cuidado la puerta de seguridad para no estorbar la actuación. De manera igualmente afectada,

Angelique le habló en un susurro.

—¿Qué coño es esto?

—Ya te he dicho que están esperando.

—¿A qué?

—Eres detective, descúbrela.

Angelique observó en silencio un poco más, con total incredulidad.

—¿Acaso peso más que tú? —preguntó el enano a su corpulento compañero.

—Tú lo has dicho. No lo sé. Es posible. Puede ser.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Nada. Es lo más prudente.

—Sabías palabras —le recordó Jarry a ella.

—Esperemos a ver qué nos dice —propuso el enano.

—¿Quién?

—Godot —susurró Angelique al unísono con el enano, al identificar la obra un poco tarde—. Eres un capullo absoluto —le susurró a Jarry, pero no pudo evitar una breve risa al hablar.

Los hombros de Jarry se agitaron con una risa silenciosa.

—¿Piensas alegar locura? ¿Te han contado que el psiquiátrico está mejor que la cárcel?

Jarry reabrió la puerta de seguridad y la hizo pasar. Una «espectadora» se dio la vuelta en ese momento al reparar en el movimiento detrás de ella. Miró fugazmente a Angelique, lo bastante para asimilar el significado de su chaleco antibalas y el mayor significado de las bridas que le sujetaban las muñecas, luego volvió a centrarse en la obra, que evidentemente le llamaba más la atención. Después de quedarse tranquila al ver que la intrusión no iba a precipitar un rescate a gran escala, Angelique medio esperaba que la mujer le dijera «chis».

No todos estaban mirando el espectáculo, había que reconocerlo. Había un grupo de hombres agachados en el suelo detrás de los rehenes sentados, la mayoría con colores de equipos de fútbol: algunos del Rangers, otros del Celtic. Estaban hablando, pero en voz baja, para no interrumpir la actuación. Angelique distinguió unas palabras sueltas, entre las declamaciones del «escenario», lo bastante para darse cuenta de que habían aparcado temporalmente su rivalidad para discutir sobre la única cosa que los vinculaba y los unía: lo mucho que odiaban a esos cabrones follaovejas de Aberdeen.

Angelique hizo una pausa en el umbral, reticente a apartar la mirada del espectáculo. Cuando redactara su declaración iba a parecer que la había

escrito bajo los efectos de la mescalina.

Jarry la esperó sin perder la paciencia, sosteniendo la puerta.

—¿Qué dice ahí debajo del puercoespín? —le preguntó.

—¿El puercoespín?

—Sí, san Sebastián.

—Oh, «la diana».

Angelique recurrió a años de entrenamiento y laboriosa disciplina profesional para intentar quedarse seria, pero fracasó por completo.

—Sí, a mí también me gusta —afirmó él—. No puedo darle el mérito a Chagall, fue sugerencia de una de las rehenes.

—¿Chagall?

—Sí. Todavía no lo has visto. Está trabajando en el plan B.

—Imagino qué aspecto tiene. Más o menos.

Jarry se apoyó en el escritorio donde estaba el PC lento e hizo un gesto a Angelique para que se sentara. Ella en cambio optó por apoyarse en otro escritorio, sin querer concederle la ventaja psicológica de que le hablara desde arriba.

—¿Quiénes son Vladimir y Estragón? —preguntó.

—Sigues hurgando. Para que conste, Ionesco y Dalí, respectivamente. Dalí es el más alto de los dos. ¿Conoces la obra?

—La conozco mejor en francés. Se están tomando algunas libertades con la traducción.

—Oh, claro, por eso no la has reconocido a la primera. Disculpa, disculpa. ¿Hablas francés?

—Hablo francés, español... —Angelique se detuvo a media frase cuando algún resto de conciencia práctica le bastó para frenar su línea de pensamiento inexplicablemente desenfadada—. ¿Qué está pasando aquí? —preguntó—. O sea, todo este... —No encontró las palabras porque no sabía qué iba a preguntar.

—Supongo que en este momento te sería más fácil entenderlo si le hubiéramos partido la cabeza a alguien y todo el mundo estuviera cagado de miedo.

Tienes razón. Me perdí la clase de técnicas de neutralización de atracos situacionistas. ¿Te importa darme alguna pista?

—Lo estás haciendo bien hasta ahora. Estrictamente hablando yo no llamaría situacionista. El situacionismo es por definición un fin en sí mismo. Lo que estamos haciendo es simplemente un medio. Pero, tanto si reventamos

cabezas como si somos situacionistas, la prioridad es la misma: la seguridad de los rehenes.

—Creo que lo que me desconcierta es la importancia que parece darle.

—Te lo he dicho: no soy el malo de la película.

—No te ofendas, pero teniendo en cuenta lo que estás haciendo aquí, tampoco parece el bueno.

—¿Me estás diciendo que esta no es una cara en la que puedas confiar?

Angelique sonrió, habiendo decidido que era inútil resistirse. A la luz de los hechos que presenciaba, se estaba sintiendo cada vez menos motivada para representar el papel de la policía antipática, como él había dicho, y suponía que tampoco tendría mucha repercusión de todos modos. Además tenía la sensación de que le gustaba a aquel sujeto y prefería conservar ese estatus. Esto se debía a tres razones, solo dos de las cuales —autodefensa y conveniencia profesional— podrían calificarse como racionalmente justificadas dadas las circunstancias. La tercera era que Jarry estaba siendo respetuoso, complaciente y atento como nadie lo había sido con ella en mucho tiempo, y Angelique no tenía ninguna prisa por que eso se detuviera.

—No soy el chico bueno —continuó él. La sonrisa de Angelique lo animó a sincerarse—. Tú eres el chico bueno. Chica, Mujer.

—Gracias.

—Pero me parece práctico ser un tipo amable. Psicología de rehén. Saben que tienes el control mientras los estás apuntando con una pistola, así que no tienes que acojonarlos todo el tiempo. Esa gente de ahí sabe que no vamos a dejarlos salir solo porque lo pidan con amabilidad, pero tampoco están preocupados por que les volem los sesos. Así que se sientan ahí, hacen lo que les dicen y esperan pacientemente.

—A Godot.

—El aburrimento potencia el estrés. No tienes nada en qué pensar más que en el miedo. El miedo lleva a la desesperación. Así que les ayudamos a pasar el tiempo.

—Pasaría de todos modos.

—*Touché*. Conoces bien la obra.

—¿Y si deciden dejar de tomarte en serio?

—¿Parezco un tipo que quiere que lo tomen en serio?

—Sí: siempre que lleves un arma, no importa cómo vas vestido.

—Exacto. Pero si quieres decir si me preocupa que alguien trate de ser un héroe... Te lo repito, por eso has de ser amable. El impulso justiciero aflora a la superficie porque los tipos se sienten amenazados y resentidos del poder



que tienes sobre ellos. Hay que reducir la hostilidad, dejar que vean que estamos contra el banco, no contra ellos. Eh, quizá es el banco el que está contra ellos. Antes de que te des cuenta, hasta estarán apoyándote.

—¿Has hecho esto muchas veces?

—¿Qué crees?

—No por aquí. Lo habríamos notado, incluso siendo polis. ¿Puedo hacer una pregunta menos estúpida?

—Sigues hurgando. ¿Necesitas las horas extra? Si quieres, firmaré una declaración jurada que confirme que me has molestado para sacarme información durante todo el tiempo de tu detención, y así nos ahorraremos los dos muchos problemas.

Angelique lo tomó como un no, pero preguntó de todos modos.

—¿Cómo piensas salir de aquí?

—Más rico —contestó.

Ella echó la cabeza atrás y suspiró de manera exagerada. ¿De qué servía? Debería sentarse como los rehenes y disfrutar del resto del espectáculo, y no echarse piedras sobre su tejado.

—Sobre esa declaración jurada... —comenzó.

Jarry dio una palmada con sus manos envueltas en látex.

—¡Estás aprendiendo!

—Por fin me he dado cuenta de por qué me has estado diciendo que deje de hurgar. No era una referencia a la información ¿eh?

Jarry negó con la cabeza.

—Un consejo amistoso.

—Ojalá hubieras estado ahí para darme ese consejo cuando he cometido el error de levantarme de la cama esta mañana.

Siguió una pausa, breve pero lo bastante larga como para que los dos contemplaran de manera incómoda la indiscreción involuntaria del último comentario de Angelique.

—Hay mil formas en las que no quieres que conteste a eso, agente De Xavia, así que deja que te haga el cumplido de decir, simple y sinceramente, que ojalá hubiera estado.

Angelique sintió que le ardían las mejillas, en parte avergonzada por las miles de otras respuestas posibles, y en parte por la rabia de haberse dejado caer en otro pozo, Jarry ya tenía ventajas suficientes sin necesidad de que ella le diera la oportunidad de ser condescendiente y libidinoso hacia su cautiva. El hecho de que hubiera elegido no aprovechar la oportunidad era otra cuestión. El impacto de las emociones acumuladas en lo que llevaba de día

estaba amenazando con superarla, y por un momento extremadamente horrible, temió que podría echarse a llorar, después de lo cual no le quedaría más opción que abalanzarse sobre él con la esperanza de que le volara los sesos.

«Contente, chica». Ella esboza otra sonrisa a modo de camuflaje.

—Todavía estoy hurgando y no puedo evitarlo.

Jarry se dio cuenta, la máscara de Angelique era más transparente que la suya. La miró en silencio un segundo o así, con aquellos ojos azules penetrantes e inescrutables desde detrás de la máscara de látex. Angelique sintió el impulso de rehuir la mirada, pero lo combatió, con una mezcla de desafío y curiosidad. Esos ojos eran lo único que ella podía ver, lo único que tendría para identificarlo si sus caminos se cruzaban otra vez, pero de alguna manera sabía que bastaría.

Los segundos se extendieron, el silencio creció en medio del diálogo amortiguado de Beckett como telón del fondo.

—Tengo la impresión de que no ha sido tu día hasta ahora —dijo Jarry con una voz de repente más suave.

—En eso tienes razón —dijo ella, sorbiendo una gota de líquido que afirmaría y juraría ante el más alto tribunal del país que era mucosidad.

—Quién sabe, a lo mejor todavía hay tiempo para arreglarlo.

—Hay que recuperar un gran déficit, créeme.

—¿Cómo de grande?

—¿Te refieres a más allá de ser arrastrada a trabajar en mi día libre, de entrar haciendo rápel en un banco con rehenes, de ser tomada prisionera por atracadores de banco situacionistas, de que me golpee con un arma tu psicópata impuesto por los sindicatos y de que se burle de mí un listillo con máscara de payaso armado con una pistola de la policía que yo he traído aquí?

—Sí —dijo riendo—. Eso son cosas de poca monta. ¿Qué más te pasa?

«Tú lo has pedido».

—Cumpló treinta hoy.

—Mierda. Eso tiene que doler.

—¿Todavía crees que todo puede mejorar?

—Todo es posible. —Sacó su móvil otra vez y marcó unas cuantas teclas—. Al menos tu equipo está cumpliendo. 4-0. Hughes, minuto noventa. Ya ves, las cosas están mejorando.

—Tenía que ir a cenar a casa de mis padres.

—Vale, estoy empezando a ver a qué te refieres con un déficit. En el lado positivo, quizá todavía seas una rehén llegado ese momento.

—¿Eso es una promesa?

Antes de que Jarry pudiera responder, los interrumpió la aparición de otro payaso desde una puerta de seguridad situada en la parte de atrás de la zona de administración, junto a los lavabos del personal. Por un proceso de eliminación, Angelique dedujo que era aquel al que Jarry se había referido como Chagall, que estaba trabajando en el plan B.

—Señor J —dijo él, con su voz atronando de forma natural pero ligeramente sin aliento, como si hubiera subido la escalera corriendo.

—Señor Chagall, te presento a la agente De Xavia, que se ha dejado caer por aquí hace un rato. Es su cumpleaños, ¿sabes?

—Hola —dijo sin mucho entusiasmo—. Y feliz cumpleaños.

Angelique lanzó un mirada admonitoria a Jarry, pero él estaba mirando a Chagall.

—¿Estamos listos para petarlo?

—Bueno, sí y no —dijo Chagall con ansiedad.

—¿Eh?

—Quiero decir que está claro que lo vamos a petar, pero no estoy seguro de que estemos preparados. Mejor echa un vistazo.

—Mierda.

Jarry saltó del escritorio e hizo un gesto a Angelique para que hiciera lo mismo.

—Donde yo voy, tú vienes —le dijo.

Siguieron a Chagall de manera apresurada, primero abriendo una puerta para luego bajar al pasillo del sótano, al extremo del cual se hallaba la entrada a la cámara acorazada. La puerta de acero brillante parecía la de una cámara de descompresión: era cilíndrica, sobresalía del marco como una ampolla, colgada de dos bisagras de cuatro pernos que se ajustaban al panel frontal. La caja se abría mediante un enorme volante circular con aspecto de ser servoasistido, y en cuyo centro había un teclado numérico en el que en ese momento se veían nueve ceros.

El sistema de Ionesco para abrir la caja de seguridad de forma electrónica había quedado empantanado por una CPU anticuada. Chagall había estado ocupado trabajando en un método más tradicional. Había explosivos —un montón de explosivos plásticos— colocados en torno a cada una de las bisagras, y una tercera carga todavía más grande, en forma de luna creciente, en torno a la otra mitad de la circunferencia exterior. Una red de cables conectaba las tres cargas atravesando la puerta de la bisagra superior como un mechón de pelo en la torre de Rapunzel.

Angelique no era ninguna experta, pero parecía un dispositivo altamente profesional, y albergaba pocas dudas respecto a que bastaría para arrancar la puerta de la caja. Lo que parecía menos seguro era si el edificio seguiría en pie después de eso.

—Me parece bien —observó Jarry con calma—. ¿Cuál es el problema?

Chagall señaló un artefacto del suelo al cual en última instancia conducían todos los cables. Como el dial de la puerta, llevaba un *display* de LED numérico. A diferencia del dial de la puerta, sus números estaban cambiando; como en una cuenta atrás de minutos, segundos y decimales borrosos. Quedaban menos de ocho minutos.

—El cronómetro tiene un dispositivo por defecto de diez minutos —dijo Chagall.

—Lo sé —repuso Jarry, con la impaciencia filtrándose en su voz.

Todos los presentes podrían adivinar lo que estaba por venir, pero aun así necesitaban que Chagall se diera prisa y lo reconociera antes de que pudieran seguir adelante.

—El caso es que cuando he pulsado el botón de reiniciar ha empezado la cuenta atrás.

—¿Te has equivocado de botón? Pero hay una opción de confirmar cuando...

—No —interrumpió Chagall—. Te estoy diciendo que he apretado el botón de reiniciar, pero el maldito chisme no me ha hecho caso y ha puesto en marcha el temporizador.

—Pero no estamos preparados. Todavía estamos esperando que..., joder, tío, ¿qué cono? —El aire de calma imperturbable de Jarry estaba evaporándose con rapidez—. ¿Cómo puede ser...? ¿Cuántas veces has probado estas cosas?

—Mil.

—Te he visto probarlo.

—Esa es la cuestión. He hecho lo de siempre, pero no funciona bien. No sé, probablemente se han humedecido los circuitos por toda la puta lluvia que cae en esta maldita ciudad.

Jarry suspiró con nerviosismo y la tensión empezó a ser visible en sus movimientos.

—Deberíamos haber usado un control remoto —dijo, casi sin aliento.

—Hemos estudiado esto. Hay demasiada piedra. Los bancos que conocemos son todo acero y yeso. Este sitio es como una maldita catedral. Es

la única razón por la que podemos intentar volar una caja como esta. Esta carga tiraría abajo la mayoría de edificios.

—¿Cómo sabes que no derrumbará este? —se sintió obligada a preguntar Angelique.

—¿No puedes desactivarlo? ¿Desconectarlo sin más? —preguntó Jarry, sin que ninguno de los dos hombres hiciera caso de la pregunta de Angelique.

—Lo mejor que puedo hacer es intentar desviarlo con un circuito auxiliar.

—¿Qué consecuencias tendría?

—Teniendo en cuenta que ya está funcionando mal, sinceramente no puedo decirlo. En teoría, eliminaría la acción del temporizador, pero también es posible que solo active las cargas.

Jarry gruñó con frustración y le invadió una rabia casi visible. Dio la impresión de que lo superaba, pero luego agarró su metralleta falsa con las dos manos y la lanzó contra la pared.

—Toda la planificación, tanta espera, pruebas... Estamos muy cerca y todo se viene abajo por un puto cortocircuito.

—Lo siento, tío. Pero hemos de decidir qué vamos a hacer.

—Necesito un segundo —dijo Jarry a la defensiva, apartándose de los dos—. Tengo que pensar.

Angelique miró otra vez el temporizador, que ya indicaba menos de seis minutos.

—No tienes un segundo —le dijo ella—. Tienes dieciséis rehenes civiles arriba, y francamente no estoy nada convencida de que este edificio pueda aguantar con lo que has conectado aquí abajo.

Jarry puso una mano en la pared como si necesitara apoyo para levantarse. Miró a Angelique, pero no dijo nada. Sus ojos estaban llenos de la comprensible ansiedad y una indecisión menos razonable.

—Pensándolo bien, estoy convencido de que el circuito auxiliar debería funcionar —dijo Chagall en un tono nada convincente—. Lo intentaré.

—¡No! —exigió Angelique, colocándose entre Chagall y el temporizador—. El circuito está jodido. —Estaba tratando de no gritar, pero fue incapaz de eliminar la rabia de su voz—. No puedes probarlo, podría derrumbar el edificio.

Jarry sacó la P990 del cinturón y apuntó a Angelique para que se apartara.

—No has arriesgado ninguna vida antes, ¿por qué empezar ahora? —rogó ella—. No eres el malo de la película, ¿recuerdas?

Jarry la miró, luego a la caja, a Chagall y finalmente otra vez a Angelique.

—Tienes razón —dijo él, cogiendo unos alicates de entre las herramientas de Chagall—. Date la vuelta.

Angelique obedeció. Jarry mantuvo la pistola en su mano izquierda y cortó la brida de plástico con la derecha.

—Gracias —dijo ella, con su sinceridad potenciada por el alivio—. Estás haciendo lo correcto.

—Vamos —dijo Jarry, poniendo una mano en el antebrazo de Angelique y conduciéndola a la escalera. No sé por qué me das las gracias, ahora vas a llegar a la cena de tu madre.

—Sí, pero al menos estaré viva para comer.

Jarry se detuvo antes de llegar a la puerta de seguridad que conducía al vestíbulo principal del banco, empuñando la Walther en su mano derecha. Sacó el cargador y le pasó a Angelique el arma vacía.

—Feliz cumpleaños.

—No deberías felicitar-me.

—Tienes razón. Muy bien, ahora cuando salgamos por esa puerta, voy a ordenar retirada y tú vas a sacar a los rehenes. Dalí te abrirá las puertas, me aseguraré de eso. Has de asegurarte de que no disparan a nadie, ¿vale?

—Considéralo hecho —dijo ella, buscando en un bolsillo el móvil que le había dado McMaster—. ¿Y tú?

—Una vez que los rehenes estén a salvo, daré a Chagall el visto bueno para hacer el circuito auxiliar. Si funciona, tendremos otra vez un poco de ventaja. No tendremos rehenes, pero todavía contaremos con la bomba.

—¿Y si no funciona?

—No pensemos en eso ahora, ¿eh?

—Me parece bien.

Buscó la manija de la puerta.

—¿Jarry? —dijo Angelique.

Jarry hizo una pausa y se dio la vuelta.

—¿Sí?

—Cuídate.

—Tú también, agente De Xavia.

## ESTRATEGIAS DE EVACUACIÓN (I)

Andy estaba pensando en dejarlo. Había oscurecido, el frío comenzaba a cobrarse un peaje en sus cuerdas vocales y, lo más importante, la multitud había menguado notablemente debido a que era tarde y a la falta de espectáculo. Desde que la mujer con la cola de caballo había bajado haciendo rápel desde el tejado del edificio de al lado y había desaparecido en el banco, no había habido nada que mirar. La fachada del edificio no era más interesante que de costumbre, aunque supieras que había atracadores armados dentro. De todos modos, al tratarse de Glasgow, una procesión constante de compradores había ido reuniéndose detrás de los cordones solo para verificar por sí mismos que, como le gustaba expresarlo a la policía, no había «nada que ver», y a Andy le había ido muy bien con la gente que pasaba.

Hasta la poli —bueno, uno de los polis— le había sonreído cuando él dio voz a la súplica de Neil Young de librarnos de «la pólvora y el dedo», aunque a la mayoría de ellos no les impresionó mucho el recordatorio de que todavía había «crimen en la ciudad».

Andy acababa de cerrar los broches del estuche de la guitarra cuando todos los polis cobraron vida de manera simultánea, como si de repente les hubieran cambiado las pilas. Se llevaron las radios al oído, apuntaron las armas y volvieron las cabezas con una sensación palpable de urgencia, casi pánico. Por su puesto, todo esto en última instancia se manifestó en gritar a la gente y decirle que se apartara. A diferencia de antes, la gente cooperó de manera entusiasta esta vez, y la palabra «bomba» demostró ser mucho más eficaz que los «por favor» anteriores.

Andy miró al banco por encima del hombro mientras se retiraba. Las puertas dobles se habían abierto y vio a la policía con la cola de caballo guiando a los rehenes por la escalera, todos ellos moviéndose con la máxima velocidad que les permitían sus manos atadas. Los agentes los escoltaban y los alejaban del edificio a gran velocidad, poniéndoles los brazos en los hombros para ayudarles a mantener el equilibrio mientras corrían.

Los polis que obligaban a la multitud a retroceder pararon en la esquina de West Nile Street, donde unos pocos mirones parecían inclinados a quedarse de todos modos. Andy no estaba entre ellos. Los asedios armados eran una

cosa, pero la explosión de edificios, como las carreras de coches, eran un espectáculo que se veía mejor en televisión. Tenías la ventaja de las repeticiones, múltiples ángulos de cámara, comentarios constantes y, lo más importante, un riesgo mucho más reducido de que te destriparan los cascotes que saldrían volando.

Decidió dirigirse a la estación de metro de Buchanan Street, al otro lado de West Regent Street, donde los polis habían cerrado la zona peatonal. La estación estaba repleta de hunos que volvían del partido, pero como él cogía la línea que iba hacia Ibrox, el andén estaba comparativamente tranquilo.

Al final, había terminado siendo un día inesperadamente exitoso, que casi compensaba el déficit infligido por las peroratas del reverendo en semanas recientes. El único inconveniente se había producido cuando una mujer a la que vagamente reconocía se estiró y amenazó con llevarse parte de sus ingresos como «reembolso». Como explicó de manera bastante acalorada, ella le había preguntado varias semanas antes dónde podía encontrar una grabación de una canción que él había cantado sobre una relación rota, porque le resultaba emotiva y hasta conmovedora. Al parecer, se había sentido decepcionada, como mínimo, al descubrir que en la versión original de Blink 182 de *What Went Wrong*, Tom de Longe no lloraba el hecho de que su ex le hubiera «desbrozado» la vida; y tampoco acababa de gustarle la canción que hablaba de follarse animales de compañía.



## ESTRATEGIAS DE EVACUACIÓN (II)

McMaster estaba en su salsa. Ahora que podía dar órdenes, la situación había dado un vuelco y los atracadores ya no se burlaban de él delante de decenas de polis y centenares de civiles. Ni siquiera los rehenes se salvaron de su ostentosa actuación de «Estoy al mando». Ordenó que se los retuviera a todos en un bar recientemente requisado en Mitchell Lane, al lado de Buchanan Street.

La súplica de Angelique de que les diera un poco de tiempo después de su dura experiencia fue recibida con una exhibición de autoridad y virilidad acomplejada.

—Ya no hay rehenes, detective De Xavia, ahora son testigos, y quiero que los retengan hasta que sean identificados y hayan declarado.

Angelique suponía que si McMaster seguía hinchándose, correría un serio peligro de llenar ese abrigo. Esa petulancia le habría crispado los nervios en el mejor de los casos, pero en ese momento, todavía sin aliento tras escapar de un banco asediado y a punto de explotar, le estaba resultando particularmente intolerable.

—No voy a dejar cabos sueltos —seguía McMaster—. Voy a trincar a estos tipos. Quien da un golpe como este en mi terreno, paga las consecuencias.

Sí, claro. Su terreno. Su detención. Angelique no recordaba que McMaster se hubiera subido a ningún edificio o se hubiera enfrentado a ningún hombre armado, y dar a entender que el final del asedio se debía a algo que había hecho él le parecía francamente vergonzoso. Hasta el mal funcionamiento del temporizador, Jarry había sacado por completo de la ecuación a McMaster.

Angelique miró el reloj. Quedaban menos de tres minutos, a menos que Chagall tuviera éxito. Solo llevaba unos instantes fuera del banco, pero ya parecía que estaba a un mundo de distancia; y, explosivos aparte, se le antojaba un mundo preferible a aquel al que había escapado. La compañía era mejor, eso para empezar. Había habido algo con Jarry y su locura orquestada que al menos había desafiado sus expectativas, mucho más de lo que le habían ofrecido últimamente los chicos de azul. Hasta había tenido que reconocer que parte de ella se había sentido decepcionada por el derrumbe del

plan de Jarry, aunque solo fuera porque no había llegado a saber cómo pensaba escapar. Y aunque no podía aprobar las acciones de Jarry, le molestaba oír a McMaster hablar de trincarlo. Era como un colono bobalicón con casco tropical disparando a un león enjaulado. Cara a cara no había habido color hasta que intervino la mala suerte. Considerando el ingenio, adaptabilidad y variedad de recursos de Jarry, parecía un destino irónico e inmerecido que lo detuviera un idiota incapaz de desviarse del reglamento, Jarry había anticipado tantos obstáculos y contingencias frente a otros sucesos imprevistos, como la propia incursión de Angelique, que parecía increíble que lo trincaran por algo tan trivial como un circuito humedecido.

Completamente increíble.

—Cabrón.

—¿Qué? —preguntó McMaster, disgustado e interpretándolo mal.

El tipo tenía los cojones de montar un gran atraco con armas falsas, ¿qué coño iba a hacer con explosivos de verdad?

—Es una trampa —dijo—. Los putos explosivos son falsos, igual que las armas. Así es como se escapa, el cabrón escurridizo. Todos salimos corriendo del edificio y él se larga.

—Tienes razón: ¿por qué iban a estar jodiendo con ordenadores y rehenes si iban a volar la puerta de la caja?

Angelique sacó la Walther.

—Que alguien me dé otro cargador. Voy a volver a entrar.

—No vas a ninguna parte, De Xavia, y ellos tampoco. He desplegado unidades armadas en todas las rutas de escape posibles. ¿Creías que no había previsto esto? No se van a escabullir por puertas traseras o salidas de incendios, créeme. Máscaras de payaso y polvo irritante, ¿eh? Bueno, vamos a ver quién ríe el último.

Y en ese momento estallaron los explosivos.

El sonido fue atronador pero ligeramente ahogado; contenido incluso. No volaron escombros y el suelo no se sacudió de manera más notoria que cuando pasaba el metro por debajo de la calle. La primera idea de Angelique fue admitir que habían tenido razón respecto a lo que podía resistir ese espléndido edificio antiguo. La segunda, después de mirar el reloj y ver que todavía debería faltar casi un minuto, fue desear que Jarry estuviera bien. O más bien Chagall, quien había planeado alterar los circuitos. Todos ellos, de hecho. Esperaba que todos estuvieran bien.

McMaster salió de detrás del cordón y reunió a un grupo de cuatro agentes armados hacia él.

—Hora de hacer limpieza —dijo.

—¿Puedo ir yo también, señor, o solo entro cuando están disparando?

—No seas susceptible, De Xavia. Se te requiere, sí, y quiero que traigas al director de guardia. Tendremos que reiniciar los sistemas.

Los hombres de la URA entraron primero, en la formación estándar de protección de dos en dos, con Angelique negando con la cabeza al verlos y McMaster mirándola desaprobatoria mente.

—Están desarmados, señor, ¿recuerda? Sus armas eran falsas.

—¿Las armas eran falsas? —preguntó el director de guardia, un pelele de traje llamado Thomas Peat.

—Viste un arma que era falsa —la reprendió McMaster—. El resto no lo sabemos.

—Supongo que la que Jarry lanzó contra la pared tampoco servirá de mucho ahora.

—Entonces no tienes nada de qué preocuparte.

Después de hacer su entrada dinámica en el edificio, la URA tuvo que esperar a que Peat abriera la puerta de seguridad para que pudieran entrar en zonas reservadas al personal. Era como ver a Rambo en una parada de autobús. Una vez dentro, se separaron en dos grupos para registrar el edificio. Un grupo se dirigió a las oficinas de arriba y el otro se acercó con más cautela a la cámara acorazada del sótano. Sin hacer caso de la orden de esperar de McMaster, Angelique siguió a los dos que iban al sótano, superándolos con impaciencia en las escaleras mientras ellos persistían con su acecho lento y vigilante.

—¡Jarry! —gritó ella—. ¡Chagall!

Se había ido la luz en el pasillo del sótano, y el humo y el polvo que flotaban en el aire dificultaban más todavía la visibilidad. No obstante, había suficiente luz procedente de la escalera para revelar no solo que la cámara acorazada continuaba intacta, sino que también lo estaban los explosivos unidos a ella. Angelique se quedó mirando desconcertada cuando los dos agentes armados se aventuraron a adelantarla lentamente. Los haces de las linternas apenas penetraron la oscuridad de humo del pasillo. McMaster y Peat siguieron tras ellos, porque hasta la curiosidad del jefe superó por una vez la prudencia reglamentaria, aunque no lo suficiente para ir más allá del pie de la escalera.

—No han estallado —señaló McMaster, exhibiendo las dotes de detective que lo habían llevado tan alto en el escalafón.

Peat, en cambio, hizo una observación más significativa.

—La caja está abierta.

—¿De qué está hablando? —preguntó McMaster—. Mírela.

—Estoy mirando el dial. Todo ceros. Es lo que se ve cuando está abierta. De hecho esta mierda que hay en torno al borde es lo único que la mantiene cerrada. El peso de la puerta hace que se abra en cuanto se retraen los pasadores.

Peat se estiró para agarrar el borde exterior de la puerta, pero lo sujetó McMaster.

—No lo toque. Sigue conectado.

—Si lo que ha estallado aquí no lo ha disparado, no creo que moverlo un poco lo consiga —razonó Angelique, y arrancó los «explosivos» antes de que McMaster pudiera emitir otra nota sumamente prudente de cautela. Como Peat predijo, la puerta se abrió y apareció una cámara vacía.

—Joder. Nos han limpiado.

—¿Cuánto?

Peat tragó saliva.

—Unas ochocientas mil.

—No está mal —remarcó Angelique.

McMaster parecía a punto de desaparecer en su abrigo.

—¿Señor? —lo llamó una voz desde la oscuridad—. Será mejor que venga. Han hecho un boquete en la pared.

McMaster se dio la vuelta y miró por el pasillo, pero todavía no había nada que ver más que el brillo tenue de una linterna danzando en el polvo.

—¿Adónde?

—Parece un túnel. Hay vías.

Incluso en medio del humo, Angelique vio que la nuez de McMaster subía y bajaba involuntariamente en su garganta.

—Está bloqueado. Creo que es una vía muerta del metro. No estoy bien orientado, pero creo que se dirige al norte.

—La estación de Buchanan Street —dijo Angelique.

—Oh, joder —fue la reacción de McMaster, por lo que ella su puso que estaba de acuerdo.

McMaster empezó a dar órdenes en la radio como loco mientras se abría paso hacia la calle a través del banco. Una mirada a su reloj le dijo a Angelique que sus esfuerzos serían inútiles, y no solo porque los hombres de Jarry contaban con varios minutos de ventaja.

Pasó detrás de él por las puertas dobles y se quedó al pie de la escalinata, desde donde obtuvo la confirmación visual. Más allá del cordón policial, un

par de centenares de metros colina arriba, había aproximadamente una docena de agentes corriendo a toda velocidad hacia la entrada de la estación de metro de Buchanan Street, donde no tendrían ni la menor oportunidad de bajar la escalera, porque en ese momento había varios centenares de seguidores de los Rangers envolviéndolos.

Angelique se volvió otra vez hacia el banco, con el acribillado san Sebastián mirándola desde el interior de la puerta entreabierta. La solitaria palabra «diana» parecía más pertinente que nunca.

—Anguila escurridiza —dijo Angelique a un hombre que ya no estaba allí y que realmente había salido más rico.

—De Xavia —gruñó McMaster, enfadado, desde la calle—. Date prisa. ¿Qué estás mirando?

Pero en realidad Angelique no estaba mirando nada. Solo estaba dándole la espalda para que no viera la dimensión de su sonrisa.

## LA LIRA DE ORFEO TOCA *FOLLOW FOLLOW* Y LUEGO CONTINÚA CON...

—No hay ningún equipo como el Glasgow Rangers, ni uno, y nunca lo habrá.

El vagón atestado estaba vibrando antes incluso de arrancar, los cantos estridentes y los pisotones en el suelo creaban una sensación de energía casi tan poderosa como la del tercer riel. Zal, de pie junto a las puertas, sabía que parecía el tipo más feliz en un tren lleno de tipos felices. Su sonrisa inamovible podría no haber sido adecuada para pasar desapercibido si los Rangers hubieran perdido, pero como sabía que jugaban con el Aberdeen apenas podía considerarse un golpe de suerte.

Merkland, en cambio, parecía visiblemente cabreado, pero por suerte estaba de cara a las puertas y de espaldas al resto de pasajeros.

Zal hizo bocina con la mano junto a su oreja.

—No hace falta que cantes —le dijo Zal, con la conversación sofocada por el ruido de fondo—. Pero si no sonrías pronto vas a joder tu disfraz.

—¿De qué coño hay que sonreír?

—Tu «equipo» acaba de ganar. Cuatro a cero. Has de parecer contento. ¿O vas de purista siempre insatisfecho?

—Sí, ese soy yo. Mira, mi equipo no ha logrado el resultado que buscaba. Llámame purista si quieres, pero prefiero que el partido termine con una prima en efectivo, no sé si me explico.

—¿No crees que todos habríamos preferido eso? Pero hemos de seguir siendo profesionales. Siempre supimos que tendríamos que salir del campo con el pitido final fuera cual fuese el resultado, y a menos que quieras quedarte para una entrevista muy larga, tendrás que meterte rápido en el personaje.

Merkland esbozó una fugaz sonrisa sarcástica, luego miró otra vez a Zal y bajó la cabeza, al menos así su careto de cabreo se perdió de vista. ¿Qué iba a hacerle? Alguna gente simplemente no había nacido para actuar; de lo contrario tal vez habría estado mejor preparado para ver las actuaciones de los cuatro tipos que en ese momento le estaban tomando el pelo. Desde que se quitaron las máscaras hasta que entraron en el andén repleto, habían estado

fingiendo una gran decepción por haber tenido que irse con las manos vacías, además de maldecir amargamente a Karl por el «fallo» de su *software*, Jerome y Leo en particular merecían elogios, porque seguramente hasta a Laurence Olivier le habría costado fingir decepción con cuatrocientas mil libras sujetas al torso. No obstante, una vez que estuvieron a la vista de la gente, vestidos con las galas vibrantemente coloridas de los Rangers, pudieron hacer que sus verdaderos sentimientos se manifestaran como si se tratara de una forma más eficaz de pasar desapercibidos.

Nadie se fijó en cinco camisetas azules más saliendo de una puerta en la parte posterior del andén ya repleto de aficionados que acababan de desembarcar y que de todos modos estaban mirando las escaleras. Nadie a bordo prestó atención al hecho de que estaban subiendo al tren en Buchanan Street, donde bajaban decenas de personas procedentes de Ibrox. Cuando el metro iba tan repleto, la gente que iba más cerca de la puerta tenía que bajar al andén para permitir que los demás salieran, de manera que en cada parada subían unos pocos Bears.

Jerome, Leo y, sobre todo, el dinero subieron a un vagón distinto al de Merkland, Zal y Karl, y todos ellos bajaron en paradas distintas y preestablecidas. Merkland fue el primero en apearse, en Cowcaddens, lo cual significaba que Zal solo tuvo que aguantar un par de minutos su cara de enfado. ¿Aguantar? Más bien disfrutar. Zal podría quedarse viendo sufrir a un gilipollas como ese toda la noche. El único pero de usar máscaras de látex era que Zal no había podido ver la expresión de Merkland cuando el idiota trató de dispararle. Aun así, aunque habría sido impagable, probablemente no era nada en comparación con cómo iba a reaccionar cuando pusiera las noticias y descubriera que casi un millón de libras habían bajado del tren en St. George's Cross y Kelvinbridge respectivamente.

Se suponía que Merkland tenía que subir solo en un tercer vagón, pero por lo visto se había pegado a Zal, todavía obsesionado con no quitarle el ojo de encima. Habría sido molesto de no haber sido simplemente ridículo. En serio, ¿había algo más penoso que un aspirante a matón que no podía aceptar que no lo encontrabas intimidante?

—Mira, la única razón de que sigas vivo es que eres útil para nosotros —gruñó Merkland—. Creo que deberías tener eso en cuenta a la luz de la gran cagada de hoy.

—Meditaré sobre eso, tío. Pero, joder, si la utilidad fuera el criterio principal para la supervivencia, tú habrías sido darwinizado hace tiempo.

Zal oyó la risita de Karl, lo cual le advirtió que mantuviera la voz baja.

—Sí, muy bien —se burló Merkland—. Solo te digo que te toleramos, por ahora. Pero cuando llegue el momento de soltar los perros, estaré ahí.

—Bueno, eso dispara mis oportunidades, teniendo en cuenta que siempre la cagas.

—Te estás burlando de ti mismo si crees que mi arma no estará cargada la próxima vez, socio.

Zal miró alegremente por la ventanilla a los carteles de la estación cuando el tren paró en Cowcaddens, sin hacer el menor caso del intento de mirada amenazadora de Merkland. Había habido un tiempo en el que tipos como ese podían asustarle, pero eso había sido tres años, setenta puntos de sutura y dos cadáveres antes. Miró a los ojos de Merkland otra vez antes de que las puertas se abrieran.

—Y estás de broma si crees que cambiará algo. Ahora vuelve a Hannigan. Es tu parada.

Zal lo observó alejarse, pero esperó hasta que el tren se sumergió en la oscuridad del siguiente túnel antes de darle un codazo a Karl. Este tenía una gorra de los Rangers calada sobre la cara, de manera que para todos los testigos parecía un niño que volvía del partido con su padre. No levantó la mirada, pero Zal imaginó su sonrisa de todos modos. Eso sí, levantó la mano para que Zal le diera un palmada y después le entrelazara los dedos durante dos segundos preciosos de celebración.

Era el momento de soltar el aire. La canción estaba empezando otra vez, esa energía de volumen irresistible llenando la atmósfera y sonando hasta por encima del rugido de las ruedas y los chirridos ocasionales de protesta del metal. Zal sentía que lo estaba canalizando todo: una ola de entusiasmo que se expandía en su interior como una reacción en cadena cuando apretó un puño y se unió al cántico. Darle voz fue una liberación exquisita, pero solo en esa liberación podía atisbar la magnitud de la euforia que crecía en su interior.

—*Follow we will, follow we will.*

Su organismo había estado cargado de adrenalina durante más de cinco horas, durante las cuales su mente había estado procesando, eliminando y controlando más emociones intensas que una persona normal en cinco meses o cinco años. Eso no equivalía a decir que no hubiera disfrutado hasta el último segundo, pero como un futbolista victorioso, hasta que terminó el partido no permitió que esos sentimientos lo invadieran.

—*Though the straits be broad or narrow...*

La liberación, la euforia, la catarsis habría llegado de todos modos, pero que se produjera al son de ese cántico hizo que se le removiera algo



almacenado en un lugar todavía más profundo, y por eso Zal se encontró cantando con lágrimas en los ojos y una atesorada tristeza en su sonrisa.

—*If they go to Dublin, we will follow on.*

Su padre cantaba esa canción, aunque en su forma original, sin esa adulteración de mierda «*Dundee, Hamilton, evento the Vatican*». La había aprendido y cantado de niño antes incluso de saber de qué trataba, antes de comprender en realidad que el lugar del que había venido su padre y que había echado tanto de menos no era solo otra población de Nevada. Pero en ese momento se dio cuenta de que, aparte de en la tele, nunca había oído a nadie que la cantara, así que oírla tan cerca, con ese acento que alguna vez había relacionado con una sola persona en el mundo, le hizo sentirse de repente muy vulnerable y solo.

Tal vez le venía bien, porque necesitaba algo para controlar su júbilo. Una cosa era mezclarse con los tipos que volvían del partido, pero nadie más estaba tan eufórico como él. Al fin y al cabo, era solo el Aberdeen y solo cuatro a cero.

Observó a Jerome y luego a Leo alejándose por los andenes, entre muchos otros seguidores, y entonces llegó su turno y el de Karl en Hillhead. No se dijeron nada el uno al otro, guardándose sus acentos. Karl mantuvo la cabeza baja y la visera de la gorra todavía inclinada sobre la cara. Byres Road estaba oscura, concurrida y mojada. La lluvia debía de haber comenzado a caer recientemente, porque en el metro todos los aficionados iban secos y nadie en la calle parecía llevar paraguas. La gente caminaba pegada a los edificios, dándose prisa entre toldo y toldo y entreteniéndose en las entradas de las tiendas. Zal y Karl solo tenían que llegar a la acera y dirigirse hacia Great Western Road. Llegaron hasta la biblioteca Hillhead cuando vieron que se acercaba el coche de Leo, que se identificó para ellos en medio de la oscuridad y la lluvia con un destello de los faros y los intermitentes.

Karl abrió la puerta de atrás del lado del pasajero y subió. Se quitó la gorra en cuanto se perdió de vista. Zal se inclinó en el interior. Nadie dijo nada, solo sonrieron, rieron y unieron las manos en un saludo a tres.

Zal cerró la puerta y observó el coche que arrancaba. Todavía tenía cuestiones importantes de las que ocuparse en Glasgow, pero dada la escasez de adultos con acento americano de menos de metro veinte en la ciudad, era vital que Karl no llamara la atención hasta que se le volviera a necesitar. Se dirigían al sur, a Newcastle, donde tenían mesa de restaurante reservada para las ocho y media, así como un paquete lleno de recibos de apuestas falsos para las carreras de la tarde en Gosforth. En ese mismo momento, Karl estaría

descargando los resultados en su teléfono, para rellenar los boletos de apuestas descartando a los ganadores, porque los corredores de apuestas tenían mejor memoria para gente a la que tenían que pagar.

Jerome todavía estaba en la ciudad, pero Zal no tenía ganas de celebración, aunque fuera privada y discreta. Dio un paso atrás y se refugió temporalmente en la entrada de la biblioteca. Con la lluvia todavía resbalándole por la cara y el mundo pasando a su lado afanosamente, se sentía como si hubiera pasado la tarde en el cine: al volver a la realidad fría y húmeda, lo que acababa de ocurrir, por dramático que fuera, ya estaba guardado y archivado en la memoria.

Todavía podía sentir un cosquilleo, pero le costaba conectar lo con momentos concretos, simplemente era una impresión residual. La euforia se estaba disipando, igual que la tensión y el miedo. A su debido tiempo ambos serían sustituidos por satisfacción y alivio, seguidos un poco después por el agotamiento. No obstante, por el momento, quedaba otra cosa; algo en lo que no se había fijado hasta que descartó preocupaciones más inmediatas, pero que de todos modos llevaba un tiempo presente y que había atisbado de manera ocasional entre distracciones más grandes pero temporales.

No tenía que confiar en eso. Era como el adjunto de un mensaje de correo electrónico enviado por un desconocido: no sabía de dónde procedía, y eso significaba que hacer otra cosa que no fuera olvidarlo podía resultar desastroso.

Había diversas fuentes plausibles, y cualquiera de ellas o una combinación de varias podían ser responsables de una fragilidad que podría estar causando que se obsesionara. Estaba sufriendo un inevitable bajón después del atraco, una reacción natural a haber pasado cinco o seis horas funcionando con una energía nerviosa. Había una ansiedad insoslayable que iba a carcomer sus inseguridades, porque acababa de robar casi un millón en metálico e iba a tener a casi toda la policía del país detrás. Luego estaba esa canción y las pequeñas bombas de racimo emocionales que había lanzado. Echaba de menos a su padre, lo amaba otra vez, se odiaba a sí mismo por haberlo odiado antes, toda esa mierda. Por no mencionar a esos aficionados de los Rangers en el metro y el vínculo entre completos desconocidos al sumarse al cántico; unidos por algo que les hacía sentir que pertenecían a alguna cosa, que les daba un sentido de pertenencia, punto.

Y a lo mejor no se trataba de nada de eso. Quizá era solo algo que se había colado a través de sus defensas mientras tenía la cabeza ocupada enfrentándose a todo lo demás. El resumen era que no podía quitarse a esa

mujer de la cabeza. Mientras que todos los demás aspectos del robo se iban desdibujando hasta el punto de sentir que era algo que le había ocurrido a otra persona, ella permanecía vívida, tangible, real; y no cabía duda alguna. No sabía cómo, no sabía por qué, pero, claro, ¿acaso alguien lo sabe alguna vez? Era atractiva, de eso no cabía duda. Tenía que reconocer que no haber follado en cuatro años había bajado un poco el umbral de lo que necesitaba para que una mujer captara su atención, pero teniendo eso en cuenta, ninguna había captado su atención tanto tiempo, incluso después de que la desarmara. Zal no sentía especial atracción por el kevlar de los chalecos antibalas ni nada por el estilo, pero era difícil no verse atraído por la visión de una mujer tan aparentemente pequeña e incuestionablemente guapa preparada para la acción y literalmente vestida para matar.

No obstante, nada de eso habría sido otra cosa que material para una paja de no haber sido porque algo había ocurrido en el banco. Las necesidades habían dictado que él se pusiera en el modo más analítico durante los acontecimientos de la tarde, así que no era solo cosa de su imaginación notar que ella había estado a punto de abrirse un par de veces. La chica debía de estar preparada para mantener la frialdad en esa clase de situación, seguro. A pesar de lo que le había dicho, probablemente era también una negociadora experta. Todo eso ofrecía una explicación plausible al hecho de que hubieran compartido una conversación civilizada en circunstancias en las que simple cortesía ya habría sido mucho pedir. Pero, maldición, Zal sabía cuándo estaban jugando con él y eso no incluía contener las lágrimas o reconocer que había cumplido treinta ese día y que no lo estaba llevando demasiado bien. Eso mientras él llevaba una máscara de payaso y un arma.

No. Algo había pasado, sin duda. Ella tenía todos los motivos del mundo para estar cabreada con él, aunque ese capullo de Merkland la hubiera atado sin usar violencia gratuita. Para darse algo de mérito, después de eso él debía de haber parecido sorprendentemente civilizado, no solo por comparación, sino por lo inesperado. Había sido víctima de muchos polis capullos en su tiempo, igual que cualquiera que trata de ganarse la vida al margen de la ley, así que comprendía que el poli medio no recibía muchas felicitaciones navideñas de ladrones. No obstante, lo que Zal no podía comprender era lo resentidos que estaban algunos delincuentes con los policías, como norma, como si les ofendiera la mera idea de que esos tíos intentaran atraparlos. Eran putos criminales, joder. ¿Qué querían? ¿Comprensión? ¿Una mayor tolerancia con su estilo de vida alternativo, y en particular con el aspecto que implicaba la sustracción no autorizada de propiedades ajenas?

A Zal se le había pasado fugazmente por la cabeza atar a Merkland y soltarle a De Xavia, pero como mínimo necesitaban que el cabrón pudiera caminar, y las caras ensangrentadas no se mezclaban bien con las multitudes futboleras, salvo quizá después de un derbi.

No estaba seguro de que ella se hubiera ensañado con Merkland de todos modos. Dijera lo que dijese, si los polis la habían enviado en primer lugar era porque confiaban en que no perdería los estribos a la primera provocación. También era posible que supiera cuidarse y que no necesitara a Merkland atado para darle una soberana paliza. De hecho, la chica apenas había pensado en Merkland una vez que se había revelado que el arma era falsa y había quedado eliminada la amenaza. Lo único que le importaban eran los rehenes. Zal había conocido a polis que dejarían a una víctima sangrando en la acera mientras perseguían a un atracador, porque para ellos era una guerra y pillar a los delincuentes contaba más que el daño colateral. De Xavia no era tan fanática, y tampoco daba la impresión de estar en demasiada armonía con sus colegas. Tenía actitud. No, esa era una palabra estúpida, usada en exceso para convertir en virtud barata el hecho de ser un bocazas arrogante. Una palabra tan devaluada no la describía en absoluto, y desde luego no le hacía justicia. Ella tenía carácter.

A Zal le gustaba su acento, el sonido de su voz, sobre todo cuando era despectiva e informal pero no llegaba a perder la educación. Era, era...

Era una locura. Eso era una locura. Después de hacer lo que acababa de hacer debería estar disfrutando con arrogancia, reflexionando sobre todo lo que significaba. En cambio, estaba de pie bajo la lluvia tratando de conjurar el rostro de ella, preguntándose dónde estaría en ese momento. Buscando indicios, tomando declaraciones a testigos y en general haciendo preliminares para empapalarle, era la respuesta a eso.

«Olvídala. Sácate la chica de la sesera, hombre».

La lluvia estaba arreciando y el viento cobraba fuerza, arrastrando el agua bajo los toldos y hacia los umbrales y negando así cualquier refugio a los que no estaban a cubierto de verdad. Podía pedir un taxi, pero ya imaginaba al bufón haciendo su declaración: «Sí, recogí a un tipo con acento yanqui en Byres Road alrededor de la hora que dice. Me acuerdo de él porque llevaba una bufanda de los Rangers, pero no parecía saber mucho de lo que pasó en el partido».

Había una parada de autobús al otro lado de la calle. Cualquier autobús que cruzara Great Western Road le serviría, siempre que llevara monedas. Metió una mano en el bolsillo del pantalón y le sorprendió encontrar un trozo

de plástico. Lo sacó para examinarlo. Era la tarjeta de identificación de De Xavia.

—Angelique —dijo para sus adentros, mirando la foto.

Pensamientos descabellados le llenaron la cabeza. Ya estaba calculando probabilidades, exposición, contingencias, protección. Si podía robar más de un millón de dólares de un banco y escaparse debajo de las narices (vale, seis metros por debajo de las narices) de al menos cincuenta polis, seguramente podría encontrar una forma de...

«No seas loco.

»Posible.

»No.

»No.

»No.

»Y eso es definitivo. Cerrado. Fin. Punto».

Bien. Había mucho en juego, ya había trabajado mucho y todavía quedaba mucho por hacer. No era más que una distracción peligrosa, y estaba contento de torpedearla antes de que causara ningún daño. Pero con eso resuelto, qué daño haría...

## PROPIEDAD ROBADA

Angelique avanzó en silencio y de puntillas y se detuvo a un metro de la puerta, en el pasillo, conteniendo la respiración. No la habían visto, estaba segura, de lo contrario ya se habría encontrado con un comité de recepción. Habría habido un vigilante apostado, visible desde la distancia para un ojo entrenado, pero su practicada aproximación furtiva le aseguraba que no la pillarían desprevenida. Claro que había pensado lo mismo en el tejado del banco, y mira cómo había funcionado.

La puerta estaba a la vista, pero necesitaba mentalizarse antes de llamar. Sintió un peso amenazante en la boca del estómago, como cuando cenara morcilla. ¿Por qué demonios estaba haciendo eso?, se preguntó por enésima vez. La respuesta seguía siendo la misma, inflexible e impasible: era su deber. La respuesta servía para una multitud de resistencias y sacrificios, ¿no? Y no había necesidad de explicar o justificar nada mientras se escondiera detrás de esa palabra.

Deber. Sí, claro. Eso, bajo cualesquiera otras circunstancias, constituía una autolesión, y no recordaba haber firmado tal cosa.

A la mierda, ¿qué podía hacer a esas alturas? ¿Marcharse? Era tentador en teoría, pero la experiencia le decía que la explicación requerida sería todavía peor. No había vuelta atrás, así que más le valía aceptarlo y concentrar sus esfuerzos en la supervivencia.

Respiró profundamente, se mordió el labio y llamó al timbre.

—Angelique, *mon cher, mon petite*, ¡feliz cumpleaños! —le gritó su madre.

La voz retumbó cuando atrajo a su hija a un abrazo entusiasta, que como siempre le recordó a Angelique por qué «pasaba por eso». Allí tenía a una persona que nunca la decepcionaría. Por supuesto, al cabo de diez minutos estaría subiéndose por las paredes con ganas de escapar, pero de lo contrario no serían familia.

Papá no ha visto tu coche, te estábamos buscando. Pasa, pasa, cumpleañosera. Qué ganas tenía de verte.

—Y yo a ti, mamá.

Entró en el recibidor, preparándose y preguntándose cuánto tiempo pasaría antes de que su madre sacara a relucir a esos hombres que acechaban en el horizonte. El promedio actual era de unos cinco minutos, más o menos el tiempo que tardaba en que hirviera el agua, sirviera unas galletas y sentara a su hija casi obligadamente en el sofá nuevo. Sin embargo, tratándose de una ocasión tan especial, podría establecerse un nuevo récord en cualquier extremo de la escala: el récord mundial de ir al grano, o el de ir más lento si se reservaba para una reflexión más profunda y prolongada.

Su padre salió de la cocina y le dio un abrazo y un beso. La sensación era la misma a los treinta años que a los tres. Reconfortante, seguro, sabor de hogar. Sin embargo, la regla de los diez minutos seguía en pie.

—Hay algo aquí para ti —dijo su madre, provocando que su padre pusiera los ojos en blanco con una sonrisa indulgente pero ligeramente torcida—. Estamos deseando que lo veas.

Su madre exhibía una expresión ligeramente conspirativa al ponerse delante, llevándola con impaciencia hacia la sala de estar. Angelique lo sentía como una emboscada y ella debería saberlo.

Caminó hacia su lugar habitual en el sofá, pero su madre estaba señalando la chimenea, como si fuera un niño pequeño sobreexcitado a punto de mearse encima. Angelique se volvió, lista para que la atacaran por el lado ciego por segunda vez ese día. Al menos en esta ocasión nadie iba a agarrarla por la nariz.

Delante de la chimenea había el más elaborado y hermoso ramo de flores que Angelique podía imaginar fuera del camerino de Graham Norton.

—Han llegado esta tarde —dijo su madre, apenas capaz de contenerse—. Y aquí hay una tarjetita. ¿Vas a abrirla?

La tentación de decir que no era enorme, pero la curiosidad de Angelique casi rivalizaba con la de su madre. ¿Quién demonios le mandaba flores? Si tenía un admirador secreto, desde luego había estado a la altura de ese calificativo, lo bastante secreto para pertenecer al M15. Probablemente sería alguien de la central que le daba las gracias, después de recordar que rescatar a los rehenes era muy importante, aunque el RSGN hubiera perdido casi un millón.

Se inclinó para examinar el sobre, colocado en el centro del ramo. Decía simplemente «Angelique», sin cargo ni apellido. No era ningún agradecimiento, pues, y al leerlo se dio cuenta de lo absurda e implausible que había sido su primera teoría. Sacó el sobre de entre las flores con delicadeza y lo rasgó con la uña para abrirlo. Sacó una tarjeta blanca que parecía estar en

blanco hasta que le dio la vuelta para revelar solo las palabras «feliz cumpleaños», escritas a mano con una letra adornada. Un admirador secreto, lo bastante anónimo para tomarse la molestia.

—¿De quién es? ¿O no vas a decírnoslo? —dijo su madre con exagerada timidez.

—No lo pone —repuso Angelique; apretó la mano para arrugar el sobre y entonces notó que había algo más dentro, más pequeño que la tarjeta pero liso y rígido—. Espera.

—¿Qué?

Angelique aplanó el sobre y buscó dentro, sacando su propia tarjeta de identificación laminada.

—¿Estás de broma? —dijo, guardándose en el bolsillo la identificación antes de que su madre tuviera tiempo de ver qué era.

—¿Qué es? ¿De quién es? ¿Lo sabes?

—Oh, sí, lo sé —dijo Angelique, incapaz de ocultar una sonrisa malévola. Su madre aplaudió, todavía como un perrito nervioso.

—¡Lo sabía! Tienes secretos. ¿Quién es?

—No puedo decirlo —respondió con sinceridad.

—Oh, vamos, cuéntanoslo. ¿Es de alguien del trabajo?

—Eh, sí, la verdad.

—¿Un abogado? Por favor, que no sea otro policía.

—Ninguna de las dos cosas, es... una especie de profesión asociada.

—¿Por qué no me lo cuentas? ¿Lleváis mucho? ¿Habéis salido muchas veces?

—No. Solo una, para ser sincera.

—Pero tuvo que ir bien, ¿eh?

—Mamá, por favor.

—Mírala, Joseph, se pone tímida. Seguro que es guapo. ¿Es rico?

—Acaba de hacer un buen negocio.

—Oh, lo sabía, lo sabía. Ahora has de contarnos más.

—Es muy pronto. Casi no nos conocemos.

—Pero volveréis a veros, ¿no?

Angelique miró otra vez el ramo y asintió.

—Créeme, haré todo lo posible para que así sea.



## II

# PARA MI SIGUIENTE TRUCO NECESITARÉ UN VOLUNTARIO

Ser engañado es tan agradable como  
engañar.

EDWIN SACHS,  
*Sleight of Hand: A Practical Manual  
of Legerdemain*

## EL EMBAJADOR AMERICANO

De puta madre.

Otra puta ciudad, otro puto hotel, pero joder, gracias a dios, otra mamada de puta madre.

¿No era la cura para todo? ¿Jet-lag? ¿Resaca? ¿Dolor en los riñones? ¿Estrés? Lo que fuera, una mamada podía arreglarlo todo. Era la única cosa que con sinceridad funcionaba, garantizado, de verdad, y probablemente por eso no había sido patentada, procesada y empaquetada por Astra-Zeneca o SmithKline Beecham. Las compañías farmacéuticas no estaban interesadas en curas, porque eso no daba dinero. Si te curas y te largas, te vas a hacer otra cosa, a dar dinero a otro. Solo estaban interesadas en mierdas que te hacían sentir un poquito mejor, para que siguieras volviendo a por más. Por eso no había anuncios de televisión ni estrellas que hicieran campaña por las mamadas. «Soy Don Simpson, llama al 900-telachupo» o «hola, soy Hugh Grant; cuando me siento depre, busco...». En serio, ¿quién iba a querer Demerol después de ver eso?

Por supuesto, uno de los elementos de mayor estrés en tu vida puede ser preguntarte dónde te van a hacer la próxima mamada, y eso no es ningún puto chiste. Antes de que este regalito de los dioses se le arrodillara delante, hacía menos de una hora, había sido un mal viaje.

Glasgow, por el amor de Dios. ¿Quién coño sabe dónde está un sitio así? Seis meses antes ni siquiera sabía que existía, y hasta el sábado por la noche nunca había pensado que aprendería algo más que su nombre. Pero eso fue antes de que Innez fastidiara a los escoceses. Estos llamaron a Alejandro, Alejandro sorprendió a todos y llamó a Miguel, y Miguel le dijo a Harry que se subiera a un puto avión y enderezara las cosas. ¿Qué había que enderezar? Él no lo veía. Nada afectaba la cuestión principal, ni siquiera Innez los jodería con eso. Pero las plumas estaban alborotadas; los egos, magullados, y de repente todo el mundo estaba más nervioso.

—Necesitamos un enviado especial —había dicho Miguel.

—Ya tenemos a Rico y Gómez para el intercambio. ¿Por qué no les alargamos el viaje? —protestó Harry.

—Rico y Gómez solo son dos camellos, y afrontémoslo, eso es lo que parecen. Innez ha hecho que los escoceses piensen que los vamos a joder o que no los tomamos en serio. No podemos enviar a esos dos figuras. Hemos de enviar a alguien de peso, calmarlos, mostrarles un poco de respeto.

—¿Así que yo también he de ir allí y besarle el culo?

—No, justo lo contrario. Has de ir allí para demostrarle que vamos en serio. Has de enseñarle que no nos comemos la mierda de nadie.

—No puedo darle una palmada en el culo a Innez por ser un chico malo, Mickey. Y menos porque lo pida un mierdecilla de tercera. Innez sabe que solo hay una amenaza real mientras necesitamos que consiga lo que queremos.

—Eso lo sabemos nosotros, Harry. Así que tu trabajo es contarles que si no nos hemos preocupado por Innez, ellos tampoco deberían hacerlo.

—¿No podemos hacer eso con un puto teléfono? Enviar a alguien de la noche a la mañana hace que parezca que estamos preocupados.

—Hay una diferencia entre no parecer preocupado y dar la impresión de que te la pela. Tu trabajo también pasa por demostrar que nos importa que Innez los haya cabreado, además de darnos algo de control sobre el terreno. Has de ser nuestro embajador, Harry.

—Sí, suena como un puto honor.

—Lo es. ¿Nunca has querido ir a Europa?

—¿Escocia está en Europa?

—Claro. ¿Dónde coño crees que está?

—No sé. Supongo que nunca lo había pensado antes.

—Será mejor que empieces a pensarlo ahora. Vuelas desde LAX esta tarde a las seis y media.

—Putra madre.

Mickey lo había hecho sonar como si tuviera que hacer cola por un trabajo así, solo porque era en el extranjero. Europa, sí, claro. De cine. ¿Mickey creía que Colón zarpó porque le encantaba la puta Europa? Joder, no. Era el primer mundo, y tenía que ser mejor que el tercero, pero si ya tenías el Nuevo Mundo, ¿para qué coño querías el viejo? ¿Y Escocia? ¿Qué cojones había en Escocia? ¿Tíos con faldas? Si quería ver eso podía ir a West Hollywood o a San Francisco, joder, ¿tenían tele en un país así?

Pero allí estaba. Hacía un momento estaba haciendo planes para ir a pasar unos días a Las Vegas, tal vez apostar en los *play offs*, y al siguiente apenas había tenido tiempo de hacer las maletas antes de coger el vuelo del sábado por la noche, con conexión en Londres, para registrarse en el Glasgow Hilton

el domingo a la hora de cenar. Bueno, a la hora de cenar local. No tenía ni idea de qué puta hora era en la civilización y su cuerpo todavía se regía por el horario de Los Ángeles. Como resultado, tenía hambre a todas horas pero sentía náuseas en cuanto comía algo; se encontraba agotado, pero completamente despierto en cuanto cerraba los ojos.

Por suerte, el hotel era un Hilton como los demás: la misma mierda que todos los otros Hilton en los que había estado, reconfortante cuando se sentía desorientado y lejos de casa. Resultaba que también tenía tele, aunque no servía para una mierda. Se estaban jugando los *play offs*, los putos *play offs*, y no los echaban en ningún canal. Clic: fútbol. Clic: fútbol. Nada más que puto fútbol europeo. Fue una decepción, aunque no una sorpresa. Por lo que a Harry respectaba, solo demostraba su teoría de que cuanto más te alejabas de la civilización menos deporte americano había en la puta tele. Si el departamento de inmigración quería localizar a los ilegales del este de Los Ángeles, solo tenía que mirar por la ventana y los espaldas mojadas serían los que estaban viendo fútbol. Si querías mezclarte bien en tu nuevo país de acogida, veías fútbol americano o béisbol o baloncesto o jockey. La única manera de integrarte viendo fútbol europeo es que seas una niña blanca de clase media de La Jolla. Fuera de los barrios residenciales, el fútbol denotaba una falta de auténtica integración, y cuanto más te alejabas de Estados Unidos más se intensificaba el problema. Joder, al menos en México había algo de lucha, pero parecía lógico que si volvías a Europa, a la puta fuente, no ibas a encontrar ningún rastro de deporte americano. Ni con trucos de magia podrás ver un puto partido de los *play offs* por muy aburrido que estés. Da igual que te sientas solo y no puedas pegar ojo.

Por lo tanto, a las tres horas de haber llegado a ese entorno extraño, había decidido que necesitaba el consuelo de una mamada como nunca antes. Si bien se sentía un poco aliviado por las familiaridades reconfortantes que ofrecía el hotel, las mamadas no estaban en el menú del servicio de habitaciones, así que el Hilton no iba a poder satisfacer todas las necesidades de su viaje.

La mala noticia era que tampoco iban a poder satisfacerlas las proveedoras locales que encontró durante una breve salida nocturna en coche. Unas pocas preguntas discretas lo llevaron a la zona de Blythswood, a solo unas manzanas de distancia, pero cuando frenó para echar un vistazo a lo que había en oferta, comprendió de repente que había una diferencia más que semántica entre decir que estabas desesperado por una mamada y estar desesperado por una mamada, joder, qué imagen patética. Puta yonqui tras

puta yonqui. Era imposible que dejaran entrar a ninguna de esas al hotel, y mucho menos iba a dejar que ninguna se acercara a su polla. Se había marchado de Los Ángeles con tanta prisa que no había tenido tiempo de averiguar qué inyecciones tenía que ponerse para visitar Escocia, pero estaba seguro de que no había vacuna contra lo que esas zorras podrían pegarle. Qué asco.

Así que decidió ir al bar del hotel. Como el sueño estaba mostrándose esquivo, debería intentar anesthesiarse. La cuestión es que seguía sin poder dormir, pero el anestésico local era de puta madre. Descubrió que el *scotch* se fabricaba en Escocia. Joder, ¿te lo puedes creer? ¿Quién sabía eso? Harry pensaba que el término se refería a una de las dos clases de *whisky*, y si alguien le hubiera preguntado dónde se fabricaba habría dicho que el *bourbon* era del sur y el *scotch* del norte de la línea Mason-Dixon. ¡Hay que ver! Viajar abre la mente, aunque también se te come las neuronas. Y desde luego amplía el paladar: había decenas de distintos maltas, como los llamaban, y se encontró haciendo un *tour* virtual por las Tierras Altas y las islas gracias a Viajes Agua de la Vida. El camarero estaba más que contento de hablarle de la historia de cada chupito que le servía, y Harry estaba encantado de escuchar, al menos porque así el tío dejaba de hablar de que Escocia había inventado todas las cosas de utilidad que había en el puto planeta.

Harry se despertó a las dos de la tarde, sintiéndose mejor de lo que tenía derecho a sentirse teniendo en cuenta la cantidad de *whisky* que había ingerido. Probablemente solo era el alivio de haber dormido algo, después de alcanzar esa fase del *jet-lag* en la que sientes que has perdido esa capacidad básica. Eso no significaba que se sintiera bien, claro, simplemente no se sentía tan mal como el día anterior a la misma hora, o quizá igual de mal pero por razones diferentes. Al menos con una resaca sabes a qué atenerte; sabes cómo tratar con ella y cómo ella te va a tratar a ti.

Se dio una ducha y llamó a Hannigan para ofrecerle comer en el hotel. Pero este no estaba por la labor e insistió en invitar a Harry a algún restaurante caro donde lo conocían bien.

—Estás en mi ciudad —dijo—. Deja que te muestre la hospitalidad de Glasgow.

Fue un detalle. Nada beligerante, nada malhumorado o impaciente. Mostraba respeto. Y de forma sutil. Nada de aprovecharse de jugar en casa como si hubiera insistido en que Harry fuera a una oficina llena de imbéciles perdedores mostrando músculos. Solo los dos en lo que era el almuerzo para Hannigan y el desayuno para Harry. El tipo hasta tuvo la delicadeza de

esperar hasta que terminó la comida antes de sacar a colación los negocios. Eran detalles como esos los que marcaban a un jefe de verdad, cosas de las que Alejandro no tenía ni puta idea. La paciencia, por ejemplo, no era una señal de que te dejabas joder: se traducían en el convencimiento de que en su momento obtendrías lo que querías, porque estabas acostumbrado a que fuese así. Mostrar deferencia a un invitado ejemplificaba que reconocías los criterios del respeto a alguien. ¿Cómo podías obtener auténtico respeto si dabas la impresión de que ni siquiera sabías lo que era?

Pero la mayor prueba de que el tipo conocía el terreno que pisaba era que no dejaba que los árboles le impidieran ver el bosque; en concreto, que no había que ponerse demasiado nerviosos por el hecho de que Innez los hubiera dejado en evidencia, sobre todo cuando había una operación de semejantes proporciones por concluir. Tenía que quitarse el sombrero con Miguel: aunque el viaje a Escocia no era estrictamente necesario para que Hannigan comprendiera esto, pues lo comprendía bien, el hecho de que Harry hubiese ido hasta allí enviaba los mensajes adecuados.

—Aprecio que haya hecho este viaje, señor Arthur, sobre todo avisando con tan poca antelación.

Hannigan había hablado con educación durante la comida, pero de todos modos Harry se daba cuenta de que la pronunciación cuidadosa era una cortesía hacia él. Lo apreciaba, pero no era necesario. Desde luego, el acento local era inusual, pero en California se oía a tipos hablando de manera diferente si pasabas la frontera del condado. Gracias a que había viajado mucho por su trabajo, Harry había descubierto que se puede entender casi cualquier dialecto del inglés si miras al que habla a la cara y escuchas lo que cojones te esté diciendo. Puedes perderte algún que otro matiz, pero casi nunca te pierdes los titulares, sobre todo en su campo de trabajo, donde la sutileza en la comunicación está en vías de extinción.

—Por favor, llámeme Harry.

—Claro. No pretendía que enviaran a alguien de inmediato, ¿eh? No es que haya cundido el pánico aquí, solo estamos... preocupados, y pensábamos que queríais saberlo.

—Se lo agradecemos, señor Hannigan.

—Bud.

—¿Eh?

—Puedes llamarme Bud.

—Ah, sí. Claro. Lo siento, es que suena un poco informal en el lugar de donde vengo. Como *colega*.

—Mientras estemos haciendo negocios, soy tu colega. Pero es como me llama la gente.

—Bud. Vale. Así, ¿cuánto os ha mangado, Bud?

Hannigan suspiró y dio un sorbo al café. No le gustó particularmente la pregunta, que desde luego Harry podría haber expresado mejor si su cerebro no llevara tanto retraso horario.

—La cantidad en sí no es relevante, y seamos sinceros: no es mi dinero. Desde luego no es significativa en comparación con el negocio que nos llevamos entre manos.

—He oído que más de ochocientas mil libras. ¿Cuál era tu parte?

—El veinte por ciento.

—No es precisamente chatarra, pero sí, palidece en comparación con el gran golpe. Además, como dices, es el veinte por ciento de algo que nunca fue tuyo. Pero aun así ha de escocer.

—Un poco, sí. Es difícil pasar por alto la bofetada implícita en todo el asunto, que tiene una relevancia trascendental por nuestra relación con el señor Innez, ¿no te parece? Un hombre en mi posición, un hombre con mis responsabilidades, sería negligente en extremo si no interpretara esto como una advertencia muy clara de lo que este hombre es capaz de hacer.

—Innez no va a largarse bailando con el premio esta vez. No tiene forma de moverlo, así que es inútil para él.

—¿Y qué consuelo será ese si nos quedamos con las manos vacías después de que nos la vuelva a jugar?

—No nos joderá con esto. Entregarlo es la única forma de sacarse de encima a Alejandro, y créeme, eso es lo que Innez más quiere.

—Sí, tuve la impresión de que está trabajando con alguna coacción. No estoy seguro de sentirme muy cómodo con eso. Quien no tiene un interés en el resultado final no es un empleado valioso, según mi experiencia.

Harry asintió.

—Entre tú, yo y estos azucarillos, yo tampoco estoy del todo cómodo con eso, pero es lo que hay.

—Entonces ¿es posible que Innez intente complicar las cosas?

—¿Innez? Juégate lo que quieras a que estará buscando una oportunidad. Pero mientras lo tengamos pillado, no lo hará. No tiene parte en los beneficios, pero sí interés en el éxito de la operación, y eso es lo que cuenta.

—¿Confías en él, pues?

—Joder, no. Pero creo que podemos confiar en que hará lo que le digan.

—Hum. Hará lo que le digan. Eso es lo que dijo Alejandro. Me perdonarás si la pequeña pantomima del sábado me pone un poco escéptico.

—No, estoy diciendo que hará lo que le digan con esto.

—Alejandro me dio la impresión de que tenía a Innez bajo control.

Harry consiguió no echarse a reír, pero fue incapaz de contener una sonrisa.

Supongo que no te hacía falta lo que ocurrió el sábado para pensar lo contrario —observó Hannigan.

—Alejandro está... acostumbrado a tener a la gente controlada —dijo Harry, tratando de no burlarse del chico delante de un tipo con el que estaban haciendo negocios—. Sabe que en última instancia tiene a Innez cogido por las pelotas, pero quizá no ha previsto todas las variables de una situación en la que...

—Dijo que tenía a Innez atado en corto. Esas fueron sus palabras exactas.

Oh, joder. El tipo tampoco estaba mintiendo. Puto Alejandro. Puto capullo.

Dijo que sería obediente y cooperador, y que estaría bajo mi mando hasta que demos el gran golpe.

Esta vez le tocó suspirar a Harry. No tenía sentido engañar más al tipo; Alejandro ya lo había hecho bastante.

—Seré franco contigo, Bud, solo entre tú y yo. Alejandro no conoce a Innez, ¿vale? Yo sí, más que nadie fuera de esa *troupe* suya, aunque debo reconocer que no es mucho. Alejandro tiene a Innez cogido por los huevos ahora mismo, y sí, le entregará el botín. No me cabe duda. Pero eso no significa que tenga que hacerlo con una puta sonrisa en la cara y envolver la mercancía con un lazo de seda. Si quieres mi opinión, creo que el atraco del banco fue para Innez una forma de marcar su territorio, de sacar un poco de orgullo. Era su manera de decir que, aunque está aquí para hacer lo que queremos, eso no significa que seamos sus dueños, no significa que Alejandro pueda alquilarlo como un puto cortacésped.

—¿Crees que atracó un banco solo para demostrar algo?

—Bueno, supongo que las ochocientas mil libras son el motivo principal, pero conociendo a Innez, sí, también pretendía demostrar algo.

—Y ahora que lo ha demostrado, ¿cuáles son las probabilidades de que vea mi veinte por ciento?

—Cero. Nada, joderte era su forma de recordarnos que no podemos hacerle daño mientras necesitamos que haga el trabajo. Puedes perseguirlo por eso después, pero no creo que vuelvas a ver a ese tipo, y menos el dinero.



Se esforzará tanto en planear su desaparición como en el robo. Pero puedes intentarlo.

—No después de lo del sábado.

—Me lo suponía.

—¿Quién es? ¿Cuál es su historia?

Harry levantó las manos como para decirle que mejor no meterse por ese camino, aunque él mismo no estaba seguro de si era un consejo o una súplica.

—No sé mucho y nada de lo que pudiera contarte haría que te sintieras más cómodo. Digamos que me sentiré aliviado cuando esto termine, y si Innez quiere desaparecer después, supongo que doscientos mil no es un precio caro para asegurarte de que no vuelve.

—Estoy de acuerdo. ¿Sabes dónde está ahora?

—Puedo contactar con él, sí. Ha de estar localizable como parte del trato. Lo veré muy pronto. ¿Quieres que le mande saludos?

—Sí, claro —dijo Hannigan, devolviendo la sonrisa de Harry.

Hannigan se quedó la cuenta y acompañó a Harry a su coche. Este examinó el paisaje en busca del vehículo de Hannigan. Había un Mercedes al otro lado de la calle con un tipo de traje al volante, esperando una señal.

—Cualquier cosa que pueda hacer por ti mientras estés en la ciudad, solo has de pedirla —dijo Hannigan cuando Harry se subió a su coche de alquiler—. En serio. Me ofendería si no lo hicieras. Comida, bebidas, teatro, entradas para un partido.

—Ahora mismo todavía me estoy recuperando del vuelo, pero te lo haré saber. Te lo agradezco.

Harry cerró la puerta y estaba a punto de arrancar cuando lo recordó. Bajó la ventanilla e hizo que Hannigan se volviera otra vez.

—Oye, ¿no sabrás dónde conseguir una mamada decente?

Hannigan no dijo nada y reaccionó como si Harry acabara de hacer un puto chiste. De hecho, se alejó del coche, riendo y haciendo un gesto de «anda, lárgate» con la mano izquierda, dejando a Harry solo y contemplando sus austeras opciones para la tarde. Eso más o menos equivalía a ver un partido de fútbol por la tele, emborracharse al son de Invenciones y Éxitos Escoceses Volumen II, o abandonar su dignidad y bienestar venéreo a cambio de los servicios de una puta zombi. El problema era que las dos primeras opciones tenían un enorme potencial de precipitar la tercera por pura desesperación o una gran desinhibición, respectivamente. Al final el resultado sería el mismo. La humillación de dejar que una puta yonqui zombi se acercara a su polla parecería menos grave después de una docena de chupitos

de Cien Loquesea, del mismo modo que un herpes genital empezaría a parecer un riesgo aceptable después de dos horas de puta televisión escocesa.

Pero habría alabado las putas gaitas si ese pequeño bombón de metro y medio no hubiese aparecido en la puerta de su dormitorio con minifalda de cuadros, mascando chicle detrás de una sonrisa exquisitamente aburrida.

—Hola, me llamo Morag —dijo, mirándolo de arriba abajo pero escondiendo los resultados de su valoración con profesionalidad—. El señor Hannigan me ha dicho que apreciarías un poco de genuina hospitalidad escocesa.

—Hoy no, gracias.

—Sí, claro.

—Pasa, Morag. Eres como un espejismo para ojos con *jet-lag*, créeme.

—¿Es *jet-lag*? Sé de qué va.

—Ah, sí.

## FÁBULAS DE LA RECONSTRUCCIÓN

No habían pasado ni dos horas de su turno del lunes por la mañana y Angeliqye ya estaba empezando a preguntarse si se había quedado dormida sin darse cuenta durante cuarenta y ocho horas y estaba tratando de ponerse al día con la semana. Las investigaciones podían progresar con rapidez en la Policía de Glasgow, pero por lo general los avances se producían a un ritmo geológico, de manera que le estaba costando digerir las novedades desde que se marchó el domingo por la tarde.

En un alarde de generosidad, le habían permitido tomarse el día libre después de que presentara su informe, aunque no había quedado nada claro si eso se hacía en reconocimiento a su actuación el día anterior o era una forma barata de devolverle el día festivo que le habían robado de manera tan abrupta. En todo caso, estaba contenta de irse pronto por una vez, aunque solo fuera para pasar la tarde sola en su piso, «bebiendo merlot de supermercado y escuchando esa basura deprimente de Mogwai», como bien había predicho su hermano James en la cena del sábado por la noche.

Cuando se marchó, McMaster estaba sufriendo una rabieta mientras sus subordinados del Departamento de Investigación Criminal preparaban el centro de coordinación. Angeliqye se había dado el lujo de divertirse con eso, suponiendo que la conexión de Servicios Especiales con el caso había empezado y terminado con su breve incursión en la misión de rescate.

Al llegar el lunes por la mañana, tuvo la impresión de que unos decoradores habían estado trabajando toda la noche. Al pasar hacia la escalera, vio que en el centro de coordinación de McMaster no quedaba ni una chincheta, mientras que en el pasillo, un poco más adelante, estaban levantando y cargando cosas. Cuando llegó a su escritorio, se encontró con un mensaje en el que se le solicitaba que tuviera la cortesía de bajar un momento para hablar con el detective comisario Shaw. Bajar no solo le reveló el alcance del revuelo, sino que por fortuna también le confirmó que «bajar un momento» no implicaba un vuelo a Londres, donde Jock Shaw llevaba tres años trabajando.

Pollyanna Bailey la puso sobre aviso cuando se la encontró mirando el bullicio, que con un entusiasmo poco habitual, rodeaba la reunión de un grupo

de investigación nuevo y de mayores proporciones. En resumen, habían prescindido de McMaster, o dicho de otra forma, este se había «tomado unas vacaciones debido al estrés», aunque corría el rumor de que su abrigo se había presentado en comisaría por su cuenta. Según la información recibida, como los atracadores ya se habían burlado de él a conciencia, los jefes no iban a apoyarlo para que lo solucionara en la segunda parte. Así pues, Jock Shaw, que había sido jugador estrella y que desde entonces había pasado a cosas mayores, iba a entrar en el campo para tratar de decantar la balanza.

Angelique nunca había trabajado con Shaw, pero desde luego había oído hablar mucho de él en los años transcurridos desde que se fue a Londres. La imagen que le habían transmitido era tan espléndida como solo puede serlo la de alguien que no está presente para atemperar la exageración. Era de la vieja escuela, había oído que señalaban los chicos con reverencia embarazosamente infantil. Ella suponía que se referían a que era un matón con placa, con un respeto por la ley solo un pelín superior al de los delincuentes que detenía y con un robusto sentido de autojustificación que se expresaba mediante tópicos sobre el trabajo sucio o expresiones como «no se puede hacer una tortilla sin romper huevos». De hecho, como Angelique comprendió al cabo de solo unos minutos de conocerlo, la gente estaba hablando de un megapolicía de «los que ya no quedan» y no de lo que en realidad era: un astuto pero pragmático pesca-ladrones que nunca habría llegado al lugar que ocupaba si una fracción de los mitos sobre él fueran ciertos.

Shaw estaba dirigiendo la colocación de una serie de fotografías ampliadas del interior del banco en las paredes del centro de coordinación cuando Angelique se presentó educadamente. Shaw se volvió, la saludó con una inquietante sonrisa de complicidad y la hizo pasar hacia su oficina temporal.

—Leí el informe sobre Dubh Ardrain —dijo, llevándola por el pasillo—. Puras gilipolleces que trataban de enmascarar el hecho de que les salvaste el cuello. Lo escribieron para que pareciera que todo lo criticable lo hiciste por tu cuenta, y no porque no tenían ni idea de lo qué pasaba. Burócratas todos. Tú eres la que les salvó el puesto, detective, no lo olvides.

Iba a costar que le cayera mal después de eso.

En otra muestra de «cortesía», Shaw le pidió educadamente la opinión a Angelique, aunque ya había obtenido de sus superiores el visto bueno para que fuera asignada a la operación de manera informal. En otros tiempos habría tenido una pataleta por el hecho de que la apartaran de su propio caso, pero en ese momento simplemente no podían joderla. Quizá todo ese merlot y

Mogwai le habían inducido una languidez existencial, o tal vez no veía mucha diferencia en que la jodiera el Departamento de Investigación Criminal o Servicios Especiales.

—Estuviste allí, hablaste con el tipo —explicó Shaw—. Eso no significa que puedas localizarlo en una multitud, desde luego, pero supongo que al menos podrás advertirnos si vamos desencaminados. Solo quiero que estés en las reuniones y dejes que te dé voz cuando lo necesite. ¿Te parece bien?

—Claro.

Había peores formas de pasar un lunes por la mañana y era instructivo ver los procedimientos desde la cómoda perspectiva de una vinculación informal, sobre todo cuando eso le permitía ver desde primera fila cómo trabajaba Shaw.

Angelique no sabía si las estadísticas realmente lo respaldaban, pero era una perogrullada valiosa decir que la mayoría de los asesinatos se resolvían en veinticuatro horas. A partir de ahí, las posibilidades de solución caían de forma exponencial y el séptimo día marcaba el punto más bajo. Esto normalmente se explicaba a los medios diciendo que se debía a que la pista se había enfriado, la cadena de pruebas se había roto o alguna otra chorrada melodramática. En la práctica, la razón para la disminución de la tasa de éxito era simplemente que la mayoría de casos de asesinato eran obvios hasta lo ridículo, y si no se había llevado a cabo una detención en veinticuatro horas era porque el caso no resultaba tan evidente como marido/novio acuchilla a esposa/novia o borracho/escoria apalea a otro borracho/escoria después de tres días de borrachera. Cuando encuentras un cadáver estrangulado en la cocina, no hace falta que vayas a buscar al profesor Plum o al coronel Mostaza si en la cocina también hay dos jeringuillas usadas, media docena de velitas, veintitantos trozos arrugados de papel de aluminio y un incoherente pero llorosamente contrito yonqui.

Con un atraco, las posibilidades de éxito de la investigación seguían una curva similar, pero Shaw, aunque inclinado a la franqueza con Angelique, no iba a reconocerlo delante de las tropas. Era fácil ver por qué se había ganado tanta popularidad y provocaba tanto entusiasmo. Trabajaba con energía en la sala, en parte como un *showman* en el escenario y en parte como un entrenador en el vestuario, logrando contribuciones de todas las voces de la reunión. Algunas eran significativas; otras, banales, pero lo importante era que todos se sentían implicados.

En esta fase, la excitante sensación de impulso siempre aumentaba cuando se recopilaba la información disponible, dando la impresión de que las piezas

del *puzzle* ya empezaban a encajar. Pero sentada en el exterior por una vez, Angélique se daba cuenta de que solo estaban recapitulando o confirmando lo que ya se sabía y, como podría decir cualquier niño, las primeras piezas de un *puzzle* que se encajaban eran las de los bordes, que casi nunca daban ninguna pista de lo que había en el centro de la imagen. El talento de Shaw estaba en hacer que sus subordinados creyeran que lo descubrirían de todos modos.

—Muy bien. Como todos sabéis, no hace mucho que he llegado y por lo tanto no he tenido tiempo de examinar cuarenta y tantas declaraciones de testigos, por más que estoy seguro de que son fascinantes. Así que voy a destacar lo que creo que sé hasta ahora y quiero que vosotros lo completéis.

»Aproximadamente a las 11.45 del sábado por la mañana, cinco hombres vestidos con monos y máscaras de payaso bajaron de una furgoneta y la abandonaron en un callejón de South Hanover Street. ¿Qué sabemos de la furgoneta?

—Un cacharro oxidado robado hace dos semanas de un solar de construcción en Maryhill, señor —dijo una voz—. El propietario está muy decepcionado de que la hayan encontrado, por que habría sacado más cobrando del seguro que intentando venderla o hasta desguazarla. Todas las huellas exteriores e interiores coinciden con las del propietario o empleados, lo cual encaja con los relatos de que los atracadores llevaban guantes de látex.

—Así que robaron un cacharro con ruedas que nadie iba a vigilar o a buscar después. Daba igual que no fuera un vehículo de fuga fiable porque solo necesitaban que los llevara allí. Después de eso, pasearon como si tal cosa por Royal Exchange Square, atrayendo mucha atención pero ninguna sospecha porque, bueno, las cosas como son, un sábado por la mañana, a plena luz del día, si pretendes hacer algo chungo no te vistes como Ronald McDonald. Para completar esto y de paso aumentar su visibilidad, hacen el pequeño trayecto hasta Buchanan Street bailando al son de la música de un equipo portátil y proceden a actuar para la gente que... ¿Qué pasa? —preguntó Shaw en respuesta a una mano levantada.

—Es respecto a los disfraces, señor. No era Ronald McDonald. Interrogamos a un músico callejero y por si sirve de algo dijo que se suponía que todos iban como alguien llamado Zal Clermiston. Fue muy taxativo en ese punto, dijo que no solo las máscaras sino también el patrón de color de los monos coincidían. Clermiston era...

Un barrio de Edimburgo —le interrumpió Shaw—. Zal Cleminson era, si puedo recordar los setenta a pesar de la neblina, el guitarrista de la Sensational Alex Harvey Band, muerto ya. En una ocasión lo describieron

como un híbrido entre Jimmy Page y Marcel Marceau. Era inconfundible en su tiempo y uno de estos tipos debió de pensar que al menos alguien lo reconocería.

—Lo siento, señor. Cleminson. El músico también dijo que habían puesto una canción de Alex Harvey en el equipo de música al entrar en el banco.

—¿Cuál?

El agente consultó sus notas.

—«Faith healer».

—Muy dramática. Vaya, hace mucho que no he estado en Tam Sepherd's, pero no creo que se puedan comprar cinco máscaras de látex de Zal Cleminson sin encargarlas. Que alguien averigüe de dónde salieron y, si se hicieron por encargo, quién las encargó.

—Sí, señor.

—La cuestión es que, todavía bailando, entran en el banco, donde todos, incluido el personal, piensan que es un número hasta que sacan las armas y empiezan a dar órdenes. Hablan con acento norteamericano de autenticidad dudosa. Diría que sería un intento de sacarnos de la pista y disimular el hecho de que son de aquí, si no fuera por el hecho de que nadie de por aquí ha dado nunca la impresión de poder hacer algo parecido. O ya lo habrían hecho antes. Ahora también sabemos que decidieron vestirse como un guitarrista de *rock* de Glasgow de los años setenta, pero no puedo perder mucho tiempo con el significado de eso.

Otra mano levantada.

—Una anomalía similar, señor: varios testigos informaron de que el cabecilla, Jarry, comenzó el atraco con las palabras *alakazammi, stairheid rammy*. Dos testigos y de hecho unos cuantos agentes han señalado que la frase les suena, pero que no pueden recordar de dónde.

Shaw asintió reflexivamente.

—A mí también me suena. Parece una expresión mágica. Abracadabra, ábrete Sésamo, esa clase de cosas. Otra broma de listillo tal vez, que sabemos que a estos tipos les gustan, y muy posiblemente otra maniobra de distracción. Les divertiría saber que estamos pensando en eso.

Shaw dio unos pasos hacia una de las imágenes ampliadas del interior.

—Hasta el momento hay mucho espectáculo y distracción, pero no importa lo bueno que sea tu elemento sorpresa, sigues sin poder impedir que alguien pulse el botón de pánico y bloquee la caja. En ese punto, pueden sacar dos mil en billetes de detrás del mostrador y luego con suerte volver a mezclarse con una multitud que ya piensa que son inofensivos. No, aquí es

donde empiezan a distinguirse. Van a por el premio gordo y están preparados para quedarse un buen rato, así que han de atrincherarse. Toman rehenes, pero no a todos los que estaban allí en ese momento. Dejan salir a los muy jóvenes, los muy viejos, la embarazada y el enfermo, eliminando cargas y posibles complicaciones, como un ataque al corazón o que una mujer se ponga de parto. También les va bien de cara al resto de rehenes porque sugiere que no están retenidos por psicópatas sin compasión. De hecho, en general son educados, calmados y hasta respetuosos, con una excepción de la que nos ocuparemos enseguida.

»Tras dejar que varias personas salgan por la puerta principal y con la activación de las alarmas silenciosas, saben que la caballería llegará pronto, así que lo siguiente que han de hacer es bloquear la visión del banco. Eso significa que no podemos ver lo que está ocurriendo y desde luego no podemos empezar a disparar al azar cuando llegue la URA. Llevando esto a una escala superior, efectivamente eliminan a nuestros hombres de la URA usando medios no letales y sin causar daños permanentes. Es un mensaje que nos dice que no quieren que nadie reciba un tiro y que todo el mundo debería calmarse.

Shaw paseó entonces hacia la otra foto, que mostraba la galería improvisada que se había exhibido en las puertas y ventanas del banco.

—Entretanto, dentro, su control de la gente es... ostensiblemente mental pero soberbio en la práctica. Pintan cuadros, invitan al público a participar e incluso representan una obra. Todas las cosas aparentemente descabelladas que hicieron las hicieron por una buena razón. En este caso, reducir la tensión y con ello el riesgo de alguna maniobra desesperada por parte de los rehenes, que dejan de preocuparse por la posibilidad de que les vuelen la cabeza y en cambio se concentran en preguntarse cuánto tiempo van a estar allí atrapados. Pero esto en sí mismo forma parte del ardid. Consiguen que el director de guardia les entregue la contraseña y cuentan a todos cuál es su plan: piratear el sistema informático para abrir la caja. Como tardarán un poco, más vale que todo el mundo se ponga cómodo. Todo el tiempo, no obstante, saben que se irán a las cinco. ¿Por qué, agente Ford?

Ford sonrió con timidez, feliz de que su obsesión por la técnica le valiera un raro momento en el centro de atención, pero como buen *geek* no podía sentirse del todo cómodo dirigiéndose a un grupo de más de tres personas fuera de un chat.

—Porque en realidad habían pirateado el sistema informático veinticuatro horas antes, señor, y de hecho podrían haber tenido privilegios de acceso



remoto desde días o incluso semanas antes.

Hubo muchos suspiros y mucho negar con la cabeza con ironía en la sala de incidentes.

—Tenían control absoluto de la intranet local y cerraron todas las conexiones exteriores durante unos minutos antes de que comenzara el atraco —continuó Ford—. Una empleada dice que recuerda que su navegador de Internet se colgó justo antes de que los cinco hombres entraran en el banco.

—¿Así que tenían un sexto hombre fuera?

—Posiblemente, pero la subrutina podría haberse enviado sin problemas con un temporizador. No obstante, el propósito principal era que nadie en la oficina central del banco pudiera acceder a su sistema una vez que supieran que los estaban atacando.

—Para eludir el sistema de doble código de seguridad.

—No, señor. No tenían que eludir el sistema de doble código porque todas las subrutinas de seguridad estaban inhabilitadas de todos modos. La llamada automática a la policía se produjo de todos modos, pero la orden de cierre de la cámara acorazada no. A cualquier empleado que estuviera mirando el monitor le habría parecido que el sistema estaba reaccionando como debería, pero de hecho el ordenador no tenía ni idea de que se había pulsado el botón de pánico. Las conexiones exteriores estaban anuladas de manera que la central no podía intentar recuperar el control de su propio sistema. Entretanto, los atracadores tenían el poder de abrir la caja en el momento que eligieran.

En cualquier momento que eligieran —repitió Shaw, otra vez dirigiéndose a toda la sala—. Y sin embargo decidieron demorarlo, dando a todo el mundo, incluida nuestra detective De Xavia, la impresión de que la pelota estaba en el tejado. Esto es porque nadie esperaba que salieran corriendo hasta que tuvieran lo que habían venido a buscar, a menos que se produjera alguna adversidad. Y esta se da en forma de amenaza de bomba que hace que todos, incluidos los polis, huyan del edificio mientras ellos escapan. Entonces, para cuando el humo literalmente se ha despejado y comprendemos lo que ha ocurrido, no solo están en el metro, sino que no podemos acercarnos allí porque está repleto de Teddy Bears que vuelven de Ibrox.

»Se largan con alrededor de ochocientas mil en efectivo y nos dejan a todos con un palmo de narices. No hay huellas, no hay descripciones físicas (salvo por el hecho evidente de que uno era un enano), solo un chiste final en forma de lona que contenía cinco metrallitas falsas para que los polis supiéramos cómo nos habían tomado el pelo.

Shaw hizo una pausa para dejar que sintieran el escozor de esta bofetada a su orgullo colectivo, como Alex Ferguson recurriendo a esa animadversión de mentalidad de asedio para lograr motivación. Eso debería haber redoblado la determinación de Angelique, pero algo la mantenía en un estado de ambivalencia; tal vez su estatus de participante informal.

—Bueno —continuó Shaw—, ¿quiénes eran? ¿Qué sabemos de ellos? Los nombres que usaron, ¿cuáles eran?

—Jarry, Athena, Chagall, Dalí e Ionesco, señor.

Supongo que esos nombres no están registrados en ninguna base de datos de alias conocidos (estos tipos son demasiado listos para eso), pero tampoco son el señor Azul, el señor Rosa y el señor Marrón, de modo que ¿cuál es el resultado?

—Son surrealistas y absurdistas, señor —precisó Pollyanna Bailey con la contribución menos esperada de la mañana.

—¿Eh?

Dalí y Chagall eran pintores surrealistas. Jarry y Ionesco eran dramaturgos del teatro del absurdo. Creo que dos de los atracadores representaron *Esperando a Godot* de Samuel Beckett, que también puede clasificarse de teatro del absurdo, aunque, que yo sepa, tiene más de dos personajes.

—Usaron marionetas —le informó alguien—. Bueno, no exactamente marionetas pero según los rehenes hacían que sus manos hablaran.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Shaw a Bailey con una expresión de desagrado que rozaba la desaprobación directa.

—Internet, señor. El agente con todas las respuestas.

Shaw pareció aliviado después de pensar por un momento que desde que él se había largado a Londres habían admitido en la Policía de Glasgow a alguien con conocimientos de teatro. Angelique también se sintió aliviada: hasta entonces había estado revisando demasiados prejuicios para estar a gusto, así que era bueno saber de dónde salían algunas pruebas de esa etiqueta de vieja escuela.

—¿Y qué sabemos de Athena? Era el imbécil de la banda, el que no se enteraba. ¿Qué nos dice Internet de él?

—Ella, señor. La diosa griega de la sabiduría. Hace que sea el bicho raro en más de un sentido.

—De la sabiduría. Desde luego se estaban cachondeando.

Angelique rio al comprender de repente lo que significaba realmente el nombre. Antes de la contribución de Bailey solo había oído hablar de Dalí, pero ahora lo pillaba.

—Se estaban burlando en más de un sentido —dijo ella después de que su risa captara la atención de Shaw—. Dalí y Chagall eran grandes artistas, y en un sentido más amplio puede decirse que Jarry y Ionesco también lo eran, ¿sí? Athena, en cambio, era esa cadena de tiendas en las que vendían carteles horteras, como el de la jugadora de tenis que se rascaba el culo desnudo.

—¿Estás segura? ¿Tienen esas tiendas al otro lado del charco?

—Ni idea, pero parecían bien informados sobre otros aspectos de nuestra cultura nacional. Parece demasiada coincidencia, dada la actitud general hacia el tipo.

—Y aun así —murmuró Shaw—, fue el que su líder eligió para que lo ayudara a interceptarte. Fiable como músculo, quizá.

No, señor, era el que a Jarry le importaba menos que le pegaran un tiro si algo iba mal cuando los polis bajaran por el tejado.

—Bien pensado.

—Según la declaración de un testigo que yo tomé —dijo otro agente—, fue el que estaba colocado delante de las puertas antes de que pintaran los cristales. Si alguien tenía que recibir un balazo, se estaban asegurando de que fuera él.

Shaw estaba asintiendo reflexivamente.

—Este hombre podría ser nuestra mejor ruta de entrada. No encaja con los demás y es obvio que a ellos no les cae bien o no confían en él, así pues ¿qué hace en la banda? No se parecen a nada que hayamos visto antes y Athena es solo un chorizo de poca monta, ¿qué aporta? ¿Conocimiento local? La conexión entre ellos me parece su punto débil si podemos comprender cuál es. También me parece que es el que tiene más probabilidades de cagarla *a posteriori*, quizá enseñando el dinero ahora que está forrado. Pongamos las antenas de nuestros amigos de los bajos fondos y a ver qué oyen. Si encontramos a Athena, puedo imaginar que habrá alguna manera de que delate a los otros.

»Además, quiero saber de dónde salieron estas armas falsas. Curiosamente, ahora es más fácil rastrear estas réplicas que las armas de verdad, así que pongámonos al asunto. Con las máscaras y ese irritante cutáneo también. ¿Qué era en realidad? ¿Se puede adquirir con facilidad? ¿Puede rastrearse la compra? Quiero que alguien en la Interpol compruebe si estos tipos han actuado en algún otro sitio. No creo que el *modus operandi* exacto se repita, o lo habríamos visto en las noticias de la tele, pero es imposible que sea un debut.

En el centro de coordinación se estaban tomando notas con entusiasmo y la gente asentía con la cabeza con determinación. Estaban listos para saltar al campo; probablemente lo habrían estado incluso sin la arenga de Shaw. Angelique sabía cuándo los polis se estaban divirtiendo y un caso como ese a buen seguro superaba el deprimente material básico habitual. Esos tipos ya les habían dado un repaso y tenían un marcador que remontar, pero mientras no hubiera cadáveres la misión se vivía como un caso ligero.

Shaw dio unas palmadas para silenciar los murmullos crecientes:

—Antes de que todos salgáis, ¿me he perdido algo?

Angelique no dijo: «Sí, señor. Está el pequeño detalle de que el señor Jarry envió flores a una agente de policía después de algunos retos intelectuales y coqueteo mutuo que se produjeron durante el atraco». Se limitó a observar cómo la gente se dispersaba antes de volver a su escritorio. Eso señaló su primera aunque menor traición de sus lealtades al cuerpo de policía. Sabía que ocurriría, había sabido desde el principio que se lo callaría, pero fue solo después de la oportunidad de presentar información de manera voluntaria cuando sintió que lo había hecho. Y pese a que como acto de deslealtad apenas se podía comparar con algunas de las duplicidades que la gente frecuentemente justificaba, Angelique sentía el conflicto, como si cobrases dinero después de apostar a que perdiera tu equipo. No le cabía duda de que había cruzado una línea.

Tampoco es que se sintiera en lo alto de una pendiente resbaladiza. Sencillamente, reconocerlo no merecía la pena, no serviría de nada. Había hecho su propia investigación de las flores, por supuesto. Las habían entregado a sus padres mediante un mensajero de Via-Flora. Angelique llamó a la sucursal que las había entregado, pero descubrió que el pedido se había realizado desde el sitio web centralizado de la empresa, pagando una tarifa *Premium* para que se entregara en una hora. Después contactó con la central de Via-Flora en Walsall con la intención de rastrear el pago de la tarjeta de crédito, pero le dijeron que el pedido se había pagado mediante créditos de Internet. Esos créditos podían adquirirse usando efectivo en cualquier oficina de correos, y lo más importante, los datos estaban protegidos hasta la enésima potencia para que la identidad del poseedor no pudiera falsificarse en línea. Descubrir quién había retenido los créditos para comprar el ramo requeriría mucho más que una orden, e incluso entonces le parecía improbable que la identidad tras ellos fuera la real de Jarry. La inevitable cuenta de Hotmail utilizada para confirmar el pedido comenzaba por Jarry@.

Si le hablara a Shaw de las flores, el único impacto práctico en la investigación sería ponerla en el foco por haber sido la receptora de las mismas, haciéndola objeto de un interminable escrutinio oficial indeseado —vigilancia, escuchas, a saber—, por no mencionar las insinuaciones inmaduras que lo acompañarían. Al cuerno.

Las flores ahora estaban en un jarrón en la repisa de su chimenea, y habían iluminado la habitación, pero debido a su origen se habían convertido en una distracción mayor que una tele a todo volumen. Mogwai y el merlot siempre conducían a cierta introspección de domingo por la noche, pero el ramo había desviado sus cavilaciones a lugares extraños y peligrosos. Muchas preguntas, pocas respuestas y solo una conclusión: no se lo contaría a nadie, ni siquiera mucho después de que las flores se marchitaran y acabaran en la basura. Nadie necesitaba saberlo, nadie iba a saberlo y nadie podía saberlo.

Ver a Shaw esperándola en su escritorio cuando volvió a subir amenazó con refutar eso al instante. Recordándose que «vieja escuela» no significaba telepatía, Angelique mantuvo la calma y esperó a que le dijera qué quería.

—¿Señor?

—Ese tipo, Athena —dijo—. Estoy tratando de comprender la dinámica entre él y el resto. Tuviste un pequeño enfrentamiento con él justo antes de que intentara dispararle a Comosellame.

—Jarrv.

—Sí. ¿De qué va esto? ¿Cómo crees que encaja él en la configuración?

Lo único que puedo decir es que no muy bien. La hostilidad estaba arraigada. Me dio la impresión de que Jarry ya se había visto obligado a darle un bofetón antes, pero Athena me pareció demasiado estúpido para aprender la lección, Jarry le dijo a Athena que le faltaba un hervor para poder joderle.

—No lo dudo. Y sin embargo se lo llevaron al gran golpe. Hay algo que no encaja. Si fueron tan limpios y calculadores con todo lo demás, ¿por qué llevar esta carga?

—Quizá también habían calculado eso, señor. Al principio pensé que podría ser un poco de psicología «ladrón bueno, ladrón malo», pero no. Cuanto más lo pienso, más creo que lo estaban utilizando.

—¿Utilizando?

—A mí me utilizaron, ¿no? Yo fui a la que llevaron a la cámara acorazada para que viera el supuesto mal funcionamiento de los explosivos. Dudo que formara parte del plan original (probablemente lo habría hecho uno de los rehenes), pero si un poli cayó en su regazo ¿quién mejor?

—Entonces, ¿cómo iban a usar a Athena?

—No estoy segura, pero supongo que confiaban en que fuera él mismo, Jarry es muy listo y claramente sabía de qué pie calzaba Athena, así que podría haberlo manejado con más tranquilidad cuando se enfrentaron si hubiera querido. Provocó a Athena para que disparara el arma (lo que salió del arma confirma que estaban esperando que lo hiciera en algún momento), y Jarry se aseguró de que ocurriera delante de un testigo pero lejos de los rehenes.

—¿Y si hubiera disparado abajo? Un poco arriesgado, ¿no?

—Los rehenes no habrían tenido forma de saber nada de las otras cuatro armas, y menos cuando él había estado obviamente al margen. Pero esto era una forma más segura de terminar, dejando que Athena supiera que estaba siendo engañado.

—Así que por eso se lo llevó arriba. Eso y, como propusiste, para ser un escudo humano.

—Hum —dijo Angelique, con sus circuitos lógicos estableciendo otra conexión retrasada.

—¿Qué?

—Bueno, estoy empezando a darme cuenta de que podría haber otra razón: apartarlo mientras ellos hacían algo abajo que no querían que viera.

—¿Como qué?

—Como llevarse el dinero. Ni yo ni ninguno de los rehenes pensaba que la caja se había abierto, así que ¿por qué iba a saberlo él? De hecho, no hay manera de que formara parte del plan real. No pude verle la cara, pero no había duda de que estaba cabreado porque pensaba que todo se iba al traste. Lo remarcó varias veces, y me parece implausible<sup>[1]</sup> que, de los cinco, él fuera el que tuviera verdadero talento teatral.

—Pero hizo una buena actuación de todos modos.

—Igual que yo. De hecho, yo les rogué que dejaran salir a los rehenes y despejaran el edificio, en completo acuerdo con sus planes. Jugaron conmigo, jugaron con todos, así pues por qué no jugar con un imbécil como él.

—Sobre todo si significaba un veinte por ciento más del pastel. Joder, ahí se acaban las posibilidades de que haga compras ostentosas, ¿eh?

—Sí, pero si lo encontramos tendrá todavía menos problemas en delatarlos.

—Salvo que probablemente no sabe nada de ellos. Teniendo en cuenta que iban a joderle se habrán cubierto las espaldas contra las posibles consecuencias.

—Él les habrá visto las caras. Es más de lo que puede decir ningún otro.

Shaw suspiró, sonando cansado de un modo que no tenía nada de vieja escuela.

—Cierto —dijo—, pero entre tú y yo, De Xavia, creo que no tenemos ninguna posibilidad de atrapar a estos tipos, tanto si sabemos qué aspecto tienen como si no. No hay huellas, no hay descripciones, probablemente cuentan también con algunas coartadas inteligentes. A menos que hubiera una confesión, no podríamos probar nada aunque los encontráramos.

—Con el debido respeto, señor, eso no es exactamente la actitud de «a por ellos» que sus admiradores me habían inducido a esperar de usted.

Shaw sonrió ante este último comentario, y en ese momento ambos comprendieron varias cosas en silencio.

—Oh, soy todo eso y mucho más —dijo al cabo de un instante—, pero hay que ser realista respecto a aquello con lo que te enfrentas. He pillado a un montón de cabrones por aquí, sí, y también a unos cuantos en Londres. Pero ¿sabes lo que tenían en común todos ellos?

—¿Qué querían a sus madres?

—Eran putos idiotas. No te metes en el delito si tienes mucho cerebro, seamos sinceros. No quiero ponerme sociológico con esto, pero si tienes facultades para ganarte la vida decentemente... ya me entiendes. Mira ese golpe que salió en los periódicos hace un mes. Unos gilipollas de Cambuslang robaron una excavadora de una obra y trataron de embestir un cajero automático. Se les cayó la mitad del puto banco encima. A todos les leyeron sus derechos en el hospital. Es a eso a lo que nos enfrentamos normalmente: idiotas con una media en la cara entrando en el edificio de la sociedad de préstamo inmobiliario con una escopeta recortada. Esto no. El pobre Drew McMaster se pasará un mes desenredando su corteza cerebral.

—Entonces, ¿por qué molestarse?

—Me gusta el reto —dijo, mostrando otra vez esa sonrisa afilada para honrar el topicazo—. No, te diré por qué. El crimen perfecto, en Londres hace unos años. Dos sicarios matan a un tipo por encargo: sin testigos, sin motivos, sin conexión. Entonces llega la parte genial: entierran el cadáver en una tumba recién cavada en un cementerio. Se cuelan durante la noche, la tierra todavía está suelta, sacan el ataúd y meten el cadáver debajo, por si acaso usan el terreno otra vez. Lo cubren y parece igual que el día anterior. Ningún motivo, ningún cadáver, ningún crimen. Inteligente, ¿eh?

—Mucho.

—Entonces ¿cómo sé que ocurrió eso? ¿Por qué los dos están cumpliendo cadena perpetua en Parkhurst? Porque su idea era tan genial que se la

contaron a todo el mundo en el bar. Estos tipos, nuestros tipos, probablemente son demasiado listos para eso, pero la cuestión es que si encuentran una forma de cagarla, estaré esperando.

El teléfono de Angelique empezó a sonar mientras miraba cómo Shaw se alejaba. «Si encuentran una forma de cagarla». En las sabias palabras de Harry Hill, ¿cuáles eran las posibilidades de que eso ocurriera?

Contestó el teléfono.

—De Xavia.

—Hola.

No dijo nada más por un momento, ni tampoco Angelique, aunque ella no estaba segura de ser capaz aunque lo hubiera querido. Simplemente no había precedente, no había forma conocida de responder a algo semejante, y sin embargo no le cabía duda de quién era precisamente aquel al que no podía responder. ¿Puedes reconocer la voz de alguien con solo un «hola»? ¿Puedes reconocer incluso un acento? O bien algo dentro de ella supo instintivamente con quién estaba hablando, o simplemente estaba proyectando con quién deseaba hablar, y las dos opciones decían más de lo que quería saber sobre su estado mental.

—¿Sabes quién soy? —preguntó él, interpretando mal el silencio reinante.

—Hum —murmuró ella, de repente presa de un temor irracional de que la escucharan, presumiblemente colegas que también tenían telepatía y posiblemente eran omniscientes dada la brevedad de su conversación hasta el momento.

—Vale —confirmó él, antes de hacer otra pausa durante la cual el nerviosismo de Angelique pareció volverse contagioso.

Angelique oyó tragar saliva al otro lado de la línea, luego él continuó de manera menos vacilante, incluso más segura.

—Esto va a sonar un poco obsesivo —dijo—. Me doy cuenta dadas las circunstancias de que probablemente no parezco la persona más cuerda, pero... —Otro suspiro, otro tragar saliva—. Tenía la sensación, y quizá me estoy volviendo loco, pero, eh... tengo la sensación de que deberíamos hablar. Y no me refiero a hablar de... bueno, si sabes de qué estoy hablando, sabrás... de que estoy hablando, supongo.

—Y de qué no estamos hablando.

—Sí. De lo contrario, tiraré este teléfono y me alejaré ahora mismo.



El siguiente silencio llevaba un temporizador incorporado, un ultimátum: cada segundo arrastraba un riesgo incrementado de que la llamada se cortara, y ella no quería por nada del mundo que eso ocurriera. ¿De qué estaba hablando? Angélique no podría expresarlo mejor que él, pero aun así sentía que lo sabía; al menos sabía lo suficiente.

—Supongo que sabes que ahora profesionalmente me corresponde hacer todo lo que esté en mi poder y decir todo lo que se me ocurra para mantenerte en este teléfono —dijo ella, en parte perdiendo tiempo, en parte pensando en voz alta.

—Y que cualquier cosa que digas es interpretable según esa consideración, sí.

—Así pues, si respondo que sí, ¿por qué ibas a creer que estoy diciendo la verdad cuando sabes que no tengo opción de decirte que no?

—Porque no me lo estarías preguntando si estuvieras mintiendo.

Angélique se encontró mirando a su alrededor en la oficina, con esa paranoia ridícula manifestándose otra vez. Nadie estaba prestándole ninguna atención, ¿por qué iban a hacerlo? Y sin embargo temía el escrutinio, como un niño que acaba de robar una galleta de la lata.

—Vale, digamos que tenemos algo de qué hablar. ¿Entonces qué?

—Nos vemos. Te invito a una copa. Hablamos.

—Y lo hago sin informar a ninguno de mis colegas, en abyecto abandono del deber.

—Eso es cosa tuya, pero ahora mismo solo soy una voz al teléfono. ¿Informas a tus colegas cada vez que quedas con alguien para tomar una copa?

—Pero no eres cualquiera, ¿no?

—¿De qué tienes miedo? El riesgo es mío.

—¿Miedo? No tengo miedo.

—Entonces, ¿por qué estás susurrando?

—No estoy susurrando —susurró, bajando la voz más todavía de lo que ya había hecho de manera involuntaria.

Él rio.

—Entonces, ¿qué dices?

—Deja que me aclare. Quieres que nos veamos en un bar, cara a cara, tú y yo. ¿Cómo vas a saber que la mitad de los clientes no son polis de paisano esperando para detenerte?

Él se rio otra vez, más fuerte en esta ocasión.

—Lo sabría —dijo—. Los polis no han de llevar uniforme para que los veas de azul. Ese color no se va nunca. Aunque a veces se atenúa —añadió enfáticamente.

—Si hago esto, te aconsejo que nunca pierdas de vista lo que soy —le advirtió, rebatiendo lo que él estaba insinuando pero consciente de que podría estar protestando demasiado—. No tienes ningún motivo racional para confiar en mí, y como ya has jugado conmigo una vez, te debo una, ¿recuerdas?

—Soy muy consciente de lo que hay en juego. Pero ahora mismo tengo una mano muy buena. Si entro allí y creo que es una trampa, puedo volver a salir. Hasta que me presente no sabes qué aspecto tengo.

—Pero una vez que lo hagas es el punto de no retorno.

—No es una cita con el destino, es una copa. Y al final de la noche podemos irnos cada uno por su lado.

—¿Volver a nuestras trincheras después de la pachanga?

—La guerra ha terminado, créeme. Habéis perdido.

—Entonces, ¿por qué sigues aquí?

—A lo mejor esa es una de las cosas de las que no vamos a hablar.

—Tal vez. Me parece bien. Al menos no has dicho que era por mí.

—¿Por qué ibas a tragarte eso?

—Me has engañado una vez, tío. A partir de ahora estoy vigilando.

—Así pues, ¿eso es un sí?

¿Qué era eso de no estar en lo alto de una pendiente resbaladiza?

—¿Qué tenemos que perder?

—Así que se me ocurra, todo.

Angelique sonrió, aunque sabía que él no estaba bromeando del todo.

—Es el riesgo que me gusta —le dijo ella.

## SOLO UNA COPITA, SOLO UN POCO EMBARAZADA

Ya iba siendo hora de un poco de introspección seria, severa, inquebrantable: de un «mírate en el espejo». Punto número uno en el orden del día: ¿qué coño crees que estás haciendo? La alternativa consistía en simplemente llamar a Karl a Newcastle y contarle lo que estaba planeando. Karl se pondría directamente en modo Pepito Grillo y el efecto sería más o menos el mismo.

«¿Qué, sientes que todo va sobre ruedas y necesitas poner toda la operación en riesgo para mantenerte alerta?», preguntaría. Algo así. O quizá: «Hemos de cruzar este río de lava ardiendo, pero crees que sería mejor que lo hagamos todos por la cuerda floja». Sí, eso sonaba más propio de él.

«Podrías terminar jodiéndonos a todos por una chica que ni siquiera conoces».

Más parecido todavía, a Karl y a la verdad.

¿Qué coño estaba haciendo?

No sentía que estuviera traicionando a nadie. Todavía no, al menos. No había entrado en ese bar, solo había hecho una llamada telefónica. Incluso en el caso de que ella lo delatara, los polis todavía no tenían pruebas físicas de que era su cara la que estaba debajo de esa máscara. Si el caso llegaba a un tribunal, lo cual era improbable, saldría de allí en libertad, lo mismo que podía marcharse con libertad del bar si sospechaba.

No había hecho nada de lo que no pudiera retractarse, hasta el momento. Pero lo que estaba contemplando era sin lugar a dudas un riesgo, para él y para sus amigos. En esta fase todavía podía contemplarlo como un conflicto de intereses, pero en el instante en que colocara una copa delante de esa mujer, iba a convertirse en un agente doble en ese conflicto. Aunque no hubiera consecuencias, estaba arriesgando la seguridad del grupo como parte de su apuesta, sin su aprobación, sin su conocimiento siquiera, y esa parte era difícil de tragar.

No importaba que pensara que podía manejarlo, que podía hacer que funcionase. La cuestión era que ese riesgo no era exclusivamente suyo. Estaban en eso juntos —Karl, Leo y Jerome— arriesgando el cuello para

respaldarlo solo porque ellos, y solo ellos, pensaban que estaban en deuda con él.

Entonces ¿qué iba a hacer, una votación? Además, esa no era la única razón de que estuvieran metidos en ese asunto, ¿no? Había otra deuda mayor que definitivamente todos tenían con alguien, y Zal estaba completamente autorizado a especular en su nombre cuando se trataba de asegurarles que podrían pagarla del todo.

Tranquilo. No estaba traicionando a nadie. Si todo se iba al traste sería porque había sido negligente, y esa no era una acusación que nadie hubiera podido sostener hasta el momento.

Demasiada emoción, ese era el problema, con sus tormentas en vasos de agua. También era la parte positiva. Nunca habían estado más cerca y nunca habían trabajado mejor, al menos no desde Nueva York. Esto, no obstante, era mucho más intenso, y por diversas razones. Aquellos días en Nueva York habían sido una especie de existencialismo hedonista digno de un adicto a la heroína, un síntoma transparente de su intento de extender la adolescencia y sus embriagadores delirios de invencibilidad. No había escasez de adrenalina en Glasgow, pero aquí era simplemente combustible para el motor, y no estaban haciendo nada porque sí. Aquí no había delirios, desde luego ciertamente no de invencibilidad. Aquí era donde ellos, los derrotados, divididos y dispersados, se habían reagrupado: mayores, más fuertes, más listos y más sabios, agradecidos de lo que compartían y más que decididos a compensar lo que había ido mal.

En el caso de Zal, a ese potente brebaje había que añadir el efecto desconcertantemente mareante de estar en esa ciudad, que en ocasiones le daba la sensación de ser un parque temático gigantesco a la memoria de su padre.

Desde la muerte de este, Zal había sabido que vendría algún día, igual que sabía que volvería a ver a sus amigos, igual que sabía que en última instancia tendrían que enfrentarse a Alejandro. El destino ciego, instigado por el fortuito giro profesional de Cream T, había dictado que todas esas cosas ocurrieran al mismo tiempo. Sentía que, comprensiblemente, en cierto modo eso le daba ventaja, pero estaba seguro de que la carga emocional era muy alta. Después de Folsom, solo tomar unas copas con sus colegas habría sido emoción suficiente para un mes o dos. En cambio estaban llevando a cabo (y hasta el momento con éxito) los golpes más arriesgados de sus vidas, en el lugar que había sido la Tierra de Nunca jamás de su infancia y donde seguía

buscando fragmentos dispersos del molde que daba forma al hombre que, para bien o para mal, le había dado forma a él.

Había ido a tomar esas copas con sus colegas, y ese hito había quedado eclipsado en la enconada competición por el momento más dulce desde que le habían concedido la condicional. Violar dicha condicional al cabo de unas horas de su puesta en libertad no solo marchándose del estado sino del país y de hecho del continente era un buen punto de partida.

Todos lo estaban esperando en el aeropuerto de Glasgow. No hubo palmadas ni grandes gestos, solo sonrisas confiadas que demostraban la intensidad con la que todos comprendían el motivo por el que estaban allí. Habían venido casi un mes antes de que Zal saliera de Folsom para examinar, investigar y hacer preparativos. Como el padre de Zal le había enseñado, has de asegurarte de que tienes todo lo que necesitas antes de hacer tu entrada.

Los había visto a todos ellos en algún momento durante su tiempo de reclusión, pero las distancias impusieron que las visitas no fueran frecuentes, y solo Karl había aparecido más de una vez, dado que vivía en California, Jerome había vuelto a Vermont con su familia después de su puesta en libertad, Leo se había ido a vivir con su hermana a Nueva York, y habían pasado más de dos años desde que había visto a cualquiera de ellos en carne y hueso.

Todos tenían un aspecto magnífico, o a lo mejor solo era así a sus ojos; la gente nunca tiene su mejor aspecto cuando los miras a través de barrotes de acero o plexiglás reforzado, estén del lado que estén. La última visita de Karl a Folsom se había producido solo dos meses antes, pero incluso él parecía distinto ahora que todos respiraban aire fresco. Era difícil de determinar. No se trataba de ninguna característica física especial, sino más bien de un aura, una sensación, algo en el modo en que estaban, caminaban, reían. Nadie tenía ese aire angustiado, esa mirada de puta disculpa, culpa compartida, pesar y represión.

Aquel era su momento y lo sabían. Todo el mundo comprendía las apuestas que había sobre la mesa, pero todos estaban igualmente felices de participar en el juego. Zal no podía decir que era como en los viejos tiempos, porque lo que definía cada segundo era la conciencia común de que esos tiempos habían pasado y ahora eran personas diferentes, y cada segundo se valoraba mucho más por eso mismo.

Leo y Jerome todavía se incordiaban sin piedad el uno al otro como habían hecho siempre, pero era como una parodia cohibida de la hostilidad que les había dado tanto placer perverso mutuo; como Spock y Bones en las

películas de *Star Trek* en comparación con Spock y Bones en la serie original. Tiempo atrás, sus juegos verbales de riesgo calculado rondaban imprudentemente un territorio muy peligroso, porque no existía entre ellos nada semejante a unos límites acordados. Ahora, en cambio, no había riesgo de una escalada real, porque ninguno iba a permitirse distraerse de la labor que les ocupaba. También estaba la cuestión de que ya todos tenían una conciencia clara de las fragilidades de los demás. En el pasado se atacaban mutuamente como una forma de juego, como cachorros de tigre, porque no sabían lo que era hacerse daño de verdad.

Dicho eso, a cualquiera que no conociera su historia podría costarle creer que esos individuos se consideraran amigos. Para muestra, esta conversación surgida de la protesta de Jerome a la nada crucial elección de Leo de qué obra de Beckett deberían representar él y Karl para entretener y distraer a sus rehenes:

—Eso es. Eso es, coño. Esta noche voy a encontrar a una chica que quiera que se la meta por el culo, voy a vestirla como un niño mimado blanco marica de la secundaria, con corbatas y hostias, y la voy a llamar Jerome. Luego, cuando me la esté follando, como he dicho por el culo, le preguntaré qué está pasando por su mente ociosa y empezaré a comprender solo un poco cómo es ser como tú.

—Mira, cuanto más tiempo me veo obligado a pasar contigo, Leo, más feliz estoy de que mis antepasados tuvieran esclavos.

Zal no estaba seguro de si a un observador desinformado le ayudaría saber que el exageradamente amanerado (pero estrictamente heterosexual) Jerome era natural de la unionista Vermont y casi de sangre azul, o saber que Leo era gay. Hacía mucho que había renunciado a sus intentos de dar sentido a lo que ocurría entre ellos, y solo sabía que tenía que mantenerse alejado para ver los fuegos artificiales.

Momentos dulces, muchos momentos dulces. No obstante, si tuviera que elegir solo uno para saborearlo, este sería el incidente ocurrido durante los ensayos para el golpe en el banco.

Se habían presentado a Hannigan y su gente poco después de que Zal llegara a la ciudad. Menudo espectáculo. Tan lejos de casa era reconfortante observar que, aunque las preferencias en la indumentaria de los matones diferían de un continente a otro, al menos estaban unidos en su creencia de que pagar un pastón por algo con una etiqueta era más que un sustituto del buen gusto, la elegancia o incluso la practicidad. Zal podía imaginar a esos

tipos con sus Armani en la piscina y pensando que tenían un aspecto de puta madre.

Alejandro previsiblemente había dado a entender que Zal y compañía estaban a la entera disposición de Hannigan, quizá para todo menos para ponerse unos delantales y limpiar su *jacuzzi* (en realidad, no tenía ni idea de cómo era la casa de Hannigan, pero no había forma en este universo de que el tipo no tuviera un *jacuzzi*). Zal eligió reforzar esa idea disputando tercamente el acuerdo y luchando contra los intentos de Hannigan de controlarlo todo, convencido de que tirar de la cuerda servía para recalcar que tal correa existía. Pensaba que una demostración de obediencia dócil podría interpretarse como potencialmente taimada, y aunque el tipo podía parecer un capullo, no estaría en esa posición si fuera estúpido.

El atraco al RSGN nunca formó parte del acuerdo, y desde luego no era lo que Alejandro les había encargado, así que Zal tenía que asegurarse de que Hannigan se enteraba de que lo estaban planeando. De lo contrario, lo habría hecho al oírlo en las noticias y al sumar dos y dos hubiera sabido quiénes eran los únicos cuatro tipos en la ciudad capaces de llevarlo a cabo. Atraerlo de ese modo encajaba con la estrategia de cumplimiento forzado.

Zal accedió a regañadientes a la insistencia de Hannigan de poner a uno de sus hombres en su equipo para el banco, y a entregarle una quinta parte por permitirles trabajar en su territorio (sí, claro). El tipo, un tal Barry Merkland, tendría que ser su sombra en cada paso del camino (basta de reír a la espalda), quedarse integrado en su plan (lo digo en serio, te pondrás enfermo) y tendría un rol crucial en el atraco (joder, ya no puedo parar de reír).

Quizá la parte más divertida era que Merkland pensaba que se estaban burlando de él cuando le estaban diciendo lo que ocurría. Era justo suponer que sus gustos no se decantaban por las bellas artes y que no comprendería que un robo podía llevarse a cabo de maneras más sutiles que apuntar con un arma a alguien y gritar: «Dame todo el dinero». En consecuencia, su paciencia con los métodos de Zal fue evaporándose, mientras que, poco a poco, su resentimiento por tener que cumplir las órdenes se hacía cada vez más evidente.

Karl aceptaba apuestas respecto a en qué momento Merkland perdería el control. Habían llegado a un acuerdo de imparcialidad según el cual nadie debería provocarlo con el fin de ganar la apuesta, Jerome se llevó el bote el día que le contaron a Merkland que iba a tener que aprender no una sino dos coreografías de danza.

—Esto es una puta chorrada —decidió—. Antes muerto que hacer esta mierda. Ni de coña, tío. Que os den.

—Genial —le dijo Zal—. Podemos arreglárnoslas sin un pasajero, aunque estoy seguro de que Hannigan encontrará a un sustituto para ti en cuanto abra la tienda de Versace.

—O puede que decida que nos hacemos cargo nosotros y os enseñe cómo son las cosas por aquí.

—Oh, eso me encantaría verlo. Ahora que lo pienso, ¿para qué nos necesitáis cuando ya tenéis a tanto genio a vuestra disposición?

—Te voy a enseñar lo que tenemos a nuestra disposición si no tienes cuidado.

—¿Eres tan tonto para creer que tu agresividad te da alguna clase de ventaja aquí? Vamos a atracar un banco, no a asaltar a una abuelita.

—Me da bastante ventaja como para no tener que estar aquí y tragar mierda de maricas como tú.

—Bueno no veo cómo llegas a esa conclusión considerando que sí estás aquí y tragas mierda, y que continuarás haciéndolo mientras tu jefe lo mande.

Podría haberse considerado técnicamente una provocación si Zal no hubiera perdido ya en ese punto. Él había apostado que a Merkland se le iría la pinza un día antes, cuando le hablaron del polvo irritante.

—¿En serio? —preguntó Merkland.

Era lo más cerca que podía estar de la sutileza. Un aviso manuscrito de que iba a atacar a Zal habría sido considerado un pelín obvio incluso para él.

Zal no podía decir que disfrutara de lo que ocurrió a continuación. Tampoco podía decir que no lo hiciera un poquito, si bien lo lamentaba en parte. No por lo que había sufrido Merkland, sino por los medios con los que se había infligido ese sufrimiento y por las razones de que tuviera esos medios a su disposición. En otros tiempos, un matón experimentado como Merkland podría haber derribado a Zal con un escupitajo, por más que midiera metro ochenta, pero ese era el tipo que entró en Folsom. El tipo que salió dejó a Merkland sangrando en la terraza en unos seis segundos. Aun así, a Zal no le cabía duda de qué persona le gustaría ser si pudiera elegir.

Así que esa no era la parte dulce. La parte dulce vino cuando Merkland se levantó y sacó una pistola.

—No, espera, no lo hagas —imploró Zal.

—Vaya, no eres tan listo, ¿eh?

—Estaba hablando con Karl, capullo.



Manteniendo el arma apuntada a Zal, Merkland dio un paso a un lado para hacer un giro de noventa grados y poder tener a Karl en su línea de visión. Estaba de pie en una caja, cerca de la puerta del almacén, empuñando un cuchillo en la mano derecha.

—¿Cómo piensa hacerlo?

—Venga, Karl, enséñaselo.

En un abrir y cerrar de ojos, la pistola estaba en manos de Leo, después de rodar por el suelo, mientras que Merkland se sujetaba la mano herida, apretando y gritando.

—Oh, cierra la boca, era solo el mango. La próxima vez usará la hoja y entonces sí que gritarás.

—Hijos de puta.

—Sí, sí. Es un aviso, tío. Todos hemos de trabajar juntos, y eso es lo que hay, al parecer, pero sería mucho más fácil si aceptaras que te falta un hervor para poder joderme. Ahora deja que Jerome te ponga un par de tiritas y luego pásalo bien.

—No voy a hacer nada con él —protestó Jerome.

—¿Por qué no? —preguntó Leo—. Tú eres el experto cuando se trata de hacer manitas.

—Creo que es una pena para Merkland que tu hermana no esté aquí, Leo. No sé si es una buena enfermera, pero estoy seguro de que le haría sentir mejor estar en compañía de alguien que se pone de rodillas más deprisa que él.

Etcétera.

No todo el mundo era tan previsiblemente estúpido como Merkland, pero de todos modos habían actuado sin cometer errores hasta el momento, porque solían identificar con precisión hasta qué punto podían fiarse de individuos, organizaciones o instituciones. Podían confiar en que los protocolos de seguridad de un banco convertirían un robo en un asedio; podían confiar en que la policía convertiría un asedio en un circo y podían confiar en que todos los asistentes al circo huirían de lo que pensarían que era una bomba.

Angelique de Xavia, en cambio, era un elemento desconocido y por lo tanto imprevisible. Zal no tenía ni idea de si podía confiar en ella o no, y era eso, más que el simple hecho de que era poli, lo que hacía que lo que tenía en mente fuera una proposición arriesgada. No obstante, era también la razón de que nada en este mundo pudiera impedirle entrar en ese bar.

Angelique no podía recordar haberse sentido tan nerviosa, ni siquiera al entrar en Dubh Ardrain. Encabezar un asalto de dos personas contra una docena de terroristas que retenían a treinta y tantos rehenes en una fortaleza subterránea realmente debería haber dado más miedo que sostener un *gin-tonic* en un *pub* del centro de la ciudad, pero la diferencia consistía en que en el primer caso sabía lo que estaba haciendo y a qué se enfrentaba. También había disfrutado de las ventajas del sigilo, la discreción y el elemento sorpresa resultante. Aquí, en cambio, se sentía como un pato en la caseta de tiro de una feria. Se había metido por voluntad propia en una situación de la que había perdido el control por completo.

Pero esa no era la única razón de su nerviosismo, ¿a que no, chica?

«Oh, anda ya», se dijo. ¿Qué otra causa podría haber? ¿Qué otro motivo necesitaba? Estaba en una posición de vulnerabilidad, aislamiento y exposición, jugándose la por razones que le habían parecido más fáciles de racionalizar antes de entrar en el bar. Pero, por el amor de Dios, ni siquiera sabía qué aspecto tenía, así que no era que le gustara ni nada. Simplemente tenía curiosidad, ¿y quién no la tendría dadas las circunstancias?

Curiosidad, claro. Por eso se había cambiado de ropa tres veces antes de salir, por no mencionar la media hora que había pasado luchando con el secador, o su primera incursión en el maquillaje desde finales de los noventa. Curiosidad.

Joder, ¿qué coño estaba haciendo?

Estaba sentada en un reservado frente a la barra en un bar modernillo llamado The Institution, el lugar elegido por Jarry. Ella no había estado allí nunca, de hecho no había oído hablar de este lugar antes de su llamada telefónica, y supuso que él lo había elegido porque era céntrico y, como la mayoría de los bares grandes y modernos, convenientemente discreto. Esos sitios tenían clientes habituales, pero nadie los consideraba «su bar» y el personal de la barra cambiaba con demasiada frecuencia como para recordar muchas caras. No obstante, hasta que llegó no comprendió que las razones de Jarry no respondían solo a una cautela táctica: el antro era un banco reconvertido.

Angelique dio un sorbo a su copa, atrapada entre la necesidad de las propiedades desinhibitorias del alcohol y el deseo de no terminársela demasiado pronto. Estar sentada sola ya le parecía bastante triste, pero estar sentada sola con una segunda copa anunciaba «te han dado plantón» en letras

enormes. Estaba practicando el inestimable recurso psicológico de engañarse a sí misma: hasta que llegara al fondo del vaso, no había necesidad de mirar el reloj, porque, eh, todavía no se había terminado la copa, así que el tipo no podía llegar tan tarde.

De hecho, era posible que ya estuviera allí, lo cual era una de las cosas que la inquietaban. El local estaba repleto, desde la barra a la galería de arriba, y como en cualquier bar atestado, había muchos ojos examinando a los reunidos, buscando colegas o solo mirando. Había pillado a unos cuantos ojos observándola, y no sabía si estaba atrayendo su atención por ser una mujer sola, o si simplemente, al estar sola y sin nadie más al que mirar, estaba más atenta a las miradas que le habrían dirigido de todos modos. En todo caso, sentía su atención como una intrusión, porque existía la posibilidad de que un par de esos ojos masculinos pudieran ser los de él, valorando la situación o incluso valorándola a ella («Oh, cielos, estabas mucho más buena con chaleco de kevlar») antes de decidir si simplemente se largaba.

Esa posibilidad en cierto modo la aliviaba, pero solo por sus ridículas inseguridades. Esa inexplicable sensación de culpa permanecía y la hacía sentirse como si la hubieran pillado saltándose una clase. Era una locura. No había hecho nada para sentirse culpable todavía. No había cruzado esa línea mítica, aunque tenía la sensación de que le habían atado una cuerda al cinturón y estaban tirando de ella. Pero ¿por qué no podía usar esta situación para llevar al tipo y sus cómplices ante la justicia? No había traicionado nada ni a nadie. Estaba siguiendo una pista que solo estaba abierta a ella si actuaba sola.

Sí, claro.

¿«Impetuosamente autónomo» alguien? ¿«Actuar fuera de la cadena de mando»? No, ella no estaba traicionando a nadie mientras su conducta fuese la censurada erróneamente por sus mandos.

La situación olía a desastre; la única incertidumbre era la dimensión de los daños. Sin embargo, Angeliqúe sabía que si él no aparecía, su emoción más fuerte sería sin duda la decepción. Por eso su *gin-tonic* parecía evaporarse más deprisa de lo que ella se lo bebía.

Miró al vaso, jugando con el palito de plástico, jugando también con la idea de acabárselo de un trago y largarse. Pero sabía que no lo haría. Si el cabrón no aparecía, Angeliqúe podría quedarse allí hasta que cerraran.

«Esto va a sonar un poco obsesivo...».

No es broma.

Angelique no había podido quitarse esas palabras de la cabeza, no solo por lo que habían anunciado, sino también por el hecho de que eran un comentario que se ajustaba a la mayoría de sus acciones y pensamientos desde entonces. Había algo más: esas palabras le resultaban irritantemente familiares, incluso en la manera como él las había dicho. Estaba citando, pensó, algo oído en una película de Hollywood que ella habría visto una docena de veces, pero no podía recordar cuál. Y lo que la confundía más todavía: estaba segura de que era la voz de una mujer la que podía oír al tratar de recordarlo. Suponía que tarde o temprano lo recordaría. Seguramente no tenía importancia, pero no pararía de repetírselo hasta que la localizara.

—Hola —dijo una voz que le pareció muy lejana desde el abismo de la copa y la cita de película no identificada.

Levantó la mirada y se encontró con una figura masculina que se inclinaba sobre su mesa. Llevaba un traje gris con la corbata aflojada y sostenía una pinta de cerveza. Sin duda estaba reuniendo el valor para colocarla magistralmente sobre su mesa. Pero todavía no lo tenía.

—Por favor, entiende que no tengo la costumbre de molestar a mujeres que están solas —dijo él.

Esa disculpa solo podía ser obra de un auténtico tiburón. Sonaba bien ensayada y, desde luego, practicada hasta la saciedad.

Angelique miró por encima del hombro del tipo. Había otros tres hombres de traje mirándola, observando con atención cómo le iba a su colega. Estarían a mano para respaldarlo verbalmente si iba a alguna parte, pero no tenían ningún reparo en estar preparando su demolición despiadada en anticipación de su fracaso. Hacer trizas al recién llegado era tentador, pero esos tipos tenían la piel gruesa y al coro le encantaban esas escenas.

—Y yo no tengo la costumbre de humillar a pretendientes educados pero no solicitados. No hagamos excepciones esta noche, ¿eh?

—No se puede disparar a un hombre por intentarlo —dijo él, ofreciendo lo que pensaba que era una sonrisa infantilmente cursi.

—La operación Flavius sugeriría lo contrario —le dijo ella.

—¿Qué?

—El SAS en Gibraltar. Vete ahora que puedes, hijo. Tus colegas te están esperando.

El buitre levantó los brazos en un gesto de fingida rendición y mantuvo la expresión magnánima para beneficio de los observadores, pero la expresión «bollera de mierda» estaba emanando directamente de sus ojos. Hizo una

pirueta al dar un paso atrás y empezó a alejarse, con el acompañamiento de una carcajada de sus colegas.

Angelique suspiró y volvió a mirar el asiento vacío que tenía delante, luego se acabó la copa y la dejó en la mesa con un golpe seco y frustrado. «Me las pagarás por hacerme pasar por esto», pensó. Sabía al mismo tiempo que todavía no podía marcharse, pero la sensación de obligación estaba empezando a disminuir.

Miró el vaso vacío, casi pero no del todo lista para echar un vistazo al reloj. Una segunda copa sola no era necesariamente un plantón, ¿no? Cualquiera podía llegar tarde, y hasta que mirara su reloj, no podía saber cuántos minutos tarde llegaba. Cualquier cosa por debajo de media hora era perder un autobús, un embotellamiento o cualquier otro problema de transporte. Más allá de eso, las posibilidades de que apareciera empezaban a tambalearse.

Cojones. El autoengaño que su dignidad podía soportar tenía un límite. Retiró la manga y miró el reloj. Suspiró con incredulidad al ver la hora. Tenía la sensación de que llevaba allí el tiempo suficiente para que Blue Nile sacara un álbum nuevo, y en cambio el reloj le decía que eran las 20.15, lo cual significaba que solo llevaba allí veinte minutos. Él llevaba un cuarto de hora de retraso, así que permitiendo un margen de error están dar entre sus respectivos relojes, el retraso podría ser de solo diez minutos. Nada de lo que preocuparse.

El autoengaño se tambalea. ¿Dignidad? Para eso estaba la ginebra.

Angelique decidió levantarse y dirigirse a la barra, y fue entonces cuando lo vio, de pie a unos metros de la puerta, examinando el entorno con una naturalidad que seguramente delataba el grado de análisis que había detrás de sus ojos penetrantes. Era él, tenía que serlo. Incluso aceptando los efectos desviadores de las ilusiones, a Angelique le cabían pocas dudas de que el hombre que acababa de entrar era la misma persona que la había retenido el sábado por la tarde. Había una facilidad en la pose que era decididamente familiar: una sensación no afectada de permanecer impávido ante lo que estaba ocurriendo a su alrededor, y al mismo tiempo mostraba una determinación y una concentración que no exigían ningún esfuerzo aparente. Daba la impresión de que podría continuar examinando con calma su entorno aunque se desatara una pelea multitudinaria a su lado, quizá levantando un brazo poderoso para desviar un objeto volador aquí o allá.

Llevaba el pelo por los hombros, rubio oxigenado, con más que un indicio de surfista californiano, una mirada que en cierto modo no encajaba con los

pantalones azules anchos y la camisa blanca almidonada visible debajo de un abrigo ancho: surfista californiano vestido para impresionar y abrigado para el invierno de Glasgow. Angeliqúe lo imaginó con un mono y sustituyó su rostro por el de un payaso.

Sin duda.

Después de haber sido tomada por tonta el sábado, decidió hacerle saber que de tonta no tenía nada. Esperó hasta que la atención de él se dirigió más o menos en su dirección y la recibió con un saludo imperceptible, apenas un movimiento de los dedos de su mano derecha, ligeramente levantada. La autodisciplina ocultó su sonrisa cuando los ojos de él captaron el movimiento, se centraron en él y se quedaron allí al descubrir que acababa de delatarse.

Hecho.

Ella le hizo el favor de mirar hacia otro lado, dejando que se acercara sin ningún escrutinio sostenido. O quizá todavía no estaba lista para afrontar su mirada. Miró su vaso vacío cuando él se sentó en la silla de enfrente, luego levantó la mirada para confrontarlo.

Él no dijo nada al principio, lo cual parecía improbable dada su actuación del sábado y las excentricidades que había cometido desde entonces. Se limitaron a mirarse unos segundos, durante los cuales Angeliqúe puso una expresión de escrutinio impasible para ocultar dos cosas: que tenía posibilidades de comprender lo que estaba ocurriendo detrás de los ojos de ese hombre y que no obstante se sentía obligada a intentarlo. Por su parte, él simplemente devolvió la mirada con esas dos piscinas penetrantes de caos azul profundo, que insinuaban un millar de cosas pero no delataban ninguna, ni siquiera si estaba a punto de sonreír o de fruncir el ceño.

—Llegas tarde —dijo Angeliqúe, incapaz de aguantar mucho más el silencio e intentando pillarlo aunque solo fuera un poco a contrapié.

—Estás seca. Yo también. ¿Qué te traigo?

—Ochocientas mil libras y cinco condenas. Pero ahora mismo me conformaré con un *gin-tonic*.

—Listo.

Se volvió y empezó a echar un vistazo por el bar, esta vez sin necesidad de esforzarse para pasar desapercibido. Angeliqúe no logró eliminar o disfrazar una sonrisa.

—¿Qué?

—Esto es Glasgow, tío. Vas a pasar mucho tiempo esperando a un camarero.

Sin volver a mirarla, él se mordió el labio inferior, cerró los ojos y negó brevemente con la cabeza, luego se volvió a mirarla con una sonrisa auténticamente divertida.

—Dame un minuto, ahora mismo vuelvo.

Angelique sintió que una amplia sonrisa se dibujaba en su cara al observarlo caminar hacia la barra. Regresó con su *gin-tonic* y una jarra de algo oscuro para él, dejó las bebidas en la mesa y se quitó el abrigo antes de volver a sentarse.

—Empecemos otra vez —dijo, tendiendo la mano por encima de la mesa.

—Soy Angelique —dijo ella estrechándola—. ¿Y tú?

—Puedes llamarme Zal.

—El payaso guitarrista. Muy bien. ¿Ni siquiera voy a saber tu nombre para empezar?

—Es mi nombre real. Bueno, estrictamente hablando es Sal, pero lo prefiero con Z, así que se ha convertido en eso.

—¿Sal?

—Por Sal Minneo. A mi madre le encantaba *Rebelde sin causa*.

—Así que el disfraz de Zal Cleminson, ¿era una manera de poner una firma a los sucesos del sábado?

Dio un sorbo a su cerveza y negó suavemente con la cabeza. Por un momento ella pensó que estaba a punto de dar detalles, hasta que dedujo que simplemente quería decir que no iba a responder la pregunta.

—¿Eso era un doble farol? —preguntó él.

—¿Qué?

—Esa deplorable falta de sutileza. ¿Hacerme pensar que no llevas un micrófono porque si lo llevaras no harías esas preguntas?

Angelique pensó en ello. No había previsto que él tuviera esa preocupación. Sin embargo, ahora que lo sacaba a relucir, no había forma de soslayar el problema, a no ser que se quitara la camiseta, de manera que pensó que podía seguirle la corriente.

—¿Qué respuesta creerías? —dijo ella, ofreciendo una sonrisa tímida.

—Está bien —repuso, asintiendo—. Está muy bien.

—Supongo que esta conversación parte de la premisa de que llevo un micro.

—Más o menos. Salvo que si de verdad lo creyera no estaríamos teniendo esta conversación.

—Y aun así sigues con la conjetura. Más o menos.

—Solo digamos que no consideraría la ironía tan conmovedoramente poética si resultara que mi instinto me falla. Sería un poco grosero, también.

—¿Grosero?

—Tú fuiste quien me advirtió que nunca olvide lo que eres. No interpreté que eso significara solo que eres poli.

—¿Qué más significa?

—Que si pierdo la visión de las cosas que me atraen de ti, tendré muchos problemas.

Angelique notó una inyección en su flujo sanguíneo al oír el verbo «atraer». Lo sintió como un estallido momentáneo de energía estática en su cabeza que desdibujó el entorno hasta el extremo de imaginar que solo estaban ellos dos en el reservado, y ningún espacio, ninguna barra, nadie más detrás. ¿Podría haber usado el verbo *interesar*? ¿O *intrigar*? *Atraer* tenía connotaciones de... de... todas las cosas que hacían que ese encuentro fuera tan peligroso, desacertado y sin embargo irresistible. Ahora que le había visto la cara, se dio cuenta de que las cosas no iban a complicarse menos. Parte de ella —esa parte grande y cobarde de ella que estaba allí para proteger sus flancos más vulnerables— había albergado la esperanza de que pareciera montado con los trozos que le habían sobrado al cirujano de Michael Jackson. En el aspecto físico, no había nada de ese tipo que quisiera descartar. Hasta el pelo parecía aceptable, aunque solo en él. Y él se sentía «atraído» por ella. Sí señor, había dicho eso. No obstante, no importaba el aspecto que tuviera, Angelique no podía perder de vista qué era, igual que no podía hacerlo él con ella.

—Estás diciendo que me consideras... una amenaza —aclaró ella, enfriando las connotaciones y maldiciéndose por ello—. ¿O alguien que podría estar a tu altura? Debo decir que me cuesta creer que tengas una opinión tan elevada de mí después de la facilidad con la que me engañaste.

Él abrió la boca para responder, pero permaneció en silencio y dio otro trago a su pinta.

—Vaya, eso ha estado bien —le dijo—. Casi iba a saltar a defenderte. Una forma mucho más sutil de llevarme a cuestiones de las que no puedo hablar.

Bueno, ¿de qué quieres hablar? Porque si no encontramos un tema pronto, ¿qué sentido tiene que estemos aquí?

—Supongo que eso depende de si estás interesada en algo más aparte de en lo que estaba haciendo el sábado por la tarde; y aunque no lo estés,



supongo que eres lo bastante lista para saber que no todas las respuestas que buscas están ahí.

Angelique consideró sus palabras con atención, tomando un sorbo de *gin-tonic* mientras él hablaba. Dejó el vaso y lo miró otra vez a los ojos. La mirada de él era imponente pero persuasiva; igual que con sus declaraciones enigmáticamente evasivas, cuanto más intentaba ocultar, más crecía la determinación de ella para descubrir qué estaba ocultando.

—Vale, tengo una pregunta. ¿Por qué estamos aquí? Es decir, ¿por qué me invitaste?

—¿Por qué aceptaste?

—¿Vas a responder a todas mis preguntas con más preguntas?

—He visto mucho *Jeopardy* en... los últimos años. Pero supongo que si respondes a mi pregunta, responderás la tuya.

Esto los puso de lleno en el territorio de las cosas de las que ella no quería hablar. ¿Por qué se lo había pedido? ¿Porqué había aceptado? ¿Y cuál de las dos situaciones era más descabellada?

—No tenía nada que perder —dijo Angelique, lo cual no era cierto pero sí plausible—. Y he de confesar que estoy más que un poquito intrigada. ¿Quién no lo estaría?

—¿Por mí o por las circunstancias?

—Creo que las dos cosas son inseparables.

—Supongo que es tu trabajo.

—En realidad, según lo veo yo, es tu trabajo el que hace que el hombre sea difícil de separar de sus actos.

—¿Estás diciendo que no habrías salido conmigo si fuera empleado de banco?

—¿Empleado de banco? ¿Y no...? Es imposible saberlo ahora. Si hubieras sido empleado de banco al menos habría sabido de antemano qué aspecto tenías. De todos modos, ¿quién dice que estamos saliendo? Lo único que tengo que hacer es leerte tus derechos y sería un interrogatorio formal.

—Es una forma de hablar —dijo él, sonriendo—. Es una especie de cita, ¿no? Chico conoce chica, tomamos unas copas en un bar, nos hacemos preguntas y llegamos a saber un poco más de nosotros mismos.

—Chico retiene chica como rehén, chico engaña a chica como a una boba mientras chico roba banco, y luego, sí, chico invita a chica a una copa, pero chico habla con lengua viperina y chico evade todas las preguntas de chica. La única cosa que sé de ti ahora que no sabía hace media hora es tu nombre.

—Bueno, pregúntame algo más.

—Vale. ¿De dónde eres? Suponiendo que el acento es auténtico.

—De muchos sitios distintos —contestó, sonriendo al reconocer la exasperación de ella—. Pero originalmente de Las Vegas.

—Apropiado. Un lugar que ha hecho del artefacto una forma de vida y donde todo el mundo busca ganar dinero fácil que finalmente pierden.

—*Touché*. Guarda el arma, agente. Quizá puedo ofrecerte algunas generalizaciones duras sobre tu ciudad.

—Dispara. Probablemente serán ciertas.

—No, no sería educado. Soy un huésped aquí.

—¿Y no consideras de mala educación robar a tus anfitriones?

—La moralidad y el decoro son cuestiones diferentes.

—Pero no completamente separadas.

—No siempre, no —concedió él—. Digamos que, en principio, apuntar con un arma a un cliente de banco desarmado no es muy agradable (o moralmente noble). Pero eso no significa perder la decencia.

—Decencia. Estás hablando de algo más que educación.

—Supongo que sí.

—Y la moralidad está definitivamente ligada a eso.

—Todo se pone muy borroso, ¿no?

—La ley no.

Él rio.

—Ley y moralidad. Eso sí que son dos cosas que definitivamente no están relacionadas.

—Diría que van de la mano cuando se trata de llevarse cosas que pertenecen a otras personas.

—En teoría sí. Pero mientras la ley permanece en blanco y negro, la moralidad está en un espectro más amplio de la escala de grises.

—¿Un espectro de escala de grises? —preguntó Angelique, riendo—. ¿Eso se te ha ocurrido a ti?

—Claro —contestó, solo con un atisbo de timidez en la sonrisa—. El lado blanco lo conocemos. Pero hay una diferencia entre robarle a una abuelita los ahorros que necesita para vivir y quitarle a una gran institución financiera unos pocos miles que apenas va a echar de menos.

—Unos cientos de miles. Y van a echarlos de menos, créeme. Aquí hay un viejo dicho: «Gota a gota se hace un mar». Es una filosofía que está en el corazón de cualquier institución financiera, grande o pequeña.

—Pero no van a quebrar, ¿no? O a debilitarse en bolsa, o a quedar indefensos frente a una OPA hostil.

—No lo sé. Pero sé que en última instancia será el cliente común el que pague el pato. Los peces gordos no querrán que la pérdida salga de sus bonos anuales. Así que si las cuentas no cuadran, las comisiones suben y quizá despidan a algún empleado. Esa abuelita que has mencionado guarda sus ahorros en el RSGN, así que quizá sus ahorros no le den muchos intereses, y su nieta cajera que la ayuda a pagar el alquiler esté pelada porque la han despedido.

—Dices la verdad, aunque la sirvas con una buena dosis de melodrama.

—¿Crees que me he excedido?

—Un poco, pero yo he jugado antes la carta de la abuelita frágil, así que es justo. Pero lo que has descrito... lo mismo ocurre si una inundación ocasiona pérdidas a la parte de la aseguradora; a ver, el RSGN puede perder la misma cantidad si uno de sus agentes de bolsa se toma una cerveza de más a la hora de comer. Hay peores crímenes que lo que pasó el sábado. Robos peores. No digo que esté bien, pero estoy moralmente en paz con eso.

—¿Moralmente en paz? ¿Qué significa?

—Significa que no me impide dormir por la noche, pero no digo que no me gustaría que pudiera ser de otro modo. ¿Me explico?

—Supongo, pero imaginemos que no, y así puede que digas algo que no suene como los lloriqueos de miles de perdedores que buscaron justificar sus acciones ante sí mismos.

—No fue culpa mía. Tuve mala suerte, no sabes cómo es eso. La sociedad me obligó a hacerlo. ¿Se me tiene que ocurrir algo mejor?

—El público de Glasgow es complicado.

—Legendariamente complicado. Bajo la amenaza de que me lances tomates podridos, supongo que lo que estoy diciendo es que ciertos hechos pueden alterar seriamente tu perspectiva de esa nítida división entre blanco y negro que veías al principio. Y aunque recuerdes cómo se veía desde ahí, y aunque te gustaría que pudiera seguir siendo así, contigo a salvo en el lado blanco de la línea... No sé. Los lugares en los que te encuentras, las cosas que tienes que hacer para sobrevivir hacen que no puedas permitirte preocuparte por mantener la división tan clara.

—¿Así que surfeas a lo largo de ese espectro de escala de grises?

—No te estoy vendiendo esto, ¿eh? Aunque me gustaría. Me gustaría explicarlo y creo que me escucharías.

—¿Crees que escucharía como poli, o solo escucharía como yo misma?

—Eres poli. No creo que haya un tú que esté completamente separado de eso.

Angelique tuvo que contener un suspiro. Le deprimía que tuviera razón: no había forma de desactivarlo, ningún lugar al que retirarse y ninguna forma de acordonar el resto de sí misma. Esa era la razón por la que muchos polis terminaban liados con colegas: tenían claro lo que compartirían con su compañero. Hasta el momento, Angelique había dicho que sus compañeros polis eran los únicos que podían comprenderlo. No se le había ocurrido que los ladrones también podrían tener una idea.

—Soy lo que soy —dijo—. Por citar a Gloria Gaynor. ¿O era Popeye? Sea como sea, te estoy escuchando.

—El problema es que no puedo decirte nada sin contarte todo, y no puedo hacer eso ahora mismo. Pero créeme cuando te digo que todo esto no es solo por dinero.

Todo esto. Así que decididamente no había terminado y, se tratara de lo que se tratase, era un peso para él. Quería hablar y algo le había hecho suponer que ella era la persona adecuada para escuchar. A Angelique le horrorizó sentir una punzada indebida de desaprobación al pensar que esa podría ser la razón real de que la hubiera llamado.

—Bueno, ¿cómo hemos pasado de Las Vegas a esto? —dijo él, rompiendo el silencio creciente, invitándola a conspirar con él para cambiar el rumbo de la conversación y olvidar el tema anterior.

—Cómo llegaste de Las Vegas hasta aquí podría ser más pertinente —dijo ella, aceptando por el momento—. De hecho, no creía que hubiera nadie de Las Vegas, salvo Andre Agassi. Pensaba que la gente solo terminaba allí.

—¿Jugadores que tienen trabajos para pagar sus deudas y *crooners* entrados en años sin otro sitio adónde ir? Oh, sí, los tenemos. Pero es también la ciudad que más deprisa crece de Estados Unidos. Nace gente allí. Yo.

—¿Tu padre era jugador y tu madre cabaretera?

—Te regañaría por burlarte de mí, salvo que no te desvías demasiado.

—¿Tu madre era la jugadora y tu padre *croupier*?

—No. Mi madre era cabaretera. Al final, al menos. Una simple *stripper* vieja cuando mi padre la conoció. Bueno, no tan simple y no tan vieja, pero *stripper* seguro.

—Eso podría explicar una o dos cosas.

—¿Como qué? —preguntó él. Permaneció en calma, pero ella sintió que se estaba conteniendo para no ponerse una coraza.

—Lo siento, no quería ser irrespetuosa. Solo pensaba en voz alta.

—Bueno, ahora ya lo has dicho. ¿A qué te refieres?

—Que tu madre fuera *stripper*. Pensaba que podría haber tenido ciertas consecuencias en tu actitud hacia las mujeres. O más bien en tu conducta en relación con la actitud de otros hombres hacia las mujeres.

—No te falta razón, aunque he de conceder que me pierdo respecto a cómo has llegado ahí.

—Ya era hora de que te sacara ventaja, diría. Y te lo contaría pero está en ese dominio del que no podemos hablar.

—Tú puedes hablar. Yo no puedo responder.

—Vale. Leí todas las declaraciones de los testigos y me fijé en una testigo en particular que era muy reticente a decir nada negativo de ti, a pesar de haber estado cautiva durante cinco horas. Casi parecía asustada de decir alguna cosa que se pudiera utilizar en tu contra. Fui a verla y charlé con ella *off the record*. ¿Todavía no sabes de qué estoy hablando?

Zal asintió.

—Por favor di sí o no para que se registre en la grabación.

Él sonrió y tomó otro trago de cerveza.

—Me has preguntado antes por qué acepté tu invitación para venir aquí esta noche. Lo que dijo esa chica influyó un poco.

—Me alegra oírlo. Mi viejo nunca iba a entrar en el salón de la fama de la paternidad o el matrimonio, pero me inculcó unos cuantos principios sólidos. Cómo tratar a las mujeres es uno de ellos. Por supuesto, los ideales y la praxis no siempre van de la mano. Cuando abandonas a alguien, ser cortés no es ningún gran consuelo.

—Da la impresión de que estamos volviendo a la diferencia entre moralidad y decoro.

Mientras no pienses que volvemos a los tópicos sobre perdedores.

—He hablado de otros perdedores, no he dicho que tú lo fueras. No mientras tengas un cuarto de ochocientas mil.

—Pensaba que estabais buscando a cinco atracadores.

—Así es. Pero también suponemos que uno de ellos está buscando desesperadamente a los otros cuatro.

—¿He dicho antes que eras buena? Lo retiro. Eres muy buena.

Angelique no pudo evitar sonreír. Estaban jugando a un juego divertido, y estaba bien anotar un punto, aunque comprendió que él había sabido algo de los polis sin que ella hubiera sabido nada de los ladrones. No obstante, él tendía a ser comunicativo en relación con la familia, y eso era algo a explorar.

Bueno, si tu madre era *stripper*, ¿qué hacía tu padre en Las Vegas?

Zal volvió a enfocarla con esos dos faros azules, a plena potencia. Leer lo que había en ellos era muy parecido a sus intentos de describir los aromas de una botella de buen vino: había notas y matices que estaba segura de que podía discernir, pero al mismo tiempo existía la posibilidad de que estuviera imaginándose todo y en consecuencia diciendo tonterías. Su suposición respecto a ese gran reserva era que tenía un toque de sinceridad recurrente, una insinuación hasta entonces no detectada de vulnerabilidad y una considerable pizca de riesgo calculado.

—Eres detective —le dijo—. Voy a dejar que lo descubras.

—¿Tengo alguna pista?

Todas las pruebas están sobre la mesa, pero solo tienes una oportunidad, así que tómate tu tiempo.

—Me parece bien. Trabajaré en ello. Aunque ya he calado quién es el jugador de la familia.

—No jodas.

—Lo que no logro comprender es qué ganas arriesgándote a venir aquí esta noche. Aunque quizá se trata de jugar por jugar. Dicen que al jugador de verdad no le excita lo que puede ganar, sino lo que puede perder. ¿Es tu caso?

—No estoy en esto por emociones. Una vez, quizá, pero... en estos tiempos sé muy bien lo que valoro. Has dicho que Las Vegas era la capital mundial del artificio, y podrías tener razón, aunque Los Ángeles estaría muy cerca en esa clasificación. Y has dicho que era el lugar donde la gente iba en busca de dinero rápido que no ganaba. Eso también es cierto, pero has de comprender que lo que mueve Las Vegas es el espectáculo. La gente va allí a pasar un buen rato, ya sea para ver las luces brillantes, ver el espectáculo o jugar en las tragaperras o en las mesas. Para divertirte en las dos últimas, has de gastar lo que ibas a ahorrar. Ganas, genial; pierdes, te has divertido igual. Pero nunca juegas con lo que valoras de verdad, porque no va a merecer la pena la apuesta.

—Lo que nos lleva a mi pregunta original. Considerando todo lo que has dicho: ¿por qué estamos sentados aquí?

Él se terminó la cerveza, la dejó a un lado de la mesa y se inclinó hacia delante, mirándola ahora con una intensidad que la habría hecho recular si no hubiera sido al mismo tiempo tan insistente. Al cambiar su posición, su camisa quedó abierta en torno al cuello, revelando el trazo negro de un tatuaje en lo alto del pecho.

—¿De verdad quieres hablar? Y no me refiero a nada más de este rollo del gato y el ratón, polis y ladrones. Solo tú y yo, diciendo lo que nos tengamos

que decir el uno al otro y afrontando las consecuencias después de que descubramos adonde nos lleva la verdad.

No había ningún sí simplista a esta pregunta. Angelique no sabía qué tenía en mente él, pero sabía que la cosa iba en serio. Habían jugado al juego de si ella podía llevar un micro, pero estaba segura de que aquello no lo habría propuesto en ningún caso si pensara por un segundo que el interés de ella era puramente profesional.

—No sabré nada hasta que lo sepa todo —declaró Angelique.

—En eso tienes razón.

—Pues hablemos.

—Aquí no.

—¿Dónde entonces?

—La cuestión es cuándo.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo puedes tomarte un par de días libres?

Tengo libres el jueves y el viernes. Compensación de horas. Cuando quieras.

—El jueves por la tarde, pues. En el aeropuerto.

—¿Para que puedas largarte si crees que estoy a punto de trincarte?

—Terreno neutral.

—¿Qué tiene de neutral el aeropuerto? Es solo Paisley, sigue siendo nuestra jurisdicción.

—Sí, pero París no lo es.

## INTERLUDIO: EL REPORTERO MÁS INTRÉPIDO DE ESCOCIA

¿Quieres un futuro de prosperidad en la tierra prometida, en la nueva Escocia? No busques más. Ve e incrusta tu rabo entre las nalgas de otro hombre y serás, como se dice vulgarmente hoy en día, el puto amo. O si lo prefieres hazte con una cola brillante y poblada y hazte llamar Basil Brush, como el títere de la tele. Títeres de zorro y sodomitas lo tenían bien en el apocalipsis que siguió a la Devolución. ¿Tienes ganas de zumbarte a un querubín de dieciséis años? Por nosotros, adelante. No queremos vulnerar tus derechos mientras estás violando a un confundido y desvalido escolar. ¿Y ahora qué? ¿Quieres adoptar? Maravilloso. Por favor, no dejes que nadie insinúe que tu predilección por la penetración anal de apenas pubescentes se considere un obstáculo. Es obvio que amas a los niños. Por eso hemos abolido todos los impedimentos legales para que hagas proselitismo en nuestras escuelas.

¿Qué es eso? ¿El sistema de educación hecho jirones? ¿Los estándares cayendo más deprisa que las bragas de encaje de una madre soltera cuando llama el casero? ¿Crimen en alza? ¿Rendición total en la guerra contra las drogas? Venga, venga, no montes tanto escándalo. Esto es una sociedad comprensiva, liberal, ¿no te habías enterado? Nos encantan esos pequeños zorritos carnívoros. No vamos a consentir que nadie toque un pelo de sus cabecitas peludas. Es porque nos importa. Nos importa tanto que duele. Hace sangrar nuestros corazoncitos pensar en todo el sufrimiento que hay en nuestra sociedad severa y desagradable. Por eso hemos de proteger los derechos de los criminales, porque ¿de qué otra manera podemos eliminar la tristeza de sus almas, que les hace cometer actos tan horribles? Por eso mismo hemos de defender los derechos de los homosexuales a clavar las gónadas de otro en planchas de madera si eso es lo que les apetece. Y vergüenza debería darte llamarlos perversos, ¡intolerante! Ya no existe la perversión, ¿no lo sabías? Tampoco existe la pornografía. Es todo libertad de expresión, ¿no te das cuenta? Ya sea sodomía en un lavabo público o vídeos de sexo duro en una galería de arte municipal, todo ello es una celebración vibrante de la condición humana.



No hemos de impedir que la gente se exprese, no en la nueva Escocia liberal que mira al futuro. Oh, a menos que se trate de cristianos blancos heterosexuales preocupados por la inocencia de nuestra juventud y con un conocimiento rudimentario de lo que había significado la palabra *moralidad*. Esa escoria son una plaga de nuestra sociedad y hay que silenciarlos a toda costa.

Walter Thorn no se hacía ilusiones con eso: era efectivamente un forajido. Culpable de crímenes de pensamiento y desafiante ante la acusación. Perseguido por sus creencias por un régimen cuyas expresiones favoritas, sin ningún atisbo de ironía, eran *tolerancia* e *integración*. Oh, sí, somos tolerantes, pero no toleramos a cualquiera. Matones, yonquis, gorriones, pederastas, asesinos, blasfemos, pornógrafos y pervertidos; los toleramos a todos ellos, pero hemos de trazar una línea en alguna parte, y vosotros, «dinosaurios», estáis al otro lado de esa línea con vuestras «obsesiones».

Señor, ¿cuándo la decencia y la moralidad se convirtieron en obsesiones? Es difícil decirlo. Empezó hace mucho tiempo y fue un proceso lento, pútrido, de descomposición, pero incuestionablemente su ratificación oficial se estampó el 1 de mayo de 1997.

Thorn estaba en la lista de más buscados por la Policía del Pensamiento desde entonces. No había redadas, no había ejecuciones en masa en campos de fútbol (todavía no, al menos), pero, como disidente conocido, lo habían condenado a desaparecer de todos modos. En lugar de una llamada a la puerta en plena noche, había llegado poco a poco, de forma exasperantemente gradual. En el pasado, había sido el principal escritor de discursos de dos ministros escoceses: Howard Clark y el trágico e incomprendido Alastair Dalgliesh. Fue premiado y elogiado por su ingenio, su claridad y su pasión; si necesitaban prender fuego en las tripas de los fieles o miedo en los corazones del enemigo, era en él en quien confiaban para que lo hiciera. No había nada a lo que no pudiera enfrentarse Walter Thorn. Pero esos enemigos no olvidaban, y nunca olvidarían; ni podían permitirse consentir que un subversivo peligroso permaneciera suelto y pertrechado con un arma tan poderosa como la verdad.

Después del masivo suicidio electoral británico en la hecatombe del noventa y siete, veteranos de ideología similar se reunieron en bolsas de resistencia. Él regresó a la vocación donde se había labrado su nombre, aceptando ofertas de dos amigos para escribir columnas para sus periódicos, aunque solo en ediciones regionales. (Todo tenía que ser regionalizado, como todo tenía que ser dividido, distinguido y compartimentado, no fuera el caso

de que ofendieras a una lesbiana paquistaní coja que hablaba galés). Así que durante un tiempo pudo devolver los golpes, sacar los colores a los hipócritas, ridiculizar lo absurdo y en general hacer un llamamiento a la mayoría silenciosa, asegurándoles que no estaban solos en su rabia y asco. Pero la resistencia estaba siendo lentamente aplastada y en momentos así siempre habrá traidores, chaqueteros y capituladores que venden a sus camaradas para salvar su propia piel. Su columna fue eliminada del *Sunday Tribune* cuando su redactor jefe, de manera vergonzosa, abandonó sus principios para preservar su propio trabajo después de la absorción. Al cobarde colaboracionista solo le faltó ponerse un delantal rosa y decorar su oficina con carteles de Judy Garland para mostrar su sintonía ideológica con el nuevo propietario *gay-friendly*. Los distintos *Tribune* estaban «reinventándose como alternativa de centro», esa era la fórmula marquetiniana de decir que se estaban diluyendo para adaptarse al paladar políticamente correcto y ondear una bandera blanca desde el parapeto. ¿Bandera blanca? Rosa, desde luego.

En *The Post* no se deshicieron de él de forma tan descarada. Su relación con el periódico se remontaba a los años sesenta. Había empezado allí como reportero de campaña antes de trabajar de columnista y redactor jefe. Todo eso le habría servido si no hubiera sido porque su viejo amigo, Michael Dunn, se había jubilado recientemente y había sido sustituido como redactor para Escocia por una trepa cuya poca visión de futuro consideraba la longevidad de la relación de Walter con el periódico como una carga más que como un pedigrí.

—Es la manera de proceder la derecha. Duncan Smith va a lo grande con esto. Necesitamos que vean que estamos tratando de dar forma al futuro, más que estar siempre remontándonos al pasado. A partir de ahora este periódico va a tener por objetivo que la gente piense que *conservador* no significa estar pasado de moda o desaprobado todo. Eso no significa que nuestros valores fundamentales hayan cambiado, pero a la hora de expresarlos hemos de mostrarnos como pensadores progresistas proactivos y no como aguafiestas moralistas.

«Aguafiestas moralistas». Una editora del *Daily Post*, aunque en una oficina regional, había dicho eso de verdad.

Por supuesto, no tuvo el valor de limitarse a despedirlo del periódico en el acto (era consciente de que él todavía tenía amigos en la parte alta de la cadena donde escribía editoriales cuando ella leía la revista para niñas *Bunty*); trataba de hacer que las cosas le resultaran incómodas con la esperanza de que dimitiera. Primero eliminaron su columna, luego lo apartaron del equipo de

dirección y finalmente de la sección de política, pero no lo despidieron y él no tenía ninguna intención de rendirse y darle a esa moza lo que quería. La tipa llegó a darle la página de cartas al director para que la editara. Estaba segura de que eso acabaría con él, pero había subestimado tanto su profesionalismo como su certeza de que si aguantaba la vería defenestrada. Había visto a un montón de mediocres delirantes caer de su pedestal y ella no sería distinta. Al final se vio obligada a cambiar de táctica, dándole un puesto que seguramente pensaba que le valdría un despido justificado.

—Te has ganado el nombre en este oficio al estar en contacto con los valores y sentimientos de la mayoría silenciosa —le dijo en un gesto de adulación evidente—. Ahora más que nunca necesitamos mostrar la discrepancia entre lo que el hombre de la calle cree realmente y el palabrerío políticamente correcto que le obligan a tragar.

Por si la adulación no bastaba, el hecho de que sonara como música a sus oídos le hizo pensar que era una trampa, incluso antes de que ella dijera lo que tenía en mente.

—Quiero que vayas de infiltrado.

—¿Eh?

—¿Has oído hablar de F&NY?

—¿Qué Fanny?

—Family and Natural Youth. Es un grupo de presión que resurge de las cenizas de Families for Innocence y toda esa gente.

Él recordaba muy bien Families for Innocence, los había aplaudido en letra impresa como «la primera ola de una marea creciente» de gente común que combatía el dogmatismo del poder. Habían llegado a destacar un par de años antes, cuando organizaron una protesta ante la química Greencross en toda Escocia. Esta estaba en connivencia con Holyrood para organizar clínicas de «orientación» para adolescentes en sus principales sedes; por supuesto, la «orientación» consistía en decirles que tuvieran mucho sexo y compraran montones de anticonceptivos del muy altruista patrocinador. El grupo se disolvió en medio del azote histórico de los medios después de que un par de directivos de Greencross fueran supuestamente agredidos por los manifestantes y de que uno de ellos asegurara que le habían lanzado ácido en la cara. Sin duda se debía a la acción de infiltrados que pretendían desacreditar al grupo de presión y la posición que representaba. Por qué nadie más se daba cuenta de la estrategia era una cuestión de que no hay peor ciego que el que no quiere ver.

—Liam McGhee fue la fuerza impulsora de FFI, y ha estado involucrado en unas cuantas cosas desde entonces, bajo pancartas distintas. Por ejemplo las protestas de Marie Stopes del año pasado y la conmoción que hubo tras los vínculos con Operation Rescue.

—Sé a qué te refieres.

—Bueno, fundó F&NY hace unos meses, con un programa más amplio que en el pasado. No es un simple grupo de presión contra el aborto o los anticonceptivos. Dice que pretenden «poner de relieve la realidad moral frente a la torre de marfil de los políticos», algo así. No han causado un gran impacto hasta ahora; de hecho mucha gente piensa que McGhee está a punto de renunciar al proyecto después de la acogida que tuvo en su presentación, pero podría estar solo manteniendo la pólvora seca. Se comenta que están planeando unos golpes de perfil alto.

—¿Y cómo encajo yo?

—Quiero que firmes. Que participes. Que estés allí para la exclusiva y después lo expliques en profundidad y desde dentro. Esta clase de cosas es precisamente lo que necesitamos, un matrimonio de valores del viejo estilo con una dinámica moderna. Muestra que ser conservador puede ser, bueno, un poco *rock and roll*, una patada en el culo. Adoptar una posición moral no es solo escribir cartas airadas a los periódicos antes de irse al club de bolos. Esto es apasionado, es proactivo, es *sexy*.

*Sexy*. Claro. Muy propio de él.

Walter pensó mucho en ello durante la noche, y finalmente bajó a la cocina cuando de tanto moverse y darse la vuelta en la cama terminó por irritar a su mujer, Mary, incluso con el hueco que había entre sus camas. Se tomó casi una botella entera de agua de cebada (era una de esas noches), se sentó en su estudio y reflexionó casi hasta el amanecer.

Estuvo a punto de renunciar. Ir de incógnito en esa fase de su carrera, por el amor de Dios. Esas cosas eran para los jóvenes y entusiastas, novatos con mucho que demostrar y pocas opciones de negarse si querían hacer carrera en el periodismo. Walter Thorn no tenía nada que demostrar a nadie, y menos aún a una flor de un día minifaldera que no tenía la sensatez de darse cuenta de que solo la habían contratado como elemento decorativo porque los editores querían parecer más *woman friendly* en esta lamentable época de la discriminación positiva.

Comprendió que ella seguramente esperaba que se negara, para despedirlo sin que pudiera presentar ningún recurso sustancial ante los poderes fácticos. Se suponía que tenía que largarse en silencio, dejar paso a la nueva

generación, y que Dios repartiera suerte. El hecho de que se tambaleara hasta la columna vertebral del *Daily Post* auguraba tiempos funestos, por no mencionar el declive en la calidad de información evidente en la prensa en general. Por ejemplo las sandeces que habían llenado últimamente los periódicos, como ese atraco en Buchanan Street.

«Los surrealistas se forran. Los artistas desaparecen con un millón».

«Ataque artístico: atracadores con clase pintan la cara a la policía».

«Los payasos ladrones se largan del banco riendo».

«Situacionistas astutos: ladrones roban un millón de libras en las narices de la policía».

Increíble. Estaban tratando el crimen como si fuera espectáculo, casi aplaudiendo a esos villanos solo porque sus métodos eran un pelín más coloristas que los de cualquier otro puñado de matones armados. No eran solo ladrones, ¿ves?, eran ladrones artísticos, así que estaba bien. ¿Significaba eso que estaría bien violar analmente a un escolar siempre que dibujases un falso Picasso en la pared encima de la escena de tu crimen? Ninguno de los supuestos colegas de Walter parecía preguntar por eso. En cambio, se mostraban tan distraídos por la cursilería como tristemente lo había estado la policía el día del atraco. Lo peor era que no parecían tener ni idea de lo que escribían. De página a página no podían decidir si estaban tratando con surrealistas, absurdistas, situacionistas o incluso dadaístas, cuando, claro está, deberían haber señalado que simplemente estaban tratando con ladrones. Dadaístas, vaya. Ese escritorzuelo en particular solo había usado el término para alardear de que lo conocía; una lástima, pues, que no supiera también qué significaba.

Los detalles de sus supuestas gracias artísticas también eran espantosamente contradictorios, cuando no exagerados más allá de lo plausible. En función del periódico que leyeras, se decía que en medio de sus fechorías habían hecho una representación completa de *Esperando a Godot*, *Hamlet* o *Los piratas de Penzance* y aparentemente habían pintado las paredes con recreaciones de medio Musée d'Orsay.

Solo Dios sabía en qué estaba pensando la policía. Nunca habría ocurrido en tiempos de Thatcher, eso seguro: nada de andarse con mariconadas, nada de ir con cuidado por si acaso resultaba que causabas un trauma emocional a un ladrón con tu intención de detenerlo. En aquellos tiempos, la policía sabía que el gobierno los respaldaba. Habrían entrado de buenas a primeras y habrían hecho limpieza en un abrir y cerrar de ojos, y nadie habría preguntado después por los canallas muertos o por las bajas entre los rehenes. Entonces la

gente sabía que la culpa era de los delincuentes y no de las fuerzas de la ley y el orden. En cambio, les habían dado sopas con honda mientras decidían cómo pedir de la manera más educada posible a los atracadores que desistieran sin conculcar sus derechos, no fuera que pudieran demandarlos por eso después. Esa era la verdadera tragedia de la situación, tanto como el dinero perdido, pero la prensa estaba demasiado ocupada felicitando a los ladrones por su ingenio como para fijarse.

En medio de tales reflexiones, Walter se dio cuenta de que tenía un deber que cumplir, aunque solo fuera para recordar a esos idiotas los principios que el periódico había perdido. No iban a sacarlo de un codazo para hacer más sitio a imbéciles que en su época no habrían durado ni una mañana. Aceptado eso, cuanto más pensaba en su encargo, más empezaba a atraerle. Si era un veterano condecorado de las viejas campañas, bien podría ayudar a formar la nueva estirpe de la resistencia. La izquierda había tenido los años sesenta, su activismo, su radicalismo, su contracultura. Quizá ahora era el momento de que la derecha se hiciera militante; al fin y al cabo, ¿qué era el conservadurismo en esos días si no contracultura?

Al final de la noche, estaba seguro de que había tomado la decisión correcta, y al final de la semana habría dicho que había sido una decisión inspirada.

Family and Natural Youth era, como le había dicho la editora, la última aventura de Liam McGhee, que se había convertido en un ferviente activista moral después de redescubrir su fe mientras cumplía una condena de prisión por atraco con agravantes. McGhee había caído en una vida de pequeños delitos después de que lo echaran del seminario por vender un cáliz de comunión de plata, aunque él aseguraba que todo había sido una trampa de un «hermano marista desviado» que se había gastado el dinero ganado en chaperos. Después de ver la luz y abjurar de los pecados del pasado, McGhee fue infundido de una ferviente energía religiosa, que canalizó inicialmente en el activismo provida antes de ampliar su campo de acción e incluir un espectro más amplio de familia y cuestiones morales. Su perfil mediático se disparó de manera espectacular en esos primeros tiempos, porque representaba una nueva voz popular en un campo previamente dominado por la presencia y los métodos más refinados de clérigos y sus portavoces. Entonces, también de repente, su estrella se apagó otra vez tras las repercusiones de los incidentes de Greencross, en medio de acusaciones de fingida indignación de que su retórica y su táctica provocadoras habían incitado a sus seguidores a la violencia.

Family and Natural Youth se suponía que debía relanzarlo ante la opinión pública y recordar a los poderes fácticos que no había desaparecido, del mismo modo que no habían desaparecido los problemas sobre los que él llamaba la atención. Por desgracia, la reacción de los medios tras la conferencia de prensa inicial del grupo sugería que eran más que reticentes a permitirle una segunda oportunidad. Hubo varios artículos negativos que lo calificaron, según una frase cruel, como «un gamberro que busca atención» y lo acusaron de montar cruzadas morales para evitar enfrentarse a las vergüenzas de su propio pasado.

No obstante, lo que lo había enterrado en realidad era el nombre. Lo había elegido para reflejar las preocupaciones y valores que el grupo buscaba representar. Natural Youth en concreto buscaba llamar la atención acerca de cuestiones tales como las políticas gubernamentales de educación sexual, que cuando no trataban de convertir a los niños en maricas, trataban de hipersexualizarlos antes de que salieran de la escuela primaria. En el lanzamiento, se repartieron pegatinas para los coches que decían F&NY, mientras McGhee se sentaba delante de un cartel con la misma leyenda. El ampersand estaba desatacado en rojo con la idea de que se pareciera a esos I ♥ NY que los turistas se traían al volver de Estados Unidos. Por desgracia, como explicó el resumen de la editora, los reptiles liberales enseguida empezaron a referirse al colectivo como Fanny.

McGhee confesó a Walter que le había deprimido mucho esta respuesta y que desde luego no guardaba «la pólvora seca», sino que estaba contemplando seriamente la disolución y un traslado a Estados Unidos, donde había gente que emplearía y apreciaría mejor sus esfuerzos. Así que quizá era apropiado que el reciente ímpetu renovado del grupo se presentara en forma de un recién llegado de esas costas trasatlánticas.

Se llamaba Monty, apócope de Montague Masterton: un alto, fornido y bien parecido ciudadano de Nueva Inglaterra que hablaba con un acento arrastrado que eliminaba cualquier sonido vocálico pero se enorgullecía de pronunciar cada consonante. Se había presentado a McGhee dos o tres semanas antes, durante la manifestación de F&NY ante el museo Dalriada, en protesta por la inminente exposición «Historia de la alegoría». Se pusieron a hablar, y bastaba conversar unos minutos con Monty Masterton para comprender cómo habían ido las cosas a partir de ahí. Era realmente un soplo de aire fresco, capaz de sacar las telarañas y dar vigor a la mente más cansada o conciencia asediada. Tanto si dirigía un mitin como si simplemente charlaba tomando café, hacía que uno sintiera que la guerra moral no estaba en un

cataclísmico final como parecía a menudo, sino solo empezando, siempre que hubiera valor para combatir.

—Tengo una cosa muy importante que deciros —dijo dirigiéndose a la sala la noche que Walter lo conoció—. Una cosa que podría parecer simple, pero solo porque nuestros enemigos han nublado los hechos, confundido las cuestiones y nos han hecho temerosos de nosotros mismos. Y es esto: está bien odiar a los maricones. Lo diré otra vez: está bien odiar a los maricones. Muy sencillo, ¿eh? Otra vez, conmigo: está bien odiar a los maricones. ¿Y sabéis por qué? Porque Dios odia a los maricones. Nunca olvidéis eso. Nunca. Cuando están gimiendo sobre igualdad de derechos o se quejan de discriminación, solo tened esto en cuenta. ¿Estás siendo discriminado por ser maricón? Bueno, jódete, porque no tienes que ser maricón. Dios quiere que te discriminen, ¿y quién puede argumentar en contra? ¿No tienes igualdad de derechos? Oh, buuuuu. No tienes derechos, eres maricón. Firmaste una renuncia a todos esos derechos cuando tomaste la decisión de meter tu polla en el culo de otro hombre. ¿Lo entiendes? Dios odia a los maricones, vosotros odiáis a los maricones, yo odio a los maricones. Está bien. Es como tiene que ser. Esto, como dirían mis hermanos de color, se llama *realidad*.

Parecía revelador, aunque solo eran argumentos obvios. Pero ese era su talento, hacer que la gente viera lo obvias y simples que eran las cosas cuando te desembarazabas de todas las distracciones que se interponían para confundirte. A Walter le recordaba a sí mismo en otros tiempos, cuando tenía una forma igualmente belicosa de descorrer velos para exponer la verdad.

—Y que no te engañen con que un maricón es simplemente un sarasa. Todos los homosexuales son maricones, pero para ser maricón, no necesitas ser homosexual. Los apologetas, los compañeros de viaje, los políticos que les ayudan a hacer proselitismo, los buenistas que quieren llevar drogas y pornografía a las aulas: también son maricones. Los he visto funcionar, he visto el daño que han hecho en mi propio país, y creedme, depende de vosotros actuar ahora, antes de que sea demasiado tarde.

»Los maricones tienen recursos, los maricones tienen inventiva, los maricones son pérfidos. Y diría que los peores, los más pérfidos de todos, son los maricones del arte. Son el ala de propaganda de la máquina de guerra de los maricones, todos ellos son pequeños Goebbels. Si tenéis alguna duda al respecto, preguntaos cómo los dólares de vuestros impuestos han llegado a financiar la exhibición de material pornográfico en un sitio donde niños inocentes tienen acceso libre. Peligro: maricones trabajando. Ya sabéis que la exposición inminente del museo Dalriada mostrará un vídeo de porno duro



como parte de una llamada *instalación*. Pero ¿sabíais también que los administradores del museo han pagado más de veinte mil libras por la estatua de un hombre que se chupa su propia polla? ¿A quién se le ocurre? En las escuelas de esta ciudad faltan libros, pero, eh, está bien, porque si los chicos se aburren, pueden ir a la galería municipal y mirar propaganda de maricones por valor de veinte mil libras.

Eso, increíblemente, no era ninguna exageración. Al cretino canadiense al mando del Dalriada, un tal Thomas White, le había parecido bien pagar la suma mencionada por lo que se suponía que era un ejemplo pertinente de alegoría del siglo XXI. Esto había llegado en forma de una estatua titulada *Hombre (,) Costa Oeste* (la coma entre paréntesis parece que nunca podía omitirse del nombre). En un intento vulgarmente poco sutil de sátira social, esta monstruosidad metálica gratuitamente ofensiva mostraba a un hombre doblado en una contorsión grotesca para llevar a cabo sexo oral sobre sí mismo mientras esnifaba una raya de cocaína (supuestamente real) de la punta de su pene. Una lengua de serpiente salía de la boca y se introducía, con agotadora predictibilidad, en el interior de su propio ano, mientras dos de sus cuatro manos sostenían teléfonos móviles pegados a ambas orejas. Las manos que quedaban estaban dedicadas a gesticulaciones obscenas, pero Walter no había querido molestarse con más detalles cuando leyó la descripción artística correspondiente.

Bueno, siempre habría los que protestarían por el gasto de dinero público en arte, y Walter normalmente no se contaba entre ellos. En estos tiempos, no existiría la ópera sin dinero público, por ejemplo. Recientemente se había armado un buen follón por lo que iba a costar que el museo Kelvingrove actualizara sus protocolos de seguridad para albergar temporalmente una exposición de Tesoros de los Aztecas «cuando podría gastarse en escuelas, hospitales, etcétera, etcétera», y Walter se había puesto del lado del ayuntamiento en ese caso. Si querías tener la oportunidad de ver oro y joyas antiguas por valor de varios millones de libras, tenías que apoquinar para asegurarte de que ninguno de los andrajosos locales decidía fundirlo y venderlo. Pero, Dios mío, ¿quién podía estar a favor de financiar basura sin adulterar?

Ya era demasiado tarde, por supuesto: el dinero se había gastado y los esfuerzos de F&NY por publicitar la amenaza a los niños habían sido desoídos por los medios. Pero eso fue antes de que se implicara Montague Masterton.

—Family and Natural Youth es una voz pública y una cara pública para defender convicciones que la gente ordinaria no se atreve a expresar porque ha sido intimidada, y debe continuar cumpliendo ese papel. Pero como sabéis, caras y voces pueden ser pasadas por alto. La acción no.

»Estoy buscando voluntarios esta noche, voluntarios para formar un grupo de acción, una unidad de élite que combata a los maricones y los hipócritas. Esa unidad de élite se conocerá como Acción Directa Positiva. ¿Quién está conmigo?

La editora, aunque hubiera estado genuinamente interesada en lo que podría estar planeando el revitalizado grupo de presión, seguramente no tenía ni idea de hasta qué punto se estaba convirtiendo en una gran historia. Lo que Monty guardaba bajo la manga no era simplemente más audaz que cualquier otra acción publicitaria: era la prueba de que la batalla por los corazones y las mentes estaba a punto de convertirse en una guerra de guerrillas. Y él, Walter Thorn, estaría en el servicio activo e informaría desde la línea del frente.

No era un forajido por elección, lo habían empujado a ello. Pero cuando la ley era injusta, el deber de los hombres justos era infringirla. Era el momento de que los hombres buenos mostraran que podían jugar sucio.

—Puede que no os parezca lo más importante en este mundo ahora mismo, ni siquiera en esta ciudad —les contó Monty—. Y puede que no parezca la mayor amenaza a la que nos hemos enfrentado. Pero la lucha tiene que empezar en alguna parte, amigos, y la batalla contra la propaganda es una de las más importantes en cualquier guerra. Hemos de advertirles que no pueden pasar por alto la voluntad de la gente decente y que ya no pueden ocultarse detrás de las barricadas de la corrección política. Acción Directa Positiva está aquí ahora, y correrá la sangre.

## SÉ MI PERDICIÓN

—¿Toda esta cuestión de detener delincuentes te aburre. De Xavia?

Angelique levantó la mirada de la declaración que estaba leyendo y se encontró con Shaw delante de su escritorio. El comentario sonó como una forma educada de anunciar su presencia en una oficina de planta abierta tristemente desprovista de puertas a las que llamar. No obstante, ella no era consciente de haber bostezado, que era lo que por lo general provocaba esa clase de comentario.

—¿Señor?

—Acabo de enterarme de que me dejas tirado. Compensación de horas extra desde el jueves.

—Sí —dijo ella, sin ofrecer más explicaciones, como forma de comunicar que no era negociable.

Angelique tenía un largo historial de cooperación voluntaria cuando se trataba de renunciar a su tiempo libre. Siempre se decía a sí misma que era una forma de invertir en su carrera. Recientemente, con los réditos de esa inversión haciendo que las acciones del Eurotúnel parecieran un chollo, se había visto obligada a considerar la posibilidad de que la verdad detrás de su flexibilidad y de que nunca se quejara fuera otra: que era una triste sin vida social. Nada iba a impedir que se subiera a ese avión con el misterioso Zal, y menos aún un elaborado sentido del deber cuando la mejor manera de hacer su trabajo era subirse al puto avión.

—Bueno, mira, no es conveniente, pero dada la informalidad de tu colaboración, no vale la pena que me ponga quejica.

—Y sin embargo aquí está —dijo Angelique enfáticamente No se ofenda. Shaw rio.

—Estoy aquí, sí. Me preguntaba si tus planes son un reflejo de cómo valoras las posibilidades de éxito. Me cuesta imaginar a alguien de tu reputación queriendo salir si las cosas empiezan a ponerse... interesantes.

—Han sido interesantes desde lo del banco, pero me jugaría la mitad de mi pensión a que no vais a pillar a este tipo hasta que vuelva.

—¿Vas a algún sitio, pues?

—A París. Podrá localizarme en el móvil si necesita usar mi cerebro.

—París, eh. Muy romántico.

»Malditos polis, siempre husmeando. Hasta la charla constituye una línea de investigación».

—Voy con un amigo —dijo. Y con un enemigo, podía argumentarse, pero ¿había mentido?

—¿De compras navideñas? Muy bonito. Y tengo tu número de móvil, pero no creo que pienses en el atraco al RSGN mientras te lo pasas de miedo en la dulce Francia.

—Estoy segura de que él no estará lejos de mi mente.

—¿Él? Antes también has dicho «este tipo».

Angelique sintió un estremecimiento de pánico.

—Lo siento, es que es el único con quien hablé, así que me estoy concentrando en él. Cuando pienso en lo que ocurrió, tiendo a pensar primero en él y...

Estaba divagando, tratando de cubrir algo que debería ser desesperadamente obvio para cualquiera que supiera qué buscar. Por fortuna, eso no incluía a Shaw.

—Tranquila, no te iba a preguntar si te gusta. Solo si estás de acuerdo en que hemos de concentrarnos en Jarry. Eso que dicen de empezar por cortar la cabeza y tal. Bueno, es el cerebro.

Con ese indulto, Angelique se recuperó bien.

—No es el único cerebro entre ellos, eso seguro, pero ese nivel de orquestación no ocurre en una democracia.

—Tampoco ocurre sin un equipo unido. Capacidades, lealtad, respeto mutuo por lo que aporta cada uno. Pero el hombre con el plan ha de ser un poco especial.

—Es solo un ladrón para mí, señor.

Quiero decir para ellos.

—Oh, desde luego.

—Entonces, la mitad de tu pensión, ¿eh?

—Bueno, nunca he trabajado con usted antes, señor. No me gustaría arriesgar mucho dinero por si acaso me sorprende.

—¿Y contra qué he de apostar?

Angelique se dio cuenta de que había algo más que simple charla.

—Tiene algo, ¿no? ¿Qué es?

Shaw sonrió con timidez y se encogió de hombros.

—Quizá. Nada espectacular, pero hay algo a lo que me gustaría que echaras un vistazo. Eso si no estás demasiado ocupada haciendo la maleta.

—Oh, tengo criados que hacen eso, señor. He de encontrar alguna forma de gastar el salario y este año ya he pintado el ala sur.

Shaw la llevó abajo, al centro de coordinación, donde tenía una televisión y un vídeo instalados en un escritorio. Las persianas estaban cerradas para impedir el brillo sobre el monitor, un gesto sumamente optimista teniendo en cuenta la época del año. Shaw pulsó el *play* en un mando a distancia y la pantalla se llenó con una imagen de circuito cerrado de Buchanan Street: enjambres de compradores moviéndose de manera entrecortada.

—¿Es el día del atraco? —preguntó Angelique.

—El sábado antes —repuso Shaw—. ¿Te fijas en algo?

Miró unos segundos. Nada llamó su atención, no vio nada notable o fuera de lo común.

—¿Hay rebajas en el Gap?

—Muy bien. Y en un momento también un perro cagando en esa esquina. ¿Algo más que capte tu atención?

—Lo siento, señor. Solo parece Buchanan Street en un sábado.

—Así era para todo el mundo, salvo una persona. ¿Ves esta zona de aquí, contra la pared? No hay nadie. ¿Sabes por qué? Normalmente hay un músico callejero aquí, el tipo que identificó a los payasos como parecidos a Zal Cleminson.

—¿Dónde está?

—En este momento todavía en casa, por culpa de este tipo. —Shaw señaló cerca del centro de la pantalla, donde una figura destacaba en medio de la explanada, sosteniendo un libro y un micrófono—. Un charlatán dando su discurso bíblico. Nadie podía oír cantar al músico por los sermones que soltaba este tipo; que por cierto los largaba con acento americano.

Angelique miró de cerca al evangelista al aire libre, pequeño en el centro de la imagen repleta. El detalle era escaso desde esa distancia, y tampoco ayudaba que no mirara a cámara, así que solo cuando se volvió alcanzó a ver lo suficiente de su cabeza para fijarse en una poblada barba negra y un cabello negro igualmente poblado. No obstante, era lo que el tipo miraba lo que dominaba significativamente la imagen: el Royal Scottish/Great Northern Bank. Angelique se fijó en la hora. Sábado, 11.38.

—Sí, según nuestro músico callejero, este tipo empezó a aparecer hace tres semanas, todos los sábados por la mañana.

—¿Por qué el músico no buscó otro sitio?

—Estos tipos son espantosamente territoriales. Además, sabía que el de la Biblia nunca se quedaba después de comer. Se largaba siempre alrededor de

las doce.

—Cuando cerraba el banco. Estaba examinando el local a la luz del día.

—Con un disfraz perfecto. Nadie molesta a un hombre que ensalza la obra del Señor, y nadie se fija en él tampoco. Esto solo demuestra que nunca se debe confiar en estos cabrones que hablan de Dios.

—Si dependiera de mí, los echaría.

—Sobra decir que no hay rastro de él en la cinta el día del atraco.

—Al menos no sin un disfraz más colorido. ¿Podemos tener otra imagen mejor que esta?

—Estas grabaciones son secuenciales para ahorrar cinta, así que la calidad en general es una mierda, pero hemos hecho algunas mejoras.

Shaw sacó un sobre y lo abrió para que dos pruebas láser cayeran en el escritorio.

—No tenemos plan de ponerlo en carteles, como estoy seguro que comprenderás. El pelo es probablemente una peluca y la barba ya se la habrá afeitado si es que no era postiza. Pero los ojos están muy claros en una de ellas, y siendo lo único que has visto, pensaba que deberías echar un vistazo.

Angelique miró. Una de las pruebas era poco más que un perfil, con los contornos de la cara deliberadamente oscurecidos por el vello. La otra ofrecía poco en cuanto a la forma de la cara, y aunque los ojos eran visibles, el detalle era pobre y la imagen pixelada hasta el punto de lo borroso. Sin embargo, no cabía duda de a quién pertenecían.

—Zal —dijo.

—¿Zal?

—Quiero decir Jarry. Tantos malditos alias, es muy confuso. Pero es él.

—¿Estás segura?

—Bueno, no es el enano y otro era negro, así que es cincuenta-cincuenta, pero apostaría la otra mitad de mi pensión a que es él.

—Cincuenta-cincuenta es una probabilidad mucho mejor que la que han tenido últimamente la mayoría de nuestras pistas, pero supongo que tu pensión está a salvo.

—¿Cómo es eso?

—Ah, nada demasiado importante. Las pistolas, para empezar. No son réplicas. Tampoco son reales, pero no son reproducciones de ningún arma de fuego conocida por nadie, o al menos conocida por balística. Originales totales y por consiguiente efectivamente imposibles de rastrear. No hay suerte con las máscaras tampoco, pero me atrevo a decir que, si tienen medios para

diseñar y construir su propio armamento falso, los disfraces de Halloween son pan comido.

—Sobre todo para tipos con un talento probado para las artes visuales.

—Sí. Si no te importa, aquí hay algo. Todo el mundo está hablando de que estos tipos son artistas, con los nombres y los disfraces y todo lo demás. Pero yo no lo sé. Creo que este personaje de Jarry es otra cosa. Es un *showman*, vale, y puede actuar cuando necesita hacerlo, pero todo eso forma parte de la gran representación, en mi opinión. Las pinturas, la obra... Todo, todo forma parte de su espectáculo y no es una obra de teatro. Es un número de magia. Distracción, prestidigitación, engaño. Espectáculo para mantener al público distraído del lugar donde se hace el trabajo de verdad. Un voluntario del público para que, sin enterarse, se convierta en cómplice del engaño. Y para su último truco hace desaparecer a cinco personas y casi un millón en billetes, *Alakazammy, stairheid rammy*.

—Un mago —coincidió Angelique, mirando otra vez la prueba láser. Igual que antes su padre.

A veces has de dejar hablar a tu conciencia, aun cuando sepas que vas a hacer lo que pretendías de todos modos. A lo mejor se da el caso improbable de que te dice que estás haciendo lo correcto. O te permite simular ante ti mismo que sopesas todos los argumentos antes de tomar una decisión bien fundamentada. En todo caso, Zal estaba convencido de que no era el único que lo hacía. No obstante, para la mayoría de la gente era una cuestión de diálogo interno, más que una llamada telefónica a un enano obsesivo con un sentido de la responsabilidad hiperdesarrollado.

—No cambias, Zal, ¿eh? Quiero decir tras los años en prisión y todo.

—¿Qué se supone que significa eso? Seguro que no es un cumplido.

—Sabes exactamente lo que significa, lo mismo que conoces las partes que son cumplido y las partes que son una advertencia para salvarte de ti mismo.

—Sé lo que estoy haciendo, Karl. Sé que puedo hacer que esto funcione.

—Sé lo que puedes hacer, colega. Te conozco desde antes que nadie, y aquí hay otros dos tipos que no se engañan respecto a lo preparado que estás. Pero no estoy seguro de que estemos todos de acuerdo en lo que significa hacer que funcione. Esa chica es poli, una poli a la que tomamos de rehén, y de ella sabes poco más que su nombre. Y aun así, a pesar de todo eso, le estás

mandando flores, invitándola a copas y pidiéndole que vaya a París, joder. Creo que no tienes ni idea de a qué te enfrentas.

—Soy completamente consciente. Estoy alerta, sé a lo que estoy enfrentándome. Es el mismo hecho de que sea poli lo que hace...

—Zal, no estoy hablando de ella. Estoy hablando de ti. Hay cosas sueltas en tu coco que no sabes cómo manejar, tío. El hecho de que sea poli no es la única cosa de la que has de preocuparte, es solo la única cosa de la que sabes que has de preocuparte.

—Después de Folsom puedo manejar muchas cosas, créeme.

—Sobrevivir no es lo mismo que evolucionar.

—Crece carne nueva debajo una cicatriz, Karl. He de dejar que ella se acerque para que esto funcione, pero si no es así, podremos volver al plan A. Siempre tengo una salida, lo sabes.

—Vale, lo retiro. Has cambiado, pero has cambiado en formas de las que ni siquiera eres consciente, y de ahí viene el peligro. Crees que es otra chica de la que podrás alejarte, el viejo Zal de siempre, como hiciste antes con una docena.

—Yo no planté a nadie. Las relaciones se rompen, Karl. Solo porque tú y yo estemos prácticamente casados...

—Chorradas. Siempre tienes una salida, como has dicho. Una estrategia de salida para asegurarte de que no te hacen daño. Siempre te escapas antes de que puedan plantarte a ti. Y ahora piensas que esto es lo más: una chica de la cual no tendrás más alternativa que escapar al final. Bueno, quizá no será tan fácil.

—¿Cómo puedes decir eso? No la conoces, apenas la has visto.

Zal, ya te he dicho que no estoy hablando de la chica.

Maldición.

Vale, así que había otra razón para dejar a Karl suelto en modo Pepito Grillo. Karl era una caja de resonancia muy precisa para calibrar la legitimidad de lo que le estaba ocurriendo. Si Karl no lo decía, podía achcarlo a ansiedad general no específica, a dudas personales, hormonas, biorritmos, la alineación de los planetas, burritos en mal estado, las mierdas habituales. En esta ocasión, sin embargo, Karl había apuntado con un puntero láser calibrado digitalmente justo hacia lo que estaba provocando que Zal temiera dónde se estaba metiendo.

«Esta chica es poli. Sabes poco más que su nombre. Y aun así...».

—Aun así.



A Karl no le preocupaba cómo se ganaba la vida Angelique de Xavia. Le preocupaba lo que estaba haciéndole a él. Ya eran dos. No obstante, hay ciertos errores que sabes que has de cometer, que los vas a cometer, te digan lo que te digan la conciencia, la lógica o el miedo.

Es una verdad simple de la existencia humana. A lo largo de miles de años de civilización, a lo largo del auge y caída de imperios y nuestro ascenso tambaleante desde las selvas a las estrellas, hombres más grandes que Zal habían contemplado la sabiduría de sus intenciones antes de llegar exactamente a la misma conclusión.

Y por lo general había una mujer por medio, sí.

## PARÍS CONTRA AQUILES

Era un frío y despejado jueves de diciembre, alrededor de mediodía, y la detective inspectora Angelique de Xavia iba caminando a paso firme por Montmartre en dirección al Sena, tratando de mantener el paso del alto, atlético, encantador y muy poco de fiar estadounidense que la había llevado allí a su costa, o más bien a costa de la cuenta de gastos del banco RSGN. Todos los conflictos y dudas previamente documentados persistían, y Angelique mantenía la cautela respecto a las intenciones a largo plazo de él, igual que la mantenía respecto a sus propias vulnerabilidades desacostumbradas, pero una cosa era indudable: era mucho mejor que trabajar.

Habían salido en un vuelo desde Glasgow a las 7.30, Angelique con la cabeza baja la mayor parte del tiempo para evitar contacto visual con cualquier miembro del personal de seguridad o policías de servicio que pudieran reconocerla.

Zal la había estado esperando en el vestíbulo de salidas, y la había saludado con un ligeramente sorprendido (y no muy nervioso):

—Has venido.

—No suenas convencido de que sea bueno. ¿Te estás arrepintiendo? ¿Te has quedado helado?

—Soy de Nevada y esto es Glasgow en diciembre, tengo los pies fríos.

Se sintieron sorprendentemente cómodos durante su conversación en el vuelo y en el taxi, compartiendo cotilleos y charla como si se conocieran desde hacía años, probablemente debido a que los dos se esforzaban mucho en disimular su propia aprensión. Al menos en el caso de Angelique, y sabía que las impresiones engañosas eran el punto fuerte de su compañero de viaje. No obstante, no había forma de ir al grano, algo que Zal dejó patente con su ya familiarmente irritante capacidad no solo de cambiar de tema sino de hacerse el desentendido.

El hotel no se parecía a nada que Angelique hubiera experimentado o esperado, aunque no le habría sorprendido tanto si se hubiera concentrado en sus expectativas de Zal más que en sus expectativas de París. Daba la impresión de haber convertido en virtud estilística y arquitectónica el hecho

de ser limpio y horizontalmente compacto, al basar todo su diseño en cajas y rectángulos. Hasta el escritorio de recepción minimalista era una estructura de una sencillez neolítica, un bloque horizontal encima de otro vertical solo un poco más estrecho.

—Es el primer hotel cubista del mundo —le informó Zal cuando ella examinó sus alrededores—. La estética de la geometría incluye los accesorios de las habitaciones.

—¿Has estado antes?

—No. Leí sobre esto en... —Hizo una pausa, lo bastante larga para que Angelique interviniera.

—¿Prisión?

En realidad estaba intentando recordar el nombre de la revista, pero sí, allí estaba entonces. Muy bien. ¿Cómo lo has sabido?

—Bueno, un ladrón que ha estado en la cárcel no es una posibilidad muy remota, pero te delataste el otro día cuando dijiste «veo mucho *Jeopardy* en...» y te censuraste a ti mismo.

—Se me escapó, supongo. Cuando es el lugar donde has pasado los últimos tres años, tiende a dominar los temas de conversación a menos que estés muy alerta.

—¿Tres años? ¿Por qué?

—Porque me pillaron. ¿Por qué si no?

Angelique se sintió aliviada de no tener que pasar por una situación incómoda respecto a las habitaciones, porque la recepcionista le entregó a ella su propia tarjeta llave y un formulario separado cuando Zal citó su código de reserva (naturalmente, en lugar de un apellido). Angelique dejó su bolsa en la habitación doble reglamentariamente geométrica y arrugó la colcha como una declaración de disconformidad estética. Después se reunió con Zal otra vez en el vestíbulo, donde él anunció que irían al Louvre.

A pesar del clima, ninguno de ellos propuso la conveniencia de ir en taxi para no pasar frío. Al fin y al cabo estaban en París, y en un día laborable. De hecho, el ritmo al que caminaba Zal casi le habría parecido de pastor si no hubiera ayudado a aumentar sus temperaturas corporales, pero, mientras él hablaba, Angelique se dio cuenta de que la verdadera razón para su prisa era que simplemente se moría de ganas de llegar.

—Fue Diderot el que propuso que no se limitara el museo a la élite. Debo decir que no sé qué habría hecho él en la Galería Bellagio, pero desde luego me cae bien. Hay un cierto igualitarismo en lo que representa el Louvre que, para mí, es la quintaesencia de la relación del arte con la sociedad.

Estaba hablando, con cierto conocimiento y no poca capacidad de expresión, del museo más grande de la historia de la humanidad, pero el entusiasmo descarado y la anticipación inquieta era la de un niño excitado que va a Disneylandia.

—Después de la Revolución, exhibieron obras que habían sido robadas al clero. Me encanta eso. Napoleón añadió un mogollón de obras saqueadas en sus campañas militares, aunque la mayor parte del expolio se devolvió después de la caída del Imperio.

—¿Un mogollón? ¿Ese es el nombre colectivo de los tesoros artísticos acumulados?

—En mi barrio sí. ¿Y sabes que el ala Richelieu, que estaba en manos de los burócratas, fue recuperada por orden de Mitterrand a principios de los años noventa? Albergaba el ministerio de Economía y ahora alberga lo verdaderamente incalculable.

Y etcétera, hasta que llegaron a la pirámide de cristal, donde Zal fue dando la vuelta poco a poco para contemplar el palacio que los rodeaba por tres lados.

—Vale, cuéntame —dijo Angelique—. ¿Somos solo dos turistas interesados o estás reconociendo el terreno, reverendo?

Zal rio, pillado ligeramente a contrapié, golpeado por el lado ciego por la última pulla mientras se preparaba para responder a la primera.

—Supongo que sabes que no soy rubio natural —dijo.

—Sí, como si necesitara ver una barba para saber eso.

—No estoy reconociendo el terreno, tranquila. Hay seiscientos cincuenta guardias ahí, y además, va contra mis principios.

—¿Robar arte?

—Joder, no. Pero sí arte de propiedad pública, eso es sagrado, y esto es un templo. Vamos.

Angelique siguió a Zal al bajar por la escalera mecánica al vestíbulo de entrada subterránea, donde él compró las entradas mientras ella se compraba una botella de agua.

—Bueno, ¿por qué me has traído aquí? —preguntó Angelique, secándose la boca y aceptando el plano doblado del museo que él le ofrecía.

Ella le ofreció la botella, que él vació y tiró a la papelera antes de dirigirse al ala Denon.

—¿Quién necesita una razón para venir al Louvre?

—Nadie. Al menos nadie con alma. Pero un ladrón necesita una razón para traer a una detective aquí, aunque ella no tenga ninguna oferta mejor en

su día libre.

—Porque podemos hablar aquí, por eso.

—Yo puedo hablar en cualquier parte. El arte te hace más charlatán, ¿eh?

—Me suelta la lengua más que el mejor vino —dijo él, antes de pasar bajo el arco detector de metales.

Se volvió y sonrió, haciendo una pequeña reverencia, y en ese momento Angelique lo entendió: no podría pasar por el arco si llevara un micro. Hizo un gesto sarcástico de aplauso y lo siguió a través de la máquina.

—¿De verdad crees que te engañaría?

—Es irrelevante ahora, esa es la cuestión.

—Pero si no confiabas en mí...

—Todavía te estoy presentando mis respetos, ¿recuerdas? Hacerte pasar por ese arco no significa que no confiara en ti antes de que lo hicieras. Y solo porque ahora estemos del otro lado no significa que confíe en ti ahora. Pero si lo que me preocupara fuera una escucha, podríamos haber hablado en el aeropuerto. Vamos, quiero enseñarte algo.

—¿Enseñarme algo? ¿Quieres decir que hay algo que ver aquí?

—Sí, he oído que tienen un par de cuadros. Seguramente serán baratijas.

Consultando de vez en cuando el plano, Zal la llevó a la aleccionadora sala del ala Denon que exhibía pinturas francesas de gran formato. Las interminables riquezas hicieron sentir a Angelique como si fuera Alicia y alguien hubiera gastado varios miles de millones decorando el pasillo infinito del País de las Maravillas. Zal claramente tenía un destino específico en mente, y la curiosidad de ella la hacía desear llegar al lugar donde él podría hablar por fin, pero a pesar de eso no pudo evitar pararse ante varias de esas imponentes obras maestras.

Su compañero tampoco tenía prisa, y en ocasiones parecía fascinado por aquel espectáculo. Pasmado o no, la sugerencia frívola de que el arte lo volvía locuaz demostró ser del todo cierta. Zal habló, a veces hasta quedarse sin aliento, de David, Claudio de Lorena, Delacroix y otros. Sin embargo, se limitó a sonreír al pasar junto *La balsa de la Medusa* de Gericault.

Finalmente llegaron a su destino, donde su avance quedó frenado no solo por las distracciones de las paredes, sino por la cola acordonada a la que se habían unido. Angelique adivinó el origen, pero le sorprendió que fuera eso concretamente lo que Zal quería que viera.

—¿La *Mona Lisa*?

—*La Gioconda* —confirmó él, cuando los dos dieron un par de pasos atrás para permitir al siguiente grupo de embobados su turno ante el altar—.

Ahí está, mirando a cinco millones de personas al año desde detrás de un cristal blindado de seis milímetros. La de verdad, ahí está todo: la boca, las manos, los ojos, y Mordor al fondo. El nombre significa *alegre*, pero la sonrisa es ambigua, ¿eh? ¿Es el misterio de esa sonrisa curiosa lo que lleva a miles de personas a pasar por delante cada día?

—No lo sé. Me parece un poco engreída.

—Bueno, ¿ves el camino ahí, y el puente? Son las únicas pruebas de industria o artificio humano en el paisaje, representan las limitaciones del hombre porque conducen afuera de donde ella está mirando: un mundo onírico situado más allá. ¿Es la contemplación de ese mensaje el que ha provocado que haya un pasillo con cien de metros de cuerda a nuestras espaldas?

Angelique no vio adonde quería llegar, y temía que perdiera el oremus intoxicado por tanto arte embriagador.

—¿Quién sabe? —murmuró con paciencia.

—Yo lo sé. Y la respuesta es no. Cinco millones de personas al año pasan por el sitio donde estamos ahora simplemente porque es la pintura más famosa del mundo. No importa si prefieres los paisajes, las escenas de batalla, las pinturas religiosas, lo que sea: has de ir a ver la *Mona Lisa*, así que sigue siendo la pintura más famosa y popular del mundo por ser la pintura más famosa y popular del mundo.

—Entonces, ¿qué? ¿Crees que es una mierda?

—Creo que es magnífica, pero esa no es la cuestión.

—¿Adónde vamos con esto?

—Al café Richelieu es adónde vamos, para empezar.

Vaya, oigo el sonido de la postergación.

—Oh, estoy hablando, chica, pero necesito un asiento y un café.

—Los tendrás, pero empecemos a hablar ahora.

—Vale —accedió, aumentando el ritmo hacia una escalera colosal—. Estoy hablando de valores. ¿Quién puede decir lo que hace que la *Mona Lisa* sea más grande que ninguna de las obras que hemos visto por el camino? Nadie, ¿verdad?

—Creo que la madre de Leonardo probablemente tendría algo que decir.

—Exactamente. Preferencia, gusto, predilección personal. Pero ¿qué hace que el trabajo de un tipo valga un millón de pavos y el de otro menos que lo que cuesta el lienzo y el óleo?

—Talento.

—En un mundo ideal, desde luego, pero no es la única cosa, no en este mundo. Supongo que debería haberlo planteado de una forma diferente: ¿qué hace que un tipo consiga un millón de dólares por una pintura mientras que el artista vecino no puede subir el precio de su lienzo? Puede ser pura suerte, podrían ser los contactos, podría ser la galería correcta, el agente correcto, el trabajo correcto en el momento adecuado. En Nueva York, probablemente igual que en Londres, si cierto marchante decide que eres lo último de lo último, bang, ya lo tienes. Ayer estabas muy cerca de comer en un contenedor, hoy este marchante está vendiendo tu obra por más de un millón a un cliente rico al que han de decirle lo que es bueno y lo que le gusta. De repente, tienes un millón más que el tipo que trabaja en el estudio de al lado, pero ¿qué te ha hecho merecerlo?

—¿Qué hace que un actor valga veinte millones por una película?

—Los resultados de la taquilla. La cuestión con la remuneración en el mundo del arte es que no requiere prueba de popularidad. No has de atraer a un montón de gente, solo a la gente adecuada. Claro, es arbitrario en Hollywood: una cara bonita y un poco de suerte y tienes toda la ventaja para hacer una actuación que podrían hacer un montón de actores. Tom Cruise gana veinte millones por una sonrisa bonita, y puede agitar el puño si necesitas que parezca enfadado, pero también puede darse la vuelta y decir «jódete, mi peli recaudó setenta millones de pavos el primer fin de semana».

Habían llegado a la entrada del café en el ala Richelieu, y se habían unido a una cola para que les dieran mesa solo un poquito más corta que la que había delante de *La Gioconda*.

—¿Esta es la parte en la que me cuentas que eres un genio ignoto resentido contra una sociedad indiferente? —preguntó Angelique.

—No, yo soy una mediocridad sin descubrir. Un don nadie, de hecho. Sería un mediocre si jugara en la misma liga que la gente de verdadero talento. Soy un artista fracasado, justa y correctamente no descubierta, todos lo somos, excepto Karl.

—¿Te refieres al Colectivo Cleminson?

—Al Colectivo de Artistas Fracasados para ser precisos. Así nos llamábamos antes.

—Pero eras artista.

—Estudié arte, no me llamaría a mí mismo artista. Karl es un artista.

—¿Quién es Karl?

—El artista fracasado anteriormente conocido como Ionesco. Es el que tiene talento.

—¿Talento como *hacker* y geniecillo informático?

Zal rio.

—Oh, eso le encantaría. Sabe de códigos, sí, pero no se llamaría *hacker* y desde luego no es un geniecillo. ¿Y por qué cualquiera de nosotros que sea bueno con los ordenadores ha de ser un geniecillo? Tiene treinta y tantos.

—Como lo quieras llamar, romper el código de seguridad de un banco es más que saber un poco de códigos.

—Cierto, pero no tanto como imaginas.

—Entonces, ¿vas a decirme cómo lo hizo?

—Mientras no corramos peligro de conseguir una mesa, ¿por qué no? Karl solo dejó un troyano SubSeven en el disco duro del director.

—¿En cristiano?

—Un troyano SubSeven se oculta en el sistema y puede hacer cosas que van desde transmitir información a permitirte un acceso remoto completo. El que usó Karl es muy básico. No da acceso pleno solo por estar ahí, porque hay contraseñas que protegen diferentes niveles del sistema.

—Entonces, ¿cómo lo consiguió?

—Su troyano detectaba pulsaciones de teclado, una herramienta de hackeo muy común. Consiguió todas las contraseñas del director y en última instancia el control pleno del sistema.

—Pero ¿cómo entró en el sistema? ¿No tienen antivirus?

—Solo hay que ir un día por delante de la modificación del *software* de escaneo. Lo puso en una web y le envió un enlace al director, pero cambió los detalles de la cuenta para que el mensaje pareciera proceder de un colega del RSGN. El tipo hace clic en el enlace y lo primero que descarga su PC de la página es el troyano.

—¿Qué había en la página?

—404. Archivo no encontrado.

—Vaya, ¿el pobre cabrón ni siquiera pudo echar un vistazo a un poco de porno?

—No lo necesitaba, por lo que dijo Karl de la caché temporal del tipo.

—Entonces si todo esto se consigue en un día de trabajo, ¿dónde radica el verdadero talento?

—En algún sitio entre el arte y el código, entre el *software* y el papel. Desde que tuvo su primer Commodore, Karl hizo cosas asombrosas con programas de diseño gráfico (animaciones en 2D y 3D), pero siempre le frustró que solo pudiera existir en un monitor. Los ordenadores se hicieron más potentes y el *software* más avanzado, pero esa parte nunca cambió, al



menos no a tiempo. Alguien que empieza a pintar y encuentra una limitación en las dos dimensiones puede pasar a la escultura o la instalación, pero Karl no podía. Podía esculpir en tres dimensiones, pero la única forma de representarlo seguía limitada a dos.

—¿Y por eso es un artista fallido?

—Sí, bastante. El esnobismo ligado a los ordenadores no ayudaba, sobre todo en esos tiempos. Pero su principal dificultad era su propia frustración. Le fascinó esta brecha, esta barrera que tal como la veía aprisionaba sus creaciones. Era un adelantado a su tiempo, ese era el problema. Cinco años más tarde podría haber trabajado con proyectores holográficos de todo tipo, pero para entonces era demasiado tarde.

—¿Por qué no puede hacer esa clase de proyecto ahora?

—Las cosas se han... complicado en los últimos años. Además, el tiempo pasa, el ímpetu se altera, las ambiciones y los entusiasmos cambian. Todavía está obsesionado con cerrar esa brecha, de todos modos. Ha desarrollado una tecnología para crear moldes generados por ordenador, usando una rejilla de miles de agujas minúsculas ajustables en longitud. Mira, esculpes en pantalla, este chisme imita (o invierte) la forma en tres dimensiones, luego viertes tu material de trabajo, cemento, arcilla...

—Látex, quizá.

—Sí. El látex funciona muy bien. Como estoy seguro de que puedes apreciar, el chisme tiene un potencial enorme, pero estas cosas siempre necesitan dinero para el desarrollo.

—Espero que encuentre un benefactor. ¿Y podría preguntar si ese chisme funciona con metal?

Zal rio.

—¿Estás hablando de las armas? No. Algún día quizá.

—Entonces, ¿quién las hizo?

—Estaban hechas a mano —dijo, sonriendo con un poco de timidez—. No es la mejor obra del artista, pero cumplió su propósito.

La SPAS-12 no estaba hecha a mano.

—¿Spas qué?

El lanzagranadas.

Oh, eso. Prestado. Limpiado. Devuelto. Olvídalo.

Al final los condujeron a una mesa, donde la visión del menú transformó la necesidad de Zal de un café en el deseo de una cerveza para acompañar un plato de comida. Angelique iba a optar por más agua mineral, pero la

opulencia del entorno y la permanente conciencia de que se trataba de su tiempo libre inclinó la balanza a favor de una Kronenbourg.

—Salud —dijo Zal, levantando su copa.

Angelique entrechocó la suya, pero no iba a dejar que cambiara de tema.

Si eres escultor, ¿cómo es que sabes tanto de pintura?

—No soy escultor y no soy artista, pero sí que estudié arte.

—¿Dónde? ¿En Las Vegas?

No hace falta que te hagas la graciosa. En Los Ángeles.

—¿Ahí os conocisteis?

—No, conozco a Karl desde que éramos niños. Vivíamos en la misma calle, crecimos juntos. Su padre trabajaba en el Circus Circus. Era lanzador de cuchillos y acróbata, y payaso, aunque a regañadientes.

—¿A regañadientes?

—No le gustaba la idea de que lo consideraran una figura graciosa por su baja estatura. Creo que le pesaba mucho que la gente lo viera como un tipo pintoresco aunque estuviera haciendo otras cosas. No importaba que fuera el mejor lanzador de cuchillos que hubieran visto, que sin duda lo era. No te fijas tanto en eso cuando eres niño, pero en retrospectiva supongo que no estaba del todo cómodo con lo que hacía, punto. Enseñó muchas cosas a Karl (todos los niños quieren copiar a sus padres), pero estaba decidido a que Karl no siguiera sus pasos.

—¿También alentó sus ambiciones artísticas?

—No, no del todo. Sabía que Karl tenía cabeza para los números y facilidad con los ordenadores; le habría gustado que se dedicara a las tecnologías de la información, contabilidad o algo así. Hasta el hecho de que Karl fuera artista aunque no actuara le preocupaba, le parecía que eso estaba demasiado cerca de «lo pintoresco». «No quiero que te exhiban», le decía. La típica charla psicológica de los padres (transferencia de culpa, subrogación de tu propio arrepentimiento), ya sabes. Curiosamente, consiguió su deseo. No hubo exposición para Karl.

—¿Y por eso la tienes tomada con la *Mona Lisa*?

—Eh, no la culpo a ella. Mierda, todo el mundo conoce a alguien como Karl, alguien que tiene más talento que una docena, que mil que tienen más éxito, pero nunca tuvieron la oportunidad. También he conocido a tipos con talento y oportunidades. Karl y yo teníamos un amigo en una escuela de arte de Los Ángeles, un escultor que tenía el don, y sabíamos que se labraría un nombre. Probablemente ayudó que su familia tuviera dinero, pero no se le puede negar su talento. No te enfadas con los genios que tienen éxito, te

cabrea que lo tengan los mediocres y la gente que no es capaz de ver la diferencia.

—Perdona mi obsesión por el ángulo profesional en esto, pero tengo curiosidad por saber cómo tu rabia llega a la catarsis con el robo de bancos.

Zal se metió en la boca otro trozo de quiche antes de responder a la pregunta, sin inmutarse por el estilo directo de Angelique pero sin evitarlo. Había algo en la sinceridad de Zal que podía considerarse más surrealista que ninguno de los métodos que había empleado para desvalijar el RSGN, y ella no podía evitar preguntarse dónde estaba la trampa o el engaño. En sus momentos más paranoicos, Angelique se descubría pensando en Kevin Spacey desenredando su telaraña de mentiras en *Sospechosos habituales*.

—Karl y yo nos trasladamos a Nueva York después de la facultad, cuando él todavía no estaba intimidado por su incapacidad de expresar plenamente sus talentos y yo todavía no sabía que no tenía ninguno. Tal vez fue el movimiento más estúpido de nuestras vidas para los dos. Estábamos en la periferia del mundillo del arte allí, podría decirse, como Plutón está en la periferia del sistema solar. Dos tipos de Las Vegas nunca iban a ser bien recibidos en el corazón de la escena más cabrona, elitista y endogámica de la faz de la tierra, pero nos quedamos allí. Entretanto, en Los Ángeles, donde teníamos contactos y conocíamos a alguna gente, a nuestros colegas de la facultad los contrataban como críticos o ayudantes de comisarios, y hacían exposiciones conjuntas. Pero habíamos decidido que había que estar en Nueva York, y somos dos tercos hijos de perra. Pillamos trabajos en galerías, trabajo de recaderos la mayor parte del tiempo, solo para seguir en la escena, ja, ja, suponiendo que si nos quedábamos el tiempo suficiente al final se fijarían en nosotros. Así conocimos a Leo y Jerome.

—Dalí y Chagall.

—Ahora tienes al equipo completo, sí. Se conocieron en la facultad de bellas artes y mantuvieron el contacto desde entonces. Diría que son grandes amigos, pero si vieras cómo se comportan entre ellos... No importa. Más o menos nos encontramos. Eran compañeros fracasados, y ellos tampoco encajaban muy bien. Así que formamos nuestra pequeña camarilla de parias, inadaptados y fracasados, tratando de hacer que cada uno se sintiera mejor con todo eso.

Zal sonrió al recordar algo y dio un trago a su cerveza saboreando el momento.

—Había un tipo que se hacía llamar Mercurio, pero su verdadero nombre era algo como Brant Hetherington Tercero. Capullo, pijo. Jerome lo conocía

de la secundaria. La cuestión es que Brant se había reinventado como Mercurio, Jerome no habría podido reinventarse ni en el Programa de Protección de Testigos, así que continuó siendo lo que era. Mercurio, entretanto, era un completo inepto, pero tenía dinero para gastar en ropa y fiestas, y además era muy bueno para saber a quién debía lamerle el culo. Así que en poco tiempo su famoso galerista ya estaba exhibiendo su bazofia y unos cuantos capullos sobrados de pasta la estaban comprando por más de cincuenta mil la pieza.

Dejó que Angelique asimilara la información mientras terminaba lo que tenía en el plato.

—Decidimos que había que dar una lección de valor a esa gente — continuó.

—¿Y eso significa...?

—Teníamos los nombres y direcciones de todos los que habían comprado una de las pinturas de Mercurio y las robamos. Bueno, las sustituimos.

—¿Con qué?

—Con un mensaje enmarcado. Decía, a ver, deja que me acuerde: «Cualquiera que puede gastar cincuenta mil dólares en un mojón puede permitirse perder cincuenta mil dólares de mierda. Este mensaje te ha llegado a través del Colectivo de Artistas Fracados». Pensábamos que éramos geniales antes de que alguien dijera que nuestros motivos eran lamentables y evidentes.

—¿Cómo les robabais?

—Investigábamos las agendas de los propietarios y entrábamos cuando solo estaba el servicio en casa. Accedíamos por la puerta principal de sus apartamentos a plena luz del día y nos llevábamos las pinturas de las paredes, diciendo al personal de servicio que era para una tasación del seguro. Los sustitutos los enviábamos por correo después. Hicimos cuatro golpes el mismo día para poder usar el mismo *modus operandi*. Lo único que necesitas es algo de papeleo, un par de tipos con mono y un tipo amable con traje que hable español como su madre mexicana.

Tú. Pero podrían haberte identificado después.

Leo sabía trabajar con látex y maquillaje mucho antes de que tuviéramos el chisme de Karl. No había mucho que pudiéramos hacer con el rasgo característico de Karl, así que él conducía la furgoneta.

—¿Qué hicisteis con las pinturas?

Jerome quería quemarlas, pero Karl y yo éramos un poco quisquillosos con eso. Aunque sea una mierda, es la obra de alguien. Las pusimos en un

almacén de Newark. Que yo sepa, siguen allí, junto con unas pocas más.

—¿Lo volvisteis a hacer?

—Había mucha mierda sobrevalorada y muchos idiotas con dinero para quemar.

—¿Y no estaban sobre aviso?

—Oh, sí, al final sí, pero variamos la técnica. Dijeron al servicio que no dejaran que nadie se llevara sus pinturas, por más aspecto oficial que tuvieran y fuera cual fuese la documentación que presentaran. Lo contrarrestamos al principio diciendo que éramos de Hacienda y que veníamos a confiscar la pintura porque se debían impuestos. Créeme, nadie va a mandar a tomar por culo a Hacienda, y menos un ilegal que cobra cinco pavos la hora. Por supuesto, no podíamos seguir con eso siempre, así que después usamos otra distracción: yo mantenía al servicio ocupado en otra sala mientras Leo y Jerome se llevaban la pintura. Éramos un fotógrafo y sus ayudantes que habíamos venido a hacer fotos del apartamento para una revista, engaños así.

—Perdona otra vez el ángulo previsible, pero ¿qué estaba haciendo la policía de Nueva York mientras tanto?

—Se preocupaban por crímenes reales en los que había gente herida. Los polis no necesitaban un mensaje enmarcado. Para ellos, alguien que puede gastar esa cantidad de dinero en una pintura, por más mierda que sea, no estará pronto en los comedores sociales.

—Aun así, el dinero manda.

—Tendríamos que haberlo pensado también, ¿no? Pero has de comprender que estamos hablando de Nueva York, y de la gente del arte: la gente más presuntuosa, hueca y moderna del mundo. Se volvió *cool* haber sido robado por nosotros.

—Estás de broma.

—No, no. De repente, no eras nadie a menos que te hubiera desvalijado el CAF. La mayoría de ellos ni siquiera lo denunciaban. Solo decían al servicio que estuvieran preparados, pero nosotros ya dábamos eso por descontado. Un montón de estos capullos probablemente ni siquiera hicieron eso, no fuera a ser que no nos marcháramos con su cuadro. Incluso oí hablar de un pobre desgraciado que compró un lienzo de Mercurio, lo escondió y luego falsificó uno de nuestros mensajes enmarcados.

»Al final se volvió contraproducente. Por eso paramos. Había gente que compraba mierda con la esperanza de que la robáramos, y acabamos subiendo el caché (por no hablar de las cuentas bancarias) de perdedores como Mercurio.

—Mientras no ganabais nada.

Bueno, algunas felicitaciones. Quiero decir, la gente sabía que éramos nosotros. Nadie podía probar nada, pero lo sabían, así que lo pasamos bien un tiempo; un nanosegundo o así. Además, al final descubrí que sí tenía alguna clase de talento artístico.

—Un talento hereditario —declaró Angelique en voz baja—. Para hacer desaparecer cosas.

Zal asintió, sonriendo ante su deducción, pero también había allí una tristeza indisimulada: lamento, pérdida.

—Nos decíamos que el CAF era una especie de *performance*, y quizá era cierto en su contexto, pero en la práctica era... —Se fue apagando, apartando la mirada, retirándose, pero no tan lejos como para poder ocultar el inicio de las lágrimas—. Vamos —dijo al fin, levantándose y riendo un poco como para sacarle hierro—. Es hora de que te muestre una pintura que tengo en mayor estima que la señorita Risueña.

Después de una breve consulta de su guía, Zal la llevó a la entrada del sótano inferior del ala Sully. Allí siguieron el camino en torno al inmenso foso, columnas de piedra y fortificaciones que formaban los cimientos de la fortaleza medieval que se había alzado en ese lugar.

—No tenía ni idea de que había todo esto aquí abajo —señaló Angelique—. Es increíble.

—Muy bonito, sí. Quiero decir, tenemos cosas mejores en Las Vegas, y además nuestro castillo de Excalibur es nuevo, pero hay que reconocerles su mérito a estos franceses.

Angelique lo observó mientras caminaba. Sus bromas no engañaban a nadie: el tipo estaba embelesado, con una inocencia atónita en esos ojos que habían sido cínicos y calculadores.

—Nunca habías estado aquí antes, ¿no? —preguntó Angelique con sinceridad, tratando de que no sonara como una pulla u otra deducción arrogante.

Zal negó con la cabeza.

—Nunca había estado en Europa antes. Es la primera vez que salgo de Estados Unidos. Me has descubierto otra vez.

—Pareces... muy feliz. Supongo que es todo lo que esperabas.

—Y más.

—Ibas a venir de todos modos, ¿no? No tiene nada que ver conmigo.

—Sí a la primera parte, no a la segunda. Siempre he querido venir aquí, es un sueño de hace mucho tiempo, si quieres. Pero también era un sueño venir

aquí con una chica. Patético ideal romántico de adolescente, lo sé, pero no se olvida. Cuando estuvimos hablando la otra noche, pensé, ¿por qué no?

—Se me ocurren razones obvias.

—Yo también podría haber pensado en un montón.

—Me alegro de que no lo hicieras.

—Yo me alegro de que tú tampoco lo hicieras.

Angelique había hablado antes de poder censurarse a sí misma, pero le sorprendió descubrir que no lo lamentaba. No se sentía desguarnecida, como podría haber temido, ni se sentía mal; solo se sentía cómoda, y eso era indiscutiblemente mucho más peligroso.

—Es esa fantasía, ¿siempre llevabas a la chica a ver la *Mona Lisa*?

—Creo que cuando concebí la fantasía probablemente no sabía que la *Mona Lisa* estaba aquí. Pensaba que estaría en el Vaticano porque era italiana.

—Como es tu primera vez, es un poco irónico que fuera lo primero que has ido a ver, después de todo lo que has dicho.

—Lo hice por el ala Denon. Hemos visto un montón de cuadros flipantes antes de que llegáramos a la señorita Alegre.

—¿Cuadros flipantes? ¿Es otro término técnico?

—Te he dicho que fui a la facultad de bellas artes.

—¿Y adónde vamos ahora?

Consultó la guía.

—Sully, *déuxieme etage, salón vingt huit*. Casi estamos.

—¿Hablas francés?

—No. Solo español e inglés. ¿Tú?

—*Oui*. Español también, y holandés. Cuando aprenda italiano supongo que conoceré los principales idiomas de los criminales de por aquí, aparte del *cocknev*.

—Un don valioso. Puedes oír cómo la gente te miente en cuatro idiomas.

—Sí. Y entonces llegaste tú: alguien que ni siquiera necesita palabras para engañar. Eso sí que es un don.

—No soy el primero, y *monsieur* La Tour puede dar fe. Mira bien esto.

Se detuvieron delante de una pintura de cuatro personas en torno a una mesa, dos hombres y una mujer jugando a las cartas y una segunda mujer sirviendo vino.

—*El tahúr del as de diamantes* —dijo Zal—. Este me habla de verdad. Míralo. Al pobre cabrón de la derecha le han tomado el pelo por segunda vez en un día: primero lo hizo el que le vendió ese estúpido sombrero con la pluma. Además del as de diamantes, Rob Lowe, allí a la izquierda, también

tiene el as de picas metido en la faja, probablemente la carta que espera el Gallo Claudio. Y todo el mundo está compinchado: la mujer que busca una señal de la sirvienta, que está mirándole las cartas al petimetre desgraciado, que seguramente piensa que la sirvienta no entiende el juego.

»Pero esto es lo mejor: Rob Lowe parece aburrido, como si hubiera perdido interés en la partida. Esa es la clave de esta estafa, es lo que deja al chico al descubierto. Te preocupas por un oponente intenso, no por alguien que parece a punto de largarse al bar. La carta en la manga es una simple técnica, como Karl y su troyano. El verdadero arte está en vender la ilusión.

¿Cómo hacer creer a una gilipollas que eres un aficionado inepto que está a punto de derrumbar un banco porque sus explosivos funcionan mal?

—Se trata de dejar que la gente vea lo que quiere ver y crea lo que quiere creer. ¿Conoces la frase «la mano es más rápida que el ojo»?

—Que se hace una paja sin que nadie tenga tiempo de verlo.

—¿Eh?

—Nada, un chiste viejo. Sí, conozco la frase.

—Es mentira. La luz viaja a trescientos mil kilómetros por segundo, así que no hay mano en este universo que pueda ser más rápida que la vista. La frase la acuñaron y la usaron los magos porque se adapta a sus propósitos arteros. El público siempre está buscando acciones que ni siquiera se intentan, lo que significa que no se fijan en lo que el mago pretende en realidad. La prestidigitación es una parte inestimable, pero la clave está en desviar la atención. La mano no tiene que ser más rápida que la vista si el ojo está mirando a otro sitio. Todo lo que hace el mago es para despistar al público, todo: cómo se coloca, adonde mira, adonde señala y sobre todo qué dice. Nunca estará haciendo lo que dice que está haciendo, y si te dice lo que está a punto de hacer está mintiendo.

Me consideraré avisada.

Nunca estarás avisada, porque es como un jugador de ajedrez: siempre está pensando varios movimientos por delante. Deja que te lo demuestre.

Zal sacó una baraja de cartas del bolsillo de la chaqueta y las pasó expertamente de una mano a otra antes de barajarlas y abrirlas en abanico delante de Angélique. El sonido atrajo unas pocas miradas de interés de otras partes de la sala, entre ellas la del vigilante de seguridad más cercano.

—Esta clase de cosas solo están permitidas en el exterior de la pirámide le reprendió ella, pero él no iba a amilanarse.

—Entonces será mejor que cojas una carta y terminemos con esto.



Angelique cogió una y la examinó. Era el siete de diamantes. Estaba a punto de ponerla en la baraja, pero la retiró otra vez.

—¿Y si la pongo yo en el mazo y barajo yo?

—¿Qué te preocupa? ¿Que ponga subrepticamente tu carta en un lugar conveniente cerca de la parte superior o inferior del mazo? O una mezcla hindú, quizá.

—Todo eso. Dame las cartas.

Zal se las pasó con un suspiro resignado. Angelique echó otro vistazo al vigilante de seguridad, que ahora les estaba sonriendo.

—Le gusta mi estilo dijo Angelique, mirando a Zal a los ojos.

Él miró para ver de qué estaba hablando, y en ese momento Angelique metió la carta en el mazo y empezó a barajar.

—Vale, encuentra ahora mi carta, señor jugador de ajedrez.

Zal cogió el mazo y negó con la cabeza, sonriendo con timidez.

—No puedo.

—¿Por qué no? —preguntó ella, permitiéndose una sonrisa triunfal.

—Porque la tiene Rob Lowe —le dijo, y se alejó.

Ella miró otra vez la pintura. El tahúr epónimo al extremo de la mesa, además de ocultar dos ases a su espalda, sostenía el siete de diamantes en la mano derecha.

—Cabrón.

Angelique lo siguió al pasillo, donde él estaba esperándola, riendo.

—Vale, ¿cómo coño lo has hecho?

—La primera regla de un truco: asegúrate de que están todas las piezas donde las necesitarás antes de empezar. Conozco mucho la pintura, así que sabía lo que llevan todos los jugadores.

—Pero ¿cómo me has hecho elegir el siete de diamantes?

—Secreto profesional. Se llama «forzado». Hay muchas técnicas, pero una sola intención: hacer que el sujeto elija la carta que quieres que elija.

—¿Y si no lo hace?

—Tienes una emergencia. Muchas veces abandonas el truco pretendido y haces uno nuevo que no se basa en el forzado. Mi padre tenía una buena manera de esquivarlo. También pedía a alguien que eligiera una carta, lo que le daba una segunda oportunidad de forzarlo, y luego le daba a elegir a un tercer miembro del público qué carta eliminaría, anunciando con mucho dramatismo que no podía forzar una carta. Si la tercera persona elegía la correcta, decía: «¿Quieres que use esta carta?». Muy bien. Y si elegía la

equivocada: «¿Quieres que elimine esta carta?». ¿Qué hubieras hecho si no hubiera elegido la carta forzada?

Zal abrió el mazo otra vez, en esta ocasión boca arriba. Todas las cartas eran el siete de diamantes.

—Como he dicho antes, te aseguras de que todo lo que necesitas está en su lugar.

—Necesito aire —dijo Angelique—. Tengo el cerebro recalentado.

—El patio de las esculturas está...

—Creo que voy a necesitar más aire que eso.

Angelique era consciente de que Zal podría haber seguido paseando tan contento por el Louvre hasta caer rendido, así que le pareció muy atento de su parte que accediera a irse sin quejarse cuando ella lo propuso. Dieron un paseo a orillas del Sena. El aire frío arrastraba montones de telarañas, pero aún sentía el cerebro lleno de nudos.

—¿Hacer que yo sacara a los rehenes y despejara el banco también fue un forzado?

—Puedes encontrar nuevas formas de aplicarlo, pero los principios de la ilusión son siempre los mismos.

—Principios que todo hijo de mago aprende.

—Sí, tanto si quiere como si no.

¿No querías seguir los pasos de tu padre?

—No exactamente, no. Quiero decir, de niño pensaba que era el más grande, y me encantaba que me enseñara cosas. Supe hacer la mezcla hindú antes de saber leer. A esa edad todos los niños del mundo quieren ser como sus padres, pero nadie lo sigue deseando cuando su padre empieza a ser un capullo. Muchos tipos terminan siendo como sus padres de todos modos, pero es porque intentan ser el que había sido.

—¿Qué es lo que hizo? Para ser un capullo, me refiero.

—Trucos de escapismo. Apropiado, ¿eh? Su mejor número, llevado a cabo en exclusiva para un público selecto, como eran su mujer y su hijo. Ahora lo ves, ahora no lo ves.

—¿Bebida?

—Podría tomar algo sí.

—Quería decir...

—Lo sé. Y sí, bebía. Iba y venía todo el tiempo, nunca sabías en qué estado aparecería. Odiaba cuando no estaba porque me preocupaba que no volviera. Cuando lo hacía, mi madre y él discutían tanto que solo quería que se marchara otra vez. Al final logré mi deseo. Lo despidieron de un sitio más,

y pronto nadie en Las Vegas quería contratarlo, así que cogió la carretera y se fue a buscar trabajo. Dijo que mandaría dinero a casa, lo cual hizo muy de tarde en tarde. Cada dos por tres aparecía en persona, normalmente porque no tenía un centavo.

—¿Cuánto tiempo duró eso?

—Hasta mis trece años.

—¿Qué pasó entonces? ¿Se divorciaron?

Zal dejó de caminar y miró a lo lejos, al río.

—Un conductor borracho chocó con el coche de mi madre en las Vegas. Ella no sobrevivió.

—Lo siento.

Zal asintió, luego se volvió y la miró con años de pesar en el rostro. Angelique se sintió extrañamente agradecida por lo que él estaba compartiendo. A veces, cuando pensabas que la gente se estaba abriendo a ti, podían pisar esa clase de territorio doloroso y de repente cerrarse más que antes, dándote un portazo en las narices.

—Me gustaría sentarme —dijo él, y se dirigió a un banco cercano.

—¿Qué pasó contigo después?

—Fue raro. Mi padre se reformó, literalmente de la noche a la mañana. Un momento de claridad, un golpe en la cabeza, toda esa mierda. Cuando ya no lo tenía, vio todo lo que había estado desperdiciando. Era demasiado tarde para reconciliarse con mi madre, así que iba a reconciliarse conmigo, o con ella a través de mí. Yo iba adonde él iba. A Reno un tiempo, luego a otras ciudades con casinos más pequeños, luego más lejos. Actuó en salones de hotel por todas partes. Cambiaba de escuela cada seis meses. Probablemente por eso me quedé tan cerca de Karl: era el único amigo real que tenía, el único que sabía que siempre estaría allí; Las Vegas es el único lugar al que sabía que siempre volveríamos.

»Mi padre trabajaba sobre todo por la noche, y yo le ayudé entre bambalinas mucho tiempo. Creo que mi yo de nueve años seguía cabreado con él, porque decidí que no quería ser lo que él era, pero lo aprendí de todos modos.

—¿Tu padre quería que te pusieras los guantes blancos?

—Oh, por supuesto. Nada le habría hecho más feliz que verme con una varita en un escenario. Quería lo contrario que el padre de Karl, y ahí lo tienes: Karl y yo hicimos lo mismo pero logramos hacer infelices a nuestros padres. Mi padre decía que yo era mucho mejor de lo que él podía ser. Decía que tenía mejores manos, mejor técnica, mejor percepción de la psicología del

público. Pero yo había decidido hacía tiempo que no iba a ser como él. En cuanto terminé el instituto, me largué.

—¿Te lo hizo pasar mal?

—No, sabía que ya me había hecho sufrir bastante. No ocultaba su tristeza, pero me dio su bendición. También dinero, lo que tenía. Lo intentó, realmente lo intentó después de que mi madre muriera. Creo que habría hecho cualquier cosa por recuperarla.

Zal apartó la mirada otra vez, pero ningún truco podía ocultar su dolor.

—Él también está muerto, ¿no? —preguntó Angelique.

Zal asintió, mirando el rápido fluir del Sena, los barcos de turistas remontando la corriente al regresar a la Île de la Cité.

—Murió cuando yo estaba en prisión, hace casi tres años. No pude decirle adiós. O «te perdono», que es lo que realmente necesitaba oír.

Angelique se inclinó y le cogió la mano. Él reaccionó apretando la suya a modo de reconocimiento, o quizá de agradecimiento.

—Por eso viniste a Glasgow, ¿eh? Para decir adiós y te perdono en su ciudad natal.

Zal la miró.

—¿Cómo sabes eso?

No había sorpresa ni acusación en su expresión, solo una sinceridad inquisitiva.

—*Alakazammy stairhed rammy*. Dijiste eso en el banco. Era su abracadabra, ¿no?

—No. Lo usaba, sí, pero no lo acuñó él. Era el abracadabra del tipo que le enseñó, un habitual de los music halls de Glasgow.

—¿Quién era?

—Eh, esa es otra historia. Quizá en otra ocasión. Pero sí, cuando estaba en prisión decidí visitar su lugar de origen. Para decir adiós, pero también para conocerle un poco mejor. Crecí con las historias de esa ciudad lejana que formaba parte de su infancia y que sin embargo yo nunca había visto. Pero no fue la única razón por la que vine. O bueno, habría venido un día de todos modos, pero...

—¿Qué?

Se levantó.

—Se me está empezando a helar el culo, ¿a ti no?

—Yo no soy de Nevada.

—Bueno, yo solo soy medio de Glasgow. Necesito refugio. ¿Qué tal si te invito a cenar?

—Ah, para de retorcerme el brazo. Vale, vale, pero solo si puedo ir a cambiarme. A ponerme elegante.

—Y el micrófono.

—Eso también.

Angelique se quedó bajo una cascada caliente, disfrutando de la sensación del agua, pero disfrutando más de lo que la rodeaba. Levantó la mirada al grifo de acero cuadrado, preguntándose si una ducha cubista te dejaba más limpio que una normal. De todos modos, la sensación era buena. Se sentía bien. Volvió a pensar en la mañana del atraco, y en esa ducha de la que no quería salir porque la sentía como un santuario. Esta la estaba abrazando, y Zal le había dicho que se tomara el tiempo que necesitara. Aun así, sabía que no estaría mucho tiempo debajo del agua. Estaba ansiosa por conocerle más y, no tenía sentido negarlo, impaciente por volver a estar en su compañía, sobre todo cuando implicaba cenar en Montmartre. Todavía había una voz en su interior que le preguntaba si sabía dónde se estaba metiendo, pero ya no había ninguna posibilidad de que ella le prestara atención. Detener terroristas estaba archivado en su memoria y su conciencia como «hacer lo correcto». Si esto era un error, que todos sus errores fueran tan apetecibles.

Comieron cerca del hotel, la temperatura había caído por debajo incluso de la tolerancia de Angelique, y desde luego por debajo del umbral del vestido que llevaba. También daba la impresión de que la indumentaria de Zal respondía más al deseo de tener buen aspecto en un interior cálido que a los requerimientos de una noche invernal.

Un camarero cogió sus chaquetas cuando llegaron a su mesa, revelando que la camisa de Zal era de manga corta, lo que normalmente era un crimen a ojos de Angelique, pero podían hacerse excepciones cuando los brazos expuestos eran como los suyos. Lo que también exponían eran las partes inferiores de más tatuajes, diseños en negro, como enredaderas creciendo en torno a sus bíceps.

—Menuda marca de nacimiento —señaló Angelique, haciendo broma de que la pillara mirando.

—La cárcel —contestó él—. Es curioso, nunca pensé siquiera en hacerme uno antes. No fue exactamente porque lo hacía todo el mundo, más bien una cuestión de tiempo y disponibilidad. Al final no se me daba mal.

—¿Te los hiciste tú?

—Algunos. Al principio, no. Pero hablé con el tipo que me los hizo. Se dio cuenta de que yo podía dibujar mejor que él y tenía mano firme, así que más o menos colaboramos un tiempo. Es casi como... una forma de llevar tus cicatrices mentales. Te recuerdan el modo en que has cambiado y la tinta permanente significa que nunca podrás volver atrás. Lecciones aprendidas, cosas a las que has sobrevivido.

—¿Cuál fue el primero?

Se subió la manga del brazo derecho para mostrar cuatro palabras dentro de un marco que tenía demasiado de Charles Rennie Mackintosh para ser una coincidencia. Decía: «También esto pasará».

—La historia es que William Wallace pidió una vez a sus hombres que pensaran algo que lo animara cuando se sintiera depre, pero que le alertara cuando pensaba que las cosas iban bien. Por lo tanto: también esto pasará. Necesitas algo así en prisión. Ánimo y cautela, es la única manera de sobrevivir.

—¿Puedo preguntarte por qué te encerraron?

—Se remonta a Nueva York. ¿Recuerdas que he dicho que estuvimos bien un nanosegundo? Pues eso, solo fue un nanosegundo.

—¿Cómo es eso?

—Había otro niño rico mimado por ahí, pero no era como todos los demás que se rebelaban contra sus padres hasta que se reunían con ellos para pasar el verano en los Hamptons. El tipo era escoria con dinero, una especie de hipérbole andante de todos los tópicos del nuevo rico. Un montón de dinero para tirar, pero nada de clase y ningún gusto. Su falta de talento hacía que Mercurio pareciera Francis Bacon. Simplemente apareció. Ni siquiera creo que estuviera en la facultad, había decidido que le gustaba el arte, que entendía de arte, y creo que hasta ese momento de su vida estaba acostumbrado a conseguir lo que quería, así que esperaba... En realidad, no sé qué esperaba; igual quería labrarse un nombre con sus hazañas de pinta y colorea, o tal vez solo quería ser recibido en el meollo del mundillo del arte y que lo invitaran a las mejores inauguraciones y fiestas. No hace falta que diga que no pasó ni una cosa ni otra. A diferencia de Mercurio, no sabía cómo gastar su dinero para causar buena impresión, y desde luego no sabía lamer el culo de nadie, mucho menos saber cuál. Estaba más acostumbrado a que la gente se lo lamiera a él.

—¿Por qué? ¿Quién era?

Se llamaba Alejandro. Era lo único que sabíamos entonces. Lo llamábamos Sandy. Le caíamos bien (como te digo, fue ese nanosegundo) y

quería salir con nosotros, meterse en la acción. Mejor dicho, siendo él Sandy, quería que nosotros saliéramos con él, que fuéramos sus juguetes nuevos o accesorios, qué sé yo. Quizá pensaba que ser amigo nuestro le haría parecer mejor ante la gente que quería impresionar. En todo caso, le dijimos que se largara. Eso fue antes de que supiéramos quién era. Probablemente no habría cambiado nada, pero podríamos haber sido un poco más prudentes con las palabras que elegimos para tratar con él.

—¿Mañoso?

Sobrino de Héctor Estobal, jefe de una organización criminal a caballo entre el norte de México y el sur de California.

Mierda.

—Ajá. Alejandro era la niña de los ojos de Héctor, porque él no tenía hijos, así que estaba acostumbrado a conseguir todo lo que quería. Un ego colosal, ningún conocimiento, probablemente se convenció de que era un «artista» por un capricho adolescente, porque le gustaban algunas pinturas bonitas. El caso es que se fue a Nueva York, donde todos siguieron consintiendo sus caprichos. Seguramente yo fui una de las primeras personas que le dijo que no. Desde luego fui el primero en mandarlo a tomar por culo.

—¿Y envió a sus chicos?

—Todavía era un chaval, diecinueve o veinte años. Tenía dinero, pero no tenía gente en la Costa Este. El sindicato sí, pero no al mando de un adolescente impulsivo. Cuando no consiguió lo que quería, se largó otra vez a su casa de Los Ángeles, donde le hicieron sentir importante de nuevo. Muy importante, en realidad. Unos años más tarde, el viejo Estobal murió, ¿y adivinas quién ascendió a jefe de la familia?

—Pero era un crío.

—Era el ungido. Héctor no podía ver más allá; decididamente no veía las limitaciones del chico. La familia lo es todo, no hay meritocracia en ese mundo. De repente, él era el gran jefe y todos esos tipos de la Costa Este estaban bajo su mando.

Llegó el vino. Zal dejó que lo probara Angelique.

—¿Qué les mandó hacer?

—La cuestión es qué nos mandó hacer a nosotros. Vino a Nueva York y ordenó que un par de tipos me llevaran ante él. Yo esperaba un almacén y una paliza en una silla, pero nos vimos en un restaurante elegante. Fue así para que él pudiera alardear de su estatus, mientras yo estaba sentado allí con la ropa con la que había dormido. El restaurante está al otro lado de la calle del museo Gigliotti, una gran galería municipal. Me mostró postales de dos

pinturas: un Poussin y un Claudio de Lorena, las dos prestadas al Gigliotti, el Poussin por un magnate del cine y el Claudio de Lorena por un museo de Francia.

Zal dio un sorbo al vino y lo tragó sin mucho placer, aunque el mal gusto no procedía de la copa.

—Lo siguiente que hizo fue enseñarme una fotografía de mi padre. Me dijo que lo matarían a menos que yo y mis compañeros del CAF robásemos esas dos pinturas para él. Le dije que era imposible y me soltó que era mi problema. Así que cambié de estrategia y le dije que esas pinturas podrían valer mucho dinero pero que no podría venderlas.

—Porque todo el mundo sabría que eran robadas.

—Exacto. Así que el hijo de perra dice que no tiene ninguna intención de venderlas. Es una cuestión de relaciones corporativas, me cuenta. Tú entras en la sede central de una gran empresa y tienen obras de arte en el vestíbulo. Esto sería lo mismo: cuando la gente fuera a su casa vería que tenía cosas imposibles de obtener, obras que solo podían estar en un museo. Todo el mundo sabe que es robado, y ahí está, en tu pared. Eso me dijo, por lo menos.

—¿Qué quieres decir?

—No creo que realmente esperara que lo consiguiéramos, por mucho que pensara que éramos listos. Creo que solo quería que fuera su perrito; pasearme de la correa para obligarnos a los cuatro a hacer algo que podría llevarnos a la cárcel o a que nos pegaran un tiro. Pero lo que estaba claro es que iba en serio. Cuando volví del restaurante, descubrí que Karl estaba en el hospital. Tres de los hombres de Alejandro lo asaltaron al mismo tiempo que me raptaron a mí. A mí me tocó la comida; a él, el almacén y la silla. Lo apalearon. Casi perdió un ojo. Los cirujanos le salvaron el ojo, pero nos tuvo un tiempo en vilo. Hijos de puta.

Zal hizo un gesto de dolor al recordarlo y dio otro sorbo de vino para ayudar a tragar el nudo que se le había formado en la garganta.

—Qué cabrones, ir a por Karl —observó Angelique.

—Era para demostrar que eran despiadados. Fueron a por el más vulnerable, sin mostrar piedad, para que supiéramos que les encantaba hacernos daño utilizando a la gente que nos importaba. Era un mensaje para decirnos que no teníamos opciones. Cumplí con la voluntad de Alejandro.

—¿Cómo?

—Obedecí, concebí un plan. Conseguimos los planos del edificio, compramos o construimos el equipo que necesitábamos, confeccionamos



disfraces, diseñamos *software*, hicimos simulacros, ensayamos y practicamos, hasta que todo el mundo creyó que funcionaría: los chicos, Alejandro, todos.

—Pero no funcionó.

—Nunca lo sabremos. Tal y como yo lo veía, no podíamos permitirnos que funcionara. Si conseguíamos esas pinturas, él no dejaría que nos largáramos después. Iría a por otra cosa, nunca nos lo sacaríamos de encima. No podíamos negarnos, obviamente, o habría matado a mi padre, sin duda. Así que supuse que teníamos que cagarla y dejar que nos pillaran. Así, Alejandro tendría su venganza y se olvidaría de tratar de usarnos, porque éramos solo un puñado de perdedores y no lo que él se había imaginado.

—Pero irías a la cárcel.

—Eso pasaría de todos modos. Si no en este trabajo, quizá en el siguiente que nos obligara a hacer. Así, al menos, sería según mis propios términos.

—¿Qué hiciste?

—No le dije a nadie que la situación había cambiado, y seguimos adelante como estaba planeado. Yo conduje la furgoneta, con el resto de los chicos y parte del equipo en la parte de atrás. Pero cuando llegamos allí, cerré las puertas y entré en el museo solo. Supuse que era la única forma de minimizar los daños. Nos detuvieron a todos, pero yo fui el único al que pillaron dentro del museo. Los demás fueron acusados de cargos de conspiración. A mí me iban a caer de tres a cinco años, a los demás doce meses máximo.

—«Que nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos».

—Al principio no lo vieron así, como imagino que comprenderás, pero seguro que lo entendieron cuando los abogados empezaron a explicarles cosas.

—He oído hablar de honor entre ladrones, pero eso fue... abnegado, noble.

—Solo habría sido abnegado si hubiera renunciado a otra opción. Como te he dicho, iba a acabar en la cárcel en algún momento. Solo elegí cuándo, y vi una forma de hacerlo sin arrastrar a todos los demás conmigo. Bueno, al menos no por mucho tiempo.

No te engañes. Encontraste una forma de salvar a los tres y a tu padre de Alejandro. Es más que sacrificarse por el equipo.

Zal levantó la mirada del entrante, que apenas había tocado. Parecía recibir bien las atenciones de ella, pero no estaba convencido de sus sentimientos.

¿A quién salvé? Todos fuimos a prisión. Unos más tiempo que otros, pero basta con seis meses allí para joderte la vida. Alejandro tuvo su libra de carne. Seguimos sus órdenes, la cagamos, nos condenaron. —Zal apartó la mirada un segundo, como si estuviera a punto de coger su vino, luego miró otra vez a Angelique. Y mató a mi padre de todas formas.

No había lágrimas, solo una rabia contenida, que ardía lentamente.

—Joder, no sé qué decir.

—Lo subestimé. Pensaba que si parecíamos perdedores, si cooperábamos pero éramos incompetentes, se olvidaría de mi viejo. Me equivoqué.

—No puedes culparte, por el amor de Dios.

—No lo hago. Ni por un segundo. Culpo a Alejandro, y lo culpo cada día que respiro. Lo culpo por el asesinato de mi padre, lo culpo por joder las vidas de mis amigos y lo culpo por las cosas que me pasaron dentro; y también por todas las cosas que hice allí para sobrevivir, muchas de las cuales desearía olvidar. Pero me culpo de no haberle dicho ciertas cosas a mi padre cuando tuve la ocasión.

De nuevo Angelique buscó la mano de Zal, esta vez por encima de la mesa.

—No eres el primero en creer que tendrías más tiempo para hacer las paces con alguien.

—Sí, pero ¿lo habría hecho? Quizá solo cuando es demasiado tarde puedes olvidar toda la mierda y ver lo que era realmente valioso. Joder, renuncié a su apellido, imagínate si lo odiaba. Me puse el apellido de mi madre. Bueno, más o menos. Mi madre era mexicana y se apellidaba Inés, pero se lo cambió a Innez porque sonaba menos español. Quería ser más el hijo de mi madre que el hijo de mi padre; más mexicano que escocés.

—Suenan un poco escocés.

Zal sonrió, por primera vez en un buen rato. Tenía el tenedor lleno de ensalada en la mano derecha y no había soltado la mano de ella con la izquierda.

—Eso es lo que dijo mi padre cuando se la quería ligar.

—¿En qué momento Sal se convirtió en Zal?

Cuando tenía nueve años y vi la Sensational Alex Harvey Band por la tele. Compré unos cuantos álbumes, colgué pósteres en la pared. Si hubiera sabido que eran de Glasgow, mi entusiasmo podría haberse atemperado, pero para cuando me enteré ya estaba demasiado enganchado.

—Bueno, recapitulemos: renunciaste al apellido de tu padre, tomaste el de tu madre y alteraste tu nombre. ¿Tienes un segundo nombre? Y, en ese caso,

¿sigue intacto?

—Oh, sí, sin adulterar. McMillan.

—¿Por el primer ministro?

—Sí, pero no el que tú estás pensando.

—No creo que esté pensando en el que crees que estoy pensando.

—Intenta decirlo con la boca llena de *1inquine*. ¿En cuál estás pensando?

—En el del Rangers.

—Ian. Exacto. Olvidaba que te saqué del partido el sábado, ¿no?

—Te lo perdono. Ian McMillan fue de un poco antes de mi época, obviamente, pero he oído las historias.

—Jim Baxter recuperando el balón para él en la final de copa del sesenta y tres. Sí, las he oído todas. Crecí con esas historias. Recuerdo (de hecho es probable que sea uno de mis primeros recuerdos) a mi padre haciendo una fiesta en el patio de casa en 1972 cuando ganaron la Recopa de Europa. Los vecinos no tenían ni idea, pero, eh, había cerveza y barbacoa. Tuvo que llamar a un agente del Caesar's para saber qué estaba pasando; aceptaban apuestas de partidos de todo el mundo, así que tenían contacto con las agencias de noticias. Recuerdo a mi padre paseando arriba y abajo de la moqueta esa tarde, llamando a ese pobre tipo cada diez minutos. Al final se dejó caer de rodillas, luego se levantó y empezó a correr y nos abrazó a mí y a mi madre. Por suerte pasaron un par de días hasta que se enteró de los disturbios de después del partido. Eso le dolió.

—Todas las historias tienen dos caras. La policía española se excedió.

—¿Es tu opinión como policía o como aficionada de los Rangers?

—Mi opinión profesional —le aseguró Angelique sonriendo—. Fueron muy duros con gente que solo trataba de festejar, lo que fue bastante estúpido, pero es que nadie les había dicho que los de Glasgow no reaccionamos bien a una carga con porras de la policía fascista.

—¿Los polis salieron trasquilados?

—Oh, sí. Los catalanes no lo recuerdan como un disturbio, sino como la noche en que la poli de Franco recibió una buena paliza.

Aun así, mejor recordar solo quién ganó el partido.

Cierto. Me pongo a la defensiva con estas cosas, entro en modo debate de forma automática. Demasiadas discusiones con mi hermano. Es del Celtic, piensa que su equipo representa todas las virtudes progresistas, ¡nada menos! Nos llevamos bien aparte de eso, pero cuando se trata de fútbol somos como un microcosmos del viejo y grotesco conflicto entre las dos aficiones: es una rivalidad enfermiza. Cada parte siempre encuentra formas de denigrar los

logros históricos de la otra hasta que las dos terminan en un estado lamentable. Lo más triste es que lo primero en lo que piensa la mayoría de la gente cuando les mencionas Rangers o Celtic no es en el fútbol.

—Sí, mi padre me lo explicó..., bueno, nadie podía explicarlo. Me habló de eso. Decía que era una pena porque Escocia debería estar orgullosa de esos dos grandes clubes, y que era muy duro que hubiera toda esa mierda alrededor. Vale, reconozco que tenía que estar de muy buen humor antes de decir dos grandes clubes, pero sabes a qué me refiero.

—Como pocos. Estás hablando con alguien que empezó a ir a Ibrox a principios de los ochenta, cuando era una escolar católica.

—Joder. ¿Cómo fue eso?

—Por racismo, sobre todo. Digamos que no me sentía integrada en la escuela, así que pensé que podría integrarme con la gente que mis compañeros de clase odiaban.

—¿Y fue bien?

—Nadie me llamó negra de mierda, lo cual fue un punto de partida. No digo que no lo hubieran hecho si hubiera estado del otro lado de la hartera de la segregación, pero por una vez sentí que me clasificaban por el color de mi bufanda y no por el de mi piel. Pero en cuanto a integrarme, no estoy segura de que eso se haya resuelto. Pregúntame cuando estemos cantando *Follow Follow* después de marcar en un partido europeo y tendrás una respuesta distinta a cuando estoy sentada allí un sábado lluvioso, escuchando otra canción sobre el puto Úlster. Sí, el club tiene un montón de aficionados de allí y bla, bla, bla, pero Dios, entre eso y los aficionados del Celtic que van a los partidos a cantar sobre la hambruna de la patata...

»Supongo que lo que me enseñó es que los estadios de fútbol están llenos de gente que busca una sensación de pertenencia. A cualquier persona que se hace hinch de un equipo de fútbol le gustaría que el club representara todo lo que es para él. Así que me siento allí, cabreada porque nadie canta nada sobre los Rangers. Un par de filas más atrás hay algún imbécil que piensa que no eres un auténtico aficionado si no suscribes su anacrónico batiburrillo de gilipolleces ideológicas y pseudoétnicas; de lo que no se da cuenta es de que el tipo del asiento de al lado piensa que no es un aficionado auténtico porque su batiburrillo anacrónico no es lo bastante contundente. Y por todas partes hay gente que piensa que los dos son una vergüenza para el club.

—Pero todos sentís que pertenecéis al grupo, así que a la mierda los que crean que no.

Exacto. Es una filosofía valiosa de aprender cuando te estás educando en Renfrewshire y el color de la piel no encaja.

—Oh, diría que el color te encaja —dijo Zal—. No lo cambies, sabes, a menos que veas una chaqueta que quede bien con piel pálida.

—Vaya, gracias. ¿Te gusto en violeta? —preguntó, señalando su blusa.

—Claro. Pero después del sábado siempre te imagino en negro.

—¿Crees que el kevlar me queda bien?

—Creo que sabes que te queda bien. Pero no estás tan segura como antes de si te queda bien el azul.

Angelique asintió.

Eres muy perceptivo.

—No. Me contaste muchas cosas el sábado. No hablaste mucho, pero lo que dijiste era muy sincero para compartirlo con un ladrón durante un atraco, así que tenía que pesarte mucho.

También era mi cumpleaños, y eso me pesaba más todavía dadas las circunstancias, pero no tanto como para que lo compartiera con otros. Me resulta peligrosamente fácil hablarte.

El sentimiento es mutuo. Por eso tuve que tomar algunas precauciones. Pero no puedo ser tan peligrosamente fácil. Soy yo el que está contando su vida hoy.

—Entre poli y ladrón es como debería ser.

Zal le apretó la mano con suavidad.

—No soy el único que necesita hablar con alguien, Angelique.

Tenía razón. Durante el resto de la cena, ella le contó toda la historia de Espíritu Negro, Ray Ash, Dubh Ardrain y sus consecuencias.

Fue útil, como una dosis concentrada de la ayuda psicológica que no había tenido, ni profesionalmente ni en sus días con Ray. Zal era algo más que una persona que sabe escuchar; era un público que apoyaba a la heroína, descaradamente partidista cuando era apropiado, objetivo (o al menos simulaba serlo) cuando se requería. Fue una catarsis reivindicarse a sí misma, escuchar sus soplidos de asombro, verlo tambalearse ante el horror y, lo más importante, compartir la idea de que solo porque la heroína mató a los malos no significaba que viviera feliz para siempre.

—Que es la razón por la que estás en París comiendo con un delincuente.

—Sí, pero seamos claros: solo porque esté en París comiendo con un delincuente no significa que vaya a jugármelo todo. La filosofía que aprendí en Ibrox todavía está vigente. No me hago concesiones solo para encajar, y no

voy a ceder porque algún capullo quiera hacerme sentir que no estoy integrada.

—Nos parecemos en muchas cosas —dijo Zal—. No es que no estemos integrados, es que hemos aprendido que no lo necesitamos.

—Amén a eso.

Iban cogidos de la mano otra vez al volver paseando al hotel. No hubo contacto visual que señalara el momento; de hecho, Angeliqúe ni siquiera se dio cuenta de dónde y cuándo había ocurrido. ¿Al salir del restaurante? ¿En la calle? ¿En la primera calle que cruzaron corriendo? Ninguno de los dos parecía reconocer lo que estaba ocurriendo, pero ninguno parecía querer soltar la mano. Angeliqúe no podía recordar cuándo había sido la última vez que había caminado por una calle de la mano de alguien. Las relaciones de los últimos años habían sido terriblemente adultas (es decir, funcionales y abocadas al fracaso), y parecía, de manera absurda, que mantener relaciones sexuales con alguien no era una excusa suficiente para participar en semejantes muestras insignificantes de frivolidad juvenil o incluso afecto.

Angeliqúe no tenía que esforzarse para no pensar en qué podría significar, o si podía llegar a algún sitio. Le bastaba con el momento.

Tomaron unos armagnacs de última hora en el bar del hotel, servidos por el único miembro del personal de guardia, que alegremente y con generosidad les puso las copas mientras lavaba la cafetera y vaciaba la papelera del mostrador.

Las copas eran cubistas, por supuesto.

—El jueves pasado, a estas horas, me estaba congelando el culo en un trabajo de vigilancia en Partick, esperando a que un supuesto falsificador vaciara su papelera. Si alguien me hubiera dicho entonces lo que estaría haciendo ahora mismo, lo habría detenido por posesión de drogas. Siento que estoy soñando.

—Yo desde luego que lo estoy. Hace un rato ya. Tendré que ser cuidadoso, eso fue la perdición de mi padre.

—¿Cómo?

—Fue de Garnethill a Las Vegas; de *music halls* a casinos de cinco estrellas. Conoció a una hermosa *stripper* mexicana casi veinte años más joven y se casó con ella. De la ciudad de la lluvia al calor del desierto, un lugar que era la bomba en los sesenta. Tuvo que ser como meterse en una película. Estaba viviendo un sueño que se hizo realidad, seguro. Pero quizá cuando estás viviendo tus sueños, nunca llega a parecer realidad, y por eso no creo que se sintiera nunca a gusto. Echaba de menos Glasgow, no importa lo

bien que estuviera en Las Vegas, y creo que se sentía solo, como aislado. Por eso bebía.

—¿Por qué se fue? ¿Lo descubrieron y le hicieron una oferta que no pudo rechazar?

—Nunca me lo dijo. No es que no se lo preguntara, pero no me lo dijo. Creo que fue una combinación azarosa de peligro por un lado y una oportunidad por la otra, pero nunca descubrí los detalles. Solo vi el resultado: un hombre que no llegó a conectar del todo con su nueva vida, muy posiblemente porque sentía que era demasiado buena para ser cierta. Por eso me empapé de la cultura que él dejó atrás. Le encantaba hablar de eso conmigo, tal vez nada le habría gustado más que los dos visitáramos la ciudad juntos algún día. Lo raro en esto es que Glasgow ahora me parece un sueño. Veo cosas que eran casi un mito en mi infancia, y por eso parecen menos reales que el artificio en el que crecí en Las Vegas. En ocasiones me parece un parque temático o el escenario de una peli.

—Glasgow como Disneylandia. No me suena demasiado probable, pero estoy segura de que al ayuntamiento le encantaría tenerte en el departamento de turismo. Eso sí, no digas que no eres católico.

—No bromeo. Siento que puedo hacer cualquier cosa allí porque no es real. ¿Crees que tendría los huevos de atracar un banco en casa? Olvídalo.

—No me estarás diciendo que es tu primera vez.

—Eso es lo que te estoy diciendo.

—No lo creo. Imposible. Parecíais muy experimentados.

—Oh, lo somos, en muchas cosas. En cuanto al resto, recuerda que mi don es fingir.

—Pero un montaje tan elaborado...

—Echamos más huevos de la cuenta en el cesto, ¿no? Pero necesitábamos todo eso (la pintura, la obra) para mantener la mente de todos alejada de los rehenes.

—No creo que los rehenes pudieran olvidar la situación en la que estaban aunque...

—No en sus mentes, en las nuestras.

Angelique rio, aunque sabía que él no estaba bromeando. Solo deseaba que pudiera ver la cara de McMaster si alguna vez se enteraba de eso.

—Nunca habría intentado nada tan audaz en el mundo real. Pero me da la sensación de que en Glasgow las normas habituales no se aplican, ni siquiera la ley.

—Quizá los polis no somos lo bastante buenos.

—Oh, estoy seguro de que sois buenos. Por eso he de recordar que no es un sueño. —Miró a su alrededor y el extraño diseño del entorno, luego otra vez a Angelique—. Estar aquí contigo no ayuda —dijo en voz baja.

Angelique se quitó los zapatos y puso los pies en el sofá de cuero que compartían. Se acomodó en un rincón, sujetando la copa cubista con las dos manos y extendiendo una pierna hacia él. Él colocó una mano en su empeine y simplemente la dejó allí: caliente, humana, suavemente electrizante.

Cuando me llamaste, lo primero que dijiste... Era una cita, ¿no?

—Esto va a sonar un poco obsesivo —dijo, confirmándolo con cierta timidez.

Pensaba que era de una peli y de una voz de mujer. Me volví loca, pero al final lo descubrí. Bueno, yo no lo descubrí, simplemente puse el álbum que debía. Era Everclear, la canción «Unemployed Boyfriend». La chica deja un mensaje en el contestador de su amigo.

Sí, lo siento. No trataba de ser críptico. Es que no sabía qué decir y supongo que mi subconsciente simplemente me lanzó una frase. Desde luego no pretendía que lo captaras.

—Me encanta esa canción.

—A mí también. Y a mi subconsciente, parece ser.

No soy precisamente la última de las grandes románticas, pero me gusta la idea de un hombre fantaseando sobre ser el tipo adecuado y sobre todas las cosas que haría por una chica, más que sobre lo que quiere de ella o sobre ponerla en un pedestal, como la mayoría de las canciones.

¿De qué estás hablando? Esa canción es sobre la fantasía de una chica de que el tipo adecuado entra en su vida. Ella está sentada y aburrida en la oficina del paro, y el tipo llega y piensa que el pelo de la rubia es bonito.

Angelique le dio una patadita.

—Es una fantasía muy masculina. Él ha visto a la chica varias veces, la imagina y está fantaseando con hacerla feliz.

Venga ya —repuso Zal, sentado muy recto y dejando la copa—. El tipo va a ir a ver pelis románticas con ella, voluntariamente, y le dirá que va a ser la madre de sus hijos. Sí, claro.

—Bueno, ¿y qué es eso de que siempre la hará correrse? —contraatacó Angelique—. Si eso no es una fantasía masculina, ya me dirás qué lo es.

—Ajá. Este es el punto decisivo de mi argumento: él no solo va a hacer todas esas cosas sino que será un gran amante, también.

Angelique se incorporó y dejó la copa, riéndose de su vehemencia burlona.



—Señoría, creo que descubrirá que el punto decisivo es que al final ella dice que él es muy atractivo, y obviamente está pensando en llamarle. Él conseguirá lo que quiere: es un sueño hecho realidad.

—Tonterías —insistió Zal, riendo—. Al final ella le pregunta a su amiga si todo eso es real. Y en la pista musical Alexakis canta «No» a viva voz: la voz de la realidad. Era una fantasía, solo un sueño.

—El sueño de los dos —afirmó Angelique con suavidad, ofreciendo una tregua.

Zal le sostuvo la mirada y asintió.

—Igual que este es el nuestro —dijo—. Estar aquí, el ladrón y la detective, tomándonos unas vacaciones de la realidad.

El humor había desaparecido de su tono, sustituido por un suave lamento.

—Las vacaciones no pueden durar siempre. Los dos hemos de volver, yo he de hacer mi trabajo y tú el tuyo.

—Pero todavía no —dijo Angelique.

Se inclinó adelante y lo besó, de forma delicada y tímida al principio, luego de forma profunda, envolvente, apasionada.

—Todavía no.

Angelique nunca había considerado que tuviera mucha suerte con el sexo hasta ese momento de su vida y, para ser sincera, tenía que reconocer que en gran parte era culpa suya. Se había metido en muchas relaciones con expectativas bajas (inevitables cuando los hombres eran polis) o con un ojo en la puerta (inevitable cuando no lo eran), y si realmente había personas que podían disfrutar de un sexo fantástico durante relaciones terribles, desde luego ella no se había acostado con ninguna de ellas. La gente hablaba de compatibilidad física como si hubiera obstáculos técnicos que no pudieran superarse entre parejas que no encajaban, pero ella pensaba que sonaba como una excusa para tapar el hecho de que faltaban otras cosas más importantes. Angelique había tenido una vida sexual poco espectacular con hombres que le parecían altamente deseables y que le habían asegurado que la atracción era mutua: la compatibilidad física no era decididamente un problema, pero tampoco bastaba. No discutiría que existía algo como la atracción física pura, instintiva, pero la atracción sexual era un proceso más intrincado y en su mayor parte ocurría en la cabeza. El buen sexo necesitaba compromiso, y con eso no se refería a intenciones honorables o larga duración demostrada. El compromiso se basaba en hasta dónde eras capaz de dejarte ir. Si estabas con

alguien el tiempo suficiente, eso llegaba con la confianza. De lo contrario, llegaba la pasión y el abandono.

Nadie en su sano juicio confiaría en Zal Innez. Por suerte, pasión y abandono era algo que él había despertado en ella casi en el momento en que se conocieron.

Nunca se había sentido tan cómoda desnuda con nadie antes, ni tan relajada con lo que estaba haciendo; hasta el punto de que no sintió ansiedad, solo una pequeña sorpresa cuando él se corrió casi al instante en el momento en que ella le agarró el pene.

—Joder, lo siento —dijo Zal, con aspecto desconcertado—. Ha pasado mucho tiempo.

—No te preocupes. Tenemos mucho tiempo. No tres años, pero al menos esta noche.

—Dame unos minutos —la tranquilizó él.

—No hay prisa. Solo tendrás que encontrar una forma de tenerme entretenida mientras tanto.

La encontró.

Los anteriores amantes de Angelique eran una constante decepción; como ella era famosa por saber cuidar de sí misma, parecían suponer que el sexo debería ser una especie de combate sin armas. Quizá estaban un poco intimidados y pensaban que debían exhibir sus destrezas físicas, o quizá suponían que, como ella pasaba mucho tiempo rodando en esterillas, combatir en un colchón era la forma de calentarla. En todo caso, Angelique no lo apreciaba y aquellos hombres pasarían mucho tiempo buscando a alguna que lo hiciera. Como cualquier otra mujer de este mundo, tanto si cuidaban bebés como si peleaban con caimanes, en la cama quería ser tratada como algo precioso.

Las manos de Zal habían alcanzado la poco común maestría del toque sutil, y sus dedos podían manipular con una delicadeza imperceptible. La tocó con una suavidad y gentileza que ella nunca había conocido, hasta que ya no quiso que siguiera siendo suave.

Cuando al final él se corrió otra vez, lo hizo con lágrimas. No el llanto silencioso que se había manifestado todo el día, sino grandes sollozos de purga. Después, se quedó abrazándola mucho rato sin decir nada, solo acariciándole el pelo, besándole la frente de vez en cuando. Angelique tampoco habló, porque no quería romper el silencio. Sabía que él lo haría cuando estuviera listo, y finalmente fue así.

—Solo cuando llegas a un lugar tan alto te das cuenta de que habías tocado fondo.

—¿La cárcel?

—Oh, sí. Todos esos capullos: republicanos, conservadores, como quieras llamarlos...

—Capullos está bien.

—... que dicen que la prisión debería ser más dura, me gustaría conocer sus ideas sobre lo que puede ser más duro que algunas de las mierdas que pasan ahí dentro.

—Te sorprendería su imaginación. ¿Alguna vez has leído un editorial del *Daily Post*?

—Un diario que se refiere a sí mismo como familiar ni siquiera podría mencionar eso. Todas las historias que has oído son ciertas, y la mayoría me han pasado. No estaba preparado para ello, no era un tipo duro. Era solo carne fresca. Hay tipos que te dan palizas... Ni siquiera te conocen, ni tienen nada contra ti, pero la ley de la selva dice que has de ser depredador o presa. Si no pegas a nadie, eres vulnerable. Has de parecer un cabrón hijo de puta, o al menos dejar claro que hay carne más fácil en la zona.

»Yo lo tenía mal. Cuando me enteré de lo de mi padre, me vine abajo. Alguien me salvó: un tipo mayor, llamado Parnell.

¿Por qué? Si no estoy siendo demasiado cínica.

—Él había pasado por lo mismo, tiempo atrás. El tipo tenía casi sesenta, había cometido muchos errores, tenía muchas cosas que lamentar, ¿sabes? Me enseñó a sobrevivir. Me puso a entrenar, física y mentalmente.

—¿Mentalmente?

—Sí. Tu cuerpo ha de estar preparado para las peleas, pero tu mente ha de estar lista para la manipulación. En prisión, la gente está constantemente buscando debilidades que pueda explotar, incluso durante una conversación civilizada. También estaba lo que podría definir como disciplinar la conciencia, con lo cual...

—No te preocupes, eso no necesita más explicación.

—Esa fue la parte más difícil de controlar, pero también conseguí ayuda con eso. Aunque no de manera tan amable. Cuando he dicho que toqué fondo...

Zal tragó saliva, con una expresión amarga en los labios, como si el recuerdo hubiera hecho que la bilis le subiera a la garganta.

—Parnell se aseguró de que sabía cuidar de mí mismo, pero nadie puede ser tu ángel de la guardia. Todo el mundo ha de saber guardarse las espaldas,

y hay algunas batallas que nadie puede ganar por ti.

Hizo una pausa otra vez, y su reticencia alimentó los aspectos más sórdidos de la imaginación de Angelique.

—No sé lo que te estás imaginando —dijo—, pero no te quedas corta. El nombre del tipo era Marsh, un cabronazo con mucha influencia y buena relación con uno de los guardias, Creedle. Los dos estaban... implicados. Martes por la tarde, siempre el martes por la tarde.

—Había una razón para...

—Sí. Tenían a otros con los que jugar: un tipo diferente cada día, prácticamente. Creedie tenía la responsabilidad de hacer los turnos de trabajo en el taller metalúrgico. Así se cubría en caso de que alguien fuera lo bastante estúpido para acusarlo. Él y Marsh podían divertirse, y si alguien trataba de hablar, podía decir que era imposible porque tenía negro sobre blanco que estabas en el taller. Había otros guardias implicados. No con eso, pero sabían que Creedie les cubriría las espaldas con otros chanchullos.

Zal negó con la cabeza.

—Pensaba que se aburrirían, que pasarían a otro. No lo entendía: la prisión es pura rutina, hasta cosas como esa quedaban absorbidas por su normalidad. Así que tuve que pararlo.

—¿Cómo?

—Los maté a los dos.

Miró al vacío un segundo, casi sin creer sus propias palabras; claramente no era un recuerdo que visitara con frecuencia o con cariño.

—Era siempre la misma rutina. Creedie me llevaba al almacén de la lavandería, y Marsh aparecía al cabo de un rato. A Creedie le gustaba que le chupara la polla. Me apuntaba en la cabeza con la pistola, pero solo al principio, hasta que se fiaron al ver que cooperaba. El estúpido cabrón se la dejaba en la cartuchera.

—¿Le disparaste? ¿Y el ruido?

—No. Lo maté a palos con su porra. Luego, cuando apareció Marsh, le disparé. Puse la pistola en la mano de Creedie y volví al taller mientras los guardias iban a investigar. Según el papel, estuve todo el tiempo en el taller.

—Pero los otros guardias...

—Dejé una escena que parecía explicarse sola, y nadie tenía prisa por investigar otras cosas. Quizá sospechaban, pero no podían decir nada sin reconocer un montón de mierda que no querían que las autoridades supieran.

—Joder.

—Así funciona en la cárcel: todo el mundo sabe todo, nadie dice nada. Nunca se habló, pero era bien sabido que yo maté a Marsh y Creedie. Después de eso, se acabaron las colas para follarme.

—¿Y los amigos de Marsh?

—Me preocuparon un tiempo, pero Parnell me dijo que los tipos como Marsh no tienen amigos, tienen gente que los sigue y aduladores, moscas en torno a la mierda. Quitas la mierda y van a otro. La clavó.

—Conocía bien la cárcel.

—Oh, sí. Era su cuarta condena.

—¿Por qué?

Zal sonrió.

—¿No te lo imaginas?

Ahora se lo imaginó.

—No solo te enseñó a sobrevivir.

—Joder, no. Cualquiera puede cometer un delito, pero si quieres aprender a ser un criminal de verdad, no hay nada como la cárcel. Meses y años sin nada que hacer más que comparar notas sobre lo que hiciste, cómo lo hiciste, lo que desearías haber hecho cuando tuviste la oportunidad, lo que vas a hacer cuando salgas... No creo que haya una universidad en este mundo donde los estudiantes estén tan comprometidos e intensamente dedicados a su tema elegido.

—Y tuviste un tutor personal.

—Oh, Parnell lo sabía todo. Sistemas de seguridad, protocolos de personal, políticas y procedimientos de instituciones individuales, tiempos de respuesta policial y sus tácticas, lo que quieras. Tenía una docena de formas de evitar situaciones con rehenes, sobre todo porque así fue como lo pillaron, pero por si era inevitable, escribió un manual, para asegurarse de que nadie perdía la cabeza.

—¿Había un capítulo sobre pintura surrealista o teatro del absurdo en ese manual?

—Diferente práctica, el mismo principio. Parnell tenía sus métodos, claro, pero lo principal era tratar a los rehenes con la máxima educación y dignidad que la situación permite.

»Pero la lección más importante que me enseñó es que hay que planear el golpe hacia atrás. Cualquier imbécil con un arma puede entrar en un banco y obligar a que le den el dinero. Todo el foco de la operación está puesto en salir otra vez sin hacerlo esposado o herido de bala. Eso es lo primero que tienes que mirar cuando planeas un golpe. Si no sabes cómo vas a salir, ni

siquiera pienses en entrar. Con el RSGN estuve mirando planos del metro que mostraban las partes que la gente no conoce: túneles sin utilizar que no se actualizaron en la reformulación, pasajes de acceso lateral. Lo principal era salir sin ser visto. Antes de ver ese mapa había planeado atracar un banco en Saint Rollox: está al lado de un almacén reconvertido en bloque de apartamentos que había sido un depósito de *whisky*. El sótano se extiende más allá del muro exterior del edificio, en los cimientos de un edificio anterior. Llega hasta la cámara acorazada. Espero que estés tomando notas.

—¿De dónde sacaste esa información?

—De la biblioteca Mitchell. Un enorme recurso criminal sin vigilar, en mi opinión.

—¿Y los explosivos? ¿Parnell también te enseñó eso?

—No, era la especialidad de Jerome. Cumplió menos de un año, pero compartió celda con un tipo que dirigía una empresa de demolición. Estaba en prisión por fraude, pero hablar de explosivos le hacía sonar mucho más enrollado en las celdas. Parnell nunca habría tocado un petardo, y mucho menos un cartucho de dinamita. Ni siquiera le gustan las pistolas, aunque llevarlas era normalmente inevitable. —Zal sonrió con afecto. Habría estado muy orgulloso de nosotros el sábado pasado.

—¿Sigue dentro?

Zal asintió con su expresión más sincera.

—¿Qué? —preguntó Angelique.

Zal se incorporó encogiendo las rodillas bajo las sábanas.

—Parnell es la razón de que esté aquí. No quiero decir aquí.

—En Glasgow. ¿Por qué?

—Alejandro. El hijo de puta. La misma mierda otra vez. Hay algo que quiere que robe para él, salvo que esta vez no cabe duda de que quiere que lo consigamos. Quiere esta... cosa en serio, y supone que soy el tipo que puede lograrlo.

—Pero en el Gigliotti...

—Fallé, sí, pero Alejandro no es idiota. Bueno, en realidad sí lo es, pero hasta él tuvo que darse cuenta de que lo jodí a propósito, por eso mató a mi padre. Entonces no sabía que me necesitaría después, así que, ahora que me necesita, Parnell es la única persona que le queda por amenazar. Quizá no la única, pero la de más fácil acceso, y además alguien con quien estoy en deuda.

»El hijo de puta vino a verme a la cárcel, lo explicó todo. Esta vez no puedo cagarla, ni deliberadamente ni de ninguna manera. No hay excusas, no

hay alternativas. O se lo entrego o Parnell muere, y no será con una inyección letal indolora.

—Y si se lo entregas, ¿qué? Te verás en el sitio que querías evitar. Te ordenará que robes otra cosa y nunca te librarás de él.

Zal cerró los ojos y negó con la cabeza. Cuando los abrió otra vez, parecía apenado y arrepentido.

—La primera regla de Parnell: planea tu salida antes de planear nada más. Entregamos y desaparecemos. Para eso es el RSGN: nuestro fondo de escape. Alejandro tendrá lo que quiere y no volverá a vernos nunca más.

Angelique sintió una presión en el pecho cuando comprendió la consecuencia más severa.

—Y yo tampoco.

Él le cogió la mano derecha y se la apretó.

—A menos que nos pillés.

—No bromees con eso. Sabiendo lo que me has contado no lo hará más fácil, pero no puedo apartarme y cerrar los ojos.

—Angelique, no te cuento esto para pedirte que no hagas tu trabajo. Te lo cuento para que entiendas por qué he de hacer el mío.

—Y hacer el tuyo te devolverá a la cárcel. No te enfrentas al mismo idiota del que te burlaste en el banco. El tipo al mando de este caso es de los buenos, Zal. Cree que hace mucho que te has largado, pero si le das la oportunidad, te pillaré, créeme. Nos pillaste a todos con los pantalones bajados, pero esta vez estaremos preparados.

—Preparados, claro. Salvo que no sabéis qué, no sabéis dónde y no sabéis cuándo.

—Y yo haré todo lo posible a partir de ahora para descubrirlo todo. Me saca de quicio, sabiendo las consecuencias, pero no puedo parar. Es lo que hago, Zal, es lo que soy.

Zal le pasó una mano por el pelo.

—No me gustaría de otra forma —dijo.

Angelique lo miró. Estaba sonriendo otra vez, pero esos ojos azules de nuevo chispeaban con una intención inescrutable.

—Cuando volvamos a Glasgow, empezará la partida, y me decepcionaría que no hicieras todo lo posible para responder esas preguntas y pillarme en el acto. Pero lo que te volverá loca es: ¿cómo sabes que no cuento con eso?

### III

## EL BENDITO ARTE DE PARTIR

Solo tuve que cortarme una vez para  
aprender a sangrar.

Sé por qué tendemos a amar más a  
quienes  
saben partir.

Toma mi mano y escucha lo que  
digo:

todo menos mi amor se habrá ido  
pronto,

y la herida será rápida y limpia.

Así se transmite el bendito arte de  
partir.

Billy Franks



## CAZADA

Al poco rato de entrar en comisaría, había notado que algo iba mal, y fuera lo que fuese estaba relacionado con ella. Ojos que la evitaban, silencios repentinos, miradas cruzadas de manera furtiva. La sensación solía producirse al volver de vacaciones: la culpa natural y la inseguridad de haber perdido terreno con tus colegas, de largarte para pasarlo en grande mientras ellos seguían en el tajo. Normalmente este efecto requería una ausencia de una semana, más que una escapada de un par de días, pero la identidad de su compañero de viaje aceleraba el proceso y amplificaba su paranoia.

Dicho esto, podía ser imprudente achacar a la paranoia todas tus percepciones, y Angelique sabía que estaba detectando un auténtico tufillo de picardía, incluso de malicia, en el aire. En la atmósfera húmeda, malsana y mal ventilada de la comisaría, el cotilleo se transmitía como una enfermedad. Si una persona entraba con un rumor, enseguida lo sabía todo el mundo, pero esta vez no se trataba de los susurros incómodos de un grupo de colegas que ya se han enterado de alguna mala noticia y saben que serás el último en descubrirlo. Angelique no se había desvivido para convertirse en la persona más popular y había, sin lugar a dudas, una satisfacción petulante en algunas caras cuando recorría el edificio repleto y sofocante, entre las mamparas cutres de aluminio y madera prensada, por delante de las puertas abiertas de las oficinas. Estaba claro que la estaban castigando, y todavía no se había enterado de la causa.

Cuando subió a su planta y llegó a su mesa, estaba necesitada de un rostro amable, o al menos de que alguien tuviera las pelotas de salir y decir lo que estaba ocurriendo. Afortunada mente, McIntosh satisfizo sus dos necesidades, aunque la cara amable no era una cara feliz.

—Robertson quiere verte lo antes posible. Está esperando en su oficina.

—Gracias —le dijo Angelique, dejando el bolso junto al escritorio—. Dejo esto y voy.

Había empezado a caminar hacia el despacho del inspector jefe cuando McIntosh habló otra vez.

—Te lo advierto, sabe lo que has estado haciendo en París.

Angelique sintió que el desayuno se le convertía al instante en plomo en el estómago y las pupilas se le dilataban en respuesta a la información de McIntosh. Estaba debatiéndose entre una docena de preguntas cuando sonó su teléfono y lo cogió como si fuera un salvavidas en un mar de vergüenza.

Estaba a solo unos metros de la puerta de Robertson, pero parecía muy lejos. Se acordó de cuando la enviaban al despacho del director por arrear a alguna zorra racista con el palo de jockey, salvo que esta vez no estaba tan convencida de su indignación moral.

Llamó a la puerta y entró. Robertson estaba de espaldas a ella, mirando por la ventana en una postura que tenía que haberse preparado para causar efecto. No era un individuo habitualmente pomposo, y de hecho Angelique lo respetaba desde hacía mucho tiempo, profesionalmente, pero había algo con las reprimendas en el ejercicio de la autoridad que sacaba el lado de director de escuela a cualquier superior.

—Siéntese, detective inspectora.

Angelique habría preferido quedarse de pie, pero obedeció, sin sentirse particularmente desafiante dadas las circunstancias.

—He de decir que estoy sumamente decepcionado de tener que hacer esto, aunque tendría que reconocer que hay un fuerte tufo de inevitabilidad. Las señales estaban todas ahí, y supongo que algunos de nosotros realmente deberíamos reflexionar, dada la forma en que fue tratada después de Dubh Ardrain, pero nada de eso cambiará nada ahora, ¿no?

—¿Señor?

—París, detective De Xavia. ¿Puede tener la cortesía de aclararme qué fue a hacer allí?

Mierda. ¿Cómo...? ¿Cómo podía...?

Angelique se recompuso y automáticamente se activaron sus reflejos defensivos. Robertson era un buen jefe, y a ella no le gustaba tratarlo de esa forma, pero en ese momento estaba actuando como el instrumento de todos ellos, de la jefatura, el enemigo que en última instancia lo había puesto en esa posición. Ni de broma iba a ponérselo fácil.

—Estaba de vacaciones, señor. Eso significa que solo es asunto mío lo que estaba haciendo allí y no tiene derecho a preguntarlo.

—Bueno, eso es un reconocimiento tácito, si es que alguna vez he oído alguno, joder, Angelique, hace mucho tiempo que somos colegas. Sabe y sé lo que ha estado buscando a espaldas de todo el mundo, así que no tiene sentido continuar fingiendo.

—No creo que sepa a qué se refiere, señor —declaró con rostro pétreo.

—Me parece una coincidencia brutal que justo ayer recibiera una llamada de Gilíes Dougnac desde París.

Joder. Todo el mundo decía que el mundo era un pañuelo. Lo que no decían era que había un poli en cada puta esquina. La información se había transmitido por la cadena de mando hasta Dougnac y desde allí había vuelto directamente a Glasgow.

—Deja mal sabor de boca la forma en que se ha producido, pero no hay forma de evitar la conclusión. Está fuera.

—¿Me está echando, señor?

—No, no la estoy echando, pero espero su dimisión en mi escritorio muy pronto.

Entonces, ¿eso era todo? Sin investigación formal, sin seguir ningún procedimiento, sin siquiera el valor para afrontar la cuestión que los ocupaba y la caja de Pandora que eso abriría. En cambio, le pedían que entregara el revólver y ahorrara a todos un montón de papeleo, vergüenza e inconveniencia.

—Debo decir que también estoy decepcionado con Gilíes —añadió Robertson—. Tenía que informarme, obviamente, pero tuvo la desfachatez de hacerse el tonto como usted.

—¿Sobre qué?

—Oh, joder. De Xavia, ¿hasta dónde va a llevar esto?

—Hasta el punto en el que pare de dar vueltas al tema, señor. Hablemos como adultos.

—No soy el que... —Robertson se detuvo, respiró profundamente, cerró los ojos y los abrió otra vez—. ¿Está diciendo que no vio a Dougnac en París?

—Sí, señor. Quiero decir, no, señor. Quiero decir... Estuve allí con un amigo, y no, no vi a Gilíes Dougnac. ¿Qué demonios está pasando?

—Joder. Eso me convierte en el estúpido del día. —Se sentó, suspiró pesadamente, luego rio con vergüenza—. Debo pedir disculpas, aunque ha de reconocer que no puede culparme dadas las apariencias.

—Señor, con respeto, ¿hay alguna posibilidad de que pueda contarme de qué está hablando?

McIntosh asintió y se calmó.

—Dougnac está preparando una unidad antiterrorista paneuropea. Inteligencia, recursos tácticos, respuesta rápida, acción preventiva. Lo mejor de lo mejor. —Robertson suspiró otra vez y la miró a los ojos—. La quiere.

## ESTÁ EMPEZANDO A PARECERSE MUCHO A...

Mala señal: Harry quería una copa y solo eran las diez de la mañana. El *jet lag* ya no era ninguna excusa, porque sus pautas para dormir y comer casi habían vuelto a la normalidad; en cambio, sus pautas para la bebida se estaban convirtiendo en un miasma en expansión. Nunca había estado en ninguna parte del mundo donde hubiera tantos bares, lo cual por lo general nunca habría sido un problema porque ¿quién quiere sentarse y beber solo como un perdedor? Pero en Glasgow era casi imposible beber solo, porque al segundo de pedir una copa, algún capullo desconocido empezaba a hablarte; luego, antes de darte cuenta, te contaba su vida y perdías la noción de lo que habías bebido en algún momento entre la operación de corazón de su madre y que los Celtics ganaron la Superbowl europea en mil novecientos sesenta y algo.

Se estaba quedando sin neuronas y empezaba a preocuparle que le quedara algo de hígado para llevarse a Los Ángeles cuando toda esa operación estúpida hubiera terminado. Sin embargo, ahí estaba, moviendo una cucharita con desinterés en su bol de *porridge*, que se enfriaba con rapidez, pensando que le vendría bien un trago antes de que apareciera su «invitado» del desayuno.

Su falta de apetito también era un mal síntoma. Había empezado con el *porridge* unos días antes, por eso del allá donde fueres... y desde entonces había sido incapaz de empezar la mañana sin él. El azúcar y la crema probablemente no le sentarían muy bien a largo plazo, pero necesitabas aislamiento interno en esa ciudad, así como algo para absorber el aluvión de alcohol que inexorablemente caería a lo largo del día. Esa mañana, no obstante, no pudo tomar más de un par de cucharadas y la razón tenía que aparecer por la puerta en cualquier momento.

Innez.

No había nada que pusiera más nervioso a Harry en ese trabajo que la implicación de ese loco hijo de puta, pero estaba bien, porque a Harry le tocaba estar nervioso precisamente por eso. Nervioso significaba cauteloso, nervioso significaba preparado, tenso, vigilante y muchas cosas más. No

obstante, no eran solo los nervios lo que ponía a Harry tan aprensivo como para empezar a jugar con su desayuno como un niño enfurruñado.

Innez ponía a Harry incómodo de muchas maneras. Sabía que le resultaba imposible ser tan cauto como la situación requería, que no lograba mantenerse tenso y vigilante. Si Innez pasaba de Parnell y decidía joderlos, no habría forma de que Harry pudiera ser lo bastante listo para superar a ese tipo. Sabía además que quien había obligado a Innez a participar en la operación era la misma gente a la que más motivos tenía para joder: la gente que había matado a su padre. Pero el nivel principal de incomodidad se debía a que en ese caso el sicario había sido Harry.

Cuando te ganabas la vida matando gente, más o menos perdías el derecho a describirte como un hombre íntegro, pero no por eso dejabas de saber lo que estaba bien y lo que no. En este negocio no solías recibir el encargo de eliminar a inocentes, abuelitas frágiles o lisiados en sillas de ruedas. Te cargabas enemigos, gente que se arriesgaba y sabía lo que estaba haciendo al tomar esa decisión.

Matar al padre de Innez no estuvo bien. No se trataba de una provocación, y desde luego Innez no era el típico tipo al que Alejandro tenía que dar una lección. Este debería haber tenido en su agenda cosas mucho más importantes que saldar cuentas con unos artistas de mierda que no planteaban ninguna amenaza. Mucho ego y poco carácter, ese era el problema del chico.

Harry se había manifestado en contra de la ejecución, porque la consideraba una pérdida de tiempo para todo el mundo y no veía ninguna ventaja en granjearse la enemistad de alguien que claramente había recibido el mensaje. El tipo sabía que pisaba terreno peligroso, y por eso se había hecho meter en la cárcel en lugar de enfrentarse con Alejandro. Pero cuando matas a un familiar, la razón y el temor desaparecen: estás haciendo que el propósito en la vida del tipo en cuestión sea vengarse a cualquier precio.

Alejandro no quiso escucharlo. Lanzó unos juguetes de su cochecito de bebé y empezó a gritar y a hablar de respeto, como de costumbre. Harry recibió el encargo de la ejecución como un castigo por su desacuerdo y como un examen tácito de su lealtad al nuevo régimen.

Lo aprobó.

Innez entró en el restaurante del hotel, con puntualidad suiza. Harry no lo había visto desde que lo metieron en la cárcel. Parecía más grande, más musculoso y el pelo teñido de rubio le daba la apariencia de una puta estrella del *rock*. Cuando se quitó la chaqueta, Harry vio tatuajes carcelarios en torno

al cuello y la parte superior de los brazos de Innez. Pero la principal diferencia en la que se fijó Harry era en que ya no parecía asustado.

—Innez —dijo Harry, haciéndole una seña para que se sentara y ofreciéndole un menú.

—Harry el Americano —repuso llanamente.

Harry el Americano. Esa era la forma de Innez de hacerle saber que ya conocía mucho mejor la organización con la que estaba tratando, lo bastante para conocer su apodo y a qué se refería.

El nombre real de Harry no era Harry Arthur, sino Javier Artero, y le habían tomado mucho el pelo por creer que las raíces era mejor dejarlas enterradas. Había nacido en Estados Unidos, ¿por qué cojones tenía que estar obsesionado con su origen étnico como el resto de esos capullos espaldas mojadas? Estaba harto de oír a tipos como Miguel hablando de abrazar su cultura nativa. Mierda, si tantas ganas tienes de abrazarla, por qué coño no te vas al otro lado de la frontera, renuncias a esa bonita casa con piscina en San Bernardino, a tu Mercedes descapotable y tu localidad para los partidos de los Lakers, ¿eh? Harry ya había abrazado su cultura nativa y era la misma cultura que todos esos capullos habían comprado al por mayor, no importaba cuánta música de mariachis pusieran en los putos equipos de música japoneses.

—¿Cómo te va? Esta ciudad es una condena, ¿eh? —dijo Harry.

—Me parece más acogedora que los sitios a los que estoy acostumbrado —repuso Innez.

—Ah, sí. Muy acogedora, claro. Los bancos desde luego han sido generosos contigo.

—Bueno, verás, mis perspectivas laborales habían caído un poco, con eso de tener Folsom en mi currículum. Jimmy Hoffa contrataba a exreclusos, pero hace tiempo que no le ven el pelo, así que he tenido que encontrar una fuente de ingresos alternativa.

—¿Todavía no estás cabreado por el detalle de pasar tres años en la cárcel? —preguntó Harry, tratando de ocultar su turbación detrás de un humor cruel y cínico.

—La vida es demasiado corta para lamentarse, Harry. No dejaría que algo tan trivial me pesara más que el hecho de que matasteis a mi viejo, hijos de puta.

Harry suspiró y dio un sorbo al café. Por fortuna su actuación de «me importa un carajo» estaba muy practicada y le salía con tanta facilidad que parecía un acto reflejo. La rabia de Innez era en realidad paradójicamente tranquilizadora. Un Innez cabreado era más predecible y menos

desconcertante que si hubiera aparecido con una sonrisa despreocupada y saltando de alegría.

—Escucha, socio —dijo Harry—. No quiero estar aquí ahora mismo más que tú, ¿de acuerdo? Creo que es una situación jodida y no estoy convencido de que valga la pena arriesgarse, pero en realidad los dos sabemos que mi opinión no cuenta para una mierda, igual que la tuya. Así que, ¿por qué no nos damos un poco de tregua y terminamos con esto por el bien de los dos, eh?

—Por el bien de Alejandro.

—Como quieras. Oye, ¿quieres un café? Deberías probar este *porridge*, en serio.

—Ya he comido. Tú has convocado esta reunión. Vamos al grano. ¿Qué quieres?

—Solo quiero saber que todo va según el plan.

—Todo está en orden, sí. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Bueno, pusiste a mucha gente muy nerviosa cuando hiciste esa mierda en el banco. Hemos tenido que esforzarnos mucho para calmar al señor Hannigan. No quiere que le jodan también el asunto principal. Por eso estoy aquí: tuve que meterme en un puto avión y venir como gesto de buena fe.

—¿Buena fe? Perdóname si suena un poco incongruente viniendo de alguien de tu pedigrí. ¿Qué es eso, un pacto de honor entre criminales? En todo caso, no fui yo quien dio a entender a Hannigan que yo estaba a su disposición.

—Mira, voy a dejar pasar tu actitud porque sé que tienes una buena razón para estar cabreado, pero no te pases, chico, ¿vale? Puedes terminar haciendo este puto trabajo sin el huevo izquierdo, ¿entiendes lo que te digo?

Innez le devolvió la mirada, desafiante, pero no dijo nada, así que Harry supo que lo había dejado claro.

—¿Hay fecha?

—Sí, la misma de siempre.

—Me parece que tenemos mucho tiempo por delante. ¿Cuánto llevas aquí?

—No voy a dar un golpe en una licorería para vaciar la caja registradora y llevarme unas botellas. Algo como esto requiere preparación. En todo caso, el tiempo es irrelevante; lo crucial era la fecha.

—El puto día de Nochebuena, joder, me voy a quedar aquí estas Navidades por esta mierda.

—Es el momento más oportuno. He repasado todo esto con vosotros.

—Sí, sí. Con nosotros. Pero no con la persona que tiene que pasar las putas vacaciones en el puto Glasgow.

—Puedes irte a casa si quieres. Supongo que Hannigan ya se ha calmado. Tu parte está hecha. Es Alejandro el que ha de venir aquí para la entrega.

—Sí, yo... ¿Qué? ¿Alejandro? Sí, claro. No, chico, son Rico Domínguez y Paco Gómez los que van a venir a por eso.

Innez negó con la cabeza de un modo que a Harry no le gustó nada. No le hacía enfadar, sino ponerse nervioso. Incómodo.

—¿Qué?

—Haré la entrega a Alejandro y solo a Alejandro.

—Sí, claro. ¿Crees que Alejandro moverá el culo hasta aquí en la puta Navidad porque tú lo digas?

—Él es el interesado.

—No. Se lo entregarás a Rico y Paco, o de lo contrario tu presidiario, el buen samaritano Parnell, terminará su condena lentamente pero antes de tiempo.

—Solo podéis matarlo una vez. Entonces, ¿qué os queda? Oh, no, espera, la he cagado, ¿no? Alejandro ha de tener al menos una docena de tipos que pueden sacar esta mierda de un museo de Europa, ¿eh?

—Podemos encontrar a alguien. Baja los humos.

—No tengo humos. Alejandro es el que valora mis habilidades, pero tú y yo sabemos que eso es porque no tiene a nadie que se me pueda comparar. Con todo lo que ha pasado entre nosotros, no habría recurrido a mí si tuviera otras opciones.

Innez tenía razón, y el cabrón sabía que Harry también lo sabía. Con los meses que habían tenido que esperar, probablemente podrían haber encontrado a alguien más capaz de hacer el trabajo, pero según el proceso mental limitado de Alejandro era: Si pienso en museo, pienso en Innez.

—¿Por qué quieres que venga Alejandro? Me suena a una especie de trampa. Y a él también se lo parecerá.

—Nada de trampas. Solo quiero que esto termine entre nosotros, cara a cara. Quiero poder darle esta mierda en persona, no con un correo. De ese modo, si algo va mal, podrá ver que he cumplido con mi parte, que he jugado limpio, que le he dado lo que quería. No quiero que Parnell muera porque vosotros la cagáis.

—Si es eso lo que te preocupa, olvídalo. En cuanto tengamos la mierda, Parnell estará bien. No importará a quién se la des.



—A mí me importa. Esa es la cuestión. Alejandro la cagó cuando metió en esto a Parnell. Quizá si me hubiera dado una parte, tendría más espacio para negociar, pero mientras lo único que tenga sea a Parnell y yo sea su única opción, esos son mis términos.

—Estás buscando una parte del pastel, ¿de eso se trata?

—No. No aceptaría ni un centavo de ese cabrón. Solo estoy señalando el aprieto en que él mismo se ha metido: la vida de un viejo preso vale mucho menos para Alejandro que lo que yo puedo ofrecer. Sobre todo tal como están las cosas.

—¿De qué coño estás hablando?

—¿Creéis que la radio macuto de Folsom solo emite en un sentido? Es como el *Wall Street Journal* del crimen: te importe o no, no puedes evitar oír que las acciones de uno suben y las fortunas de otro bajan. Allí no es ningún secreto para nadie que en el buque de Estobal no hay buen ambiente con el capitán Alejandro. Cálmate, no tienes que correr a defenderlo. No se lo diré a nadie.

Innez sonrió, porque se había dado cuenta perfectamente de que a Harry no se le habría ocurrido defender a Alejandro, ni siquiera para cubrir las apariencias.

—Alejandro es joven e inexperto —dijo Harry—. Pero es el jefe de los Estobal, y no lo olvides. Somos una organización lo bastante fuerte como para poder resistir unos pocos golpes y arañazos mientras el chico aprende.

—Corta el rollo, Harry. Alejandro es el jefe de la organización Estobal, sí, pero esa organización no existe en el vacío. Otros están observando y tomando nota. Algunos de ellos se están preocupando, y otros frotándose las manos. Os ha tenido a todos en aguas revueltas, y la ruta más rápida a un mar en calma es vía Glasgow. Alejandro lo sabe, y tú también. Si su barco se hunde con toda la tripulación, no te equivoques, ametrallaré los salvavidas y me reiré mientras os ahogáis, cabrones. Pero si lo que tengo que hacer para mantener a mi amigo vivo es echar le un cable, que así sea. Sé lo que tengo que hacer, tú sabes lo que tienes que hacer y él sabe lo que tiene que hacer.

—Parece que todos pasaremos la Navidad en Glasgow.

—Y un feliz año nuevo.

## ALQUIMIA

Angelique esperaba sola en el vestíbulo acristalado del museo Dalriada. No estaba segura de nada salvo de que nadie más tenía ninguna respuesta para ella. Habían sido unos días largos e incómodamente vacíos. Algunos sucesos trascendentales, una vez pasados, podían desdibujarse con mucha rapidez o tornarse vagamente oníricos mientras continuabas con tu vida. Ese pequeño paréntesis en París, sin embargo, resonaba vívidamente en sus pensamientos, sus emociones e incluso en su cuerpo. Cuando cerraba los ojos, todavía podía oír la voz de Zal, podía verlo de pie junto a la *Mona Lisa*, podía sentir su mano en la suya.

Desde entonces, el tiempo se había vuelto hueco. No se estaba engañando respecto a la situación en la que se encontraban: habían acordado en el Charles de Gaulle que cuando llegaran a Glasgow tendrían que tomar caminos separados, y que cada uno haría su trabajo, completamente en conflicto, pero Angelique de todos modos sentía que estaba esperando algo. Las inseguridades la visitaban como viejos amigos de la escuela: familiares, inevitables y tan bien recibidas como un sacerdote en un desfile del orgullo gay. Para sacárselas de la cabeza, hizo algunas averiguaciones y pidió unos pocos favores a la Interpol para conseguir información de Estados Unidos. Estaba todo en los archivos: la incursión fallida en el Gigliotti, las muertes del agente Creedie y el prisionero Marsh en Folsom, la reciente liberación de Innez y la presencia en prisión de un tal Dexter Parnell. Quizá no fuera prudente confiar en Zal Innez, pero no era un mentiroso.

A su debido tiempo llegó lo que ella estaba esperando en forma de una llamada telefónica que le comunicó lo que había deseado cada vez que el trasto había sonado desde que volvió a casa. Zal quería que se vieran y propuso el Dalriada como un lugar apropiado.

Eso había sido tres días antes, así que al menos la oferta de Dougnac le había dado algo más en lo que pensar entretanto. No había nada como la posibilidad de desenraizarse y dejar atrás todo lo familiar para propulsar esa sensación de estar perdida y sola.

Angelique se quedó en el centro del vestíbulo de entrada, justo debajo del busto de John Milton Horsburgh que controlaba con su semblante de mármol

la marea de visitantes a su enorme legado. Era un museo municipal, dirigido por el ayuntamiento, pero Horsburgh había donado un fondo considerable para financiar la exposición y el cuidado de su colección. No había previsto que un palacio consagrado al arte pudiera ser considerado nunca un bien de utilidad pública. Eso significaba que el museo recibía mucho menos de las arcas municipales que otras atracciones de tamaño parecido, pero evidentemente eso no evitaba que alguna gente se quejara del dinero público que se gastaba. Angélique había leído recientemente que los meapilas habituales habían despotricado por el coste de la presente exposición, «Historia de la alegoría». Solo había una obra por encargo y otra comprada para la maldita muestra, el resto eran obras prestadas para su exhibición temporal. No obstante, en lo que concernía a esos pesados de la religión, el depósito de una caja de botellas de cerveza sería un gasto excesivo si se dedicaba a algo que desaprobaban. Y eso, según el último recuento, incluía todas las obras no religiosas de la historia, lo cual estrechaba bastante el campo.

John Milton Horsburgh. Ese hombre no tenía dudas respecto a cuál era su lugar en el mundo, o en cuanto a su sensación de pertenencia a esa ciudad. La canción decía «Glasgow me pertenece», y de hecho buena parte de la ciudad le perteneció en un momento u otro. Horsburgh fue un magnate naviero que se labró una considerable fortuna con el tabaco y el algodón, según la versión oficial, que educadamente evitaba la referencia al tercer vértice del triángulo, más oscuro, del comercio de la época entre Glasgow, África y Norteamérica.

Quería ser recordado por la ciudad. Esas fueron sus palabras exactas. No por la gente, sino por la ciudad, como si quisiera que su alma fuera absorbida. No era un filántropo, de lo contrario podría haber pensado en legar algún penique a los pobres de Glasgow y ser recordado por eso. En cambio, dejó sus obras de arte y sus baratijas, de manera que su gusto y su personalidad dejaran una impronta para siempre. Por lo tanto, el museo Dalriada, finalmente construido por sus ejecutores después de todo un siglo de interminables discusiones legales, abrió sus puertas a la agradecida ciudad demasiado tarde para la Exposición Imperial de 1938. Según los deseos de Horsburgh, pertenecía a Glasgow, tanto si a Glasgow le gustaba como si no.

Pero ¿qué ocurría con Angélique? ¿Pertenece a Glasgow? Idi Amin había echado a sus padres de Uganda mientras ella estaba en el útero materno, así que había nacido en la ciudad y vivido en ella o sus alrededores desde entonces. Había sido educada allí, y aparte de unas pocas misiones de servicio

siempre había trabajado allí. Ella tenía el acento, la actitud, un piso en la parte sur. Se sentía a gusto, claro, pero pertenecer era otra cosa.

Tenía su abono de temporada para Ibrox, pero ¿era su sitio? Y se descubrió preguntándose si alguna vez había deseado que lo fuera. ¿Le atraían los lugares donde podía sentirse aislada pero desafiante, porque aquellos eran los lugares a los que se había habituado? Aislada pero desafiante: esa era su posición en la policía de Glasgow, y antes en la escuela, y, seamos sinceros, así había sido en Ibrox, a pesar de su pasión por el fútbol. Era un lugar de glorias, una catedral de éxitos deportivos, pero era también un lugar mancillado por una historia de exclusión. Tal vez eso era lo que había buscado de forma un tanto perversa. Ella ya no era católica, pero sabía que, habiendo ido al Sagrado Corazón, era más que católica para algunos de los donantes de cerebro de las gradas que la rodeaban. Era una republicana rodeada por hordas que cantaban «God Save the Queen», una antiimperialista en medio de coros de «Rule Britannia». Pero, aislada y desafiante, decía que los Rangers también eran su equipo.

«Somos el pueblo», ese era el lema de los aficionados más que el oficial «aye ready» del club. Su hermano izquierdoso, flexiblemente ateo pero defensor del catolicismo, no dejaba de indignarse por esta simple declaración. Tenía matices siniestros, argumentaba, siguiendo la repetida línea oficial de los hinchas del Celtic. Decían que el lema tenía sus raíces en los prejuicios contra los inmigrantes irlandeses, quienes, podía inferirse, no pertenecían al pueblo. Era una divisa de los paramilitares lealistas del Úlster. Tenía connotaciones de supremacía racial. Solo les faltaba decir que era un anagrama de «Hitler tenía razón».

Angelique, que conocía a muchos más aficionados del Rangers que James, sabía que no era así. No importaba quién se lo hubiera apropiado, quién citara, usara o abusara de ese lema, su origen era inocente, inofensivo y de Glasgow al ciento por ciento. «Somos el pueblo» significaba «somos el pueblo». Era solo una afirmación orgullosa de ser feliz con lo que eres, y buena suerte a cualquiera que pudiera sentirse de ese modo.

Orgullo. Esa era la única palabra que podía describirlo verdaderamente, una palabra cuyo significado, uso y etimología eran la quintaesencia del lugar. Se acuñó cuando ahorcaron a un ladrón y asesino conocido como Caballero Jim, que había permanecido sonriendo, arrogante e ingenioso incluso en el cadalso.

«Somos el pueblo», y de hecho lo eran. Pero la cuestión recurrente, más dolorosa a la luz de la propuesta de Dougnac, era si Angelique formaba parte

de ese pueblo.

Un leve sonido, como de algo caído a sus pies, la sacó de sus reflexiones. Bajó la mirada y vio que era un naipe: el siete de corazones. Se volvió y estaba Zal de pie a unos metros.

—¿Qué tal? —dijo.

Angelique sintió ganas de abrazarlo pero se contuvo; luego, reconsiderándolo y concluyendo que no había razón para la contención, lo hizo de todos modos, le dio un abrazo que enseguida se convirtió en un beso prolongado.

—Parece que no has venido a detenerme.

Dieron una vuelta por el museo. Zal fue guiándola hacia la exposición «Historia de la alegoría». Angelique decidió verificar de qué sitio la estaba apartando. La exposición tenía forma de uve y cada obra estaba explicada mediante pequeñas reproducciones o fragmentos de piezas contemporáneas similares. Zal fue menos expresivo que en el Louvre, tal vez porque estaba menos informado sobre lo que se exhibía, pero aun así quería empaparse de todo. Además, menos informado no equivalía a desinformado, así que insistió en colocar a Angelique un poco a la izquierda de *Los embajadores*, una reproducción a tamaño natural acompañada por una nota que explicaba que el original se hallaba en la National Gallery de Londres. Desde esa perspectiva deliberadamente sesgada, Angelique vio que la forma borrosa de la parte inferior izquierda de los susodichos embajadores de la pintura (y clientes) se transformaba en una calavera. Zal anunció orgullosamente que era «el corte de mangas más famoso de la historia del arte». También le explicó que se rumoreaba que *Las bodas de Cana* prestadas por un museo de Toronto y atribuido a un «artista desconocido» era falso y había salido a la luz en tiempos convenientemente tumultuosos, tras la Segunda Guerra Mundial.

Tanto si Zal sabía mucho de esa obra como si no, el comentario parecía superfluo en relación con el controvertido *Hombre (,) Costa Oeste*, sentado sin ningún pudor en el vértice de la V. Angelique no logró ninguna reacción más articulada que unas risitas, y estaba dispuesta a enfrentarse a cualquier crítico que argumentara que la intención de la obra era algo más sofisticado que provocar una risa.

—Estos cristianos que protestan —observó Zal, también riendo—. Vamos, si no puedes reírte de una estatua gigante de un tipo que se chupa su propia polla en la tranquilidad de una galería de arte, ¿de qué cojones te vas a reír?

—¿Es cierto que la cocaína es real?

—No lo sé, aunque se me ocurre una forma rápida de descubrirlo.

—Me sorprende que siga ahí. En realidad, en esta ciudad es probable que tengan que sustituirla cada hora.

Su visita continuó con el igualmente provocador *Vopeur*. Era una instalación grande, cúbica, dentro de la cual había un banco delante de un televisor empotrado en una pared donde se proyectaba un vídeo de porno duro. Entraron y se sentaron durante un par de minutos, se rieron un poco de la película y salieron.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Zal.

—¿Estéticamente hablando? Creo que nosotros lo hicimos mejor.

—Sí, podemos darles algunos consejos. Pero mira otra vez.

Angelique se volvió hacia el cubo. En cada una de las cuatro paredes, lo que le habían parecido paneles blancos se revelaron como pantallas de videoprojector, en las que en ese momento se los veía a ellos dos sentados en el banco mirando la cinta.

—Muy gracioso, ¿eh? —observó Zal.

—Ja, sí. ¿Entonces esta clase de obra está por encima de la vieja *Gioconda* en tu escala de merecimiento de elogios? ¿O solo estás aquí para preparar un golpe?

—Bueno, en primer lugar estoy aquí para verte, pero no niego que podría estar preparando un golpe. El problema que tienes es que no sabrás si lo estoy haciendo o si solo quiero que lo pienses.

—Muy bien, felicidades. Has encontrado la forma de lograr que cualquier cosa que me cuentes no tenga sentido. Pero entiendo por el comentario que todo sigue igual que estaba. Vas a seguir adelante con la operación, sea lo que sea.

—Sabes que no tengo elección.

—Has de hacer esto y luego has de desaparecer.

—He de desaparecer de todos modos, Angelique. Robé un millón de pavos de un banco.

—No. Estás limpio con ese golpe. No podemos declararlo oficialmente, pero créeme: como poli, sé cuando un caso está muerto.

—¿Y tu gran jefe, Shaw?

—Le están dando la extremaunción. Al banco le dirá otra cosa, pero sabe que no le has dejado ninguna pista.

—Salvo que una de sus detectives sabe exactamente quién lo hizo.

—Estoy moralmente en paz con guardarme esa información.

—Palabras elegidas con cuidado —reconoció Zal.

—Estoy menos en paz con la idea de no volver a verte, o de solo verte en la zona de visitas de la cárcel. Tiene que haber una forma de soslayar esto, algún medio de sacar a Parnell de la ecuación. ¿Y si pudiéramos ofrecerle protección, trasladarlo a otra prisión, darle una nueva identidad, algo?

—¿Con qué? No tienes nada que ofrecer a cambio a las autoridades de Estados Unidos, y yo no tengo nada que ofrecerte a ti. No creo que nadie vaya a aceptarlo como un nuevo plan de prevención del crimen basado en incentivos. ¿Qué le dirías a tu jefe? ¿Vamos a ayudar a este tipo para que pueda robar en otro sitio? Te diría: «Tengo una idea mejor, encerremos a ese hijo de puta por robar el banco».

—Pero Alejandro está cometiendo un crimen al chantajearte para que hagas esto. Seguro que las autoridades a ambos lados del Atlántico estarán interesadas.

—No sin pruebas. Angelique, créeme, soy un tipo que estudia todas las posibilidades, todas las contingencias, ¿recuerdas? Y no hay forma de evitar lo que tengo que hacer.

Había terminado de hablar, pero Angelique podía definitivamente oír un pero. Lo miró y lo vio confirmado en su cara.

—¿Pero qué?

—Hay otra forma de quitarme de encima a Alejandro para siempre.

Shaw evidentemente había perdido la capacidad de cerrar la boca cuando Angelique terminó de hablar. Si ella le hubiera revelado la verdadera dimensión de su relación con Zal Innez, Shaw podría haberse olvidado hasta de respirar por esa boca abierta, pero lo que Angelique le había contado bastaba para explicar su estupefacción. Se había ido quedando en silencio, cada vez más atónito por lo que Angelique le estaba contando, y eso que ella se había protegido contra la predecible indignación mediante el calculado movimiento de apertura de preguntarle qué le parecería que le sirvieran la cabeza de Bud Hannigan en una bandeja. Angelique sabía que era un anzuelo de puta madre para cualquier poli de Glasgow, pero en el caso de Shaw la carnaza era especialmente sabrosa después de que hubiera fracasado en sus intentos de trincar a ese cabrón escurridizo.

Hannigan era notoriamente adepto tanto a rehuir las atenciones de la ley como a distanciarse de actividades que pagaban su mansión en Drymen y lo que su señora del momento estuviera conduciendo. Había afianzado su posición como el mayor traficante de drogas de la ciudad después de la

muerte de su último rival serio, Frank Morris, víctima de un sicario. Morris había sido encontrado muerto en su propio jardín trasero, con un tiro en el ojo, pero aunque no había herida de salida, tampoco se encontró ninguna bala. Más curioso todavía, menos de una semana más tarde, el matón que se rumoreaba que había cumplido el encargo fue encontrado muerto por una sobredosis de heroína, mala suerte para alguien de quien previamente no se sabía que consumiera drogas.

Shaw se recompuso. Tardó unos momentos, pero lo consiguió. Suspiró, se levantó, caminó como un león enjaulado por detrás de su escritorio, se sentó, suspiró otra vez, se levantó otra vez, se pasó las dos manos por el pelo, quiso hablar dos o tres veces, luego asintió con determinación y regresó a su silla.

—No has seguido exactamente el reglamento, De Xavia, aunque, claro, ¿qué habrías sacado si lo hubieras hecho?

—Creo que una puta mierda sería la medida empírica, señor.

—Exacto. Todos tenemos nuestros chivatos y hemos de negociar con algunas zonas grises morales para acomodarlos, pero creo que acabas de batir un récord. Me alegro de saber que acertaba con la cuestión del mago, por cierto. Me hace sentir que no soy del todo inútil en el caso que nos ocupa. Pero teniendo eso en mente, y sin afirmar que has sido demasiado crédula, no podemos perder de vista la posibilidad de que te hayas jugado sus cartas.

—¿Señor?

—Bueno, él nos cuenta su historia lacrimógena y tú propones un trato, no él, igual que fuiste tú la que insististe en evacuar el banco. Él consigue lo que quiere, pero te hace pensar que fue idea tuya, rebajando así las sospechas. Dice: muy bien, puedo conseguirlos a Hannigan y a ese tal Estobal, pero no puedo entregarlos hasta después de haber dado mi golpe. Así que si a los polis no os importa apartaros un momentito... Así él se lleva lo que busca y se larga, dejándonos sin Hannigan, sin Estobal y desde luego sin Innez. Joder, podría ni existir el tal Parnell.

—Existe. Lo comprobé.

—Pero aun así, aunque todo sea cierto, incluido su móvil, si entrega a Estobal salva a Parnell, y le será más fácil si estamos esperando como bobos a que ocurra otra cosa. Puede lograr lo que quiere sin darnos nada.

—En ese caso, ¿para qué ofrecernos un trato?

—Más despiste.

—No quiero dar a entender que puedo ser más lista que él; me volvería loca intentándolo. Pero sé esto: no nos está pidiendo que miremos hacia otro lado. Sabe que no podemos hacer eso.



—Cierto. Si este tipo está planeando otro atraco en mi terreno, créeme que voy a poner todas las barreras para impedirlo. Y estaré esperando que tú hagas lo mismo, incluso si, como sospecho, tienes cierta debilidad por él.

—Daré lo mejor de mí, señor. No sé trabajar de ninguna otra manera. Pero si me perdona, me siento obligada a infectarle con el pequeño virus que soltó en mi cabeza.

—¿Y cuál es?

—Le dije que, con Parnell o sin Parnell, no teníamos otra alternativa que hacer todo lo posible para detenerlo. Me preguntó que cómo sabía que no era con eso con lo que él contaba.

Shaw suspiró otra vez y se abismó en sus pensamientos, expulsando aire a través de sus labios apretados como una olla a presión.

—No estoy seguro de que vaya a perdonarte por compartir esto. De Xavia. Es la mayor locura que he oído.

—Por eso creo que es sincero respecto a este trato.

—Me parece bien, pero creo que nos ha lanzado un guante, aparte de las jugarretas que nos piense gastar. Es un cabrón listo, pero no nos chupamos el dedo, y esta vez no nos pillaré con los pantalones bajados.

—Eso le dije, señor. Dijo que debería ponerme ropa interior limpia por si acaso.

Shaw rio, pero su sonrisa era apagada y había una tremenda determinación en su mirada.

—Claro. Ahora el guante está echado. ¿Qué es lo que dijo que no sabíamos? El dónde, el qué y el cuándo. Bueno, a ver si nosotros, los polis listos, podemos averiguar una cosa o las tres.

Angelique vio que Shaw estaba entusiasmándose y hasta disfrutando. Había visto el rastro de sangre en el agua, irresistible para un poli como él, con el gusto añadido de un elemento de reto descarado. Ella misma había experimentado un centenar de veces esa euforia, esa energía, y se sintió avergonzada de no compartirla en esta ocasión. A pesar de la seguridad (o era bravuconería) que Zal había mostrado, Angelique estaba preocupada por él. A Shaw le encantaría pillar a Bud Hannigan, pero no iba a dejar que una posibilidad tan tentadora le distrajera de la tarea que le ocupaba. En ese sentido, era inmune a la magia de Zal.

No podía decirse lo mismo de Angelique. Hasta el momento, todo había quedado en el ámbito de la teoría, pero ver a Shaw olfateando el rastro de la presa la puso frente a una realidad implacable. El trabajo de Angelique consistía en impedir que Zal hiciera el suyo, en impedirle calmar a Alejandro

y en asegurarse efectivamente de que Parnell moriría. Pero Zal ya sabía todo eso, y solo había dicho, con ese brillo exasperante en las pupilas, «¿Cómo sabes que no cuento con eso?». Quizá no acababa de decirlo solo para desconcertarla; quizá era una absolución, una forma de liberarla de responsabilidad porque sabía que había cosas que no tenía derecho a pedirle. Pero de igual modo, Zal era experto en hacerte hacer lo que él quería mientras te hacía creer que era tu propia idea y lo correcto. Quizá las palabras eran paradójicamente sinceras, y solo haciendo su trabajo podía ayudar a Zal y, en última instancia, a su amigo. Solo al intentar pararlo podía hacer lo correcto.

Angelique tomó aire, se inclinó y buscó en el bolso. Entonces, por Zal, por Parnell, por Shaw y por ninguno de ellos, se puso con lo que mejor sabía hacer.

—Empecemos con el cuándo —dijo, abriendo el mapa y extendiéndolo sobre la mesa de Shaw.

—¿Qué es esto?

—Lo saqué de la biblioteca Mitchell. Muestra los tramos viejos del metro y los nuevos con la superposición de los planos de calles. Innez dijo que tuvo la idea del RSGN cuando estaba mirando un mapa de estos túneles. Me pregunto si fue cuando estaba planeando otra cosa. Aquí es donde me pidió que nos viéramos hoy.

—El museo Dalriada. Kinning Park está justo debajo.

—El túnel lleva tapiado treinta años, pero sigue allí, con potenciales salidas a Paisley Road West, la M77 y la M8.

—Podrían salir de la ciudad en cuestión de minutos. Pero ¿con qué? Tú misma lo has dicho: obras de arte valiosas pero imposibles de vender. Puede que al ego de Alejandro le seduzca poseer un Rembrandt, pero no me imagino a Hannigan entusiasmado con eso. De hecho, no veo cómo encaja Hannigan en todo esto.

—Deje que me explique. Innez me llevó a la exposición «Historia de la alegoría», en la sala Sur.

—¿Qué crees que estaba buscando allí?

—Se trata de lo que no estuvimos mirando. No entramos en la sala Norte, que alberga la colección permanente de Horsburgh.

—Más invendibles.

—No del todo. Arriba, encontramos el tesoro de Horsburgh, como lo llaman. Trinquetes, ornamentación, platos, copas, bandejas, una colección de estatuas, cálices, e incluso una réplica a escala del buque insignia de la flota

de Horsburgh; vulgar, pero forjada, como todo lo demás que he mencionado, en oro macizo.

—*Alakazammy, stairheid rammy.*

—También hay plata, además de piedras preciosas, por supuesto. Todas esas piezas son identificables e invendibles una vez que se sepa que son robadas, pero no una vez que las has fundido. En ese punto el material valdría mucho menos, por peso, pero también sería indetectable.

—Y ahí es donde entra Hannigan. Pero si ese es el objetivo, ¿por qué no hacerlo Hannigan solo? Aunque no se le hubiera ocurrido, ¿por qué no va solo ahora que lo sabe?

—Bueno, para empezar, Hannigan sabe que es un pez gordo en un estanque pequeño y no le interesa empezar una guerra con los Estobal. Sin embargo, la razón principal es que no podía, o alguien más en Glasgow ya lo habría intentado. Pero Alejandro suponía que conocía a un hombre capaz de hacerlo. Supongo que Alejandro identificó el objetivo y acudió a Hannigan con la propuesta. Alejandro tenía el plan, y a través de Innez los medios, pero ni siquiera moldeándolo de nuevo podría sacar el oro del país y llevarlo a Estados Unidos. Así pues, tenía que llegar a algún acuerdo con Hannigan para facilitar la fundición y el movimiento del material.

—Alquimia revertida —dijo Shaw con obvia satisfacción y aprobación—. Convertir el oro en latón.

—Así que eso nos da un dónde y un qué. Necesitamos un cuándo.

—El cuándo importa menos si monitorizamos el qué y mantenemos la vigilancia. Pondré hombres camuflados entre el personal de seguridad, apostaré oficiales en el túnel.

—¿Indefinidamente?

—De inmediato, pero indefinidamente no será mucho tiempo. Falta menos de una semana para Navidad. Mi apuesta es que actuará cuando todo el mundo esté ocupado con la fiesta. El día de Navidad, en Nochebuena... Nochevieja sería un buen día. ¿No dio alguien un golpe en el Ashmolean en Nochevieja?

—La noche del milenio, sí. Nadie pudo oír la alarma por los petardos, si es que había alguien lo bastante sobrio para hacer algo al respecto.

—Bueno, estaremos sobrios esta Navidad. Y merecerá la pena ver la cara del cabrón cuando entre y nos encuentre esperándolo.

—Hum —dijo Angelique.

—¿Qué?

—Es solo una teoría, señor. Creo que deberíamos tener una mente muy abierta.

—Absolutamente, absolutamente. Pero no dejes que Innez juegue con tu cabeza, que no te haga pensar que tus buenas ideas son malas porque él podría esperarlas. Es un mago, no un brujo. Los magos no pueden leer tu mente en realidad, solo conocen formas de hacerte pensar que sí.

—Entendido, señor. Pero he de preguntar... si nos equivocáramos, o si tenemos razón y... —Ella negó con la cabeza—. Da igual. Si no podemos pararlo, a pesar de nuestros mejores esfuerzos o debido a ellos...

—Soy un hombre de honor, De Xavia. Si nos entrega a ese mierda de Hannigan, moveré cielo y tierra para asegurar que ese Parnell esté a salvo. Podría ser un pequeño precio a pagar. Podemos hacer también una recomendación al juez, conseguir una vista compasiva teniendo en cuenta que ayudó a la investigación. Pero si está esperando inmunidad, por el Dalriada o por el trabajo en el banco, que espere sentado.

—No mencionó la inmunidad, señor. No estaba en el programa.

—Es muy noble por su parte. Ya buscó la libertad para sus amigos antes, si no he entendido mal. Un hábito honorable, aunque inconveniente.

—No, señor, no creo que eso estuviera sobre la mesa. Tenga lo que tenga en mente para Hannigan y Alejandro, Innez no espera que lo pillemos.

—Mi querida Angelique —dijo Shaw sonriendo—. Dime qué recluso lo espera.

## AL ATAQUE

—Noventa segundos —dijo Zal, parando su cronómetro—. Seis segundos más lentos que la última vez, pero espectacular de todos modos. Iremos más deprisa si ese capullo de Domínguez sabe usar una llave. Creo que estamos listos para trabajar en la Fórmula Uno.

—No, tío —dijo Leo—, no me imagino a Ferrari autorizando ese nivel de peso añadido.

—Desde luego, tus ajustes no añaden tanto.

—No estaba hablando de los ajustes, tío, estaba hablando de Jerome.

—Debería darte vergüenza cuando no está aquí para defenderse —le reprendió Zal.

—Oh, ¿me estás diciendo que hay que respetar las reglas honorables del boxeo con ese hijoputa?

—Por supuesto —dijo Karl—. Si tú no estuvieras, estoy seguro de que no dejaría que dijeran ni una palabra de ti. Al menos una agradable.

—Bueno, seguro que odio estar con vosotros cuando no estoy —observó Leo.

—Vale —anunció Zal—, lo tenemos todo verificado, probado y en posición. Yo creo que estamos listos para empezar. Vamos a recoger a nuestro pasajero.

—Listos para empezar —confirmó Leo—, en cuanto le dé la mano al presidente. O aquí es el ministro primero.

—Primer ministro —le corrigió Zal—. Pero son todos igual de capullos.

Leo fue al cuarto de baño.

—¿Y la chica? —preguntó Karl, colocando una batería recién cargada en su portátil.

—El trato está confirmado. También lo he verificado.

—No estaba hablando de eso.

Zal suspiró.

—Sé de qué estás hablando, Karl. No te preocupes. Los dos comprendemos dónde nos estamos metiendo, y sabemos que también tenemos que salir. Ninguno ha contado mentiras al otro. Esto es un fenómeno nuevo en mis relaciones. Pero ella y yo sabemos lo que ha de ocurrir.

—Saberlo no hará más fácil marcharse.

—Marcharse es fácil, Karl. Lo he estado haciendo repetidamente desde que era niño. Irse siempre es fácil. La putada es echar de menos.

—Como cantaba Neil Young: esta noche es la noche.

Shaw fumaba un cigarrillo mientras paseaba con nerviosismo por delante del coche patrulla, un manojo de energía potencial desesperada por encontrar una vía de escape.

—Lo siento con todo mi instinto de policía.

Estaban apostados en la cochera de una tienda de compra venta abandonada, a menos de cuatrocientos metros del museo Dalriada. Había dos furgonetas con ellos, una de la Unidad de Respuesta Armada y la otra con seis policías de uniforme, todos tan ansiosos por entrar en acción como cabía esperar de hombres que sabían que no acabarían el turno hasta que eso ocurriera, o hasta el amanecer. En el museo había dos agentes de paisano armados, así como personal de seguridad adicional, aunque estos últimos tenían órdenes de no ser excesivamente vigilantes. Lo último que necesitaban era a alguien parando a los ladrones antes de que realmente intentaran robar nada; o que los vigilantes reaccionaran de forma desmedida a algún incidente menor y delataran que el lugar se encontraba bajo vigilancia.

—Perdóneme, señor —dijo Angelique—, pero ¿se considera insubordinación recordarle que dijo lo mismo anoche? Incluida la cita de Neil Young.

—Sí, y lo diré mañana por la noche, listilla. Es la prerrogativa del oficial superior.

—Sí, señor.

Shaw había aumentado notablemente los efectivos dedicados a la operación la tarde anterior, después de que las autoridades de inmigración les informaran de que un tal Alejandro Estobal había entrado en el país ese mismo día por el aeropuerto de Heathrow, en compañía de dos acólitos conocidos. En consecuencia, el jefe los había preparado para una gran operación esa noche, pero para ser justos, él siempre había opinado que apostaba por la Nochebuena. También creía que el golpe se produciría cuando el museo estuviera cerrado. No imaginaba a Zal arriesgándose a una segunda toma de rehenes. Estaban listos para ello de todos modos, pero parecía poco probable que se dejaran arrinconar una segunda vez, sobre todo sabiendo que un acto de escapismo por sorpresa no funcionaría dos veces. Una incursión

nocturna tendría la ventaja adicional de que solo habría un mínimo personal de seguridad de servicio, aparte, claro está, de los dos polis armados que cubrirían el tesoro de Horsburgh hasta que llegaran sus sustitutos por la mañana.

—Le gusta la protección de la oscuridad —observó Shaw—. Entró en ese banco a la luz del día porque necesitaba que estuviera abierto, pero esperó hasta que oscureció antes de salir. Por desgracia para nosotros, en esta época del año está oscuro a las cuatro de la tarde.

Era imposible decir que no habían pasado por alto nada, y Shaw no era tan arrogante como para creer que podía anticipar cualquier movimiento de Zal, pero sabía que no tendría excusa si lo engañaban dos veces con el mismo método. De ahí que hubiera varios pobres pringados apostados bajo tierra, así como efectivos vigilando distintos lugares identificados como potenciales puntos de entrada y salida al sistema de túneles. También habían recurrido a un informático experto para que instalara el mejor cortafuegos y controlara la red de ordenadores del museo en busca de virus y troyanos. Hasta el momento había permanecido inviolado.

Angeli que esperaba que el comentario más desconcertante de Zal fuera en realidad solo una forma de absolución. Ella había hecho su trabajo como él le había dicho que debía hacerlo, con el resultado de que en ese momento tenían el Dalriada más cerrado que el culo de un camello en una tormenta de nieve. Si había una forma de que esa ratonera gigante pudiera ayudar a Parnell, a buen seguro que ella no la veía.

## SANGRE

Los primeros tiros todavía no se habían disparado, y el mundo no lo sabía, pero la verdadera lucha ya había comenzado. A un observador inexperto, Walter Thorn podría parecerle un hombre de mediana edad agachado en el asiento del váter en un minúsculo retrete apestoso, pero en realidad era un agente secreto altamente preparado en una misión encubierta que llevaría la batalla moral hasta el corazón del enemigo.

Verificó su pistola otra vez, sopesándola en la mano. La sensación era buena, igual que lo había sido cada vez que la había usado para practicar tiro hasta que fue capaz de acertar en la diana nueve de cada diez veces desde la distancia requerida. Se sentía bien, sobre todo porque desde hacía años deseaba participar en algo verdaderamente activo. No diría que había perdido el tiempo con lo que había hecho —en absoluto, había desempeñado un papel valioso—, pero, seamos sinceros, ese papel siempre se había limitado a comentar desde la barrera. En esta ocasión, en cambio, estaba en el meollo de la acción.

Hasta Mary había notado que parecía eufórico, y tenía que reconocer que si esa sensación de energía y vitalidad pujante persistía, incluso era posible que tuviera que insistirle en juntar las camas cualquier noche.

Su reloj decía 20.24. Era casi la hora. Había creído que la espera sería dura, con el aburrimiento y la amenaza de la duda como preocupaciones mayores que la comodidad o los calambres. No había sido el caso. A cada hora que pasaba, su resolución se reafirmaba y la sensación de excitación y alerta crecía por minutos.

Estaba en la élite de la élite, entre los tres operativos a los que se había confiado el verdadero trabajo «sangriento» de la misión. Los menos exaltados (pero igualmente inestimables, no había que llevarse a engaño) miembros del F&NY-ADP habían completado su labor, y en ese momento estarían uniéndose al resto del F&NY en una vigilia ecuménica para rezar por el éxito. Habían entrado en el museo una hora antes del cierre, seis de ellos: Walter, Liam McGhee y Monty Masterton, como unidad de servicio activo; el resto, como apoyo logístico. Mientras que Walter y Liam llevaban pistolas ocultas, al resto les tocó introducir los martillos, cinceles y sierras para metales y



depositarlos en las cisternas del cuarto de baño de caballeros. Más tarde, al salir del museo, el equipo de apoyo logístico se aseguró de girar dos veces el torno para que las cifras de entrada y salida cuadraran. Entonces, justo a la hora de cierre, la unidad de servicio activo tomó posición en los retretes, cerrando la puerta pero no del todo, y agachándose en los asientos para rehuir el control rápido que se llevaba a cabo antes de cerrar las puertas de la calle.

Era una táctica arriesgada, pero demostraba que Monty tenía en mente algo más que el simbolismo cuando eligió la fecha para su misión. Además de marcar una noche de renacimiento cristiano, el personal tendría ganas de cerrar para llegar al *pub* lo antes posible.

La justificación llegó tras veinte minutos de nervios crispados entre el anuncio final por megafonía de que el museo iba a cerrar y lo que resultó ser un control negligente de los retretes. El responsable apenas había entrado en el cuarto de baño, solo lo suficiente para ver las cinco puertas de los retretes ligeramente entornadas y los urinarios vacíos. Había dicho «Hola» y luego, después de no recibir respuesta, se había retirado enseguida.

Como le había asegurado Monty, esos controles solo se llevaban a cabo para comprobar que ningún visitante drogado se quedaba encerrado por error. El resto de las medidas de seguridad del museo eran considerablemente más estrictas, pero tenían un punto débil; únicamente pretendían impedir que alguien saliera del edificio con la presunta obra de arte. No había ninguna protección específica para evitar que las destruyeran.

El silencio durante las horas que siguieron fue extrañamente monástico. Walter oía a sus compañeros respirando, pero, como se había acordado, nadie habló. Aun así, permanecían conscientes de la presencia de los otros y eso les servía para tranquilizarse sabiendo que no estaban solos y les servía de recordatorio de la fortaleza que poseían juntos.

Se acercaba el momento. Faltaba menos de un minuto. Walter pensaba que podría sentirse amedrentado en ese punto, pero aunque estaba temblando y casi con náuseas por los nervios, ese nerviosismo formaba parte de una euforia mayor, una energía que corría por él y que tendría que descargar antes de que explotara.

—Caballeros, es la hora —anunció finalmente Monty, quizá con quince segundos de adelanto según sus relojes sincronizados—. Su juicio llegará, y muy pronto.

—Amén —dijeron Walter y Liam simultáneamente.

Era el momento de que el F&NY-ADP se pusiera en marcha.

Todos se colocaron su máscara de plástico de Halloween y salieron de los retretes. El pasillo estaba a oscuras, pero la entrada a la sala de exposiciones brillaba como si les estuviera incitando. La exhibición «Basura gay», como la llamaba Monty, se hallaba en la nueva sala Sur, que estaba cerrada con cristal en un lado, y por consiguiente parcialmente iluminada de noche por la pálida luz del exterior del edificio.

Walter tenía una pistola en la mano, un martillo en el cinturón, un cincel metido en el calcetín, y casi estaba demasiado desconcertado para notar una erección en sus calzoncillos. «Oh, bueno», pensó, tratando de quitárselo de la cabeza. Unos minutos antes habría dicho que cada fibra de su ser estaba estimulada por esta actividad ilícita, y ahora sabía que no era ninguna exageración.

—Recordad —susurró Monty—. Una vez que crucemos este umbral, nos moveremos con rapidez y no tocaremos ninguna de las pinturas.

Flabían repasado el procedimiento un millar de veces, pero Walter no podía culpar a Monty por repetirlo a la hora de la verdad: en medio de semejante momento, sería fácil olvidar lo básico mientras contemplaban la tarea principal que tenían por delante. Las pinturas estaban aseguradas con cables que dispararían las alarmas solo con rozarlas. No obstante, como había explicado Monty, su objetivo, al ser una escultura de gran tamaño, no requería ninguna medida de seguridad electrónica, porque se necesitaría un toro de carga para tumbarla y una grúa para llevársela. Solo estaba controlada remotamente mediante una cámara de vigilancia; o más bien vigilada por la cámara, y monitorizada, como el resto de las obras junto a las que estaban pasando, por un vigilante de seguridad nocturno que leía la sección de deportes del *Daily Record*.

Las cámaras, en cualquier caso, estaban grabando, y las grabaciones podían ser sumamente útiles a los chicos de azul aunque llevaras máscara, y esa era la razón por la cual Walter tenía que disparar a la lente con su pistola de aire comprimido. Entonces podrían pasar a la fase dos. El apagón y el posterior ruido harían que el vigilante nocturno corriera a investigar, pero para eso era la pistola réplica de Liam. A ninguno de ellos le gustaba la idea de amenazar a alguien —no era culpa de ese pobre tipo que la gente para la que trabajara exhibiera pornografía a niños inocentes—, pero el arma falsa desde luego facilitaría mucho la labor de encerrarlo en un armario mientras ellos escapaban.

Monty y Liam se quedaron cerca de las paredes preparados con sus herramientas, esperando a entrar una vez que Walter disparara el primer tiro

de su nueva guerra santa. Walter apuntó con ambas manos, tomó aire, entornó los ojos, alabó a Nuestro Señor y apretó el gatillo.

Diana.

Fragmentos de cristal volaron en cascada desde la cámara. No obstante, antes de que el primer trozo de cristal tocara el suelo, varias alarmas empezaron a sonar a su alrededor. Internamente, Walter oyó campanas, acompañadas desde fuera del edificio por un sonido de claxon electrónico.

—Oh, cielos.

Miró con incredulidad la pistola que empuñaba durante un momento, un momento demasiado largo, luego hacia el vestíbulo, donde vio a sus dos compañeros corriendo en direcciones opuestas, sin que ninguno se quedara paralizado como él. A ambos lados de la galería, las persianas metálicas estaban descendiendo para encerrarlos en la escena de un crimen que no habían tenido tiempo de cometer.

Walter miró a su derecha, a tiempo para ver a Liam rodar bajo la barrera que descendía y desaparecer por el estrecho hueco antes de que tocara el suelo. Se volvió a su izquierda y vio que la otra ya se había cerrado. Y Monty ya no estaba.

—Oh, Señor.

Peor todavía: además de las alarmas, estaba seguro de que podía oír sirenas.

Miró las paredes de cristal, luego al martillo en su cinturón. El momento de esperanza se diluyó tan deprisa como había brotado. Las paredes se inclinaban ligeramente de abajo arriba, y cada panel de cristal tenía al menos un par de centímetros de grosor. Si lograba romperlo, le caerían encima los fragmentos. Además, si la policía estaba en camino, no iba a poder correr más que ellos.

No obstante, con ese sombrío pensamiento llegó un destello de esperanza. Nadie sabía cuántos asaltantes había, e irónicamente los reflejos más lentos de Walter podrían ser su salvación. Si pillaban a Liam y Monty —y dada la velocidad de respuesta de la policía, seguramente los pillarían— podrían pensar que eran los únicos participantes. De hecho, si veían que no habían atrapado a Walter, desde luego no lo traicionarían igual que él no lo habría hecho con ellos: los agentes del F&NY-ADP no se derrumbarían ante la captura.

Miró a su alrededor en la galería. La abominación *Hombre (,) Costa Oeste* se hallaba cerca de una enorme estructura cúbica situada en el vértice de la sala en ángulo; las pinturas y los plafones informativos completaban la

exposición a ambos lados. En ese momento él estaba en un punto ciego del sistema de vigilancia, después de destrozar la cámara que cubría esa zona, y las entradas a ambos lados estaban cerradas. Nadie podía verlo, y todavía cabía la posibilidad de que nadie supiera que estaba allí, de manera que, si podía encontrar un sitio donde esconderse, tal vez consiguiera salvarse. También lograría una exclusiva fabulosa, aunque su «fuente», por supuesto, tendría que mantenerse en el anonimato.

Dando otro paso hacia las ventanas se fijó en que había una gran puerta de doble anchura empotrada en la pared, en el acceso opuesto al lugar por donde habían entrado. Corrió hacia ella, sin apenas atreverse a abrigar esperanzas, pero descubrió que estaba cerrada y tenía una pegatina que decía: «Acceso reservado al personal del museo».

—Diablos.

Pero ¿quién era él para que lo frenara una pegatina? Ahora era un hombre de acción, con un martillo y un cincel. Esto requería un poco de Acción Directa Positiva.

Sacó el cincel del calcetín, miró atrás, al lugar donde había dejado su martillo en el suelo, y fue entonces cuando se fijó en que la estructura cúbica tenía una entrada en un lado.

—¡Alto! —se dijo a sí mismo—. Esto puede ser muy oportuno.

Walter echó un vistazo por el hueco. Había una pantalla de televisión apagada en una pared y un banco elevado situado enfrente. Cuando dio un paso al interior, todo se iluminó intensamente, lo cual parecía frustrar cualquier idea de esconderse allí, hasta que se fijó en el panel blanco debajo del banco, concebido para mezclarse geoméricamente con el resto del cubo. Su corazón se aceleró otra vez, se agachó y colocó el cincel entre la parte superior del panel y la parte inferior del banco. Salió con facilidad, revelando un pequeño espacio desde el que se accedía a varios enchufes, cables y un nodo coaxial.

Santuario.

Eso era una auténtica operación encubierta: descubrir compartimentos secretos, improvisar sobre la marcha y actuar con nervios de acero para evitar ser capturado por el Estado. El miedo y el temor se estaban convirtiendo de nuevo en excitación, la sensación de vacío en el estómago daba paso otra vez a una sensación de vigor físico que recorría su cuerpo. Todo su cuerpo.

Comprobó el tamaño del espacio y volvió a colocar el panel en su lugar. Podía meterse, pero era un poco pequeño, y no ayudaba que una parte de su cuerpo intentara traicioneramente ocupar más espacio que el habitual. Dicho

eso, tenía que reconocer que la sensación no era del todo desagradable, y le ayudaba a distraerse de otras incomodidades.

Las alarmas continuaban sonando a pesar del cese de las sirenas, pero de repente oyó otro sonido procedente de justo al lado de él, un gemido bastante desconcertante que casi le hizo saltar de su nicho del susto. Mientras persistía, se dio cuenta por el silbido de electricidad estática que lo acompañaba que debía de proceder del altavoz que había dentro del cubo. Salió del espacio para investigar y vio que la pantalla de televisión ya no estaba apagada, sino que en ella aparecían un hombre y una mujer, desnudos y abrazándose.

—Cielos.

Había ido a encerrarse justo en el expositor pornográfico. Su primera idea fue huir, pero la razón le dijo que tenía pocas alternativas. Su entrada había encendido las luces y el vídeo, pero si estaba apagado cuando llegó, presumiblemente seguía un ciclo definido. Si esperaba, con un poco de suerte el cubo estaría otra vez oscuro y aparentemente vacío cuando llegara alguien a investigar.

Solo por tranquilidad mental, echó un rápido vistazo al exterior y comprobó que las puertas seguían bajadas. El tiempo —y no poca inteligencia— estaban de su lado. El inconveniente era que tendría que volver a meterse debajo del banco, o sentarse allí y soportar esa porquería hasta que terminara. Bueno, que así sea, pensó. Era adulto, no podía hacerle daño por desagradable que fuera. Era más fuerte que eso, y además, quizá merecía la pena el ejercicio para conocer al enemigo. No era un poder místico que debiera temer, por el amor de Dios. Los que estaban hechos de material más duro no se verían afectados por eso, aunque no lo hacía inofensivo; desde luego no podías dejar que cualquiera viera esa clase de cosas.

Si se suponía que tenía que impactarlo, entonces el presunto artista había fracasado: no estaba impactado en absoluto. Había visto cosas peores en Channel Four. De hecho, realmente no debería haber nada en la forma humana capaz de causar impresión a un adulto civilizado, pero eso no hacía que fuera correcto que la gente se degradara por actos de explotación como ese. Todos sabíamos cómo eran los pechos de una mujer, así que no necesitábamos nada como eso. Vaya, la verdad es que era bastante hermosa, ¿no? Desde luego, en el mundo del arte siempre había habido espacio para la apreciación estética del desnudo femenino, desde los bustos de Afrodita pasando por los prerrafaelitas. Dios mío, ella estaba... estaba... o más bien él estaba, en torno al pezón erecto de ella con la punta de su... y ella estaba... oh, seguro que no, seguro que no, oh, dulce cielo, ella estaba... con la boca.

Walter se estaba mareando, las alarmas desaparecían en su cabeza ante el sonido de sus latidos mientras el ritmo de su corazón aumentaba y su, su, se hinchaba y se tensaba contra el interior de sus pantalones.

Cálmate, por el amor de Dios. Solo una tontería, pueril y vulgar, todo se confundía con la excitación de... Dios santo, él es taba realmente metiéndole la lengua en el, el... la lengua en el... cielo santo, y oh, a ella le gusta, le gusta de verdad, y la descarada está...

Las manos de Walter parecían estar actuando por voluntad propia, desabrochándose la bragueta y agarrando la, la... Era la única forma, una voz se lo estaba diciendo. Es crucial para la misión. Has de acabar con esta tensión, despejar la cabeza, no puedes permitirte la distracción. De todos modos, nadie puede verlo, nadie lo sabrá y, madre de Dios, la mujer era magnífica, era gloriosa, no tenía suficiente, oh, sí, le gustaba, le gustaba oh Dios sí y en esa posición también, Dios, eso era arte oh sí dale la vuelta es lo que quiere es lo que le gusta oh sí oh no no pares oh no no la saques oh Jesús seguramente no va a, pero sí va oh buen Cristo Señor todopoderoso va a metérsela en el aaaaaaaa aaaaaaaaaa...

... encima del monitor: violento, copioso, interminable. Límpidos, ilimitados chorros de amor, calientes y enormes. Ahora sabía de qué hablaba Walt Whitman.

Oh, Jesús. Oh, Dios. Oh. Oh.

Oh, cielos.

Fue como despertarse de una hipnosis y encontrarse desnudo en el escenario. Walter bajó la mirada a su pene, que ya se encogía, luego al suelo y finalmente al monitor que goteaba.

Madre mía.

Walter se echó adelante y trató de limpiarlo con la mano, pero solo logró extender la mancha en una superficie de cristal más grande, así como dejar una plétora de huellas dactilares pegajosas.

Mierda.

Se bajó la manga sobre el puño y frotó la pantalla tan fuerte que chirrió. Esto tuvo un poco más de éxito. Su jersey absorbió la mayor parte de la humedad, pero cubrió toda la pantalla de una película amorfa. Al menos las huellas dactilares habían desaparecido, aunque no pasaría desapercibido porque el vídeo como quedaría permanentemente fuera de foco. Estaba a punto de bajarse la otra manga en un segundo intento cuando oyó un ruido eléctrico y se dio cuenta con un escalofrío profundo de que solo podía ser el sonido de las persianas al abrirse.

Oh, por favor, Dios, no.

Menos de un segundo después, la cinta de vídeo terminó y el interior del cubo regresó de repente a la oscuridad. Era un favor divino, sin duda: clemencia y socorro para un fiel servidor que solo trataba de hacer lo correcto. Walter no perdió tiempo. Se metió en su escondite y volvió a colocar el panel en su sitio. El mensaje era claro: su indiscreción, como su transgresión de la ley, habían sido inmediatamente comprendidas y olvidadas. Estaba escondido, a salvo de sus enemigos. El Señor protege a los suyos.

## NADA POR AQUÍ...

—Hemos cogido a uno por ahora, señor —dijo la voz en la radio de Shaw—. Tenía una pistola falsa, pero la soltó en cuanto vio que las nuestras eran de verdad. Estamos seguros de que había más, aunque era difícil verlo.

Shaw y Angelique salieron los últimos, detrás de las dos furgonetas, cuyos pasajeros se habían dispersado con rapidez en puntos situados dentro y en torno al edificio. Uno de los ladrones había sido detenido por policías de paisano antes de que nadie más pudiera llegar allí, y así lo comentaron por radio cuando ellos se acercaban a las puertas del parque que rodeaba el museo. En lugar de la euforia habitual, a Angelique le recordó cómo se sintió cuando estaba de servicio y oyó a Richard Gordon anunciar que el equipo visitante había marcado un gol en Ibrox. La excitación y el indisimulado placer en la voz de la radio contrastaba con la conmoción de ella al escucharlo.

Los policías caminaron rápidamente hacia la entrada, donde un agente de uniforme les aguantó la puerta.

—¿Qué quieres decir con que era difícil de ver? Esa galería Horsburgh supuestamente tenía que encenderse como Blackpool. ¿Qué ha ido mal?

—No estaban en la colección Horsburgh, señor. Estaban en la sala Sur. Hawkins cree que vio a tres en los monitores, pero fueron al centro de la sala y dispararon a la cámara. Eso hizo saltar las alarmas.

Shaw y Angelique se miraron uno a otro, planteándose la misma pregunta en silencio: ¿qué estaban haciendo en la sala Sur?

—Estoy en la puerta —dijo Shaw.

—Lo llevaremos a...

—No, quédate donde estás. Voy para allá. A todas las unidades: ¿más sospechosos?

Shaw puso los ojos en blanco ante el creciente silencio. Fue roto finalmente por Anderson, el otro agente, compañero de Hawkins.

—Señor, las persianas de seguridad se cerraron automáticamente cuando violaron el sistema. Es posible que sigan dentro. Nos está costando abrirlas otra vez, pero el tipo de aquí dice que lo hará en un minuto.



—Vale. ¿Y cuando termine, puedes preguntarle si hay algún peligro en apagar estas putas alarmas?

—Sí, señor.

Shaw caminó a buen ritmo por el vestíbulo para dirigirse a la sala Sur. Angelique lo siguió un par de metros por detrás, pero no era solo el paso de Shaw lo que ponía distancia entre ellos. No estaba segura de tener ninguna prisa en ver a Zal esposado.

Shaw dobló la esquina el primero y accedió al vestíbulo con techo de cristal de la sala Sur.

—¿Es él? —lo oyó preguntar.

—Sí, señor. No dice nada. No quieres que oigamos ese acento, ¿eh? —se mofó Hawkins.

Angelique entró en el vestíbulo y se encontró a Shaw con el pie sobre un prisionero esposado pero desafiante, con la expresión pétrea del que está habituado a que lo detengan. La primera mirada de Angelique fue breve, suficiente para lo que era su principal preocupación: identificarlo como alguien distinto de Zal. En una segunda inspección, no obstante, se dio cuenta de que lo reconocía.

—Cuando este ganso hable, el acento no será americano —les dijo—. Es Liam McGhee. Es el jefe de Fanny.

—¿El qué? —preguntó Shaw.

—Family and Natural Youth, señor. Su fama no ha llegado a Londres. Era un ladronzuelo, pero descubrió al Señor en el trullo y fundó su propio grupo de presión de cristianos fanáticos. ¿Qué estás haciendo aquí, Liam? ¿Es que viste la luz en el camino a Damasco y te has vuelto a convertir al latrocinio?

El aludido se quedó en silencio, mirando al vacío, ignorándolo por completo.

—¿Hacía mucho que no te detenían, Liam? El derecho al silencio ha terminado, ¿sabes?

—Hawkins, léele sus derechos —ordenó Shaw.

—Sí, señor.

—Es una protesta legítima —espetó McGhee de repente—. Como cristianos y padres, tenemos derecho a actuar para que el dinero del ayuntamiento no se dilapide en inmundicia e inmoralidad. Si las autoridades no protegen a nuestros hijos contra la pornografía, no nos queda más opción que actuar.

—Tú no tienes hijos, Liam —señaló Angelique.

—Todos los niños son nuestra responsabilidad.

Delante, las persianas de seguridad se pusieron letárgica mente en acción. Shaw y Angelique fueron hacia ellas de inmediato. Angelique sacó su radio, porque no estaba segura de si Shaw compartía su conocimiento del edificio.

—Las puertas de la sala Sur se están abriendo. Estamos en la entrada oeste. Que alguien vaya a la este enseguida.

Shaw asintió de manera aprobatoria y se agachó para pasar por debajo de la puerta que se levantaba.

—¿Podemos poner luz aquí? —preguntó por radio.

—Sí, señor.

Angelique se inclinó y lo siguió a la galería.

—¿Una protesta contra la pornografía? —le preguntó Shaw.

—La mierda habitual, señor. Un poco más dramático que los carteles y los gritos histéricos, pero el programa es el mismo.

—No importa el programa, es el puto momento lo que me cabrea. Estos capullos se lo cargarán todo. —Suspiró pesadamente, con aspecto de que estaba considerando seriamente hacer un agujero en la pintura más cercana—. Venga, vamos a pillar al resto y terminemos ya. ¿Alguno de vosotros ha encontrado a alguien más?

—Señor —se oyó la respuesta—. Habla el agente Keir. Estoy fuera, hay un vehículo en el muelle de carga de la parte de atrás. Mierda, lo siento, olvide eso. Es una furgoneta del ayuntamiento y le faltan las cuatro ruedas. Está encima de unos ladrillos.

—Maravilloso —gruñó Shaw—. Pégame un grito si encuentras algún carrito de la compra abandonado, ¿eh?

—Lo siento, señor.

—Puto teleñeco.

Avanzaron por la galería hasta el vértice, donde se encontraron con tres agentes que se acercaban desde el lado opuesto y que evidentemente no llevaban ningún sospechoso.

—¿Seguro que no ha venido solo?

—Lo dudo, señor —le tranquilizó Angelique—. Dijo nosotros.

—Sí, pero estos cabrones pomposos siempre dicen nosotros.

Shaw pareció fijarse de repente en la estatua frente a la que estaban reunidos. Le lanzó una mirada escrutadora sin dar crédito a lo que veía, antes de soltar una risita desdeñosa a su pesar.

—¿Es por esto por lo que se ha alzado en armas la brigada de Dios?

—Eso me temo. El gran tipo de aquí parece que los ha cabreado.

—Aunque yo no lo llamaría exactamente pornografía.

—No, la pornografía está dentro...

Angelique estaba a punto de hacerle dirigir su atención al cubo Voyeur, pero la instalación se le adelantó y el vídeo exterior cobró vida de repente. Al cabo de unos segundos, en cuatro de sus paredes aparecía una cara rubicunda y un hombre agitado que miraba a la cámara.

Shaw miró la pantalla con expresión astuta.

—Hace mucho que no trabajo en antivicio, pero no me imagino a la gente haciendo cola en Soho. Oh, vaya, espera.

El hombre de la imagen procedió entonces a sacar su pene erecto. Los cinco agentes de policía miraron en estupefacto silencio cuando empezó a masturbarse febrilmente, cascándosela con una expresión retorcida y torturada, hasta que eyaculó copiosamente y salpicó la pantalla.

—Suerte que no es en 3D, ¿eh? —observó uno de ellos.

—Se llama *Voyeur* —dijo Angelique—. Hay un vídeo porno dentro, pero la gracia es que cuando estás dentro viéndolo, hay realmente una cámara... — Se paró en seco al darse cuenta.

—¿Qué?

—Está ahí dentro.

Shaw volvió a mirar el cubo. El pajillero estaba limpiando la pantalla con la manga, luego lo vieron meterse debajo de un banco y poner un panel blanco delante.

—Detenedlo —ordenó Shaw.

—Yo no pienso tocarlo —repuso Angelique—. Está lleno de leía.

Al cabo de un momento, el tembloroso activista defensor de la moral fue sacado a rastras del cubo entre dos agentes.

—Parece que no te desagrada tanto —observó Angelique.

—Esto es una legíti... Soy miembro de...

—Espera, me suena tu cara —dijo uno de los uniformados—. ¿No tenías una columna en el *Post*? ¿Con una gran foto, frente a los editoriales?

Si el pajillero hubiera podido ponerse más blanco habría llegado al ultravioleta.

—Sí —dijo otro—. Ahora que lo dices... Yo no lo leía pero mi mujer... Thorn, ¿no? ¡En carne y hueso!

—Yo... mire, esto no es lo que... Vale. Soy periodista. Estoy infiltrado. Me he infiltrado en... Tenía que seguir la corriente, no me quedaba elección.

Empezó a llorar, limpiándose la cara de manera instintiva y sin darse cuenta de que se manchaba de semen.

—Nada de esto fue idea mía. Fue el americano.

—¿El americano? —preguntaron al unísono Shaw y Angelique.

—Sí. Masterton. Pregúntale a él, es el líder del grupo. Fue él quien...

Pero ninguno de los dos estaba escuchándolo.

—¿Por qué tengo la sensación de que otra vez voy en dirección contraria por Buchanan Street? —preguntó Angelique.

Shaw agarró la radio con la rabia abriéndose paso visiblemente desde su interior, llegando incluso a sus dedos, que se tensaron en torno al aparato.

—¿Hemos detenido a alguien más? ¿Un americano?

Silencio.

—Joder. Bueno, ¿alguien puede al menos apagar estas putas alarmas?

—¿Señor? —se oyó una voz por fin.

—Sí. ¿Qué?

—Tenemos informes de un incendio, posiblemente una explosión en la subestación de Argyle Street, del lado de Dumbarton Road. Cerca del museo Kelvingrove.

—Hijo de puta. Pero... quiero decir, ¿qué hay allí que se pueda vender? —preguntó Angelique—. Aparte de los animales di secados y el Dalí.

—Tesoros de los aztecas —dijo uno de los uniformados—. Mi mujer está deseando ver esa exposición.

—No inaugura hasta enero —le dijo Shaw—. Está en Londres ahora. Todavía están instalando el sistema de seguridad.

—Sí, pero seguro que van retrasados con eso. Cerró en Londres a finales de octubre y tenía que abrir aquí a primeros de este mes.

—¿Quieres decir que las obras ya están aquí?

—Sí, en la cámara acorazada del sótano.

—Dime que no está pasando —le imploró a Angelique.

No pudo decírselo.

—Oro mexicano. Mañosos mexicanos.

—Y todos nos estamos rascando el culo en el lado equivocado del putero.

Shaw echó a correr, haciendo un gesto a los demás para que se movieran.

—Todas las unidades de Shaw. Diríjanse de inmediato a la galería de arte Kelvingrove. Robo en marcha. Repito, robo en marcha.

Soltó el botón y dejó de transmitir, volviéndose hacia Angelique al correr hacia la puerta.

—¿A quién estoy engañando? El robo habrá terminado cuando llegemos allí.

Subieron a su coche y arrancaron a toda velocidad; la parte de atrás del vehículo derrapó en la grava cuando Shaw pisó el acelerador. Detrás de ellos, las furgonetas se estaban llenando, las sirenas habían comenzado a atronar y las alarmas del Dalriada continuaban sonando tercamente.

—Debo de estar haciéndome demasiado viejo para estas cosas —dijo él—. Me dijiste que mantuviera la mente abierta, pero simplemente decidí que este era el sitio.

Tenía razón en una cosa, señor. Esta noche era la noche.

—Sí, pero la canción de Neil Young debería haber sido: «¿Por qué la sigo cagando?».

Zal no apartó la vista de su teléfono. El tenue brillo de la pantalla de cristal líquido y la luz del portátil de Karl eran la única iluminación en la atestada furgoneta. Estaba esperando un mensaje de texto, pero también era un sitio al que mirar tan bueno como cualquier otro cuando se compartía un espacio tan pequeño con otras cuatro personas y la tensión había tenido tres horas para ir en aumento. Tampoco era solo la silenciosa espera y la magnitud de lo que estaba en juego lo que hacía la atmósfera incómoda. Nadie podía hablar, y nadie tenía que decirlo. Karl y Leo habían estado una vez en la parte de atrás de otra furgoneta, esperando en silencio y nerviosos, antes de ser encerrados allí por Zal en el momento en que la acción tenía que empezar.

Además, a todo eso se sumaba la presencia indeseada del intruso oficial, Domínguez. Siempre había sido un término estrictamente no negociable del acuerdo que un representante de los Estobal estuviera en presencia de los bienes desde el robo hasta la entrega, para asegurarse de que no había riesgo de una costosa interferencia. Que Zal estuviera en posesión de cosas tan valiosas sin que nadie lo vigilara no era una idea con la que Alejandro se sintiera ni remotamente cómodo, aunque contara con la carta de la vida de Parnell, y esta preocupación se veía comprensiblemente reforzada a la luz de cómo el matón de Hannigan había sido engañado en el banco. Así pues, ellos llevaban a bordo a Rico Domínguez, primo de Alejandro. Por fortuna, al menos él les había asegurado que sabía manejar una llave de impacto eléctrica.

El último mensaje apareció en el teléfono de Zal.

—Vale —susurró—. Luz verde de Jerome: está preparado y en posición. Solo esperando a... sí, aquí está. Confirmación: la subestación ha caído. Se han apagado las luces en Kelvingrove.

—Hora de llevarle a Alejandro su regalo de cumpleaños —dijo Domínguez.

—Todavía no —le advirtió Zal—. Un momento.

Domínguez fue a hablar, pero Zal se llevó un dedo a los labios. Al cabo de unos segundos, el sonido de sirenas se unió al aullido constante de la alarma.

—¿Karl?

Karl dio la vuelta a su portátil para que Zal viera la pantalla. Mostraba la entrada al museo a través de una de las tres cámaras en miniatura que Zal había escondido en el exterior el día que fue a ver a Angélique. Todos los vehículos de la policía se habían marchado, y solo un par de agentes uniformados paseaban por el vestíbulo, discutiendo con el personal del museo, incluido el recién llegado comisario. Satisfecho, Zal dio la orden.

—Caballeros. Vamos a practicar nuestro arte.

Los cuatro bajaron rápida y silenciosamente, cada uno con una rueda y una llave eléctrica. Tomaron posición en torno al vehículo, y se arrodillaron para quitar sin hacer ruido cuatro pilas de ladrillos cuyo verdadero propósito no era sostener la furgoneta, sino ocultar que en realidad se trataba de gatos hidráulicos. Esos eran los ajustes de Leo, hechos la semana anterior en un garaje de Newcastle. Podían utilizarse mediante un interruptor para levantar el vehículo en cuestión de segundos, permitiendo quitar o reemplazar las ruedas rápidamente.

Habían llegado allí y dejado el vehículo en el muelle de carga poco después de que cerrara el museo. Era un momento en el que la calle que atravesaba el parque estaba ocupada por coches que partían, obstruyendo la visión desde el museo de un vehículo solitario que se acercaba sin llamar la atención, hasta el punto de resultar casi invisible, porque llevaba los colores del Departamento de Parques y Espacios Recreativos del Ayuntamiento de Glasgow. Una vez en su posición, mediante el portátil de Karl y las cámaras, se aseguraron de que nadie se acercaba por ninguno de los lados y de que todo estaba despejado cuando dejaron el vehículo aparentemente inutilizado para que no levantara sospechas.

El sonido de las alarmas se solapó con el ruido de su rapidísimo cambio de ruedas, que era la misión número uno: preparar el vehículo de fuga antes de pensar en ninguna otra cosa.

El personal del museo estaría todavía arriba, tratando de imaginarse por qué no podían apagar las alarmas, sin darse cuenta de que Jerome había quemado el sistema eléctrico en un panel de mantenimiento del almacén del sótano. Ahora mismo el sistema estaba respondiendo a un fallo general, que

se registraría en la sala de control como tal, pero que indudablemente atribuirían a la destrucción de una cámara de circuito cerrado durante el asalto. Por lo tanto, lo más probable era que achacaran a un mal funcionamiento general que las puertas de seguridad de la sala Sur bajaran una segunda vez, pero aunque no fuera así, en ese momento nadie podría entrar de todos modos: ni el personal de noche ni los policías uniformados ni los dos vergonzosamente obvios policías del paisano que estaban custodiando el tesoro de Horsburgh.

Ya con el vehículo sobre sus cuatro ruedas, Leo se subió al asiento del conductor mientras Karl volvía a saltar atrás para monitorizar el perímetro en su portátil. Leo giró la furgoneta y dio marcha atrás en la pendiente hacia las puertas metálicas servoasistidas del muelle de carga, que estaban abriéndose. Jerome llegó desde el hueco cada vez más ancho y les hizo pasar.

—Vaya, me parece que robar un museo es mucho más fácil con un juego de llaves maestras —dijo, haciendo sonar los susodichos elementos con una sonrisa maliciosa.

—¿Cómo las has conseguido? —preguntó Domínguez.

Secreto profesional —le dijo Zal, lanzando a Jerome una mirada admonitoria por pisar terreno frágil.

Jerome lo reconoció tragando saliva.

—¿Puedo confiar en que el trabajo del Señor ha ido bien? —preguntó Zal, cubriendo la conversación silenciosa.

—Oh, esta noche la decencia ha dado un golpe poderoso. Solo espero que esos capullos disfruten la cárcel tanto como yo. Vamos, tenemos una cita con un feo chupapollas. —Miró a Domínguez—. Ah, sí, y antes hemos de robar una estatua para él.

—Pendejo.

—Chúpame un huevo.

Jerome los condujo al montacargas de doble ancho, dentro del cual había colocado la transpaleta hidráulica que usaba el personal del museo para mover objetos grandes y pesados. Tardaron unos veinte segundos en subir a la sala Sur. Jerome abrió las puertas dobles usando una de sus llaves con código de color, y salieron al lado este de la exposición «Historia de la alegoría».

Jerome se quedó en el montacargas mientras Zal y Domínguez se dirigían al centro de la galería, donde cargaron *Hombre (.) Costa Oeste* de Pepe Núñez en la transpaleta. Zal usó unos alicates de corte para liberar la estatua de su amarre electrónico y provocó así que las puertas de seguridad bajaran, como

estaba planeado, entorpeciendo el descubrimiento (e incluso la investigación) de sus actividades.



## MEZCLA HINDÚ

Estaban a medio camino del túnel Clyde con Angelique agarra da al asidero de la puerta mientras Shaw cruzaba a un lado y a otro de las dobles líneas blancas, cambiando de carril. Llevaba la sirena y las luces puestas y pisaba a fondo para que el coche alcanzara una velocidad récord en su prisa desesperada por llegar a Kelvingrove. Y entonces fue cuando ella lo comprendió.

—Mierda. Lo estamos haciendo otra vez.

—¿Qué?

—Correr en sentido contrario. Dé la vuelta.

—No puedo dar la vuelta. Estoy en el puto túnel.

—Sí, y en sentido contrario. Deberíamos estar en el túnel que va al sur. Es un doble engaño.

—Hawkins y Anderson siguen custodiando la colección Horsburgh. No hay ningún doble engaño en eso. Y tenemos Kelvingrove a oscuras. No podemos pasarlo por alto.

—Tiene razón, señor, porque hemos de hacer nuestro trabajo, como él confía que hagamos.

—Ah, mierda, coño, joder, cojones —dijo Shaw, lo cual a ella le pareció un poco redundante.

—Confíe en mí en esto. Deje que los demás verifiquen Kelvingrove, pero yo quiero echar otro vistazo allí.

Shaw tiró del freno de mano en cuanto salieron del túnel en sentido norte para hacer un giro de ciento ochenta grados, y volvió a acelerar por debajo del río. Angelique cogió la radio y llamó a Hawkins, que no compartió su animada preocupación.

—No está pasando nada, salvo que las putas alarmas siguen sonando. Ah, y me han dicho que las puertas de la sala Sur aparentemente se han cerrado otra vez. Lo desconectaría todo si encontrara el enchufe.

La sala Sur. Exactamente el lugar al que Zal la había llevado.

—Ve allí ahora.

—¿Adónde?

—A la sala Sur. Abre esas puertas, o entra por la puta ventana, pero entra.

—Sí, señora.

Estaban otra vez en el Dalriada al cabo de diez minutos, después de que Shaw hubiera castigado el motor incluso en la calle estrecha que atravesaba el parque.

—Entre por detrás —le pidió Angelique cuando se acercaban al edificio.

Shaw redujo hasta una velocidad menos terrorífica y giró a la derecha en la encrucijada señalada por un cartel que rezaba «Solo vehículos autorizados más allá de este punto».

—Ahí —dijo Angelique, señalando al muelle de carga de la parte posterior del edificio.

—¿Qué? No veo nada.

—De eso se trata. El agente Keir dijo que había una furgoneta sobre ladrillos detrás.

Shaw no vio nada allí.

—¿Sabes? En realidad me alegro de que no vayamos a pillar a este cabrón —dijo.

—¿Por qué?

—Porque los expolis lo pasan mal en la cárcel y allí es donde terminaría yo después de reventarlo.

Condujeron unos pocos metros y vieron la sala Sur, donde se celebraba una preocupante reunión de policías y empleados del museo. Angelique no podía esperar hasta entrar para descubrir lo que estaba pasando. Cogió la radio otra vez.

—Acabamos de abrir las puertas —informó Hawkins, con un tono de inquieta disculpa en su voz.

—¿Y?

—Es la estatua, el gran, eh, bueno, el tipo que se chupa su propia polla. No está.

Shaw se apoyó en el volante, añadiendo el sostenido zumbido de su claxon al interminable aullido de las alarmas del museo. Levantó la cabeza al cabo de unos segundos y miró al asiento del pasajero. Cuando habló, lo hizo con una calma admirable, aunque la calma sin duda era una señal de rabia contenida.

—Se me ocurren varias preguntas, agente De Xavia, a la luz de este nuevo acontecimiento. De hecho, son demasiadas para enumerarlas en este momento, pero la principal indudable mente es: ¿de qué coño va esto?

Leo giró a la izquierda, en una zona industrial. Aparcó la furgoneta en una cochera, detrás de una gran exposición de muebles, y paró el motor. Había otra furgoneta esperando allí, similar en tamaño pero de un modelo y color diferentes. Zal bajó del asiento del pasajero y de inmediato arrancó los adhesivos de Parques y Espacios Recreativos. Debajo había otros de FAC Mensajería: Entrega garantizada. Leo hizo lo mismo en el lado del conductor mientras Zal abría las puertas traseras.

Domínguez estaba lógicamente inquieto, sobre todo cuando vio la segunda furgoneta.

—Eh, ¿qué es esta mierda? Este no es el punto de entrega. ¿Qué estáis tratando de hacer, pendejos?

—Nada —le aseguró Zal—. Solo... llámame cínico si quieres, pero tengo esta tendencia paranoica a pensar que tu jefe podría preparar algo desagradable para mí una vez que deje de serle útil.

—No sé nada de eso, pero seguro que tiene algo desagradable preparado para tu amigo Parnell si no le das su mierda.

—Oh, voy a hacer la entrega. Pero la haré según mis términos y no los de Alejandro.

—Eso es lo que tú te crees —dijo Domínguez, sacando una pistola y dando un paso atrás para controlar a los cuatro—. Tú y yo vamos a volver a esa puta furgoneta, ahora mismo, y vamos a la cita, ¿comprendes?

—¿O qué? No nos matarás a los cuatro antes de que te pillemos.

—No quieras probarlo. Sube a la puta furgona.

—Que te den por culo —le dijo Zal.

Domínguez apretó el gatillo, pero el percutor se atascó, como ocurre cuando te quedas sin halas. Zal le dio un puñetazo en la garganta con todas sus fuerzas. Domínguez cayó al suelo, agarrándose el cuello y soltando la pistola.

Zal abrió una mano encima de Domínguez y dejó que un puñado de balas cayeran sobre su cabeza, resonando al rodar por el suelo. Esos trucos eran más fáciles de hacer con naipes y monedas, pero cuanto más practicaba menos le costaba hacerlo con objetos más pesados. Le había quitado la pistola del bolsillo al muy capullo momentos antes de recogerlo para hacer el trabajo, luego le había devuelto el arma descargada mientras se estaban llevando la estatua del museo.

—Ahora, como estaba diciendo, la entrega se hará según mis términos.

—No voy a ninguna parte... sin la estatua —gruñó Domínguez—. Es el trato.

—Claro que lo es, y por eso te vas a quedar en la parte de atrás de la furgoneta hasta la entrega. Mira, no solo estás aquí para asegurarte de que no hago nada con la estatua, también estás aquí para ser testigo de que no lo he hecho. Solo estoy interesado en Parnell, ¿vale? Y no voy a darle a Alejandro ninguna excusa para matarlo.

—¿Adónde vas? —preguntó mientras Zal caminaba hacia la segunda furgoneta.

—A la cita. ¿Adónde si no?

Zal llegó allí en veinte minutos. Como había anticipado, la dirección resultó no ser un almacén o un depósito, sino un solar, donde solo había un coche aparcado esperando. Bajaron dos hombres en cuanto aparcó. Uno era Paco Gómez, otro miembro de la guardia pretoriana de Alejandro; el segundo parecía formar parte de la Hermandad Versace de Hannigan. Se acercaron por ambos lados, bloqueando la salida de Zal de la furgoneta, ambos sacando las armas.

—No veo a Alejandro —dijo Zal—. Ese era el acuerdo. Haré la entrega a él y solo a él.

—O nos lo entregas a nosotros o te volamos los putos sesos —le dijo Gómez.

—Sal de la furgoneta y danos las llaves —gruñó el otro.

Zal bajó, con las manos en alto.

—Como quieras —les dijo—. Pero será mejor que no te olvides de tu colega Domínguez.

—Ve a sacarlo —le dijo Gómez a Versace; se volvió otra vez hacia Zal—. Y será mejor que haga un buen informe de ti.

—No te preocupes por eso. Yo soy el que va a cumplir con su parte del trato.

—Aquí no está —anunció Versace, cabreado—. La puta furgoneta está vacía.

Gómez asintió, sonriendo con amargura, pero no particularmente sorprendido.

—Alejandro nos advirtió de que eres una caja de sorpresas inagotable.

—Como he dicho, se lo entregaré solo a Alejandro. —Zal sacó su teléfono—. Ahora, ¿qué tal si dejáis las armas, me decís que es la cita real y volvéis

al puto coche? Entonces llamaré a mi colega y le diré que traiga a Domínguez y la estatua allí.

Gómez negó con la cabeza.

—Vas a llamar a tu colega y te vas a meter en este puto coche con nosotros. Alejandro querrá darte las gracias personalmente.

—No lo he dudado ni un segundo. Pero no me voy a meter en ese puto coche. He dicho que se lo entregaré a Alejandro y solo a Alejandro. Sin armas, sin matones.

Gómez levantó el arma y apuntó a Zal entre ceja y ceja.

—Sube al coche y haz la llamada.

—Si aprietas el gatillo, nunca volverás a ver la estatua. Si no aparezco de una pieza, mis amigos se desharán de Domínguez y desaparecerán con la estatua para siempre.

—Tus amigos, ¿eh? ¿Qué tal esto? Disparo el gatillo y luego voy a recoger a tu amigo Karl al número seis de Botanic Crescent, donde ha pasado las últimas cuatro noches. Lo llevamos a un sitio tranquilo con un montón de herramientas y un soplete y lo torturamos unas horas. Luego, justo antes de que pierda la capacidad de hablar, le ofrecemos acabar con él de prisa si nos dice dónde está la estatua.

»No eres el único que piensa en todo, capullo. Haz la llamada.

## DE QUÉ COÑO VA ESTO

El sitio parecía bien preparado para una masacre, pensó Harry, o para una sesión de tortura particularmente sucia. Había film de plástico que cubría casi cada metro cuadrado del suelo del almacén, un soplete de oxiacetileno listo para el rocanrol y un montón de gorilas, la mayoría armados. Los miembros del séquito de Hannigan daban la impresión de estar en un castin para hacer algún papel en una película de gánsteres, esforzándose por parecer de verdad. Eran un puñado de putas insignificancias, los peores chicos del barrio, pero era un barrio de mierda. En California había camiones más grandes que esa ciudad. Los tipos estaban pavoneándose, flexionando músculos, en parte para marcar el territorio y en parte como compensación subconsciente por sentirse inferiores ahora que había tipos duros de verdad en la ciudad. El hecho de que hubiera dos millones de libras del dinero de su jefe en dos maletines en el suelo sin duda contribuía a sus posturitas de tipos duros.

Hannigan al menos tenía la inteligencia y la perspectiva de ver todo ese asunto como lo que era en realidad: un regalo de los dioses, una feliz broma del destino y no una prueba de que hubiera alcanzado un nivel superior. El Viejo habría aprobado a Bud, Harry estaba seguro. Hannigan era ambicioso pero pragmático, conocía las limitaciones reales de su situación, pero también sabía aprovechar al máximo lo que tenía. Este trabajo consolidaría su posición y le daría ventaja en la competición, pero eso no lo situaba en el tablero internacional.

¿Y Alejandro era auténtico? Harry estaba seguro de que no era un jugador internacional, por mucho que estuviera en Europa. Los Estobal iban en serio, sin duda, pero el chico se parecía más a los fantasmones de Hannigan, jugando a ser un gánster. Innez tenía razón: podía tener las manos en el timón y la tripulación a sus órdenes, pero eso no significaba que supiera dirigir el barco. Estaba allí al lado de Hannigan, sonriendo y tratando de aparentar que estaba acostumbrado a controlar esa clase de situaciones: solo otro golpe de varios millones de dólares. Una mirada más atenta habría revelado sus uñas mordidas hasta los pellejos y el hormigueo de nervios que le recorría el cuerpo, esa ansiedad de estar tan cerca y a la vez tan lejos cuando se

aproximaba el momento en el que por fin podría salir del pozo en el que se había metido.

Eran tiempos de austeridad en todos los negocios. La gente pensaba que el crimen organizado vivía en un *boom* permanente, pero también tenía sus altibajos, como cualquier otro sector. Las cosas se habían complicado para los Estobal antes de que el Viejo muriera, porque había factores que ningún calibre de liderazgo podía controlar, aunque los anticiparan. En tales momentos necesitabas una mano firme al timón, alguien que tomara decisiones, capaz de guiar la organización en los días más oscuros para que pudiera estar en buena forma cuando el sol volviera a brillar. Alejandro, huelga decirlo, no encajaba en ese papel.

El Viejo no estaba completamente engañado con el chico. Tenía muchas cualidades que con el tiempo brillarían, cuando la experiencia y unas cuantas lecciones duras apaciguaran sus instintos más audaces. Si Alejandro hubiera tomado el mando en una época más próspera para la organización, su energía e incluso su impulsividad podrían haber sido el motor del éxito y la expansión; como mínimo el precio de sus errores se habría absorbido con más facilidad. Pero había llegado en un período de relativa austeridad, y no solo le faltaba carácter para afrontarlo, sino que ni siquiera tenía cerebro para verlo. Pensaba que era una fiesta, un sueño hecho realidad, lo cual significaba que estaba demasiado ocupado jugando a ser gánster como para captar la realidad.

Miguel estaba allí para aconsejar y consentir, pero mientras el poder ejecutivo lo ostentara Alejandro, poco podía hacer, sobre todo porque el chico tendía a actuar en contra de sus consejos simplemente para demostrar su autonomía y recordarles quién era el jefe.

La frontera se estaba complicando cada vez más, y la ley de selección natural dictaba que aquellos que no se adaptaran perecerán. Las cadenas de suministro se estaban quebrando y había que ocuparse de cuestiones de infraestructura. Era muy sencillo: su negocio consistía en meter cocaína en el sur de California desde México, y si no encontraban nuevas formas de hacerlo se convertirían en historia. Sus reservas se estaban acabando deprisa al norte de la frontera, mientras que al sur se apilaban de manera inservible como una moneda retirada de la circulación.

Miguel estaba considerando diversas opciones, pero tenía que preparar a todos para las consecuencias insoslayables que las acompañaban. Los nuevos métodos por fuerza significarían un suministro menor, al menos durante un tiempo, con efectos obvios en los beneficios de los que estaban en la parte superior de la pirámide. Además, entretanto tendrían que considerar la

posibilidad de vender el excedente al sur de la frontera a un precio muy reducido, si no querían arriesgarse a perderlo todo por un golpe de la policía o de los competidores, que terminarían por saberlo tarde o temprano.

Sin embargo, Alejandro tuvo una idea mejor.

Conocía a un tipo, Pepe Núñez, que se estaba labrando fama como escultor, trabajando en México pero exponiendo en Esta dos Unidos. Núñez utilizaba metales, en concreto plomo, que, además de ser muy maleable, contaba con la ventaja tangencial de ser resistente a los rayos X. La idea brillante de Alejandro fue hacer que Núñez construyera un caballo de Troya para sus reservas de cocaína: Núñez la metería dentro de una estatua de plomo hueca, que sería «comprada» por el propietario de una galería de Los Ángeles y exportada para exposición. La mierda estaría estancamente cerrada y la estatua rociada con una manguera para eliminar todas las trazas del exterior, pero como seguro y una especie de doble engaño, Alejandro insistió en que la estatua tenía que ser de alguien metiéndose una raya de coca.

Como Núñez ya tenía fama, fue fácil conseguir a un periodista y un fotógrafo en México y publicar un artículo en el *LA Times* sobre esa controvertida nueva obra antes de su exportación. Se escribieron cartas, se plantearon quejas y, a pesar de las protestas de liberales atónitos horrorizados por esta adulteración de su visión, Núñez aseguró a la policía que la coca real sería sustituida por polvos de talco cuando la estatua se exhibiera en Los Ángeles. Esto, no obstante, significaría que, si los perros captaban algún rastro al pasar por aduana, había una explicación bien conocida y documentada. Claro que pueden oler rastros de coca, había coca en la estatua, pero ya no está, y además, agente, ¿no ve que esto es arte?

Muy ingenioso, salvo por el hecho de que Alejandro amenazó de muerte a Núñez en lugar de conseguir su colaboración de otra manera, y es sabido que no se puede confiar en un hombre desesperado. No es que Alejandro se fiara de Núñez: lo había tenido trabajando desnudo y bajo constante vigilancia hasta que la estatua estuvo completa, y había establecido turnos para que se vigilara la obra desde entonces. Por desgracia, los guardias solo vigilaban que Núñez (o cualquier otro) tocara la estatua; no que Núñez los engañara.

El hijo de puta escurridizo drogó al cabrón de guardia una noche echándole algo en su cerveza. Cuando el pobre cabrón se levantó, Núñez se había largado con la puta estatua. La siguiente noticia fue que la había vendido a un museo del Reino Unido, donde pasó la aduana sin ningún problema gracias a que la prensa local se hizo eco de la historia del *LA Times*.



Que el artista hubiera desaparecido de la faz de la tierra simplemente se sumaba a la mística.

Así que, en lugar de llegar a Los Ángeles, a una galería que solo es una tapadera de los Estobal, la escultura va a un museo público del puto Glasgow, donde cuenta con medidas de seguridad y vigilancia como si fuera la puta *Mona Lisa*. Alejandro ha puesto todos los huevos en una cesta y ahora esta ha recorrido medio mundo y se exhibe a los putos turistas.

Alejandro, en su desesperación, se centra en el único tipo al que considera capaz de robar la estatua: Innez. También es el último hombre del planeta en el que Alejandro debería poner sus esperanzas, pero al chico no le quedan muchas alternativas. Y hasta con Innez atado de pies y manos, sigue ante un escena rio que en el mejor de los casos lo deja con cinco millones de dólares de coca a cinco mil kilómetros de donde podía venderse. Así pues, tiene que encontrar a un embajador local, alguien que no solo pueda mover esa cantidad de mierda, sino que cuente con dinero para pagarla por adelantado. Bud Hannigan da un paso al frente.

Hannigan ha construido su negocio principalmente con la heroína, peto cuenta con una red para mover cualquier cosa que llegue a sus manos. Eso, últimamente, no ha incluido mucha coca, porque un cártel de competidores lo ha alejado de ese mercado para asegurar mejor su propia posición en la ciudad. La situación precaria de Alejandro significa que Hannigan puede de repente lograr un suministro masivo a un precio de saldo, lo cual es solo economía simple, pero es lo que planea hacer con ella lo que habría complacido al Viejo. Hannigan pretende inundar el mercado local con producto barato y por consiguiente bajar el precio, reduciendo los beneficios de sus competidores y desestabilizando toda su operación.

Todo el mundo gana. Hannigan consigue cinco millones de dólares de coca pura por un poco menos de la mitad de su valor. Alejandro se redime de su fracaso y, a pesar del precio de saldo, consigue más ingresos de los que habría conseguido con los planes más cautos de Miguel en el mismo período. La liebre vence a la tortuga y el buque de Estobal sigue navegando.

Pero eso sería así solo si Innez entregaba la estatua y no encontraba una puta forma de joderlos por el camino, que era la razón por la cual Alejandro estaba nervioso como una rata en un cagadero. Tenían el seguro de Parnell, pero, a pesar de eso, hasta Alejandro tenía cerebro suficiente como para preocuparse por la insistencia de Innez en que él estuviera presente. Parecía una trampa. Por eso el chico había acudido a Miguel y por una vez le había pedido consejo.

Miguel aprobó el viaje sobre la triple premisa de que, primero, una trampa era una trampa solo si no la veías venir; segundo, que como dependían de la experiencia de Innez no tenían una puta alternativa; y tercero, que tener que pasar las Navidades en el lado malo del Atlántico enseñaría a Alejandro las consecuencias de hacer un trato con tu enemigo. Esto último, naturalmente, solo lo había compartido con Harry, así como unos pocos consejos relacionados con contingencias.

*Hombre (,) Costa Oeste* ya estaba descargado en el suelo del almacén cuando Gómez y Versace llevaron a Zal. Domínguez había conducido la furgoneta después de que los tipos le entregaran las llaves y se largaran tras la llamada de Zal. Tenían un coche oculto detrás de la esquina y en ese momento ya estarían fuera de la ciudad, dirigiéndose al sur para tomar un vuelo que salía de Mánchester por la mañana. Zal había compartido las insinuaciones de Gómez acerca de los sopletes, solo por si alguno tenía ganas de quedarse. No había necesidad de gestos estúpidos: todos sabían que habían cumplido con sus respectivas partes del trato y que la situación ya no estaba en sus manos.

La sala estaba llena de capullos de Hannigan, todos con el uniforme de rigor salvo el tipo del soplete, que llevaba mono de soldador y máscara protectora. Hannigan observaba la operación con verdadera curiosidad, junto a los dos maletines que iba a entregar a cambio de las entrañas de *Hombre (,) Costa Oeste*. Harry el Americano también estaba ahí, aunque de manera menos visible, en la parte de atrás.

Alejandro saludó a Zal abriendo exageradamente los brazos y con una sonrisa resplandeciente.

—Innez, qué suerte que hayas venido. Gracias por tu trabajo. Un trabajo valioso. Dos millones de libras esterlinas, para ser exactos.

—Dije que te entregaría la estatua a ti y solo a ti.

—Y aquí estoy, fiel mi palabra.

—Pero no solo, precisamente.

—No, no estaba cómodo con esa parte. —Alejandro agarró a Zal del pelo y le tiró la cabeza hacia atrás violentamente—. Tenía la descabellada impresión de que intentarías joderme. Necesitabas que volara hasta aquí y reunirte cara a cara conmigo para hacer el intercambio, ¿eh? —Le soltó el pelo y dio un paso atrás—. ¿Crees que soy un puto gilipollas?

—Has venido, ¿no? Y ya sé que eres un puto gilipollas, Sandy.

Alejandro le dio un puñetazo en la boca, y Gómez inmediatamente le sujetó los brazos en la espalda para que recibiera más golpes. Alejandro dio unos cuantos puñetazos más en la cara y el cuerpo antes de que su rabia remitiera. Le dolió, pero Zal había pasado por cosas mucho peores. El tipo era un pelele, siempre lo había sido. No duraría ni un día en la trena, y no porque no fuera lo bastante duro, sino porque ni siquiera se daba cuenta de ello.

—El gilipollas eres tú si crees que me puedes joder. ¿Qué ibas a hacer? ¿Dejarme solo y dispararme? ¿Entregarme a los polis?

—No quiero joder a nadie —le dijo Zal—. Solo estoy interesado en Parnell. Si hubiera querido ir a por ti, ¿por qué venir hasta aquí y pasar por toda esta mierda? ¿Eh?

Alejandro pensó en ello. Casi podían oírse las fichas encajando en su cabeza. Seguro que el tío movía los labios al leer un libro, si es que alguna vez había leído alguno.

—Has cumplido con tu parte del trato, yo cumpliré con la mía. Parnell estará bien. Solo me preocupan mis negocios. Por desgracia, eso significa que no volverás a ver a tu amigo. Todo este polietileno no es solo para captar el polvo. En cuanto terminemos con nuestra operación, terminaremos también contigo.

—Eso es desperdiciar un recurso valioso, ¿no?

—En cuanto tengamos esa coca te convertirás en un lastre y no en un recurso. No puedo dejar suelta una mente intrigante como la tuya, ¿entiendes? Eso sí sería realmente estúpido. —Le dio un revés en la cara para subrayar ese punto—. No, te voy a entregar a mi asociado local, el señor Merkland, aquí presente. Me han dicho que ya os conocéis.

Zal miró a su derecha. Merkland lo saludó con la pistola que empuñaba, luego se la pasó por el cuello.

—Me vas a cortar el cuello con una pistola. Eres un puto genio, ¿verdad, Athena?

—Sí, muy gracioso. ¿Cuál era tu otro chiste? Ah, sí, que me faltaba un hervor para poder joderte. Bueno en unos dos minutos, socio, te va a faltar un hervor para hacer otra cosa que no sea sangrar.

Zal apartó la mirada, otra vez hacia la estatua. El tipo del soplete estaba al otro lado, pero el sonido de la llama al apagarse les alertó de que un panel se había cortado con éxito. Merkland se dio un golpecito en el reloj, sonriendo. Alejandro solo cruzó los brazos y miró hacia delante.

El tipo con el mono tosió y farfulló, luego dio un paso atrás y se enderezó, quitándose la máscara para revelar una expresión de desagrado.

—Está llena de mierda.

Alejandro tenía una expresión de desconcierto nervioso. Domínguez lo tranquilizó.

—Buena mierda, ¿eh? —dijo Alejandro, ofreciendo a Hannigan una sonrisa ganadora—. Mierda buena de verdad.

—No, quiero decir mierda, mierda. Mierda, de cagarro, de bosta, de truño, de mierda.

Levantó una mano marrón para ilustrarlo. Alejandro y Hannigan fueron inmediatamente a verlo, mientras el resto de imbéciles se inclinaba a echar un vistazo.

—¿Qué demonios...?

—Ah, joder.

—Su puta madre.

—Voy a potar.

—Está lleno de mierda —dijo Hannigan en un tono acusatorio, levantando una mano para taparse la boca y la nariz.

—Es imposible. Domínguez...

—He estado aquí todo el tiempo, jefe. Nadie la ha tocado.

—Bueno, alguien tiene que haberlo hecho —dijo Hannigan—. No puedes hacer desaparecer una carretada de coca como por arte de magia.

—*Alakazammy, stairheid rammy* —dijo Zal en voz baja.

Alejandro casi saltó sobre la estatua en su desesperación por agarrar a Zal.

—¿Dónde está mi coca, cabrón chupapollas? —gritó, golpeando a Zal en la cara con una pistola.

—Como le he dicho a tu chico, Paco, en el solar, mátame y nunca lo descubrirás. Mis amigos se han ido hace mucho, y además soy el único que sabe dónde está escondida.

—Tu amigo Parnell morirá gritando, hijo de puta.

—No si quieres tu coca, imbécil. El trato sigue sobre la mesa, Sandy, pero la entrega es según mis términos, porque sabía que tratarías de matarme en cuanto tuvieras lo que querías. Solo quiero salvar a mi amigo, no quiero tu puta coca. Como dije, te la entregaré a ti y solo a ti. Sin pistolas, sin imbéciles, solos tú y yo. De esa manera, podré irme cuando terminemos.

—Hazlo —le aconsejó Hannigan con severidad.

—Ya lo ves —dijo Zal—. El señor Hannigan sabe que solo es un negocio. Bajas la pistola, salimos de aquí, nos metemos en tu coche y te llevo al material. O puedes hacer que el señor Merkland me agujeree con una bala que te costará dos millones de libras. Tú eliges.

Alejandro miró los dos maletines que había en el suelo, ahora un poco más lejos de lo que habían estado dos minutos antes.

## LA APARICIÓN

Había una figura solitaria moviéndose con rapidez debajo del sodio y el neón, saliendo del almacén y dirigiéndose a uno de los varios coches aparcados fuera.

—Están saliendo —susurró Bob Hogg—. Entremos antes de que sea demasiado tarde.

—Calla la puta boca —murmuró Shaw, levantando el puño para recalcar la petición de silencio.

La figura se detuvo y miró a su alrededor, quizá porque había oído algo. Todos contuvieron la respiración, ninguno de manera más ansiosa que Hogg por haber roto el silencio. El hombre volvió a caminar, se subió a un BMW azul y se alejó, pero se paró y apagó las luces a solo cien metros de la calle.

—¿Qué pretende? —preguntó Hogg con impaciencia.

—¿Por qué no vas allí y se lo preguntas?

—Si me deja, lo haré. ¿A qué estamos esperando?

—Te lo diré cuando lo vea.

Estaban tumbados boca abajo encima de un terraplén de hierba que daba a un almacén en Port Dundas, a menos de un kilómetro del club de *snooker* de St. George's Cross desde donde Hannigan dirigía sus operaciones. Fuera de la vista, en las calles circundantes, había varias furgonetas llenas de policías armados y con chalecos antibalas, listos para moverse a una señal de Shaw. Lo que estaban esperando era que Zal se marchara del edificio con Alejandro, aunque la razón exacta seguía siendo objeto de conjetura.

Angelique había recibido una llamada en su móvil en el Dalriada, mientras Shaw estaba amenazando con usar uno de los martillos de F&NY en las exposiciones del Salón Sur como desahogo para sus frustraciones. Por suerte, ella pudo ofrecerle la cabeza de Hannigan como alternativa.

La llamada era de Karl, el compañero más antiguo de Zal, que le dio la dirección del almacén adonde habían llevado la escultura robada. Encontrarían allí a Hannigan y sus hombres, junto con dos millones de libras en efectivo. No obstante, en una frase que llevaba el sello de Zal, Karl insistió en que la policía «no tendría nada hasta que lo tuviera todo». No podían entrar

hasta que Zal saliera con Alejandro, para dirigirse a una ubicación que Zal solo proporcionaría cuando llegaran allí.

—Si entráis antes de eso, solo podréis detener a Hannigan por recibir artículos robados, y con todo el respeto a Pepe Núñez, esa estatua no vale dos millones.

Dado su presente estado mental, Angelique no veía que Shaw fuera a aceptar eso sin mucha persuasión, y posiblemente terapia, pero en cambio él asintió sin más, como si se estuviera impregnando de una comprensión más profunda.

—Me suena fatal, señor. —Fue la opinión de Anderson, pero el porte de Shaw se había transformado.

—Vamos a hacer exactamente lo que nos ha dicho Innez —declaró—. El tipo se ha largado limpiamente. No necesita hacer esto por nosotros, y eso me dice que lo hace por él. En definitiva, va a darnos a Bud Hannigan, y teniendo en cuenta el ca libre de nuestro trabajo policial de esta noche, es mucho más de lo que merecemos.

Se escucharon unas pocas voces procedentes del interior del almacén: gritos, rabia, discusiones. Las palabras eran ininteligibles, pero la tensión era evidente. Shaw y Angelique cruzaron unas miradas nerviosas, sin duda pensando lo mismo. Algo iba mal, muy mal, y Zal estaba ahí dentro. Angelique estaba a punto de implorar a Shaw que diera la orden de entrar cuando se abrió una puerta y Zal y Alejandro salieron del edificio como estaba previsto.

Se metieron en un ostentoso modelo de Mercedes deportivo rojo con matrícula de alquiler y se alejaron. El BMW azul esperó unos segundos después de que hubieran pasado y luego encendió las luces y salió disparado.

Shaw se levantó y se apoderó de su radio.

—Vamos, vamos, vamos. Todas las unidades, entramos.

Las furgonetas aceleraron sin sirenas, aunque el ruido de sus neumáticos y el repentino rugido de los motores fue advertencia e identificación suficiente para los oídos entrenados de sus objetivos. Los vehículos policiales se cruzaron en la calzada y la acera, cortando el acceso a los coches, mientras los agentes armados asaltaban el edificio por tres lados.

Los tres avanzaban con brío por el terraplén cuando Angelique vio que se abría una escotilla de carga en la parte de atrás del edificio. Un hombre rodó por ella, disparando al tuntún con una pistola al emerger en un pasaje de cemento al pie de la pendiente de hierba. Los tres se tiraron al suelo, pero mientras Shaw y Hogg mordían la hierba, Angelique ejecutó un hábil giro y

quedó agachada. Apoyada en una rodilla, disparó cuatro veces con su Walther, lanzando al sicario contra la pared mientras su arma salía volando en la oscuridad.

—Joder —dijo ella.

—¿Qué? —inquirió Shaw—. Le has dado.

—Lo sé, pero hace un tiempo advertí que tengo más muertos que amantes a mi espalda. Pensaba que había empatado hace poco, pero este ha vuelto a desequilibrar la balanza.

—Depende de lo que tarde en llegar la ambulancia —dijo Shaw—. Pero me alegro de que tu preocupación no te haya hecho más lenta con el dedo en el gatillo.

—Ha sido lento, señor. Tendría que verme cuando no he estado con un hombre en mucho tiempo.

Angelique ayudó a Shaw a ponerse de pie mientras Hogg pedía una ambulancia por radio. No se habían producido disparos en el interior y daba la impresión de que no necesitarían más.

—Me quedaré con este —se ofreció Hogg, agachándose al lado del herido—. Parece que te salvas, agente X. Solo tres impactos: brazo derecho, hombro, pierna. Sobrevivirá.

—Sí, puta —gruñó el hombre—. Estás muerta, te lo digo, puta poli.

—Señor Athena. Cuánto me alegro de oír tu encantadora voz otra vez. No te había visto desde que Innez te dejó en ridículo en el banco.

—¿Este tipo era el quinto hombre? —preguntó Shaw—. ¿El ladrón?

—Sí. Encaja, ¿eh?

—Te lo diré cuando hayamos visto lo que hay dentro.

Lo que había dentro resultó ser un partido de las estrellas con los mejores gánsteres de Glasgow. Hannigan estaba con las manos detrás de la cabeza, igual que media docena de sus compinches más conocidos y dos compañeros de viaje de Alejandro Estobal. Alrededor de ellos había unos veinte policías armados y en medio estaba *Hombre* (,) *Costa Oeste*, que parecía en el proceso de ser destripado.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarle, agente? —dijo Hannigan cuando Shaw entró en la sala.

El Hannigan de siempre: solo hablaba con el policía al mando, y lo hacía con una calma y un decoro exquisitos. Incluso con las manos detrás de la cabeza y apuntado por un arsenal, actuaba como si se hubieran reunido a tomar té y *scones*. Para ser justos con él, esa también era la razón de que no se hubiera producido un baño de sangre, a pesar de la cantidad de armas que



había en la sala. Hannigan era la clase de delincuente que siempre suponía que podía salir impune, sobre todo porque lo había logrado muy a menudo. No había ninguna razón para meterse en un tiroteo con pocas probabilidades de éxito cuando quedaban abogados en el mundo, así que había ordenado una rendición calmada al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Desde luego alguno no le había escuchado, o sencilla mente era sordo, pero aparte del número de Athena, a la policía no se le ofreció ninguna resistencia.

Shaw rodeó la estatua al dirigirse hacia Hannigan.

—Veo que también estamos torturando estatuas. Pérdida de tiempo, socio. No hablará nunca. No puede con la tranca en la boca.

—Jock Shaw. Cuánto tiempo sin verte. ¿Qué te trae por aquí?

—Ah, la nostalgia, en realidad. Pensaba meterte en la trena, por los viejos tiempos.

—¿Porqué?

—Bueno, para ser del todo sincero, todavía no estoy seguro. Pero mira, recepción de bienes robados para empezar.

—En estos maletines hay mucha pasta, señor —le informó uno de los polis.

—Sí. Dos millones, si mis fuentes son correctas. Lo cual me tiene un poco confundido, tío. Mira, estoy seguro de que leí en el periódico que esta estatua le costó al museo, ¿cuánto? ¿Veinte o treinta mil?

—Así es el arte, señor Shaw. Un día una pintura vale menos que el lienzo en el que está pintada y al siguiente se vende por tres millones en Sotheby's.

—Sí, bueno, es difícil entender que sea más valioso al cortarlo, sobre todo porque parece que está lleno de estiércol. A me nos, por supuesto, que esperaras encontrar algo dentro. Drogas, quizá. ¿Qué opinas, detective De Xavia?

—¿Drogas, señor? ¿Bud Hannigan? ¿Y dos delegados de la familia Estobal? Noooo. Y menos por valor de dos millones. Por el amor de Dios, eso podría llevar a un hombre a prisión veinte años.

—¿Tanto, Angelique? Vaya, vaya, vaya.

—Sí —dijo Hannigan—. Así que es una pena que solo tengan una gran montaña de mierda.

—Es aquí. Aparca —dijo Zal cuando el Mercedes se acercó al callejón.

El estudio estaba al final, construido con dos depósitos unidos en uno. Alejandro paró el coche y miró con suspicacia hacia el pasaje oscuro.

—Si me pasa algo, Parnell pierde —advirtió.

—Sí, gracias por la información, Sandy. Casi me había olvidado. Vamos, terminemos con esta mierda.

Caminaron con brío entre las dos filas de puertas enfrentadas, con sus pisadas silenciosas en el cemento. Había empezado a caer una lluvia fina, y el viento helado amenazaba con una nevada.

—Podrían ser unas Navidades blancas —señaló Zal—. Nunca he visto nieve de verdad.

—Más vale que sean unas Navidades blancas, o de lo contrario mueres como murió ese capullo de Núñez. ¿Alguna vez has visto de lo que es capaz un yonqui si le quitas la droga? Multiplícalo por mil y tendrás un Estobal.

Zal sacó una llave y abrió la puerta, haciendo un gesto a Alejandro para que entraran.

—Tú primero —ordenó Alejandro—. Sin trucos. Y enciende las putas luces.

Zal obedeció. Alejandro lo siguió al pasaje estrecho que funcionaba como antesala y almacén de suministros. Los estantes de las paredes estaban llenos de materiales del artista. Zal abrió la puerta al estudio propiamente dicho y pulsó otro interruptor. Apareció una habitación repleta de cosas, con las partes bajas de las paredes salpicadas de pintura de un millar de colores y sombras donde era visible el yeso gris. Donde no se veía la pared, era porque estaba cubierta por grandes sábanas de hilo colgadas como pancartas blancas, porque el artista que residía allí de manera temporal prefería trabajar dentro de lo que llamaba un «espacio mental en blanco». El entorno debería haber resultado confusa y tenebrosamente familiar para Alejandro, como debería haberlo sido el estilo de varias obras en marcha colocadas en el suelo. No obstante, el pequeño Sandy demostró ser poco observador, y su por lo demás desconcertada atención estaba total y exclusivamente dirigida a aquello que ocupaba con orgullo el centro de la sala: *Hombre (,) Costa Oeste*, idéntico y sin adular.

—¿Qué cono? ¿Qué cono? No lo entiendo.

—El original, como prometí.

—Entonces los cambiaste. Ese capullo de Domínguez no prestó atención y los cambiaste.

—No, prestó toda la atención a lo que robamos del museo. Pero el original nunca ha estado en el museo.

—Entonces, ¿dónde? Quiero decir... ¿qué cono?

—Sabes, mi viejo me enseñó... ¿recuerdas a mi viejo? ¿El tipo que ordenaste matar para demostrar algo? ¿Sí? Bueno, me enseñó que tanto si haces un juego de manos en una esquina como si se trata de una ilusión a gran escala, el tipo que está en el lugar que ahora ocupas tú nunca sabe quién más está implicado o cuántos son. A lo mejor solo hay un colaborador en el público, o a lo mejor eres el único engañado y todos los demás están en la trama.

—No sé de qué coño estás hablando. ¿Cómo cambiaste las putas estatuas? ¿Y dónde conseguiste la otra? Es completamente idéntica, hasta la firma en el culo. ¿Cómo la copiaste?

—No la copié.

—Lo hice yo.

Alejandro se volvió para ver una figura emerger desde detrás de una de las sábanas, y se encontró cara a cara con Pepe Núñez.

—Hola.

—¡Jesús! ¡Chinga, madre mía!

Alejandro se alejó de Pepe como si le hubieran golpeado, retrocediendo y cayendo al tropezar con una estatua del suelo.

—Pepe y yo nos conocemos desde hace mucho. Estuvimos juntos en bellas artes. Supongo que no lo sabías. Karl también, y un tipo llamado Cream T. Por supuesto, ahora lleva el nombre más formal de Thomas White, y es comisario del museo Dalriada y tal.

Alejandro se levantó del suelo. Los engranajes estaban girando, pero todavía no había comprendido las ramificaciones de todo aquello, y mucho menos las consecuencias inmediatas. Quizá lo habría conseguido si le hubieran dado un mes y un montón de papel para tomar notas.

—Sí, claro, así que vosotros los artistas maricones os lleváis muy bien y sois muy listos. Pero también estaréis muertos si mi coca no está dentro de esa estatua.

—Por supuesto que está ahí, Alejandro. Tiene que estar, para que cuando lleguen los polis te detengan.

—¿Los polis? Chorradas —dijo, pero el miedo se imponía.

—¿Chorradas? Echa un vistazo a esto.

Zal levantó su teléfono mostrándole un mensaje de texto que había enviado a Angelique, pulsando el botón de Enviar en su bolsillo en el momento de entrar en el estudio.

Alejandro quiso echar a correr, pero Zal lo paró con un puñetazo en la boca del estómago que lo dejó sin aliento a sus pies.

—Trae una cuerda, Pepe.

—Un placer.

—Vamos a atarte a esta estatua, un chupapollas con otro, y te meterán en la cárcel tanto tiempo que cuando salgas la franquicia de los Lakers se habrá trasladado a la luna.

—Eso no va a pasar —dijo una voz grave, como un ladrido.

Todas las cabezas se volvieron hacia el umbral que conducía a la antesala donde en ese momento estaba Harry el Americano con una pistola.

—Joder.

—Mierda.

—Apártate del señor Estobal —ordenó.

Alejandro se puso en pie otra vez.

—Eh, el no tan muerto señor Núñez. Tienes mejor aspecto que antes.

—Me he acicalado bien, ¿eh? —dijo Pepe, con bravuconería.

—¿Dónde coño estabas? —preguntó Alejandro.

Aprendí una cosa de tu tío Héctor, Alejandro. Si algo no parece bien, no está bien. En cuanto vi lo que estaba saliendo de la estatua, me largué. Pensé que debería sentarme y ver por dónde iban los tiros. Ha sido una buena idea.

¿Sí? Y siendo tan listo, ¿cómo es que el cabrón de Núñez está vivo?

—Te conté lo que vi. Te mostré las fotos. Supongo que ninguno de nosotros ha mirado demasiado de cerca. ¿Cómo lo hiciste? —preguntó a Pepe.

—Carne animal. Cabras.

—¿Y la cabeza? Ah, sí, eres escultor.

—Exacto. No solo trabajo con metal.

—Sí, muy bonito —dijo Alejandro—. Ahora matememos a estos capullos y saquemos la mercancía de aquí.

—Demasiado tarde para la estatua —le dijo Harry—. La poli está en camino y no podemos moverla. El señor Innez nos ha jodido bien, como advertí. Pero no todo es culpa tuya. Menuda coincidencia que acudieras a Núñez con tu gran idea y resultara que él fuera colega de Innez. No se puede prever esa clase de mala suerte. Es una coincidencia brutal.

—Vamos a salir de aquí —dijo Alejandro—. Odio esta ciudad. Y quiero que sepas, Innez, que, antes de que te enfríes esta no che, haré la llamada por Parnell. Luego encontraré a todos tus pinches colegas y los mataré también.

Escupió en la cara de Zal, luego se volvió hacia Harry.

—Hazlo.

Harry levantó la pistola y la amartilló. Zal lo miró a los ojos.

—A ver qué magia tienes para salir de esta —se burló Alejandro.

—No es nada personal, chico —le dijo Harry—. Solo son negocios.

Harry giró el brazo treinta grados y disparó a Alejandro en medio de la frente. La bala atravesó la estatua, de la cual empezó a sangrar cocaína.

Volvió a mirar a Zal, todavía apuntándolo con la pistola.

—Maté a tu viejo, chico. Quería que lo oyeras de mí. Pero esto significa que estamos en paz. Alto el fuego.

Zal tragó saliva. Demasiadas emociones lo inundaron al mismo tiempo. El instinto de supervivencia pragmático tomó el mando.

—Alto el fuego —confirmó.

Harry se volvió hacia Pepe.

—Fue idea tuya, ¿no? Acudiste a Alejandro con el plan y él le dio la vuelta.

—Acudí a Alejandro —confirmó Pepe—. Pero todo el plan fue idea de Zal.

—¿Preparaste todo esto hace mucho?

—Sí —dijo Zal—. Es asombroso lo que se te puede ocurrir cuando tienes tres años y nada que hacer más que planear tu venganza.

—Sí, bueno, como he dicho estamos en paz. Pero debes desaparecer. Y quiero decir para siempre. Tú has hecho esto, ¿en tiendes? No yo. Tú jodiste a los Estobal, y yo llegué demasiado tarde para impedir que mataras a Alejandro.

—Yo jodí a los Estobal, pero no vas a decirme que esto no estaba aprobado. Me estáis usando como tapadera para cubrir un golpe interno.

—Eres listo, Innez. Demasiado listo. Por eso no puedes volver a Los Ángeles. Tenemos que dirigir un negocio, y ahora mismo necesitamos estabilidad. Todo el mundo sabía que al final matarían a Alejandro. Le dimos la oportunidad de hacer cambios, pero... Es más fácil para todos lidiar con eso si podemos culpar a un enemigo. No me hagas lamentar no matarte.

—¿Qué pasa con Parnell?

—Miguel estará al mando a partir de ahora. Es un hombre de negocios. Parnell no es asunto suyo.

—Vale.

Zal empezó a caminar hacia la puerta.

—Eh, chico —lo llamó Harry.

—¿Sí?

—¿Han detenido a Hannigan?

—Oh, sí.

—Mierda. Es lo que suponía, pero...

—¿Qué?

—¿No sabrás dónde puedo conseguir que me hagan una mamada decente en esta ciudad?

## BIS

Angelique salió de aquel estruendoso *pub* cargado de humo a la noche silenciosa de una calle mojada por la lluvia. No podía quedarse. Todo el mundo insistía en lo contrario y la invitaba a copas, pero ella sabía que tenía que estar en otro sitio. Se escabulló con el pretexto de ir al lavabo y no volvió.

Era una celebración, pero ella no sentía que compartiera el estado de ánimo. Sus emociones eran más apropiadas para un velatorio. Tenían a Hannigan. Hip, hip, hurra. Dos millones en efectivo y una estatua robada, idéntica a otra llena de farlopa y con solo un agujero producido por una bala manchada de sangre. No trincaron a Alejandro, pero nada era perfecto nunca, y nadie se estaba quejando. Era un resultado excepcional para una noche que por lo demás solo se había distinguido por una ineptitud flagrante. Era un regalo de parte de alguien que ahora Angelique comprendió que se había largado para siempre.

Desde el principio había sabido que terminaría así, pero solo cuando vio la segunda estatua en el almacén desierto comprendió que había terminado. Todo había terminado, todo, y sus colegas querían celebrarlo.

En contraste significativo con las consecuencias de Dubh Ardrain, todos estaban festejando a la heroína del momento, con Shaw como principal animador. Curiosamente, esto le avivó la necesidad de salir. Después de todos aquellos años de aislamiento y dificultades, los esfuerzos de sus compañeros por integrarla le confirmaban que seguía aislada.

Navidad era época de milagros, decían. Ella no era creyente, pero dio gracias cuando la luz amarilla de la palabra «taxi» apareció en medio de la noche más inesperada del año. Lo paró y subió, hundiéndose en el asiento cuando el vehículo arrancó. Tenía la sensación de estar huyendo. Miró por la ventanilla del taxi, que circulaba por la noche lluviosa, se fijó en los edificios, parques, estatuas, puntos de referencia; el paisaje de una ciudad tan familiar como su cara en el espejo, pero al mismo tiempo tan intangiblemente distante como ese mundo invertido detrás del espejo.

Tenía que tomar una decisión. Bueno, no, eso no era real mente cierto. Lo que tenía que hacer era reconocer ante sí misma que la decisión ya la había tomado tiempo atrás. Lo único que faltaba era comunicarla.

El taxi la dejó delante de su casa. Subió por la escalera con el acompañamiento de la música de al menos cuatro fiestas.

—Feliz Navidad.

Levantó la mirada al alcanzar el rellano. Zal estaba sentado en su felpudo, con los brazos en torno a las rodillas, mojado y temblando ligeramente.

—Pensaba que te habías ido.

—Debería. Mi vuelo seguro que se ha ido. Tenía que verte otra vez, aunque solo fuera para decirte adiós.

—Podría detenerte, ya lo sabes.

—Puedes hacer de esto mi Getsemaní si quieres, Angelique. Merecería la pena por un beso.

Ella no lo besó, pero tampoco lo detuvo. Abrió la puerta y lo hizo pasar. Se sentaron en su salón, donde ella sirvió un malta a cada uno para entrar en calor.

—Alejandro está muerto, ¿no? —preguntó ella.

Zal asintió.

—¿Lo mataste tú? ¿De eso se trataba? ¿Venganza?

—Yo no lo maté. Lo mató Harry el Americano.

—¿Quién?

—El matón principal de los Estobal. Fue un golpe, un asunto interno. Pero no te equivocas en una parte: esto era una venganza.

Zal se lo explicó todo mientras se tomaban el malta, desde la idea inicial hasta el engaño final.

—Yo tenía más planes, otras artimañas —añadió—. Pero esta fue una de las que encajó. Al principio íbamos a hacerlo en Canadá, luego, cuando a Tom lo hicieron comisario el año pasado, nos pareció que el destino nos estaba echando una mano. Yo vendría a Glasgow, como siempre había querido hacer.

No podría probarse nada contra Thomas White, advirtió Zal, y como Núñez ya había preparado una tercera estatua (igual que esas bonitas armas falsas), el museo no perdería nada. Los únicos perdedores eran los mafiosos y los pobres colgados de F&NY, a los que White identificó como chivos expiatorios viables desde el día en que los vio protestando fuera de la galería.

Había sido una gigantesca ficción planeada hasta el último detalle y ejecutada con inmaculada precisión, una vez que todas las piezas necesarias —y jugadores— estuvieron en su sitio. Eso era lo que había molestado a Angelique desde que vio el *fait accompli* que estaba en el almacén.



—Alejandro no tenía que morir, ¿verdad? —preguntó ella—. Era tu elemento de negociación para conseguir de las autoridades la protección de Parnell.

—Exactamente como acordamos. Como lo necesitaba Parnell. Dexter tiene buenas relaciones con algunos peces más gordos que Alejandro, pero has de estar seguro, así que necesitaba el trato.

—Pero tú siempre tenías trato con alguien; con quien fuera. Me usaste para ofrecerme el trato, igual que para sacar a todo el mundo del banco. Si yo no lo hubiera hecho, algún otro habría cumplido con ese papel.

Zal no dijo nada. Angelique sintió que se agolpaban las lágrimas. No quería que él la viera llorar, pero sabía que era inevitable.

—Eso es lo único que he sido. Solo otra imbécil, otra voluntaria del público.

—Eso no es verdad.

—Claro que sí. Me atrajiste y jugaste conmigo de principio a fin, como has jugado con todos los demás, joder, me tomaste el pelo una vez, y es comprensible, pero al menos la primera vez no tuve que acostarme contigo.

Ya era demasiado tarde para detener las lágrimas que caían por sus mejillas. Zal se arrodilló delante de ella y le tomó la mano, pero ella se la apartó.

—Déjame en paz.

Él volvió a sentarse.

—Ahora tienes que irte —le dijo ella.

Zal se levantó, pero no se dirigió a la puerta.

—¿Te he mentido? —preguntó en voz baja.

—Me has engañado.

—¿Te he mentido en algún momento? ¿De verdad te conté un montón de mentiras para hacerte hacer cosas que no querías? ¿Me inventé una historia falsa, representé un papel? Esto es lo que soy, Angelique, aquí mismo. Te lo mostré todo, sin diluir. Hacerte parte de esto era la única forma en que podía permitirme acercarme a ti. Y una vez que te vi en ese banco, créeme, sabía que tenía que hacerlo. Aunque solo fuera por un tiempo.

Angelique lo miró a través de las lágrimas. Quizá por primera vez, había una debilidad en él, una indisimulada súplica en esos formidables ojos azules. Pero ¿qué otra forma le quedaba para engañarla? Ella se levantó para defender su posición.

Te encaprichaste de una agente de policía y no pudiste dejar que el hecho de que estuviera en tu caso se interpusiera.

—Era más que un capricho. ¡Por Dios!, lo sabes. No quería que esto ocurriera, no más que tú. Simplemente pasó. No es que no pudiera pasar sin esto en un momento como este, pero así fue ron las cosas. ¿Y tú, detective? Cuando te llamé por teléfono, imaginaste: «Lo sé, me voy a liar con un atracador de bancos, siendo poli parece una relación estable incipiente». Sabías que no podía durar, tal vez ese era el atractivo.

Angelique suspiró. Nada duele como la verdad. Había sido más fácil durante el breve período en que no lo creyó.

—Quizá ese era el atractivo —dijo ella en voz baja—. Pero la atracción es solo lo que ocurre al principio. Es lo que ocurre después lo que no puedes prever.

—Eso es verdad.

Ella le tomó las manos y lo miró a los ojos.

—Quédate —dijo.

—No puedo. Lo sabes. Tengo que desaparecer. Es lo que hago.

—Te encontraré —le dijo ella—. Es lo que hago. Allá adonde vayas, te perseguiré y te encontraré.

—Cuento con ello. Pero igualmente he de desaparecer.

—Todavía no.

Angelique se quedó despierta en la oscuridad, con la cabeza en el pecho de Zal mientras él dormía. El ruido de las fiestas había disminuido gradualmente, aunque todavía se oía a gente cantando mientras salían a la calle dando tumbos. Pensó en Andie MacDowell y Bill Murray en *Atrapado en el tiempo*, tratando de quedarse despiertos porque, una vez que se durmieran, la magia que había habido entre ellos habría desaparecido por la mañana. Angelique sabía que se le estaban cerrando los ojos, su resistencia se desvanecía. Terminaría pronto. Pero todavía no.

La despertó el timbre de la puerta.

Tardó unos segundos en identificar el sonido y unos cuantos más en recordar lo que se esperaba de ella en esas circunstancias. Se levantó de la cama tambaleándose, y casi había llegado a la puerta de su dormitorio cuando se dio cuenta de que estaba desnuda. Fue entonces cuando recordó lo que había ocurrido la noche anterior y el peso de la realidad cayó sobre ella.

Se volvió para ver la cama vacía y asintió para sus adentros.

Se puso una camiseta con rapidez, del revés, y corrió a la puerta del piso. Al abrirla se encontró un paquete grande, rectangular, envuelto en papel de regalo. Lo metió en casa y corrió a la ventana para mirar a la calle. Había un hombre entrando en un coche. Solo llegó a atisbarlo, pero estaba segura de que lo había visto en el Dalriada la noche anterior: el comisario canadiense, Thomas White.

Sabiendo que no podía hacer ningún progreso sin estimulantes, Angélique se preparó una taza de café y se la llevó al dormitorio, junto con el regalo. Después de una pequeña dosis de cafeína desenvolvió el paquete de papel brillante rojo y dorado y puso el contenido contra la chimenea.

Era una pintura de ella misma, reconocible a pesar de las indulgencias aduladoras del artista. Ella nunca había estado tan guapa —ni siquiera su madre la habría visto tan guapa (vale, quizá su madre sí)—, pero de todos modos era decididamente ella.

Estaba de pie en una galería, delante de lo que reconoció como una pintura de Monet. Tenía la cabeza ladeada de perfil, con el ojo mirando a un lado como si esperara a alguien. Encima había un techo de cristal, de indudable concepción alegórica, pero que también confirmaba la ubicación: el Musée d'Orsay. En la mano izquierda, la Angélique del cuadro sostenía una tarjeta de felicitación donde, después de una inspección atenta, leyó: «Bon anniversaire».

En la muñeca llevaba un reloj, con las manecillas marcando el mediodía.

Echando la cabeza atrás para tomar otro sorbo de café, Angélique se fijó en que había una forma curiosa, desenfocada en la parte inferior izquierda. Dejó la taza y puso la pintura en la repisa de la chimenea, luego se arrodilló en el suelo a un costado, a un par de metros.

Angélique sonrió y asintió otra vez cuando la imagen torcida se reveló. Era el siete de diamantes.

Angélique cogió el teléfono y marcó un número. Sonó un buen rato, pero sabía que era un lugar que estaría abierto el día de Navidad. Tuvieron que transferir la llamada varias veces, pero al final le pasaron al teléfono de su casa, donde respondió una voz de mujer.

—Allo?

—*Bonjour* —dijo Angélique—. *Je voudrais parler avec Monsieur Dougnac, s'il vous plait.*

Este libro ha sido digitalizado desde su edición en papel para EPL. Si has pagado por él te han timado y si lo has bajado de alguna página en la que te saltan anuncios, no tiene nada que ver con epublibre. Si encuentras alguna errata, por favor visítanos y repórtala para que podamos seguir mejorando la edición. (Nota del editor digital).

# Notas

[1] Esta palabra no existe en castellano. La traducción correcta sería increíble (Nota del Editor Digital). <<